CARME CHAPARRO

AUTORA DE «NO SOY UN MONSTRUO»

LA QUÍMICA DEL ODIO

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
La química del odio
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

¿QUÉ HARÍAS SI, TRAS HABER SOBREVIVIDO A LA QUE CREÍSTE QUE ERA LA PRUEBA MÁS DURA QUE PODÍAS SOPORTAR, EL DESTINO TE LLEVARA OTRA VEZ AL LÍMITE?

Para la inspectora jefa Ana Arén no hay tregua: después de que resolviera el caso que prácticamente acabó con ella, debe enfrentarse a un reto endiablado, el asesinato de una de las mujeres más famosas de España.

Siempre cuestionada por su superior, al frente de un equipo que aún no confía en ella y con el foco mediático sobre la investigación, Ana se ve de nuevo ante un crimen aparentemente irresoluble en el que el tiempo y el pasado se empeñan en jugar en su contra.

Tras el éxito de *No soy un monstruo* (Premio Primavera de Novela 2017), traducida a varias lenguas y que será llevada a la pantalla, Carme Chaparro se consolida con *La química del odio*, su segunda novela, como una de las autoras más interesantes y arriesgadas del *thriller* en español.

CARME CHAPARRO

LA QUÍMICA DEL ODIO

ESPASA

A Berna, Laia y Emma, por todo el tiempo que os ha robado esta historia.

El monstruo te sonríe con sus fauces de monstruo y tú le enseñas tus dientes de niña.

MIGUEL GANE, «Monstruo», *Ahora que ya bailas*

1

Barcelona, 1978

De los asesinos se aprende que, a trozos, todo se transporta mejor. No solo un cadáver. También el miedo. O el arrepentimiento. Incluso la pena. A trozos todo se puede llevar mejor de un sitio a otro porque cuanto más pequeños, más fácil te será deshacerte de ellos.

Pero todo eso Ana Arén lo aprendería con los años. En realidad, lo aprendería con el dolor que le fueron trayendo los años. Porque en ese momento, mientras el ataúd de su madre iba siendo engullido por un agujero en la tierra, esa niña que se tragaba las lágrimas no era capaz de digerir tanta angustia, aunque se la ofrecieran cortada en pedacitos como trozos de carne en el plato de un bebé.

De hecho, ni siquiera era capaz de sorberse los mocos. ¿Para qué esforzarse? Apenas tenía fuerzas para levantar de vez en cuando el brazo y restregarse por la cara la manga de su abrigo de lana azul —áspera y desapacible—, que poco a poco se iba calando con su pena. Un año después, cuando regresó el invierno y el abrigo de los domingos volvió a salir del armario, Ana notó el antebrazo rígido y firme. Entre las hebras de lana barata se habían secado —mezclándose ya para siempre— los mocos, las lágrimas y la tristeza del invierno anterior.

Igual que en el fondo de su alma.

—Cariño, mira cómo te estás poniendo.

La tía Sara —tan parecida a mamá que asustaba— le frotó por las mejillas un dedo que había mojado previamente en saliva. Pero consiguió lo contrario de lo que se proponía; los trocitos de lana azul marino —humedecidos de llanto y mocos— se extendieron aún más por toda la cara de la niña, como si la pequeña Ana se hubiera contagiado de alguna extraña enfermedad. O como si, de repente, la pena hubiera adquirido la capacidad de hacerse físicamente visible. Y fuera de color azul. Oscuro.

De los asesinos se aprende que a trozos todo se transporta mejor.

Y a trozos se cortó Ana Arén frente al ataúd de su madre. Las hermanas de su

padre se habían empeñado en que el velatorio se celebrara en casa. «Así lo hacíamos en el pueblo», insistieron ante todos, quisieran escucharlas o no. Pero, tras la autopsia, Úrsula y Antonia no tuvieron más remedio que acatar la ley y no montar un espectáculo público de quejas y lamentos. Por no causarle más quebraderos de cabeza a Rodolfo, pobrecito hermano, pobrecito mío, qué pena más grande, viudo tan joven, lloraron entonces a dúo.

En 1978 la luz aún no había llegado a los tanatorios. La eléctrica sí, claro. Pero no la luz del día. Las salas donde se velaba a los muertos eran oscuros huecos entre paredes que no se permitían —hubiera sido un pecado, Dios nos perdone— un atisbo al exterior, como si los rayos del sol fueran incompatibles con la pena y pudieran distraer de lo importante: llorar hasta que todos pensaran que no había nadie más desdichado que tú, que habías sobrevivido al muerto.

Sentada en una silla junto al ataúd, Ana ya ni siquiera hacía el esfuerzo de mirar a todos los que se recreaban en la pobrecita huérfana, susurrando lamentos que apenas sentían mientras le acariciaban el pelo con parsimonia. Para muchos de esos hombres y mujeres ella era solo un pedacito de carne al que tener lástima. O quizá es que al frotar las palmas de sus manos contra su melena rubia cumplían con algún tipo de exorcismo que los liberaba ya de toda obligación de seguir sintiéndose tristes o, al menos, de fingirlo, como si esa niña de seis años fuera la última estación de penitencia de una convención social de la que querían alejarse lo más rápidamente posible para no atraer a la mala suerte.

Ana se concentró entonces en sentir el cuchillo que se balanceaba en el bolsillo de su abrigo, imaginando que la punta traspasaba el forro y se le clavaba en la piel. Agradeció esa sensación de estar viva. «Si algo puede matarte es que aún no estás muerto». Tuvo que contenerse para no sonreír. No está bien sonreír en un funeral. Y menos en el de tu propia madre. Así que metió el interior del carrillo entre los dientes y se mordió la carne hasta sentir calambres de dolor desde la sien hasta el cuello. Era un truco que le funcionaba cuando no quería que se le escapara la risa. Cuando era feliz. No hacía tanto. Tan solo dos días atrás.

Casi sin darse cuenta, Ana se metió la mano en el bolsillo, tanteando a ciegas el filo de la pequeña hoja de metal. Deslizó el dedo índice por el lomo helado, sintiendo el frío. Disfrutó de la sensación de clavarse la punta afilada en el centro de la yema del dedo índice. Hundió la carne hasta el hueso, muy despacio, ejerciendo la presión justa para que doliera, pero sin romper la piel.

Ni siquiera supo para qué había cogido el cuchillo del cajón de la cocina. Quizá para hacerse daño a ella misma y así acabar con ese vacío en el que estaba

convencida que no podría vivir. O quizá para hacerle daño a alguien, porque alguien tendría que ser el responsable, alguien tendría que pagar por todo lo que estaba pasando esos días. Podía hacerlo. Vengarse. No debía de ser tan difícil. No con ese odio que sentía.

—Pobre pequeña huérfana, tan rubia y tan sola.

Y la pobre niña huérfana, tan rubia en una familia de piel oscura y tan sola tras la muerte de mamá, no supo lo que iba a hacer con ese cuchillo —lo que estaba haciendo ya—, hasta que alguien gritó. No recuerda quién. Pero sí que alguien gritó: «La niña, la niña, mirad qué está haciendo la niña».

De repente, el cuchillo se convirtió en algo apetecible.

Fue girando el mango hasta conseguir hacer un agujero en el forro. Durante unos segundos notó la placentera sensación de pasar el filo de acero por sus piernas e imaginó la sangre chorreando por sus muslos hasta el frío suelo de losetas. Un charco rojo y pastoso a los pies del cadáver de su madre.

Era incluso romántico.

Entonces, la enésima plañidera le acarició lastimosamente su larga melena rubia. Pobrecita niña huérfana. Tan rubia. Tan sola.

A Ana le golpeó el estómago la urgencia brutal por salir de ese bucle.

Su primer impulso fue agarrar con fuerza a esa mujer por la muñeca y gritarle que su pelo solo se lo acariciaba su madre —«Princesa, te quiero tanto, te quiero tanto», le decía para dormirla— y que eso ya nunca más —empezaba a ser consciente en ese momento— iba a ser posible. Pero en vez de eso sacó el cuchillo y se lo acercó a la mejilla. Esperó un grito. No llegó. Nadie la estaba mirando. Así que agarró un mechón y comenzó a cortar. Era más difícil de lo que pensaba. El filo iba y venía haciendo crujir las fibras capilares, que chirriaban y se contorsionaban agónicamente antes de partirse en dos.

Seguía sin mirarla nadie.

Ella continuó cortando.

Los mechones yacían pulcramente ordenados sobre su falda.

—¡La niña, la niña! ¡Mirad qué está haciendo la niña!

La niña estaba poniendo mechones de su pelo rubio entre las manos de un cadáver.

Porque así mamá podría acariciarlos por última vez.

Eso es lo que le dijo a su tía Sara cuando la sacó del trance. «Así mamá podrá acariciar mi pelo por última vez».

Horas después, en el cementerio, huérfana y trasquilada, esa niña se limpiaba los mocos y las lágrimas con la manga izquierda de su abrigo de lana azul, a

pocos pasos del foso por donde acababa de desaparecer el ataúd de su madre, con la cabellera rubia de su hija entre las manos.

Aunque aún no había concluido el funeral.

Todavía quedaba por enterrar a alguien más. Con delicadeza exquisita, los empleados de la funeraria depositaron en la misma fosa otra caja. Mucho más pequeña. Blanca. Dentro, solo y perdido en la inmensidad de un ataúd de tamaño infantil que le quedaba demasiado grande, Ana imaginó al que iba a ser su hermano pequeño.

—Cogeremos al que lo ha hecho. Te lo prometo, Ana. Lo cogeremos.

Fue lo único sensato que alguien le dijo esa mañana de funeral. Lo único que le hizo seguir viviendo a pesar de la tristeza, a pesar del miedo, a pesar de la soledad y a pesar de las pesadillas en las que Ana cae una y otra vez al foso en el que están enterrando a su madre.

Cogeremos al que lo ha hecho.

Y para eso sigue viva Ana Arén. Para coger al que le había hecho eso a su madre y al hermano que aún no había nacido.

2

2018

De los asesinos se aprende que el miedo apesta. El miedo huele mal para avergonzarnos, como gas intestinal viciado que se nos escapa sin control en un ascensor repleto. Nos señala, nos hace vulnerables. El miedo es una fina y delicada copa de cristal cayendo, tan frágil que sientes cómo se hace añicos mucho antes de que llegue al suelo y estalle.

Este miedo en concreto, colocado en el suelo de una habitación inmensa, había sido persona hasta tan solo unas horas atrás. Pero, ya cadáver, estaba dejando su miedo en herencia.

Está muerta. La han asesinado.

A ella. Y de esa manera.

La duquesa había sido hermosa, una belleza ya algo marchita que seguramente se descompuso mientras perdía la vida con cara de súplica. El asesino había diseñado la escena del crimen en su honor. Quizá incluso se la mostró antes de matarla: ahí tienes el escenario final de la última representación de tu vida. Una obra de teatro a tu altura.

Pero no funcionaba. Era imposible quitarse de la cabeza que lo que estábamos contemplando allí era un cadáver, y los cadáveres nunca quedan bien aunque el asesino se empeñe, porque, inevitablemente, la pieza principal de la escena —en este caso en concreto podríamos llamarla restos de señora rica entre joyas, sábanas de hilo fino y basura— tiene la extraña manía de devorarse a sí misma y fluir hacia el exterior.

Afortunadamente, eso aún no le había empezado a suceder al cuerpo junto al que acababa de llegar la inspectora jefa Ana Arén. Hubiera sido una pena, pensó, que esas joyas carísimas entraran en contacto con la putrefacción humana.

Al aproximarse a la víctima, Ana detectó un olor familiar. Su nariz fue más rápida que su cerebro: orina y heces. Los esfínteres ya se habían destensado, dejando escapar el contenido de la uretra y los intestinos. La calefacción, puesta

a una temperatura exageradamente alta, aceleraba el proceso. «Nos vamos a cocer en mierda», reflexionó, sin darse cuenta de la falta de respeto hacia la mujer que yacía muerta a sus pies. Se había vuelto muy cínica. Su mente seguía en modo supervivencia.

—Menudo día para volver al trabajo, jefa.

¿Es que todos tenían que decirle lo mismo? ¿No había nadie discreto en aquel maldito grupo? «Sí; vuelvo hoy a trabajar, ¿y qué?».

O lo que realmente le apetecía decir: «Que os den».

De manera inconsciente, levantó la mirada y buscó a Nori entre la marabunta de agentes que llenaban aquello. Pero su cerebro enseguida cortocircuitó la idea. Nori no estaba allí. La inspectora jefa Ana Arén ya no tenía a su lado al mejor *subi* de toda la Policía Nacional, un hombre al que le confiaría su vida si hiciera falta.

—¿Qué, Ana? —insistió la voz—. Menudo día has escogido para volver. Aunque, bueno, ya se sabe, si te trasladan a homicidios, te toca bailar con los muertos.

Ella lo miró achinando los ojos hasta que las comisuras se le llenaron de arrugas finas y frágiles, como si no acertara a ubicar del todo a esa persona y así pudiera enfocar mejor el rastro de su memoria. En realidad, Ana sabía bien quién era, pero su cuerpo aún se estaba preguntando cómo reaccionar ante aquel hombre que la miraba desde su metro noventa y cinco de altura, clavándole los ojos por encima de unas gafas de hipermétrope que le habían resbalado hasta la punta de la nariz y que le hacían parecer algo bizco.

—Yon —contestó, al fin.

Se concentró en lo que tenía que decir. Y hacer. Por fin había conseguido dejar de ser un cadáver emocional. Le había costado mucho esfuerzo, pero ya controlaba casi todas sus reacciones. En lo de pensar, sin embargo, no había mejorado mucho. Seguía teniendo una imagen patética de la raza humana. Así, en general. Incluido de ella misma.

—Vaya, Yon. Ya era hora de que apareciera por aquí una cara conocida —consiguió articular.

Varias palabras seguidas. Sin tacos. Sin ira. Iba por buen camino. Siempre había querido utilizar esa frase de película —«ya era hora de que apareciera por aquí una cara conocida»—, y mientras la pronunciaba la imaginó en su cabeza con la voz de Charlton Heston. Quizá nunca encajara mejor en su vida como en ese momento, cuando volvía a enfrentarse a caras que los últimos meses había borrado de su memoria y de sus ganas.

—¿Qué haces fuera del laboratorio? —le preguntó.

—Ya ves —el forense le alargó la mano, sin atreverse a intentar darle dos besos—, las cosas han cambiado mucho desde… —¿Desde cuándo? ¿Qué diría para no herirla?—. Desde… ya sabes, Ana —Yon rectificó en el último instante y soltó la frase de carrerilla, como el niño listillo que responde a la pregunta de un profesor—, desde que Ruipérez se puso al mando de la central.

—Sí, será eso —respondió ella, sintiéndose más incómoda todavía.

Claro, será eso. Desubicada aún, Ana no alargó la mano para estrechar la que le tendía él.

Yon recogió su brazo y lo pegó al cuerpo con una tibia sensación de derrota. «¿Crees que estás preparada para volver al trabajo?», iba a preguntarle, pero no se atrevió.

—¿Cómo estás? —usó, en cambio, de manera neutra.

—Ahora mismo oliendo a cadáver en una de sus primeras fases *post mortem*. ¿Me equivoco?

—Veo que no has perdido tu instinto, inspectora jefa —contestó el forense, aliviado de que la conversación tomara un cariz profesional y, por lo tanto, previsible.

—No es instinto, es ciencia, Yon.

Ana se sintió cómoda de repente, hablando de manera mecánica de algo que no tenía que ver con ella, sino con la ciencia.

Sabia, exacta y bendita ciencia.

—Primera fase del *rigor mortis* —continuó—. Los músculos más pequeños de la víctima han empezado ya a endurecerse. Pero aún podríamos mover las partes del cuerpo sin romperlas si aplicamos la suficiente fuerza. Yo diría que han pasado menos de veinte horas del asesinato. ¿A quién se le ocurre matar a alguien en Nochebuena?

—¿A alguien que sabía que yo iba a volver a trabajar precisamente hoy? —aventuró Ana, sorprendiéndose por ese retazo de humor negro que se le había escapado por la boca.

24 de diciembre. Un buen día para regresar a tu puesto de trabajo si no quieres encontrarte de golpe con la brigada entera, con compañeros que sabes que cuchichearán a tu espalda y que te mirarán —algunos con disimulo, otros procurando ostentosamente que te des cuenta—, tratando de descifrar cada pequeño gesto que hagas. 24 de diciembre.

Ese día solo estaban de turno los pardillos, y con los pardillos Ana se creyó con fuerzas para lidiar.

Un buen día para volver.

A no ser que asesinen a alguien en tu turno.

Sobre todo si asesinan a ese alguien en concreto que yace tumbado entre sábanas de algodón egipcio que como mínimo deben de tener mil quinientos hilos por pulgada cuadrada. Y, aún peor, si el asesino ha tenido el tiempo y la paciencia de preparar el cadáver de esa manera para quien lo encontrara.

La prensa se iba a relamer de gusto.

El cuerpo de Mónica Spinoza, duquesa de Mediona por vía vaginal —aunque hay quien argumentaba que en la obtención de su ducado también habían influido ciertas prótesis mamarias que la dama se había hecho colocar casi a la altura de las amígdalas—, yacía en el centro de su inmensa habitación sobre una sábana gigantesca que alguien había extendido sin dejar una sola arruga. Estaba desnuda, aunque por alguna razón el asesino había cubierto con otra sábana la parte superior del cadáver, desde la cintura hasta la cabeza. Justo en ese momento un par de agentes de la científica estaban retirándola, dejando a la vista la totalidad del cuerpo.

—Quizá no soportó la visión de ella muerta —comentó Ana, dando la vuelta alrededor del cadáver.

—¿Remordimientos? —reflexionó el forense.

—Suele pasar, ya sabes, cuando alguien cierra los ojos de la víctima o le cubre la cabeza es porque tiene remordimientos. Imagina que el cadáver le está mirando, culpándole por haberlo matado, y no lo soporta.

—O quizá esté mandándonos un mensaje. Como esto. —Ana señaló la escena que había dispuesto el asesino.

La duquesa yacía rodeada por dos círculos casi perfectos. El más próximo a ella estaba formado por joyas que Ana imaginó carísimas, aunque no sería la primera vez que una pija rica fuera demasiado tacaña —o demasiado pobre para sus estándares sociales— y, en vez de comprarse joyones de los buenos, se cubriera con bisutería de relumbrón. Allí había larguísimos collares de perlas, anillos cuyo uso debía de provocar parálisis en los dedos, pendientes de todos los tamaños y colores y un par de tiaras —«¿Se dice así, tiaras, o serán coronas?», se preguntó Ana—, puestas de manera meticulosa una justo sobre la cabeza y la otra bajo los pies. ¿Una reina coronada, o una reina que ha perdido la corona? ¿Qué quería decirles el asesino?

El segundo círculo que rodeaba a la duquesa era más inquietante. Basura. Alguien había vaciado el contenido de varias bolsas de basura alrededor del cadáver. Cada uno de los objetos seguía una perfecta línea imaginaria que

encerraba a la víctima y a sus joyas. Pieles de varios tipos de fruta casi transparentes de tan finas. Un bote de detergente. Papeles arrancados de un cuaderno de anillas —y apenas garabateados— hechos una bola. Cápsulas chorreantes de café expreso. Un puerro podrido. Cuatro macarrones —en perfecta fila india, como si aguardaran para entrar en algún sitio— todavía con algo de salsa de tomate adherida a su superficie. Dos botellines de cerveza. Un bolígrafo.

Ana dejó de anotar mentalmente el resto de los objetos. Nada le llamaba especialmente la atención. Y, en cualquier caso, siempre tendría las fotografías de la escena del crimen para recordar dónde estaba cada cosa.

—Tendremos que comprobar si la basura es de la casa o si alguien la trajo de fuera. ¡Agente Barriga! —gritó.

—Sí, jefa, buenas tardes, jefa, bienvenida, jefa —se aturulló el oficial de Policía.

—Con un jefa voy servida, José. Pregunta al personal de la casa, porque asumo que este casoplón tiene a varias personas trabajando aquí, de quién es esta basura, y dónde y quién la tiró. Cosa por cosa. Hasta las cápsulas de café. Quiero una lista detallada.

—Sí, jefa. Enseguida, jefa —asintió el agente, sin dejar de pensar en el asco que le daba todo aquello—. Perdón, jefa.

—Y ya. Vete. No te me quedes mirando como si yo fuera el oráculo que va a dar respuesta a tus preguntas.

Ana aún no lo sabía, pero había escogido el peor día para volver a trabajar.

—Los niños. Los niños. ¡Los niños de la señora!

Un hombre con un uniforme gris llegó corriendo junto a Ana y Yon, pero tuvo que apoyarse en la pared antes de seguir hablando. Jadeaba. Tosió un par de veces. Se encogió llevándose la mano al costado derecho, como si tuviera un ataque de flato. Levantó la cabeza, aún doblado sobre sí mismo, pero las palabras no le salían.

Inhaló una bocanada eterna. Y cuando ese aire por fin salió de sus pulmones, formó una frase.

—En la piscina —vomitó, con una mirada vacía que Ana no entendió hasta minutos más tarde—, están en la piscina, los niños. Manuel y Consuelo.

EL ODIO

Intentaba olvidarlo.

Olvidar esa habitación pequeña y oscura desde la que se podían oler los pecados, los deseos y la frustración de todos los vecinos del bloque.

Esa habitación a la que nunca llegaba el sol, encajada en los bajos de un patio de luces largo y estrecho en el que se reconcentraban los vómitos sonoros, culinarios y morales de los habitantes del resto de pisos que se alzaban hasta cincuenta metros por encima.

Esa habitación húmeda. Con dos camas.

Ese infierno.

Intentaba olvidarlo. Fingir que no pasó. Que su vida comenzó después de todos esos años.

Y durante un tiempo lo consiguió. Logró enterrar ese tiempo en lo más laberíntico de su memoria. Inaccesible para la consciencia.

Pero llegó un momento en el que el olvido no fue suficiente.

3

—Hay que ser imbécil, la verdad, hay que ser imbécil —resopló Ana, tirada en el suelo junto al borde de la piscina, empapada, mirando atónita el cuerpo que acababa de sacar del agua y que, por algún tipo de extraño instinto, aún acunaba con el brazo izquierdo—. Y encima me he tirado con el *pocket*. Joder. —Lo toqueteó. Pulsó varias teclas. Lo agitó. Le dio golpecitos. Pero nada. El *walkie* se había estropeado—. Ruipérez me va a matar. Vuelvo al servicio y tardo hora y media en empezar a cargarme el equipo.

Miró a Yon, arrodillado a su lado, chorreando agua helada como ella, lamiéndose el cloro de los labios con cara de circunstancias, sin saber aún qué pensar de todo aquello. El enorme mechón de pelo con el que el forense se tapaba siempre la calva le colgaba cómicamente del lado derecho de la cabeza hasta el hombro, goteando como una cortina de jardín tras un diluvio. Y a Ana le estalló una risa incontenible que expulsó de su alma con tantas ganas —¡Dios, cuánto tiempo había pasado desde que se rio por última vez!— que una mezcla de agua y moco salió despedida de su nariz a toda velocidad.

Los restos de adrenalina los mantenían aún calientes, pero eso iba a durar poco tiempo más. Tenían que entrar en calor antes de pillar una hipotermia.

—¿Qué narices acaba de pasar?

Yon miró el cuerpo que tenía junto a sus rodillas. Lo habían vestido como a un chico, así que dedujo que era Manuel. Un minuto antes ese cuerpo era un bulto boca abajo flotando en el agua y él, un rescatador desesperado que se había tirado a la piscina sin ni siquiera quitarse los zapatos, mientras Ana —ella había corrido más rápido, seguía estando en forma incluso después de tantos meses de baja— nadaba ya desesperada hacia el otro de los niños. Hacia Consuelo.

Solo que no eran niños lo que acababan de sacar de esa piscina.

Oyeron a su espalda las pisadas fatigosas del guardia de seguridad destrozando a zancadas el inmenso césped pulcramente cortado al milímetro que se extendía más de cien metros tras ellos, hasta la mansión. «Seguro que es la primera vez que lo cruza —pensó Ana—, seguro que la señora los obliga a

bordearlo. Este es un trofeo de exhibición, no un césped para ser vivido. Una extensión inútil de gozo».

—¿Lo ven? —levantó la voz antes de llegar a donde estaban ellos—. Alguien ha tirado a los chicos a la piscina. Pobrecitos. Los he visto flotando boca abajo desde la ventana de la cocina y por eso corrí a avisarles. Es que había ido allí a por algo para los nervios, no saben cómo me está afectando todo esto.

Y al llegar a su lado, hizo algo que dejó aún más atónitos a los policías. El hombre, que parecía compungido de verdad, cogió delicadamente a esos dos —¿cómo llamarlos?, ¿muñecos, maniquíes, monstruos?— cuerpos de plástico que aún sostenían en sus brazos, incapaces de reaccionar, Ana y Yon, los tumbó en el césped y se quitó el abrigo para taparlos.

—A la señora le habría dado un síncope si los hubiera visto así —explicó.

—¿Qué síncope? —estalló Ana, escupiendo al frío aire de diciembre restos de saliva mezclada con agua y cloro—. ¿Qué síncope, eh?

—Bueno —razonó el hombre, como si fuera lo más normal del mundo—, ella los quería mucho. Claro. Llevaban en la casa mucho tiempo. No hacía nada sin sus niños, sin su Manuel y sin su Consuelo. No me diga que no son bonitos. —Acarició lentamente la larga melena pelirroja de la chica, que yacía boca arriba sobre el césped—. La mejor ropa es para ellos. La mejor comida. Ponemos la mesa para los tres todos los días, desayuno, comida y cena. Tienen su habitación con sus camas al lado de la de la señora. Sus butacas en la sala de proyección del sótano. Y sus tumbonas en la piscina.

—A ver, a ver, a ver… —le cortó Ana, levantándose con esfuerzo por el peso extra del agua que empapaba su ropa—. ¿Usted se da cuenta de que está hablando de unos maniquíes enanos?

—O de unos muñecos de tamaño gigantesco —apostilló el forense, empezando a caminar de regreso a la mansión.

Muñecas o maniquíes, lo que narices fuera eso, pero tan hiperrealistas que no se habían dado cuenta —¿quién iba a imaginar algo así?— de lo que en realidad estaban sacando del agua hasta que empezaron a nadar con ellos hacia el borde de la piscina. Estaba oscuro, y el frío y la urgencia les habían agarrotado el sentido del tacto. Además, Consuelo y Manuel pesaban lo que se supone que debía pesar un niño de su edad. Y estaban recubiertos de una imitación casi perfecta de la piel humana. Incluso a plena luz del día no había motivos para sospechar que no eran seres vivos, más allá de la extraña quietud total de los cuerpos.

—¡¡Usted es consciente de que estas dos cosas que están tumbadas sobre el

césped —Ana se giró para mirar lo absurdo de la escena que dejaban atrás—, esas dos cosas que usted ha tapado para que no se enfríen, son dos muñecos y no dos niños!! ¡¡Joder!! —gritó, tiritando más de rabia que de frío—. ¡¡Que nos ha hecho creer que había dos niños ahogándose en la piscina!! ¿Es que no se da cuenta?

Él la miró, paralizado, sin entender. Y entonces Ana comprendió que ese hombre de edad avanzada —y que debía de ser tanto guardia de seguridad, como jardinero, como chófer, como guardián de los secretos de la duquesa— no era consciente de lo que acababa de suceder y que por alguna extraña razón había asimilado que esos muñecos eran, si no niños, algo cercano a unos niños, unos seres a los que había que cuidar porque así lo hacía la señora. Y en ella había que confiar plenamente. ¿Fue siempre de esa manera, o la extravagancia había ido germinando poco a poco en su cabeza hasta parecerle algo completamente normal? La capacidad de adaptación del ser humano es tan extraordinaria que solo hace falta tiempo para que cualquier situación insólita se convierta en lógica aplastante.

—¡Si yo no les he dicho a ustedes que fueran los hijos de la señora! —intentó excusarse—. Yo no he dicho hijos. ¿Cómo voy a decir esa barbaridad? Son sus niños. Así los llamaba ella. Mis niños. ¿Quién los habrá tirado ahí?

Sus niños. Dos maniquíes. Lo que pagaría la prensa del corazón por una exclusiva así. Pero no se había filtrado nada. Tanta gente de servicio en la casa y nadie lo había contado. Eso era fidelidad.

Llegaron a la casa. Ana empezó a sentir el frío acuchillándole hasta los huesos.

—Anda, jefa, quítate esa ropa y ponte esto —dijo una voz de mujer—, que vas a pillar una pulmonía. Y solo falta que justo el día en que vuelves a trabajar te pongas mala.

Charo Domínguez estaba ahí. De pie. Sonriendo, o forzando la sonrisa, con el brazo totalmente extendido, ofreciéndole algo más que su abrigo. La descolocó verla. Pero luego recordó que el comisario también la había trasladado a homicidios, junto con el resto de agentes que más cerca de Ana habían trabajado en la resolución del caso Slenderman. Os vais con la apestada.

—Charo —balbuceó por la tiritona que empezaba a sacudir su cuerpo, pero también por la impresión de volver a verla después de tanto tiempo—. Charo —repitió, extendiendo la mano para recibir el calor del abrigo de su amiga.

Pero no tuvo tiempo de decir nada más. Dos personas entraron en el amplio recibidor de acceso a la vivienda. Y una de ellas era la última a la que Ana

hubiera querido encontrarse. Allí o en cualquier sitio.

—O sea, que te has tirado a la piscina para nada y, al final, solo hay un cadáver, ¿no? Menuda vista de lince. —El propietario de la voz la miró con condescendencia desde su atalaya de superioridad laboral—. Y pensarás, bueno, mejor, solo tengo un cadáver. ¿No? Bendita inocencia, inspectora jefa. Tienes un cadáver rodeado de basura y joyas. Un cadáver de duquesa, nada menos. Duquesa viuda, con una hilera de hijastros y enemigos que llega a Marte y da la vuelta. Y con otra hilera de amantes poderosos que nos van a tocar mucho los cojones. Ya te digo si nos van a tocar los cojones. Con lo tranquilos que hemos estado todos estos meses y es volver tú y los locos salen de sus madrigueras. Va a ser verdad que tienes un imán para los psicópatas, Ana Arén.

Había llegado Ruipérez. Su jefe. El comisario en una escena del crimen. Quién lo hubiera dicho.

Y en Nochebuena.

En ese momento, Ana podría haberse replegado sobre sí misma. Podría haberse encogido. Haber vuelto a la habitación en la que pasó tantos meses, acurrucarse bajo las sábanas, hacer de su cama una trinchera. Desaparecer. Borrar el mundo. Y borrarse de él.

Podría.

Pero no. Ana encontró las fuerzas, y la inteligencia, y las ganas, para contraatacar. Como en los viejos tiempos. Como si no hubiera pasado nada. Como si las sábanas, la cama y la habitación de su convalecencia pudieran borrarse de un plumazo.

—Pues no solo eso, comisario. No solo tengo un imán para los psicópatas, a la vista está. —Extendió el brazo, abarcando todo a su alrededor—. Como puede ver, también sigo siendo bastante torpe. Mire, me he cargado el *pocket*, comisario, una pena. —Intentó poner cara de compungida—. Compruébelo usted mismo. Tome. —Y le lanzó a traición el *walkie-talkie* empapado de agua.

Ruipérez reaccionó una décima de segundo tarde, pero en el último instante logró agarrar el cacharro por la antena antes de que cayera al suelo y se hiciera pedazos, evitando quedar en evidencia ante varios de sus subordinados. En ese instante, el *walkie* de Ana se había convertido en la encarnación física de su rabia. Y su jefe no podía dejarla estallar.

—¿Me lo va a quitar del sueldo? —le retó ella.

—Lo que voy a hacer es lanzarte a los leones como no resuelvas este caso enseguida. Yo que tú empezaría investigando en tu propio entorno. Tus amigos y tu familia, ya sabes. Igual el culpable vuelve a estar ahí.

Sonrió como una hiena hambrienta ante un moribundo. Y lanzó el *walkie-talkie* hacia Ana, que fue incapaz de reaccionar, toda ella paralizada ante lo que acababa de escuchar. ¿De verdad le había dicho eso?

No existe límite para el odio.

Sin un brazo que lo buscara ni una mano que lo agarrara, el comunicador cayó inevitablemente, estrellándose contra el suelo de mármol. Diminutos trozos negros y verdes salieron volando en todas direcciones.

—Total, para lo que servía… —Ana miró el destrozo, encogiéndose de hombros. Y levantó la vista hacia Ruipérez. Intentó reaccionar con dignidad—. Si me perdona, comisario, voy a cambiarme. Después del baño que me acabo de dar, necesito ponerme ropa seca. Algunos —escupió la palabra— tenemos que seguir trabajando en el caso.

Cada uno de nosotros necesitamos de vez en cuando una trinchera para resguardarnos y recuperar fuerzas antes de volver a enfrentarnos al enemigo. La de Ana, en ese momento, fue un ostentoso cuarto de baño para las visitas, completamente forrado en mármol, con toallas colocadas de manera tan impecable que parecían una impresión perfecta en tres dimensiones. Un olor denso empapaba el ambiente.

—La duquesa no solo se pasaba con las joyas. También con el ambientador. —Charo la había seguido, cerrando la puerta tras ellas—. Toma, mete tu ropa en estas bolsas por si la científica quiere examinarla. No creo que lleves pegada ahí ninguna prueba, pero nunca se sabe. Con Ruipérez encima del caso te pueden abrir un expediente por cualquier cosa. Ponte mi abrigo y estos patucos de papel. Más no puedo ofrecerte. Al menos no irás descalza.

—Voy a estar ridícula.

—Pero seca.

—Seca, sí. Seca. Gracias, Charo. —Bajó la vista. De momento no hacía falta decir nada más. Ya tendrían tiempo.

Ana utilizó como alfombrilla una de las bolsas de recogida de evidencias que le tendió su compañera. En las otras fue depositando su ropa con cuidado. Doblar prendas empapadas era absurdo y difícil, pero se esmeró en la tarea como si fuera su único objetivo a corto plazo, porque a veces la manera de no ahogarse es mantener la concentración en pequeñas tareas mecánicas —como si nuestra vida dependiera de planchar esa camisa, de ordenar la habitación o de aliñar esa ensalada— y olvidar todo lo demás. Se deshizo del pesado jersey negro de lana. De las botas, los calcetines y los pantalones. Dobló también la camiseta blanca de tirantes. Se desprendió de toda la ropa empapada. Menos de las bragas. Un

súbito acceso de pudor le impidió quitárselas. ¿Y si el laboratorio procesaba esas bolsas? No quería que su ropa interior acabara pasando de mano en mano.

—Tenemos que hablar. —Charo rompió el silencio.

—Ahora no.

—No. Ahora no. Claro —asintió la oficial de Policía, con cierta pena—. Claro.

Ana se puso el abrigo sobre su piel húmeda. No quiso usar las toallas del baño para secarse. Estaban en la escena de un crimen, y aunque era poco probable que el asesino hubiera pasado por esa estancia, ella seguía siendo una policía metódica. Cogió las bolsas con su ropa dentro y salió a dejarlas en el jardín, junto al resto de las pruebas. Al volver a entrar en la vivienda, la abofeteó un muro abrasador. Dio entonces gracias a las bragas aún mojadas y frías y por tener las piernas al aire.

—¿Qué es eso?

Señaló un montón de cajas de distintos tamaños, apiladas en un rincón de la entrada de servicio.

—Paquetes para devolver —le contestó Charo—. Al parecer, la señora duquesa era adicta a las compras por internet. Llegan un par de decenas a la semana, según el servicio. Casi todo ropa. Pero también electrodomésticos o tecnología.

—¿Ropa? Yo no me atrevo. ¿Cómo sabes que te queda bien? ¿Cómo te arriesgas a comprar algo sin probártelo?

—Al final, acabas teniendo buen ojo, como si desarrollaras una especie de instinto para proyectar en tu cuerpo lo que ves en fotos sobre una modelo. Y siempre lo puedes retornar. El servicio me ha contado que la duquesa devolvía muchas de las compras. Al parecer, era alérgica a las tiendas, menos cuando le interesaba dejarse ver, por algún incidente que tuvo con los *paparazzi*, y todo lo compraba *online*. Ayer mismo les llegó una nevera. Y una vez compró un perro, un perro vivo que llegó bien empaquetado dentro de una jaula especial. Imagínate.

—Una manía más —la interrumpió Ana.

—Una manía más, sí. Como esos muñecos horripilantes que habéis rescatado de la piscina. ¿Qué mente puede desarrollar la fantasía de que son niños reales o al menos de tratarlos como tal?

—Pues no lo sé. Por cierto, no te olvides de pedir que se lleven a la base los paquetes que hemos visto preparados para devolver. No quiero que salga nada de esta casa sin que pase por mi supervisión. Y quiero también una lista de todo lo

que había comprado en, digamos, los últimos seis meses. Que me la preparen los informáticos en cuanto reciban el ordenador y el móvil de la víctima. ¿Tenía tableta?

—Lo pregunto.

Volvieron a la habitación donde yacía el cadáver de la duquesa de Mediona.

—¿Posible causa de la muerte?

Yon iba incluso más ridículo que ella. Vestido con el mono de papel que los policías usaban para no contaminar la escena de un crimen. Como el tejido era algo transparente —lo habían diseñado para no dejar escapar nada al exterior, no para cubrir las partes íntimas—, se había puesto debajo una camiseta interior de tirantes modelo abuelete que debía de haber pedido prestada a alguno de los policías que andaban por ahí. El bóxer, de color amarillo limón, parecía refulgir bajo la tela blanca, atrayendo inevitablemente las miradas.

—¿Quién te ha dejado esos calzoncillos? —Charo sonrió.

—Ni se te ocurra reírte. ¿Quién te crees que me los ha dejado? Nadie. Una camiseta interior prestada aún la soporto, que uno ya tiene una edad y una incipiente tripa que tapar, pero no me hagas usar los calzoncillos de otro hombre. ¿Quién te crees que soy? ¡Puaj! —Torció la boca—. Me ha tenido que pasar esto justo el día en que me pongo los de color fosforito. Eso me pasa por comprar paquetes rebajados de marcas caras. Siempre te cuelan alguno de color imposible.

—Vosotros. No os lieis —les cortó Ana—. Ya hablaréis de ropa interior cuando salgamos de aquí. Causa de la muerte, te había preguntado, Yon.

—Hoy no me he traído la bola de cristal, Ana. Pero apostaría por la asfixia. Mira los labios y la nariz, cianóticos. No hay marcas en el cuello que indiquen algún tipo de presión externa que impidiera el paso del aire por la tráquea. Quizá le hicieron tragar algo. —Palpó con los dedos el cuello de la víctima y sonrió. Había acertado—. Mira, Ana, pon la mano aquí. Nota esto.

—¿Qué es?

—Un objeto que le está obstruyendo la tráquea. Algo duro. Puntiagudo. O con una punta redondeada. ¿Lo notas? —Ana asintió—. Me extraña que no le haya perforado el conducto respiratorio. Lo veré en la autopsia.

—¡Jefa! —gritó el agente Barriga, de cuclillas en el suelo, junto a la cama de la duquesa—, ven a mirar esto.

—¿Qué hay? —Ana se acercó hasta allí y se puso también de cuclillas.

—Mira —señaló bajo la cama.

—Una alfombra. No veo nada más.

—Fíjate. Espera, que con la linterna se ve mejor. Voy a encenderla.

Y entonces Ana se dio cuenta también.

—Grande como una persona —le dijo a su subordinado.

—Efectivamente, grande como una persona.

La mullida alfombra que la duquesa tenía bajo la cama estaba completamente apelmazada en toda la zona central. Alguien se había escondido hacía poco ahí abajo. Un buen rato.

—Llévala a analizar. Prioridad absoluta.

Minutos después salieron al frío aire de diciembre. Un alivio tras el asfixiante calor de la casa. Ana notó una brisa helada subiéndole por las piernas desnudas mientras caminaba hacia el coche. Ruipérez, que charlaba junto a un seto con alguien que ella no conocía, no pudo evitar sorprenderse al verla así. La barrió con la mirada.

—Relájese, jefe —Ana miró a los ojos a su superior, parándose por un momento a su lado—, que ya le he dicho que yo no trabajo su mercado. Me van más los de mi edad. Pero le avanzo una cosa, si ahora tuviera sesenta años y quisiera a alguien que me calentara los pies, tampoco le llamaría a usted. Con todo mi respeto, jefe. Con todo mi respeto.

Y se giró para seguir caminando hacia la salida del inmenso jardín.

—Ana, qué mala hostia tienes —le susurró Charo—. Y cómo me gusta.

Las dos mujeres se miraron con complicidad. Y Ana se dio cuenta de que le sentaba bien. Ir a trabajar. Relacionarse. Establecer contacto con otras personas. Quizá iba siendo hora de volver a empezar a confiar de nuevo en el ser humano. O en cualquier caso, en algunos pocos seres humanos muy concretos.

Inés. ¿Qué será de ella? ¿Cómo estaría siendo su vida en la cárcel?

El pensamiento llegó tan dolorosamente que Ana sintió ganas de vomitar.

4

INÉS

Uno nunca se acostumbra a estar en un sitio así. Pero sobrevive. No le queda más remedio. O eso, o muere. O le matan, que también entra en los límites de lo posible dentro de un centro penitenciario.

Pero si ni te mueres ni te matan, la única opción que te queda en la cárcel es tirar adelante. Inés aprendió enseguida que el truco más útil —por lo menos los primeros meses, hasta que empezó a resignarse a su destino— era pensar a corto plazo. A muy corto plazo, de hecho, como si solo fuera a seguir viva los próximos quince minutos de su vida, y más allá de ese límite la realidad se difuminara tanto que quizá ni siquiera pudiera llegar a existir. Aprendió que tenía que contar el tiempo como un alcohólico, resistiendo sobrio el siguiente cuarto de hora. Solo eso.

Puedes hacerlo. Son únicamente quince minutos. Nada más.

Te despiertas por la mañana. Te despiertan. Afortunadamente, has dormido toda la noche del tirón. Eso es que te estás acostumbrando a la cárcel.

No puedes pensar que te quedan aún dieciséis horas por delante, hasta que te dejen volver a tumbarte en la cama de nuevo e intentar no salir de allí con alguna pesadilla.

Tu cabeza se concentra en la mecánica de la rutina inmediata.

Ponerte las zapatillas y una chaqueta de lana —ahora es invierno y hace frío.

Saludar, gruñir o callarte, dependiendo de quién tengas de compañera de celda.

Echar el primer pis del día —en realidad, lo más duro de la vida en la cárcel es socializar todas esas pequeñas cosas que antes hacías en la intimidad, como ir al baño, ducharte o ver la televisión.

Cepillarte los dientes, más que nada por mantener el hábito, asegurándote, eso sí, de que lo que hay dentro del tubo es pasta de dientes —es algo que aprendes los primeros días de tu vida en la cárcel: no comas, te untes o te acerques nada a ningún rincón de tu cuerpo sin asegurarte antes de que es lo que crees que es.

Echarte un buen chorro de agua fría en la cara, para estar lúcida y despierta

desde el primer momento, porque aquí nunca se sabe.

Recogerte el pelo en una coleta, es mejor tener la vista despejada a ambos lados, para ver venir lo que pueda pasar.

Acordarte de la vida que dejaste fuera.

Mierda, no, eso no. Ya te ha vuelto a pasar.

En cuanto Inés se desconcentra y deja de prestar atención a las pequeñas rutinas del día, se viene abajo. «No puedes pensar en la vida fuera de estos muros —se repite—. Tu vida está aquí. Ahora. Dentro. Si piensas en lo que hay fuera, te hundes».

Vuelve a la mecánica.

La ducha.

El recuento.

El desayuno.

Así son todos los días de Inés. Exactamente iguales. Incluso con las cartas de admiradores que han llegado a centenares desde su detención. Al principio le hacía ilusión leerlas, pero pronto se dio cuenta de que todas eran iguales —el bando de los que la odiaban y el bando de los que la adoraban— y que muy pocas personas eran capaces de esbozar un pensamiento original. Aun así, la reconfortaba que la gente creyera en su inocencia. Al principio las cartas rompían la rutina de la cárcel, que podía parecer desesperante, pero a decir verdad tenía algo de manejable. Siempre sabes lo que va a pasar. Esa es una de las causas de la ansiedad, ¿no? El temor al futuro. Así que allí, nada de eso. El futuro en la cárcel ya se sabe cuál es. El mismo que el presente, al menos, por unos cuantos años, hasta que cumplas tu condena.

Si no te matan antes, claro.

Y con Inés lo habían intentado ya.

Un par de veces, como mínimo.

No hay nada peor en una cárcel de mujeres que la asesina de un niño.

Pero a los de arriba, pensaba ella, les convenía que siguiera viva. Al menos, hasta el juicio.

O a esa esperanza se agarraba.

5

El nuevo presentador estrella de la cadena silba cuando entra al camerino. No mucho, ni siquiera una melodía entera. Silba lo justo, apenas una veintena de notas, para atraer a la buena suerte. Lo hizo el día del estreno de su espacio de humor —por fin tenía un programa para él solo— y la audiencia se disparó hasta rozar el veinte por ciento de *share*. Al principio creyó que era por los pantalones, porque esa noche su estilista se había arriesgado con un modelo que llevaba trozos de varias camisas cosidos a lo largo de la pernera. Contó un par de cuellos, tres puños y dos bolsillos estratégicamente colocados en la tela vaquera.

—Susana —le preguntó—, ¿realmente ves esto como *look* para un programa político?

—Hombre —contestó ella en plan *vamosnofastidies*—, tú haces un programa de humor.

—¡Eh! —se quejó él—. ¡Un programa de humor inteligente! Tengo que parecer un tipo serio. La gente se tiene que reír de lo que digo, no de mis pintas.

—Tú estarías cañón incluso con un vestido silueta —le contestó Susana, intentando encauzar la conversación—, estos pantalones son tendencia, ya lo verás, me los han dejado del *showroom* de Velázquez, una nueva diseñadora que lo va a petar, te lo digo yo, y carísimos, que yo no te visto con trapillos, ya lo sabes, los pondrá a la venta a setecientos euros. Todos te van a imitar y en unas semanas Amancio sacará una copia e inundará las calles con vaqueros así. Tú habrás sido el gurú, el *trendsetter*.

Sí. Todo eso lo soltó la estilista sin respirar. Y el nuevo presentador estrella solo entendió la mitad de lo que decía, así que miró a la sastra. Bego tenía muy buen ojo. Y muy buen gusto. Muchas veces se giraba hacia ella con disimulo para que le diera su opinión de lo que le habían puesto. Si Bego ponía cara de asco, él buscaba cualquier excusa para deshacerse de ese estilismo. Pero si sonreía…

Esa noche Bego sonrió. Y él se puso los pantalones.

Se los puso ante millones de espectadores, porque resultó que una de cada

cinco personas que estaban delante de la tele escogieron *Punto en boca*. El programa. Su programa. Él. Le escogieron a él. Y en horario de máxima audiencia. Lo que había estado buscando toda su vida. El colaborador, el secundario, el invisible se convertía en estrella.

Era un hombre meticuloso. Gafe no, eso no, eso lo dejaba para las almas incultas que creían en las supersticiones, él prefería usar el término puntilloso. Perfeccionista. Minucioso. Así dirigía su vida y así iba a dirigir el éxito que por fin le llegaba tras tanto tiempo peleando por él. Llevaba veinte años en la tele, pero siempre relegado tras los presentadores estrella, siempre secundario, agarrado a un corcho, aguantando a flote pendiente de un mal dato o de la decisión de un directivo, temiendo que el teléfono dejara de sonar y los seguidores en Instagram fueran cayendo y ya no te reconocieran por la calle y ya no te sonriera cómplice la cajera del supermercado, y ya no te llegara de vez en cuando el regalito de alguna marca de ropa o cosméticos. Volverte transparente para los desconocidos.

Pero por fin había entrado en el club de los elegidos. Y ya no quería salir de allí.

Los pantalones.

Exigió a Susana continuar con esa marca. Le pidió los mismos pantalones —«Quiero exactamente los mismos, que sigan oliendo a mí»— que el día de su gran éxito. La audiencia marcó un diecisiete con cuatro. Un dato extraordinario, pero que para el portador del ego ya no era suficiente —cuando has tenido la gloria en tus manos, ser segundo es peor que llegar siempre el último, porque a ser el último te acabas acostumbrando.

Entonces se acordó del silbido.

La noche del éxito había silbado entrando en el camerino —su primer camerino—. Era una melodía pegadiza que oyó por los pasillos en el soniquete metálico de algún teléfono móvil. ¿Y si era eso? Probó.

Un diecinueve con cinco.

Se repetía el triunfo.

Y por eso, desde entonces, silba. Especialmente esa tarde, porque para celebrar un año de éxito la cadena había decidido emitir en directo el programa especial de Nochebuena. Ese silbido es el que oyó Javier Nori, antes incluso de que el nuevo presentador estrella empezara a girar la manecilla de la puerta. Aunque, por supuesto, él ya lo sabía. Lo sabía todo.

—¡Nori! —se sorprendió el nuevo presentador estrella de la cadena cuando lo vio cómodamente sentado en el sofá rojo que ocupaba todo el espacio bajo una

enorme ventana, justo frente a la puerta—. ¿Qué haces aquí, en mi camerino?

—¿Y tú qué haces llegando tan tarde? Estabas citado en estilismo hace dos horas. Ya han venido Susana y Begoña a buscarte un par de veces.

El presentador estrella lo miró con cara de asco.

—Te repito, ¿qué haces aquí, en mi camerino?

—Pues mira, que no quería pasar la Nochebuena en familia y me he venido un rato contigo a la tele —ironizó, cruzándose de brazos—. ¿Tú qué crees, Pachón?

—Te diría que te has peleado con tu mujer, pero no sé ni siquiera si la tienes. ¿Sabes? Creo que eres de los que pasa la Navidad en casa comiendo *pizza* frente a un ordenador. ¡Ah, no! —Sonrió irónicamente—. Que tú eres un *runner healthy*, ¿se dice así, verdad?, aunque no sé si eres lo suficientemente moderno para eso. Será que tantos años con el uniforme de Policía te han hecho olvidar cómo viste una persona normal.

Ignacio Pachón, nombre artístico del nuevo presentador estrella, fue caminando hacia el hombre que había osado entrar en su camerino sin su permiso, pero lo hizo como si no le importara lo más mínimo. Si no puedes con el enemigo, finge que te la trae al pairo. Llegó hasta una mesa de escritorio pegada a la pared, colocada justo bajo un gran espejo para que las estrellas pudieran admirarse desde cualquier ángulo. Allí reposaba su comida. Levantó tranquilamente la tapa de la bandeja sin dejar de mirar al intruso, aunque esa visita, en ese día y a esas horas, no podía significar nada bueno.

—Otra vez ensalada y pollo a la plancha. El director del programa ha vuelto a sobornar a los del comedor, seguro, si no, no lo entiendo. —Forzó una sonrisa para seguir aparentando normalidad.

—Quizá es que tu director —le respondió Nori sin perder la calma— sabe que te pasas la tarde echando monedas en la máquina expendedora de chocolatinas y poniéndote morado a azúcares, hidratos y grasas poliinsaturadas. ¿Qué tal va tu colesterol? Porque en el último análisis lo tenías por las nubes.

—Oye, pero… —empezó a protestar él, indignado ante aquella intromisión en su vida privada.

—Pero no —cortó en seco Nori—, no vengo a hablar de cómo te saltas la dieta, porque no es mi cometido y porque, la verdad, me da igual dónde metas toda esa grasa que te zampas. No entiendo cómo puedes estar tan delgado. Pero no he venido a verte por eso, sino a hablar de Mónica Spinoza.

El presentador estrella titubeó.

—¿Es que alguna revista —consiguió por fin decir— va a sacar algo?

—¿Algo como qué? —Tantos años de experiencia en la Policía habían hecho

de Nori un excelente interrogador. Nunca desveles tus cartas. Que nunca sepan hasta dónde llegas o hasta dónde sabes. Ve dándoles cuerda para que se ahorquen ellos solos.

—Ya sabes.

—No. No sé.

—Eso.

—Eso, ¿qué?

—Joder, Nori, que ya no estás en la Policía. Que se supone que estás de mi parte.

Así le gustaban a él. Perdiendo los nervios. Bajando las barreras que les permitían mentir. Vulnerables.

—¿Dónde has pasado la noche?

—¿Te crees que le estoy poniendo los cuernos a mi mujer? —pronunció, con algo que a Nori le pareció indignación fingida.

—Si solo fuera eso —contestó el expolicía, tensando más la cuerda.

—Venga, colega —rio nerviosamente el presentador—, deja para las series policíacas esa pregunta, que parece que hayan matado a alguien. Tío, que tengo programa en un par de horas, la primera vez que lo hacemos en directo, y al director no le va a gustar nada que vengas a ponerme nervioso con tonterías.

—Con tonterías.

—Oye, te juro que he sido muy cuidadoso con Mónica. Venga, colega, que tengo esposa, que, como esto salga, se cargan mi vida, que presento un programa político, de humor pero político, no uno de cotilleos. Que esto no me lo perdonan. Tienes que ayudarme. Seguro que se pueden comprar esas fotos. ¿No? Por aquí todo el mundo cuenta historias de presentadores que han comprado fotografías para conseguir que siga oculto lo que no quieren que salga a la luz. De ellos o de algún familiar. Podemos hacer una oferta, ¿no? ¿Te han dado algún precio? Dime. Dime cuál es.

Nori le sostuvo la mirada, con amabilidad, simulando incluso estar aguantándose una sonrisa. Echaba de menos derrotar a un delincuente. Lo que hubiera disfrutado con este tipo al otro lado de una mesa de interrogatorios. Pero no podía olvidar que estaba de su lado, trabajaba para él. Bueno, para ser exactos, trabajaba para la cadena. Y, de momento, Ignacio Pachón formaba parte de ella.

—¿Precio… de qué? —le contestó, recalcando con toda la intención ese «de qué»—. ¿Qué se supone que me han tenido que dar? —siguió, tras unos eternos segundos en silencio, con la cara más seria que fue capaz de componer.

El presentador estrella no supo si el nuevo director de tecnología y seguridad de la cadena estaba tomándole el pelo, si quería hacerle sufrir o si realmente le había tendido una trampa para que confesara su relación con la duquesa.

Lo cierto era que Javier Nori sabía más de él —sabía más de todos los presentadores de la cadena— que sus hermanas, novias y esposas. Más que los sacerdotes ante los que un par de ellos aún se confesaban. Más que lo que la mayoría se atrevía a reconocerse a sí mismos. Más incluso que los inspectores de Hacienda que habían estado hurgando en sus vidas unos meses antes. Nori había ido uniendo las piezas del puzle de cada uno de ellos metiéndose hasta en el último rincón de sus vidas. Era la única manera de proteger a esos ocultadores profesionales.

¿No del todo legal? Sí. Pero él prefería ir sobre seguro. Le habían encargado la seguridad técnica virtual y humana de la cadena. Y eso abarcaba desde la emisión de la señal del canal de televisión hasta la integridad de los presentadores. Casi a cualquier precio y con carta blanca. Cuando le contrataron, el hasta entonces subinspector de Policía Javier Nori dedujo enseguida que ese «casi» se refería no a la barrera de lo legal, sino a esa otra línea más difusa de lo verdaderamente criminal. Espiar los móviles y las cuentas de correo de sus protegidos entraba, creía él, dentro de sus atribuciones. Además de otras varias cosas.

Llamaron a la puerta. Quien fuera entró sin preguntar, sin que le hubieran dado permiso.

—¿Qué pasa aquí? —Era el director del programa.

—Nada.

Nori se levantó despacio, como si lo hubiera estado haciendo desde antes de la interrupción, como si hubiera estado yéndose desde hacía un rato y esa visita imprevista fuera un alivio para terminar de marcharse; aunque lo que pensó —pero no podía dejar que se notara— era que le habían jodido la diversión.

—Repasábamos las pautas para el programa de esta noche. Los directos hay que cuidarlos de manera especial, no nos podemos arriesgar a nada, ¿verdad?

El responsable de tecnología y seguridad miró al presentador con un gesto que el director del programa no supo interpretar. Pasaba algo, pensó el director, pero no estaba seguro de qué era. Haría que despidieran a ese expolicía si había puesto nerviosa a su estrella. Esa noche se jugaban mucho. El trabajo de años. Su credibilidad. Su carrera. Nunca se había enfrentado a un programa en directo, él era hombre de chistes grabados, donde podías parar ante cualquier dificultad, ante un plano que no te convencía, ante un presentador que titubeaba, ante

alguien del público al que le entraba un ataque de tos. Pero esa noche no. Esa noche, todo —lo bueno y lo malo— se iba a ver en esos televisores cada vez más grandes que la gente tenía en sus casas. Y él —no lo reconocería nunca— estaba muerto de miedo. No podía permitir que el presentador titubeara lo más mínimo. Era su gran especial de Nochebuena. La primera vez que la cadena apostaba por algo diferente a las tradicionales galas de Navidad con presentadores vestidos de tiros largos y una actuación musical tras otra.

—En fin, que es Nochebuena y os voy a ver desde casa, amigos. —Se volvió hacia ellos antes de cerrar la puerta del todo—. Por cierto, enhorabuena, me han dicho que el gran jefe ha adelantado la cena familiar para veros sin interrupciones. —Nori aún sabía cómo dar un buen puñetazo moral justo antes de salir de escena—. Que os vaya bien.

Si el director supiera todo lo que él sabía del nuevo presentador estrella de la cadena, seguro que no le regalaba los oídos como Nori imaginó qué estaría haciendo en ese momento, aunque a Ignacio Pachón no hacía falta levantarle la moral como a otros presentadores —ánimo, eres el mejor, les vamos a dar, es tu noche, eres grande, sal a comértelos—. O quizá sí. Al fin y al cabo, ese era su trabajo, que su presentador saliera al plató con el ego por las nubes, a comerse el mundo.

Antes de llegar al coche, el móvil le vibró en el bolsillo. Su teléfono personal. ¿Quién le llamaría a esas horas en Nochebuena?

Se sorprendió cuando vio el número en pantalla. Había perdido ya toda esperanza. Había dejado por imposible comunicarse con ella. Era Ana. Seis meses después, una de sus mejores amigas, además de mentora y antigua jefa, quería hablar con él.

Pero en ese momento él ya no estaba tan seguro de querer hablar con ella.

6

La duquesa de Mediona nunca quiso a su marido. Nunca quiso, en el fondo, a ninguno de los tres maridos que tuvo. Se casaba por puro instinto de supervivencia, agarrada con los dientes al escalón de la pirámide social que había logrado ascender cada vez. El ducado fue su último logro, la última venganza contra su propia historia personal.

—Mira, aquí hay algo, espera. —El forense retorció la pinza a través de la boca del cadáver.

Yon intentaba sacar un objeto de la faringe, hurgando con unas largas y finas pinzas metálicas. Por alguna extraña razón, su cara se contrajo en una mueca, como si el cerebro no pudiera concentrarse en una sola de las partes y la orden de hacer fuerza se irradiara hacia varios extremos del cuerpo, sobre todo, e inexplicablemente, hacia la cara. Tras forcejear un par de minutos, colorado por el esfuerzo, Yon ganó la batalla y enseñó triunfal el botín.

—Aquí lo tienes. Mira.

—¿Qué es? —preguntó Ana, inclinándose hacia el extremo de las largas pinzas que el forense sostenía en su mano derecha.

—¿No lo sabes? Fíjate bien. Seguro que lo has usado más de una vez.

—Hombre, así, lleno de restos corporales de un cadáver, no recuerdo haberlo utilizado nunca —bromeó Ana.

La inspectora jefa seguía examinando fijamente la pieza cuadrada, de color crudo, bordes redondeados y hueca en una de sus caras, que sostenía el forense. Parecía un dado al que hubieran aplastado hasta casi quitarle la tercera dimensión.

—¿Scrabble? —aventuró. Y le dio un vuelco el corazón. Cuántos recuerdos.

—Efectivamente, jefa. Scrabble. La duquesa tenía incrustada en el cuello una pieza del juego de palabras cruzadas más famoso del mundo.

—En los tiempos analógicos, dirás. El juego de palabras más famoso del mundo en nuestra juventud. Admítelo, querido, ya tenemos una edad.

—Sí, es verdad. A veces me olvido de que el mundo sigue evolucionando. —

Giró las pinzas hasta que colocó frente a los ojos de Ana una de las dos caras—. Mira, ¿ves lo que está grabado en la cara superior de la pieza?

Brillantes trazas granates de sangre coagulada, con pequeños grumos aleatorios, tejían un extraño cuadro posimpresionista sobre la pieza. Un par de hebras más gruesas y de un tono rosa pálido se habían quedado colgando de alguna pequeña imperfección del plástico, como hilos atrapados en un trozo de velcro. Ana imaginó que eran restos de músculo, o incluso de las cuerdas vocales, arrancadas en el tortuoso camino de la ficha faringe abajo.

—Espera, que la limpio un poco.

Yon usó un pequeño bastoncillo para reseguir la hondonada en bajorrelieve. Y ahí estaba.

—La letra E —dijo Ana.

—La letra E. Encallada entre la faringe y el esófago. Y no creo que llegara allí por propia voluntad de la víctima, claro.

Era fácil detectar cuándo Yon usaba la ironía porque su cuerpo tenía un chivato: la ceja derecha, que se alzaba automáticamente, disparada como una flecha hacia el nacimiento del pelo.

—Alguien se la hizo tragar —aclaró, aunque no hubiera hecho falta que lo dijese.

—¿Y eso le provocó la muerte por asfixia?

—Dolorosa y lenta. La pieza estaba ladeada. Dejaba entrar y salir un poco de aire cada vez. Pero muy poco. La duquesa inhalaba oxígeno, aunque no el suficiente para seguir viviendo a largo plazo. Y por largo plazo quiero decir quince o veinte minutos. De todas maneras, quizá murió antes. Debió de entrar en pánico al darse cuenta de lo que estaba pasando, y eso hizo que su cuerpo consumiera más oxígeno. Un oxígeno que no tenía.

—Mientras su asesino la miraba. ¿Cómo logró controlarla? ¿La ató? —Ana iba caminando alrededor del cuerpo, observando atentamente el cadáver, buscando marcas, indicios en la piel, cualquier señal que delatara que ahí había pasado algo extraño.

—No he visto marcas de sujeción —contestó el forense, dándose cuenta de lo que estaba buscando la inspectora jefa—. No hay moratones ni señales que indiquen que su asesino estaba sujetándola ni antes ni después de muerta.

—Tampoco había nada roto en la habitación, nada que indicara que allí hubo una pelea.

—La duquesa tardó varios minutos en perder la consciencia. Alguien que se asfixia busca desesperadamente ayuda, corre, se mueve, golpea cosas. ¿Por qué

nadie oyó ruido en la casa?

—Quizá porque no hubo ruido, porque no pidió ayuda.

—Puede que pensara que iba a salvarse. La pieza no interrumpía del todo el flujo de aire. Quizá su asesino le pidió que estuviera quieta y ella creyó que así le perdonaría la vida.

—Puede que la estuvieran apuntando con una pistola.

—Te puedo asegurar —le contestó el forense— que, aunque tuviera una metralleta pegada a la sien, en ese momento esa arma no existía para Mónica Spinoza.

—¿A qué te refieres? —Ana no lo entendía. Una pistola en la cabeza siempre es una pistola en la cabeza.

—Mira, Ana —siguió contándole Yon—, el cuerpo intenta sobrevivir al precio que sea. Da igual el miedo. El instinto de supervivencia va por libre. Todos los seres vivos solo quieren dos cosas: sobrevivir y reproducirse. Si la duquesa se estaba ahogando, lo único que le importaba era esa primera amenaza a su vida, lo único que quería era volver a respirar. El resto del mundo no existe. Ni siquiera una pistola en la sien. Solo importa el oxígeno que te falta.

El estruendo de la melodía de llamada del móvil de Ana rebotó en las losetas blancas de la habitación, como una falta de respeto al cadáver abierto en canal que yacía en la mesa de autopsias. Aunque nada comparado con los insultos que se empezaron a oír cuando descolgó.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Ella no contestó—. ¿Qué cojones estás haciendo? —repitió la voz—. A sus casas. El día de Navidad. Mientras están con sus familias.

Ruipérez gritaba bajito, intentando controlar el volumen de su enfado. Ana se lo imaginó encajando la cabeza contra la pared, en la esquina de la habitación más alejada del salón donde estaba reunida toda su familia, rojo de ira, procurando no dar puñetazos al estucado. Porque su comisario parecía uno de esos hombres que viven en una casa con las paredes estucadas y las estanterías llenas de las pastelosamente bucólicas figuritas de porcelana de Lladró.

—Dime, Ana, en serio. No querrás que me presente ahora mismo donde sea que estés para pedirte explicaciones en persona.

—No, comisario, claro. —Ana endulzó la voz, a propósito, para enfurecerlo más—. Ni se me ocurre molestarlo en un día tan importante, ahí, con su familia y tan contento, comiéndose los polvorones.

La inspectora jefa esperaba esa llamada desde hacía media hora. De hecho, Ruipérez había tardado demasiado. Y eso era porque quien le había llamado

pidiéndole explicaciones se lo había estado pensando mucho. Muchísimo.

Alguien de la lista, claro. El que había llamado a Ruipérez debía de ser uno de los cinco hombres. Esas cosas no se dejan a los demás, en asuntos así no se confía en nadie, ni en tu madre, porque las madres son las últimas en conocer los pecados de sus hijos. O en querer verlos.

Alguien de la lista, pues. Cinco nombres. Pero vaya nombres. Cuando unas horas antes Charo se la había llevado a la mesa de su despacho, Ana tuvo que releerla varias veces. El folio quemaba. Les iba a estallar entre las manos.

—¿Los llamamos? —preguntó su subordinada. Era el procedimiento habitual, pero…

—Bernabé López, secretario de Estado de Interior —leyó Ana en voz alta, como para creerse mejor que esos nombres eran reales—. Eduard Expósito, director general de Minyo para Europa. Albert Airob, presidente del Barça. Carlos Aguilar, jefe de protocolo de la casa real. E Ignacio Pachón, presentador de la tele. ¿Este quién es? —Ana miró a Charo.

—¿No lo conoces? Un presentador de esos del mogollón. Lleva toda la vida.

—Pues vaya. Aquí no falta nadie. Nos ha jodido mayo con las flores. —Si iban a tener que lidiar con eso… Tenemos a todos los poderes del Estado. La tele, la Policía, la mayor tecnológica del mundo, el fútbol e incluso la casa real. Menuda efectividad la de la duquesa.

—Para que la lista fuera completa nos faltaría un juez —matizó Charo—. De todas maneras, resulta que lo que tenemos tres plantas más abajo es el cadáver en la mesa de autopsias de una de las personas mejor informadas y conectadas de España.

—Era una de las personas mejor conectadas —y ya no, claro, porque estaba muerta—. Ya ves de qué le ha servido. Tanta información la hacía también peligrosa para alguien. ¿De dónde los has sacado? —preguntó Ana.

—¿Los nombres? Escondido tras un cuadro del dormitorio encontramos un móvil antiguo, uno de los primeros Nokia que salieron al mercado. Sin internet, evidentemente. Con tarjeta prepago. Irrastreable. Solo tenía cinco contactos en la agenda. Y solo se habían hecho o recibido llamadas desde esos cinco números.

—Eso no quiere decir que fueran amantes, si es eso lo que estás pensando. —Ana le guiñó el ojo a su compañera, mientras usaba su móvil personal para buscar fotografías y datos actualizados de los cinco hombres de la lista. No quería que quedara rastro en los dispositivos de la comisaría. Por si acaso.

—Por supuesto. Pero eran suficientemente especiales e importantes para Mónica Spinoza como para protegerlos, y protegerse quizá también a ella

misma, usando y escondiendo ese teléfono.

—¿Los llamamos? —A Ana le gustaba el riesgo, estaba claro.

El primer número que marcaron dio señal de apagado. No les pareció extraño. Si ese hombre estaba en casa con la familia, lo último que querría es que sonara ese teléfono. Buscaron en la base de datos hasta dar con el fijo de un domicilio de Madrid. Lo descolgaron al primer timbrazo, como si alguien estuviera esperando la llamada con la mano impaciente sobre el terminal.

—Hola. ¿Quién soy? —contestó una voz infantil.

—¿Quién soy? —Ana siguió el juego.

—Noooo. Quién soy ¡¡yo!!

—Un niño muy mayor de… ¡vaya! ¡De seis años ya! —Ana sabía que esa voz era de un niño al menos un par de años menor, pero a los peques les encantaba parecer mayores.

—¿Qué haces con el teléfono, Nicolás? —La voz se iba acercando al ritmo del taconeo de su propietaria.

Nicolás. Ana colgó, con el corazón encogido.

—¿Vergüenza? ¿A estas alturas? —Su compañera rio, sin darse cuenta de lo que acababan de escuchar por el manos libres.

—Nicolás. —Ana no era capaz de levantar la cabeza—. El niño se llama Nicolás.

—Joder, Ana. Ya es mala suerte. Deja, que llamo yo. —Le quitó el teléfono a su jefa. Era el nombre de uno de los niños víctima de Slenderman—. Ve al baño a poner las muñecas bajo un buen chorro de agua helada. Despéjate.

Cuando se serenó, minutos después, empezó a marcar, uno a uno, el resto de números de la lista. Las líneas por las que nunca esperarían una llamada como la que estaban a punto de recibir. «Buenas tardes, siento molestarle, ¿qué relación tenía con Mónica Spinoza? ¿Podría venir a comisaría a explicárnoslo? ¿Prefiere que un equipo vaya a su casa?».

Y fue por eso por lo que, en ese momento, tenía al teléfono a su comisario supurando cólera por los poros de la piel, sabiendo que, si tuviera a Ana a su lado, quizá no podría controlar su ira.

—¿Tú te das cuenta de a quién has llamado? —seguía gritando él, en ese ridículo modo susurro.

—Es el procedimiento habitual, comisario.

—¿El procedi…? ¿El procedi…? —Ana estuvo a punto de preguntarle si se había atragantado con un polvorón, pero se calló a tiempo.

—De manual —continuó ella, con calma—. Hablar con las personas del

círculo más próximo a la víctima. Y esos hombres lo eran.

Mientras recibía la bronca e intentaba dar explicaciones, miró a Yon, enfrascado aún en la autopsia. Y se acordó.

Colgó a su jefe.

—Ábrele el estómago. ¡Ya!

—Primero tengo que extraerlo y pesarlo —protestó el forense, pero ella no le dejó seguir.

—Hazlo rápido. Hay más piezas dentro del cuerpo de la duquesa. Estoy segura.

EL ODIO

Fue un 23 de junio a las seis y treinta y cuatro minutos de la mañana. Lo sabe porque su cuerpo se volvió, de repente, hipersensible. Sus sentidos fueron capaces de recoger hasta el más mínimo fragmento sensorial de lo que ocurría a su alrededor. El calor del sol que aún no había salido, pero que aguardaba ya tras la línea del horizonte. El bostezo de un perro que se acababa de despertar en el bajo que daba al callejón. El olor del desayuno de los madrugadores filtrándose por las ventanas apenas abiertas. Café. Tostada. Aceite.

Los pasos descalzos y perezosos sobre las losetas del cuarto de baño de la persona a la que estaba a punto de quitarle la vida.

Fue un 23 de junio a las seis y treinta y cuatro minutos de la mañana cuando se dio cuenta de lo que de verdad le gustaba en la vida. Y quiso retener ese momento en su memoria para siempre. Por eso alargó la caza durante todo el día, empachándose de ese sentimiento de poder.

Sospechó que sería difícil desengancharse. ¡Qué bien sabía en el paladar! Una palabra redonda, jugosa y ligeramente salada.

Matar.

Nunca había percibido el mundo con tanta precisión como en ese momento. Nunca había percibido la vida con esa clarividencia. Por fin todo tenía sentido.

Mientras esperaba a su primera víctima.

Disfrutó del momento. Cerró un instante los ojos para tomar conciencia de todos los detalles de lo que estaba sintiendo. La piel erizada. El oído alerta. El peso de su cuerpo balanceándose sobre las zapatillas deportivas. La saliva fluyendo por su boca. Luego volvería a ellos una y otra vez. Hasta que empezaran a desdibujarse. Y el recuerdo ya no fuera suficiente.

7

Ana y Yon miraban fijamente las piezas colocadas sobre la mesa de madera chapada del despacho de la inspectora jefa, como si concentrándose pudieran invocar la solución. El forense las había puesto en orden, o en el orden en el que el asesino se las había hecho tragar a su víctima. Allí estaban. Dos letras. E L. La E la habían encontrado en la faringe y es la que le causó la muerte por asfixia. La otra, la primera que se tragó, había logrado descender hacia su estómago. El dolor debía de haber sido terrible.

—Tenía el esófago lleno de laceraciones. La pieza le provocó cortes profundos en todo el sistema digestivo superior. Si no hubiera muerto asfixiada, la habría terminado matando una hemorragia interna.

—¿Cómo haces que alguien se trague algo así?

—No sé, Ana, yo entiendo de muertos. Tú eres la que te ocupas de comprender a los vivos.

Lo que al principio creyeron que eran piezas en serie del Scrabble habían resultado ser una imitación casera. Trozos ligeramente más pequeños y flexibles que los del original.

—Nuestro asesino sabía que iba a ser difícil que la duquesa se tragara las piezas. Así que creó las suyas propias.

—¿Él mismo? —preguntó Ana, sosteniendo con las manos la bolsa de plástico transparente en la que estaba la letra E.

—Creo que utilizó una impresora 3D. ¿A quién le encargas algo así? Si no quería dejar rastro, mejor hacerlo en casa. No es tan difícil. Pudo descargarse el diseño, o hacerlo por su cuenta con un programa informático. Cargas el material, como si fuera tinta, en la impresora, y te modela la pieza en pocos minutos.

—No se deben de vender tantas en nuestro país. Aún son caras.

Ana había dado la vuelta a la mesa para consultar en su ordenador cuánto podría valer una impresora de tres dimensiones. Las más sencillas rondaban los mil quinientos euros. Y había que sumar los cartuchos de material —lo que en una impresora normal era la tinta— que escupiría la máquina para modelar la

figura. Imposible seguir el rastro. Cientos de tiendas *online* en todo el mundo ofrecían este tipo de máquinas y las enviaban a España a través de servicios de mensajería, lo que hacía casi imposible la búsqueda. Aun así, Ana ordenó que investigaran en todos los comercios que vendían impresoras 3D en Madrid y alrededores, centrándose sobre todo en los modelos más baratos y en compras recientes.

—¿Y no pueden formar parte de otro juego? —le preguntó Ana al forense—. Me refiero a que quizá no las hizo él y nos estamos volviendo locos con las impresoras 3D. Quizá pertenecen a otro juego en el que se utilicen letras. O a una imitación barata del Scrabble comprada en cualquier chino. No sé.

—Eso pensé yo. Hasta que tomé una muestra rutinaria de una parte microscópica de cada pieza. Ya sabes, pasarla por el espectómetro de masas para conocer la composición, por si nos daba alguna pista de dónde o con qué había sido fabricada. Y me encontré con fragmentos de ADN.

—¿De la víctima?

—No. De otra persona. Y sí, ya he hecho mi trabajo. No me mires así. Lo he pasado por el códex. Sin identificar.

—Pero el asesino podría haber añadido ese ADN *a posteriori*, sobre la pieza —argumentó la inspectora jefa.

—No, Ana. No estaban sobre la pieza. —El forense recalcó la palabra «sobre»—. Estaban «en» la pieza. Dentro de la pieza. Incrustadas en la pieza.

—Lo he pillado a la primera, ¿sabes? —fue el atisbo de protesta de Ana—. Y no te rías de mí, que nos conocemos hace tiempo.

Se miraron cómplices, con la carcajada a punto de estallarles en el paladar.

—Ya sabes lo maniático que soy, y ya que tengo que trabajar el día de Navidad, mejor aprovechar el tiempo. Y así, de paso, me he librado de mi familia política, que este año me había tocado sentarme al lado de la plasta de mi cuñada.

—Quejas de la familia política al buzón de reclamaciones, por favor. Tú ya sabías lo que había cuando te casaste con tu mujer.

—La familia política es como el posparto. Te lo imaginas, pero nadie te cuenta la cruda realidad, amiga. Las hemorroides. Los escapes de orina. Las mastitis. Yo los sufro así, en silencio, en la familia de mi mujer.

—¿Ves? —Ana se había sentado junto a la ventana, apartando algunos de los expedientes que rebosaban en el alféizar—, por eso yo no he pasado ni por lo uno ni por lo otro.

—Te juro que la mía es como tres partos sin epidural y con el niño del revés.

Pero a lo que íbamos, te estaba contando lo del ADN en la ficha. Pensé que la composición de las piezas nos daría una pista de dónde se habían comprado, o del material con el que se habían hecho. Tomé una muestra de cada una y la pasé por el espectómetro de masas. Tampoco iba a volver a casa antes de que se fuera hasta el último ejemplar vivo de mi familia política. Así que tenía que entretenerme en algo y este fue el resultado. Mira. —Le enseñó un folio con los datos del análisis.

El nombre químico exacto del material del que estaban hechas las piezas de Scrabble usadas por el asesino era ácido 2-hidroxipropanoico. También llamado ácido láctico o poliácido láctico, familiarmente PLA, un polímero que estaba viviendo su momento de gloria gracias a las impresoras 3D, sobre todo las domésticas, porque no necesita de altísimas temperaturas para poder ser modelado.

—Y nuestro amigo mezcló el PLA con ADN de alguien que no era la duquesa. Quizá el suyo propio.

—No exactamente en el material con el que imprimió la pieza, sino en el material con el que la coloreó. La pintura marrón con la que trazó las letras sobre cada ficha ha resultado ser no solo pintura marrón.

—Pintura más ADN, pues. ¿De alguien vivo o muerto?

—Esperemos que vivo.

* * *

La duquesa vivía en la que había sido la urbanización más segura y custodiada de Madrid. Un fortín con accesos y salidas controlados que se construyó al norte de la ciudad a mediados de los años cincuenta para los más ricos y discretos, pero que también acabaron colonizando los que querían hacer ostentación de dinero y poder. Más parcela, más jardín, más salones, más cuartos de baño, más metros de piscina o más —y más exótico— personal de servicio.

Las tatas del pueblo que criaron a varias generaciones de españolitos ricos se convirtieron de repente en algo ordinario que había que sustituir por jóvenes filipinas recién aterrizadas en Barajas, chicas a las que tenías que enseñar a manejar un aspirador y a hacer un gazpacho, pero que ante las visitas quedaban como un accesorio muy cosmopolita y moderno. Esos nuevos ricos vivían en una competición constante.

Algunos de los que compraron casa en la urbanización de la duquesa se acababan de mudar a Madrid tras hacer dinero y quedárseles pequeña su capital

de provincia. Otros se habían enriquecido en dudosos negocios auspiciados por el poder fascista del dictador Francisco Franco y su panda de amiguetes que le daban tanto a la represión como a la corrupción. Y una pequeña parte, los menos, habían conseguido triunfar en el *choubisnes*, palabra que quedaba más moderna y —falsamente— elitista que la tradicional expresión «el mundo del espectáculo», demasiado paleta para esos nuevos ricos que se creían con más mundo y estilo que el resto del país.

La urbanización se había acabado convirtiendo en un reducto de mansiones gigantescas ocultas tras altísimos muros que parecían echarse encima de cualquiera que se aventurara por las serpenteantes calles asfaltadas que la atravesaban. Ana tenía una teoría: el tamaño de las puertas abiertas en esas paredes era proporcional a la ostentación de la familia que habitaba la casa. En el caso de la duquesa de Mediona, la entrada era tan grande como los portones de la catedral de Burgos.

—Perdonen, pero estábamos saliendo. El personal de servicio tiene la mañana libre para ir al funeral de la señora.

Los recibió Andrés. A plena luz del día, a Ana le pareció que era una de esas personas que se fundían con el lugar en el que se encontraran, como si hubieran brotado allí con el resto de la vegetación.

—Gracias, Andrés. Sé que es mal momento, pero querríamos pedirle un favor. ¿Le importa quedarse unos minutos con nosotros? Nos gustaría repasar algo importante, algo que se nos escapa. El agente Barriga y yo queríamos comprobar un par de cosas.

—Por supuesto. La cocinera también sabe conducir. ¡Pepa! —Utilizó un telefonillo colgado de la pared de la garita de seguridad, vacía en ese momento. Quizá el guardia estuviera haciendo la ronda—. ¡Pepa! Soy yo. Id tirando vosotros, en el coche grande. Yo cojo luego el pequeño, la Policía quiere preguntarme unas cosas. No, no pasa nada, tranquila, todo está bien. —Levantó entonces la cabeza para dirigirse directamente a los dos policías—. Pero pasen, pasen, no se queden aquí en la verja de entrada. Pasen y cerremos la puerta.

De día, la extensión de césped que rodeaba la mansión era aún más impresionante. Estaba recién cortado, el olor a hierba mojada refrescaba sus paladares como un helado en verano. A pesar de la muerte de la dueña, la casa y sus habitantes seguían funcionando como el engranaje de un reloj. Ya no tenían a quién servir, pero sin saber qué hacer, por inercia vital, cada uno continuaba cumpliendo con las rutinas de su día a día. En realidad, del día a día de la vida de la duquesa. Limpiaban y cocinaban como si ella estuviera viva. Una boca menos

que alimentar y una cama menos que hacer tampoco se notaban tanto en una casa de mil metros cuadrados y diez personas de servicio. Ana se preguntó cuándo y cómo se pararía ese engranaje doméstico. Y qué sería de aquella gente. Imaginó que todo dependería de los herederos. El testamento de la duquesa no se había abierto aún. Nadie sabía quién o quiénes se llevarían su inmensa fortuna.

Justo en ese momento se cruzaron con la comitiva de empleados que se dirigía al funeral de su señora.

—Mire… —empezó a decir el agente Barriga.

—Andrés.

—Mire, Andrés. Nos gustaría hablar con usted un momento. ¿Hay algún sitio donde podamos hacerlo con tranquilidad?

—Ahora mismo cualquier sitio de la casa. Todo el personal está de camino a la iglesia. ¿Van a tardar mucho? —Ana se fijó en que el hombre empezó a estrujar impaciente, o nervioso, una pequeña bufanda de lana azul que llevaba en las manos—. Es por respeto a la señora, saben. Por llegar a tiempo al funeral.

—No se preocupe. Mejor aquí que en comisaría, ¿verdad? —amenazó el agente Barriga. Ana quiso fulminarlo con la mirada, la amenaza, aunque fuera velada, era una táctica contraproducente con un hombre así.

—Tranquilo, de verdad —se apresuró a cortar a su subordinado—. No se preocupe. Es pura rutina. Tenemos que asegurarnos de quién entraba y salía de la casa, los movimientos de la duquesa, si hubo algo extraño en las últimas semanas o los últimos días, y usted —ahora lo alabaría, para relajarlo—, creemos nosotros, es la persona de servicio más importante aquí, conoce a todo el mundo. Todos confían en usted. Lo que nos diga es importantísimo.

—Si les parece —sugirió Andrés—, vamos a la cocina, allí hay una mesa grande y podremos hablar con tranquilidad.

Los llevaba a la zona de servicio. Y a Ana le dio la sensación de que ese hombre aún creía, de alguna manera, que la señora seguía viva. O su espíritu. O quizá era la fuerza de la costumbre y no quería invadir las zonas nobles de la mansión, el territorio de la duquesa. Por alguna extraña razón, las partes nobles de la mansión seguían vetadas al servicio para todo lo que no fuera limpiar, ordenar y mantener. No se habían atrevido —quizá ni siquiera se plantearon— a cambiar el orden establecido.

La gran mesa de madera clara en la que se sentaron parecía estar allí antes que la misma casa, antes que los cimientos, antes incluso que alguien pensara en cargarse ese bosque y edificar una urbanización de lujo. Las cuatro patas podrían perfectamente tener raíces que traspasaran las losetas de formica hasta hundirse

en la tierra para alimentarse de ella. Ana la acarició como quien acaricia el lomo de un perro, con suavidad, disfrutando del tacto y del calor animal. Le pareció que la madera gruñía de placer bajo su mano.

—Ustedes dirán. —Andrés los miraba con una mezcla de tristeza y orfandad.

—Sé que usted es una persona discreta —le dijo Ana, mirándole a los ojos— y que su fidelidad por la señora es incuestionable. Sé que la ha servido todos estos años de manera excepcional, guardando todos sus secretos. Pero, Andrés, su señora ha sido asesinada. —Hizo una pequeña pausa para que el hombre se diera cuenta de la importancia de lo que acababa de decir. Asesinada, asesinada, asesinada. Cuatro segundos en silencio para que la palabra rebotara en su cerebro—. Y nosotros queremos lo mismo que usted, encontrar a quien lo hizo. Su fidelidad ahora la tiene que demostrar ayudándonos a que sepamos quién es el culpable. Es el mayor homenaje que puede hacerle a la señora. ¿Lo entiende?

El hombre asintió con un ligero movimiento de cabeza. Había fijado la mirada en la mesa, como si estuviera digiriendo lentamente las consecuencias de lo que podía o no podía contar. Ana aprovechó el momento para deslizar cinco fotografías hasta dejarlas justo en su campo de visión.

—Háblenos de estas personas. ¿Conoce usted a alguno de estos cinco hombres?

Tardó unos segundos en reaccionar. Quizá más de la cuenta. Ana podía sentir los engranajes de su cerebro luchando entre ellos. Tenía que ayudar a que la balanza cayera del lado que les interesaba.

—No tenemos nada contra ellos, Andrés. Nada. Solo queremos saber qué relación tenían con la duquesa. Si es que tenían alguna —matizó, para no darle pistas o hacerle contestar lo que él pensaba que ellos querían oír.

Había testigos con tantas ganas de quedar bien, de agradar o de no decepcionar a los agentes que, a veces incluso de manera inconsciente, tergiversaban la realidad o veían solo una parte de esa realidad, justo la que cuadraba con la hipótesis de la Policía o con lo que ellos creían que era la hipótesis de la Policía. Pero lo que menos podía esperar la inspectora jefa esa tarde era la respuesta que el guardés iba a dar a su pregunta.

—Han encontrado el teléfono, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted del teléfono? —le preguntó, sorprendida, Ana.

—Que estaba pegado detrás de un cuadro. La señora me dijo que si algún día le pasaba algo a ella, yo podía confiar en las personas que estaban en la agenda de ese móvil. Que podía llamar a cualquiera de ellas y pedirles ayuda.

—¿Ayuda por qué? ¿De qué tenía miedo Mónica Spinoza?

—La señora vivía con miedo. Ya han visto la fortaleza que eran sus habitaciones.

¿Provocaba ese miedo algo o alguien en concreto? La duquesa de Mediona tenía una extensa red de contactos. Estaban los que se veían, la gente poderosa con la que se dejaba fotografiar en eventos de postín y que copaban páginas y páginas de las revistas del corazón. Pero esa mujer era como un iceberg, lo más importante es lo que quedaba oculto bajo el agua. Nadie sabía hasta dónde llegaba su hielo.

—¿Notó usted algún cambio últimamente? —Algo había tenido que pasar, algo había tenido que cambiar, para que alguien decidiera matarla. La duquesa siempre había manejado información confidencial.

—Yo creo que fue la Biblia.

—¿La Biblia? —Ahora solo faltaba que Mónica Spinoza creyera que en la Biblia había profecías que afectaban a su vida.

—Una vez a la semana venía la profesora Écija, la guía espiritual de la señora. —Vaya, vaya, la duquesa creía en gurús—. La señora me contó que todo estaba escrito en los libros y que cualquier cosa que quisiera saber estaba en algún libro del mundo, incluido el futuro. La profesora Écija le había enseñado una cosa llamada bibliomancia, para obtener respuestas.

—Eso lo hacía mi abuela. —El agente Barriga se levantó, buscando algo por la cocina. Volvió a la mesa con un libro de recetas—. Es lo único que he podido encontrar, perdón. Esto empezó a hacerse con la Biblia, pero también serviría cualquier otro libro. —Cerró los ojos y pareció concentrarse en algo—. Lo que estoy haciendo ahora es pensar en una pregunta y la repito muchas veces en la cabeza. Por ejemplo, ¿ganará el Madrid la Champions este año? Entonces abro el libro por cualquier página, sin mirar, claro, y señalo una parte.

Miraron todos hacia donde apuntaba el dedo del agente, incluido el propio Barriga, que había vuelto a abrir los ojos. El índice se había posado justo bajo una palabra, patata.

—¿Patata? —Ana no entendía la lógica de todo eso.

—Bueno, ¿qué esperas en un libro de recetas, jefa? Ahora corresponde al vidente interpretarlo. Yo podría decir que la patata es blanca por dentro, con lo que efectivamente el Madrid ganará la Champions, o que de la patata se hace puré, con lo que van a destrozar al equipo en alguna eliminatoria.

—¿Y su señora —Ana volvió a dirigirse a Andrés, que estaba sonriendo ante la demostración de bibliomancia a la que acababan de asistir— practicaba esto?

—Entre otras cosas. Pero un día, hace varios meses, salió de la sesión muy

asustada, con una Biblia en la mano. Entonces fue cuando hizo lo del teléfono. Me pidió que comprara un terminal de los antiguos, sin internet. Y eso era raro porque ella podía comprarlo perfectamente desde su ordenador.

«Quizá no quería que quedara rastro», pensó Ana.

—«Es el Salmo 140», me dijo, «me ha salido el Salmo 140, tengo que protegerme, pero si me sucede algo o te pido ayuda, Andrés, puedes confiar plenamente en los hombres de este teléfono».

Buscaron en sus móviles. Salmo 140. «Líbrame, oh, Jehová, del hombre malo; guárdame de hombres violentos, los cuales maquinan males en el corazón».

—Bueno —reflexionó el agente Barriga—, era más difícil que en la Biblia le saliera la palabra patata. —Sonrió, como si fuera un gran chiste—. Ahí todo son calamidades. Si buscas algo malo que te pueda pasar, te pasará.

—Andrés —Ana quería reconducir la conversación a temas serios—, ¿le dijo a usted quiénes eran esas personas?

—No. Ni yo le pregunté. Yo nunca preguntaba. La señora me contaba lo que quería, pero yo nunca preguntaba. Nunca. Pero sí que días después de comprarle el teléfono, me mandó llamar para que recogiera unas cosas de la habitación. En la tele estaba este —señaló una de las fotografías con el dedo— y me dijo que era uno de los hombres a los que tendría que llamar en caso de que le pasara algo y me enseñó el escondite tras el cuadro. ¿Eran estos el resto de personas del teléfono?

Andrés señaló las fotografías que Ana le había puesto sobre la mesa.

—No se lo puedo decir —le contestó ella, hermética—. Lo siento. Lo que queremos saber es si usted vio a alguno de estos hombres en la casa.

—A estos dos. —Señaló a Ignacio Pachón y a Bernabé López.

—¿Sabe quiénes son? —le preguntó Barriga, que se había mantenido callado durante todo el interrogatorio, después de su metedura de pata inicial.

—Este sí. Claro. Presenta el programa ese de la tele. El otro no sé quién es.

—Empecemos, pues, por este. ¿Qué relación tenía con la duquesa?

—Eso no lo sé —contestó—. Porque yo solo me encargaba de abrirle la puerta y llevarlo de manera discreta hasta las habitaciones de la señora.

Ignacio Pachón empezó a frecuentar la mansión de la duquesa seis meses atrás —«Justo cuando el caso de esos niños y la periodista —les dijo el hombre—, de eso sí que me acuerdo, fue justo por aquella época»—. Ella le dio órdenes estrictas —«Andrés, yo te aviso, lo recibes tú y lo subes al apartamento por la zona del jardín»— de mantenerlo a salvo de las miradas del resto de los ocupantes de la casa. El presentador tenía que acceder de la manera más discreta

a la caja de seguridad que eran las habitaciones privadas de la duquesa dentro de la mansión.

—Al principio las visitas eran esporádicas —siguió contando Andrés—, una vez cada quince días. Pero después del verano, en septiembre, empezaron a ser más regulares, incluso hubo una semana en la que la visitó un par de veces. Aunque justo antes de Navidad algo pasó. Se marchó a la media hora, y eso no era normal porque sus visitas solían durar dos o tres horas. Fue la última vez que vino.

—¿Esa fue la última vez que lo vio?

—Bueno, no, lo vi más veces. Por la tele, claro. Pero aquí, en la casa, no. Si se refieren a eso. Aquí a la casa nunca más vino.

—¿Y el otro hombre al que ha reconocido? —Ana le preguntaba por Bernabé López, secretario de Estado del Ministerio del Interior, cuya fotografía Andrés también había señalado.

—Ese hacía tiempo que no venía por aquí. Estuvo frecuentando la casa una temporada, y menudo lío, con los escoltas y todo eso. Debe de ser alguien importante, ella nunca me dijo quién. Pero luego dejó de venir. Aunque…

—Aunque ¿qué?

—Creo que eso no quería decir que no se vieran. Alguna vez llevé a la duquesa a otras casas, casas discretas que le dejaban los amigos, y en alguna ocasión creí ver a alguno de los escoltas de este señor vigilando la casa.

—¿Del resto no sabe nada? —preguntó Barriga, mirando de reojo a Ana para comprobar que no había metido la pata.

—No. Se lo juro. Este —señaló al presidente del Barça— me suena de algo. ¿Es un actor? ¿Sale por la tele? Pero no sabría decirle.

—Muchas gracias, Andrés. ¿Tiene previsto algún viaje?

—No. Igual en Nochevieja voy a ver a mi familia, unos primos lejanos que viven en Cuenca, pero no lo sé —empezó a estrujarse las manos en un gesto nervioso—, depende de cómo esté todo en la casa —concluyó, como si fuera posible que la duquesa regresara de la muerte, como si todos esperaran, en algún momento, volver a la normalidad.

—Por cierto, tanto usted como el resto de los trabajadores de la casa tienen que avisarnos si salen de Madrid, ¿de acuerdo? No hace falta que vengan a comisaría, solo llámennos y digan dónde van a ir y durante cuántos días.

Andrés asintió, pensando en qué implicaban esas palabras. ¿Eran sospechosos?

—Ahora —continuó Ana, levantándose—, necesitaríamos comprobar el

perímetro, para ver cómo pudo entrar el asesino.

—Lo que nos preguntamos la inspectora jefa y yo —volvió a intervenir el agente Barriga— es cómo pudo el asesino entrar y salir de una casa con un sistema de alarma tan sofisticado, con cámaras de seguridad que rastreaban todo el perímetro y con un guardia en la puerta permanentemente. O casi, porque cuando hemos llegado no estaba.

—Quizá en ese momento —empezó a disculparle— haya ido al baño. Esteban, el guardia que está de día, bebe mucha agua, está a dieta, bebe agua para que se le llene el estómago y así no tener tanta hambre, o eso dice, que ya me dirán ustedes cómo se quita el hambre con agua. Bueno, que eso, que igual ha ido al baño cuando ustedes han llegado. —De repente, miró el reloj que tenía en la muñeca, un antiguo modelo que seguro que hacía años que no se fabricaba, y dio un respingo—. ¡Por Dios, qué tarde es! Voy a llegar tarde al funeral de la señora. Buscamos a Esteban y los dejo con él.

—Sí, claro —contestó, solícita, Ana—. No se preocupe. Y, sobre todo, recuerde, tienen que estar todos localizables. No pueden abandonar el país sin una autorización explícita del juez. Ya se lo dijimos el otro día, pero, por favor, recuérdeselo ahora usted.

—Por cierto, ¿han visto ya las imágenes de ese día? —les preguntó, justo cuando ya se iba.

—De eso no podemos hablar con usted, lo entiende, ¿verdad? Discúlpenos —replicó Ana, sorprendida por la pregunta.

Cómo pudo entrar y salir el asesino de la duquesa era el gran interrogante del caso. Habían visionado las cámaras de seguridad. Varias veces. Varias personas. Y no encontraron nada sospechoso. Nadie fuera del círculo de Mónica Spinoza accedió a la vivienda —o salió de ella— durante las horas anteriores y posteriores a su asesinato. Solo había dos opciones: o se les había escapado algo o el asesino formaba parte del personal de la mansión.

—Queremos comprobar que las cámaras no tienen ningún ángulo muerto. El agente Barriga va a ir recorriendo el perímetro —le explicó Ana al guardia de seguridad— interior y exterior de la vivienda. También intentará entrar en la casa por varios puntos. Y nosotros le observaremos a través del circuito cerrado de televisión. Están las cámaras grabando, ¿verdad?

Dos horas de trabajo para otro callejón sin salida. Las cámaras no grababan dentro de las paredes de la casa —hubiera sido un chollo policial tener el asesinato en alta definición—, pero no dejaban un centímetro del muro sin enfocar. Así que no había punto muerto por el que el asesino pudiera haberse

colado. O entró por la puerta principal, o ya estaba dentro.

O tenía un cómplice en la casa.

Algo se les estaba pasando.

8

—Tiene una visita en la entrada. Preguntan por usted.

Cuando la vio, de pie, tiesa como una estaca en el inmenso vestíbulo blanco, lo primero que pensó fue en el sufrimiento. Sufrir no solo deja una huella en el alma. También nuestro cuerpo muta, encaja golpes, cruje, se comba, se tambalea, se parte. El cuerpo se deforma y se amolda al dolor para seguir en pie. Y eso es lo que él estaba viendo en Ana. Los golpes de la vida.

«Al menos no ha olvidado dónde debe colocarse un policía —pensó de su antigua jefa—. Ahí está, con la espalda pegada a la pared, en el rincón desde el que hay mayor visibilidad de la estancia, controlando los lugares de acceso y escapatoria. Le sale de manera innata. Como respirar».

Reencontrarse en un lugar público les facilitó las cosas. Podían quitar la emotividad de la ecuación. En medio de tanta gente se limitaron a ser educados, y eso era relativamente fácil.

—Hola. —Nori fue el primero en hablar mientras se acercaba a ella, de hecho, incluso antes de acabar de llegar a su lado, Nori ya estaba saludándola—: Hola.

—Hola —contestó ella.

Ese hola, ambos lo sabían, no era solo un saludo. A veces queremos decir más, pero no nos sale, y cargamos toda la intención en esas cuatro letras. Hay holas amargos que no perdonan nunca. Otros holas se tienen que contener para no estallar de la ilusión por el encuentro. Algunos languidecen de aburrimiento o hastío. En otros se esconden preguntas nunca formuladas. Aunque la mayoría son de educada indiferencia.

En su caso, era un hola lleno de preguntas. Tras ese saludo cargado de intención, los cuerpos de Ana y Nori contactaron a través de los ojos, en una larga y laberíntica mirada. Él estuvo a punto de alargar la mano, pero se arrepintió a tiempo. Entre ellos o era un abrazo o no era nada. Y un abrazo allí en medio no podía ser.

—Has tardado mucho, Ana.

—He tardado mucho. —Lo vio cambiado, no supo decir en qué, pero la

persona que tenía delante no era la que vio por última vez saliendo de una celda de comisaría tras ser puesto en libertad sin cargos, seis meses atrás—. Pero ya estoy aquí. ¿Cómo te va a ti?

—Aquí no. —Hizo una larga pausa, estaban en un lugar con muchos oídos—. Imagino que vienes a verle a él, ¿verdad?

Ella asintió. Claro que venía a verle a él. Y claro que Nori lo sabía. No se preguntó cómo, porque eso hubiera sido dudar de la inteligencia y los contactos de su antiguo subordinado. Sí, venía a verle a él, al nuevo presentador estrella de la cadena, y sí, venía a verle porque Ignacio Pachón estaba en la lista de personas de interés —ahora ya no se les llamaba sospechosos, y menos en este caso, tenían que andar con pies de plomo— por el asesinato de la duquesa de Mediona.

—Está grabando un programa especial para estas fiestas. Ven, vamos a verlo.

Mientras caminaban por la maraña de pasillos, escaleras y ascensores del edificio, Ana y Nori se mantuvieron en silencio. Fijaron la vista hacia el frente, con miedo de ser pillados en falta.

—Mi madre ha perdido el volumen.

—¿El qué? —La frase pilló por sorpresa a Ana, que dio un pequeño respingo antes de girar el cuerpo para mirar a su amigo con cara de incredulidad.

—El volumen, que ha perdido el volumen. O la vergüenza. Ahora se dedica a odiar en voz alta.

—¿Cómo que odia en voz alta?

—Pues eso. Que no puede contenerse. Que vas con ella en el autobús y te dice: «Por Dios, qué mal huele el hombre este que tengo al lado» en un tono en el que la oye todo el autobús, incluido, claro, el hombre aludido. O se cruza con alguna vecina y te suelta: «Esta es la que tiende las bragas chorreando y encharca todo el patio de vecinos». Y también en voz bien alta, para que la oiga todo el bloque. O «Qué gorda se ha puesto esta en unos meses», y claro, la gorda y las personas a cien metros a la redonda se enteran. No sabes la vergüenza que paso a su lado. Igual tiene un tumor cerebral y no lo sabemos.

De repente, como si se hubiera encendido una bombilla en su cerebro, Ana dejó de andar. Se paró, cruzó los brazos y miró a su acompañante con cara de pretendida seriedad.

—Tu madre vive en el pueblo, casi no puede andar, y solo sale de casa para ir a misa. —Tuvo que controlarse para que no se le escapara la risa—. Joder, Nori, que casi me lo creo.

—Bueno, tenía que intentarlo, ¿no? Por lo menos te he hecho sonreír.

El edificio principal de Canal Once era una caja gigantesca en la que estaban metidas otras cajas de distintos tamaños, como un puzle en tres dimensiones cuyas piezas encajaban perfectamente. Los platós se elevaban doce metros hasta el techo. El resto de salas y despachos se encajonaban entre ellos, formando un tetris que ocupaba hasta el último rincón de la nave nodriza.

—Aquí es. —Nori empujó una pesada puerta metálica—. Ahora tienes que poner el móvil en modo avión —le pidió a Ana—, si no, puede interferir en los sistemas de grabación del plató. —Y entraron a lo que parecía una inmensa nave industrial, un enorme cuadrado de quince metros de altura en el que estaba construido el decorado de *Punto en boca*. A pesar de eso, Ana se llevó una pequeña decepción.

—Parece más grande en la tele —susurró.

A Nori se le escapó una sonrisa.

—Lo decís todos los que venís por primera vez. Es por el gran angular en el objetivo de las cámaras. La lente convierte un pequeño plató en un escenario grandioso. Incluidos los presentadores, que ganan varios kilos en la tele, porque el angular no solo agranda los decorados, también engorda a las personas. Los primeros días me sorprendí porque todos los famosos con los que me cruzaba me parecían más delgados.

Fueron caminando en paralelo a la parte trasera del decorado, una altísima estructura de madera sostenida por contrafuertes que reposaban en el suelo. Ana se fijó en los extraños códigos pintados a mano en cada una de las partes del armazón.

—Es el indicativo de dónde encajan—le contó Nori—, como si fuera la solución a un puzle. Así pueden montarlo rápido y sin contratiempos. Aquí los platós se aprovechan para varios programas, y los operarios tienen que ser capaces de montar y desmontar las estructuras en tiempos récord. Ten cuidado, mira bien dónde pisas. El suelo está lleno de trampas.

Cables de todos los tamaños atravesaban el estrecho pasillo en penumbra, también piezas del decorado que no se usaban en ese momento o que ya no se usarían más —un cofre del tesoro, jarrones de varios tamaños, algunos cuadros, una ruleta rusa, dos taburetes, un par de cojines y tres sillas—, palés llenos de botellas de agua, cables, muchos cables, e incluso personas. Lo que más le sorprendió a Ana fue ver a personas, aparentemente sin nada que hacer, ocupando ese espacio que parecía la cara oculta de la luna destinada a almacén de los trastos.

—En la tele, sobre todo en los programas en diferido —le explicó Nori—, hay

muchos tiempos muertos, mucha espera hasta que el realizador da la orden de grabar y empieza el espectáculo. Toda esta gente tiene su cometido, y están aquí aguardando a que les llegue su turno. —Señaló una zona del plató mejor iluminada—. Mira, ahí lo tienes. Le están retocando el maquillaje.

El presentador estrella inclinaba ligeramente el torso hacia delante para que la maquilladora, algo más baja que él, pudiera llegar bien hasta su cara. Le daba pequeños golpecitos con algo parecido a una esponja redonda, y cada uno de ellos llenaba el aire alrededor de un fino polvo de color carne, como un halo mágico. Daban ganas de soplar y pedir un deseo.

—Le está quitando los brillos de la cara. —Nori bajó la voz para que no los oyeran—. El brillo en la tele es feo, parece sudor. Y este presentador suda tanto que a veces es como un árbol de Navidad. Bego, la sastra, tiene preparadas varias piezas de la misma camisa para cambiársela durante las pausas. ¿Sabes que muchos presentadores se ponen bótox en las axilas para que no les suden? Pero es igual. El sudor tiene que salir por alguna parte. Por el pecho, por los pies, por el culo, por la cabeza incluso. A este le caen chorretones de sudor desde el pelo, le bajan hacia la nuca y se precipitan en caída libre por la espalda. Por eso está prohibidísimo darle un plano desde atrás. No se le puede ver la espalda en pantalla. Nunca. Yo creo que es por todas las operaciones estéticas que lleva. —Hizo un leve gesto de asco—. Tiene tanto plástico encima que se cuece a sí mismo.

«Lo que lo haríamos sudar tú y yo en una sala de interrogatorios», pensó Ana. Y un pellizco de nostalgia le retorció el estómago.

—¿Cuándo quieres hablar con él?

—En cuanto acabe de grabar.

—Faltará aún una media hora. Como mínimo. Ven, vamos a ver un programa en directo. Eso sí que es adrenalina. Ahora mismo estamos emitiendo *Viva la tarde del domingo*, justo desde el plató que está aquí al lado.

Entraron por una pequeña puerta lateral encajada junto a la grada del público. En el escenario, una presentadora en zapatillas deportivas despedía a un grupo musical que Ana no supo reconocer. Estalló un aplauso. Y, de repente, todo se volvió un caos.

—Se acaban de ir a publicidad.

Nori se acercó a una chica de pelo largo y rizado a la que llamó Sole.

—Es la regidora —le contó luego—, la encargada de poner orden y transmitir al plató lo que el director y el realizador piden desde el control. Sole grita «silencio» y aquí se callan hasta los mosquitos.

—Siete minutos de pausa y volvemos —anunció Sole—. Y lo que nos queda. Hoy nos han metido cinco horas de programa. Funcionó tan bien el otro día que lo han alargado toda la tarde. Los viejecitos se nos van a morir de un soponcio, no están acostumbrados.

—¿Los viejecitos? —preguntó Ana.

—Sí. Mira allí. —Sole señaló un grupo de asientos en la parte inferior de la grada, justo en el extremo derecho, al lado del set principal del plató.

Los viejecitos resultaron ser cinco ancianos, cuatro mujeres y un hombre, sentados en la primera fila de los asientos destinados al público.

—¿No te suenan sus caras? —le preguntó la regidora a Ana.

—Desde aquí, la verdad, no veo nada —contestó ella, colocando la mano derecha como una visera, sobre los ojos, tratando de que los focos no la deslumbraran—. Con las luces, solo distingo siluetas.

—Cuesta acostumbrarse a estos focos, son muy potentes. Además, instintivamente los miramos y nos ciegan. Hay que luchar contra ese instinto. Huir de la luz. Lo contrario a cuando nos morimos y vamos por el túnel. —Soltó una carcajada—. Perdona la confianza, en la tele tenemos un humor bastante negro. Bueno, pues esas cinco sombras que ves ahí no se conocían de nada, pero coincidieron el primer día que se grabó este programa, hace ya seis meses. Y desde entonces vienen todas las semanas.

—¿El público es el mismo todas las semanas?

—¡No! ¡Qué va! El público cambia semanalmente, los trae una agencia que se encarga de rellenar las sillas de los platós de la mayoría de canales de televisión. Pero esos cinco ancianos tocaron el corazoncito del director. Corazoncito, he dicho, así en diminutivo, porque un corazón sería exagerado para ese capullo. —Sole les explicó que fue ella la que sentó juntos a esos cinco ancianos en ese primer programa de *Viva la tarde del domingo*—. La gente siempre viene acompañada a las grabaciones, esto es largo y aburrido —le contó—, pero ellos estaban solos, las únicas cinco personas solas de todo el autobús. Los puse juntitos porque me dieron mucha pena. Eso sí, en la última fila. «Escóndelos arriba del todo», me ordenó el director, «quiero jóvenes y guapos delante».

Algo pasó entre esos cinco ancianos, conectaron, se hicieron amigos, vieron el uno en el otro las ganas de vivir que no tenían. Le pidieron a Sole poder asistir a la siguiente grabación. Ella los volvió a colocar al fondo, en una zona poco iluminada, para que el director no se diera cuenta. Desde entonces no se habían perdido un programa.

—Y van ya casi cien —recalcó la regidora—. Están incluso más jóvenes. Te

lo juro. Llegaron arrastrando el alma y ahora creo que se van a poner un traje de superhéroe cualquier día. Tienen más marcha que yo. —De repente Sole dejó de mirarlos y se llevó la mano a la cabeza, apretando un casco contra su oído derecho—. Vale, vale, ya voy, ya voy —le dijo al micrófono que llevaba conectado a los cascos—. Os dejo, Nori, que empezamos a grabar la última parte y tengo que poner orden en esta jaula de grillos. Silencio. ¡Silencio! ¡Todos! —Se alejó, gritando—. Que empezamos ya.

Sole. Ana anotó mentalmente el nombre, por si la necesitaba. Seguro que era la persona que más sabía de lo que pasaba entre esas cuatro paredes.

—Ana, vamos a tomar un café —propuso Nori.

La cogió del brazo y la fue guiando hasta el exterior del plató. Estaban de nuevo en la maraña de pasillos de la cadena, por la que caminaron durante varios minutos. ¿De verdad la gente podía orientarse por allí?

—Acabamos de pasar la cafetería —le dijo Ana—. ¿Adónde me llevas?

—Esperaba que vinieras —le contestó, guiñándole el ojo—. Sí, supe del asesinato de la duquesa poco después de que tú llegaras a la escena del crimen, ayer a última hora de la tarde. No te extraña, ¿verdad? Aún tengo amigos en la Policía. Todavía no me han echado de los grupos de WhatsApp de guardias de la porra, así que me entero de muchas cosas, como que ayer era tu primer día en homicidios. Y ellos no pueden decir que me lo han filtrado. Simplemente, que creían que yo no estaba ya en el grupo. Y todos contentos. Ven a mi despacho, te he preparado una cosa. ¿Escaleras o ascensor?

Ana le miró con cara de circunstancias.

—Vale, vale —contestó Nori—, solo quería picarte. Escaleras, pues.

Bajaron dos plantas y al final de un largo pasillo accedieron a un pequeño despacho. La única luz natural que entraba en la estancia provenía de una larga y estrecha ventana entre la pared y el techo, con lo que Ana dedujo que estaban en un semisótano.

—Nadie ve nada desde fuera —le dijo Nori cuando observó su cara de extrañeza—. Estamos en el sótano, la ventana queda justo bajo el enrejado que cubre uno de los conductos de ventilación. Nadie se puede acercar a ese cristal. Es imposible quitar la reja y, aunque alguien usara una radial para reventarla y consiguiera hacerlo antes de que se le echara encima mi equipo de seguridad, aún tendría que sortear los aires acondicionados y los conductos de ventilación. Y te aseguro que, para refrescar los platós, hace falta mucha, mucha potencia, y que lo que sale por ahí es muy, muy caliente.

La pared derecha del despacho —la que no se veía desde la puerta de entrada

— estaba ocupada por tres hileras de televisores. Ana contó quince. En algunos de ellos se veían los canales de televisión convencional. En otros, las cámaras de seguridad del recinto. Pero los tres que estaban más cerca de la silla de su amigo reproducían extraños códigos, líneas de texto y gráficos. Los monitores espía de Nori. Desde allí podía controlar la vida de casi cualquier persona que se propusiera.

—La puerta es acorazada, claro —siguió contándole—. Y con apertura mediante huellas dactilares y reconocimiento de iris. Me tomaron por loco cuando lo pedí, pero lo puse en mi contrato, como las estrellas. —Se les escapó una carcajada cómplice—. Esto es la empresa privada, amiga. La ley del más fuerte. Además, aquí guardo muchos secretos. Ya te lo puedes imaginar. Bienvenida a mi guarida en la planta sótano del edificio F del Canal Once. Toma. —Le tendió un buen taco de papeles, encuadernados con un sistema de anillas.

—¿Y si no llego a venir?

—Pues te hubieras perdido esto. Ven, siéntate aquí y lo vemos. Nos vamos a reír un rato, te lo aseguro.

—Ya veo el nivel, señor, tiene usted un despacho con sofá.

—Un búnker con sofá —matizó Nori—. Pero el sofá no estaba. Me lo regaló hace un par de semanas Rosana, la presentadora del magazine de las mañanas. No le gustaba el que tenía en su camerino y se ha comprado otro.

—¿Qué es esto? —le preguntó ella, mirando las hojas.

—Esto, amiga, es la vida y milagros de la duquesa de Mediona.

Lo que Nori le tendió a Ana eran todas las informaciones sobre Mónica Spinoza que habían aparecido en la prensa del corazón en los últimos cinco años.

—Tenemos un departamento de documentación maravilloso —le explicó—, solo tengo que pedir por esta boquita y ¡chas!, me preparan dosieres completos de quien quiera.

—Es lo que tiene el famoseo, que su vida es pública —Ana empezó a ojear el grueso dosier, de más de trescientas páginas, sobre la mujer que había aparecido asesinada en su mansión fortaleza—, no como la de nuestros manguis y asesinos, que no tienen un *Hola* ni un *Cuore* que nos eche una mano a los polis.

—Mira, empieza por este. —Nori le señaló el primer reportaje del recopilatorio—. Lo he puesto al principio porque lo publicaron hace tan solo dos semanas, con motivo de la Navidad, y es el que más actualizado está. Además, tienes fotografías de la duquesa en su casa y un resumen de su vida en una entrevista hecha expresamente para dorarle la píldora y alabarla. Vamos, como

un interrogatorio de los nuestros. —Rio—. Te va a dar muchas pistas de cómo era y cómo había llegado hasta allí.

«Mónica Spinoza sincera su corazón estas Navidades», titulaba la revista. Abría el reportaje una fotografía a página entera de la duquesa vestida con un espectacular abrigo de piel —insinuando que no llevaba nada debajo, ni siquiera ropa interior—, sentada al borde de la piscina, con los pies descalzos en el agua, la misma de la que Ana y Yon habían rescatado los muñecos. Al fondo aparecían la inmensidad verde del cuidado césped y la mansión.

—¿Aparece por algún lado del dosier lo de los muñecos, Nori?

—¿Qué muñecos? No lo he leído todo, pero no me suena de nada. ¿Qué muñecos dices?

Ana le contó a su amigo el absurdo rescate de esos dos supuestos niños que resultaron ser réplicas exactas de dos criaturas de cuatro años.

—Vamos, ya te digo que, conociendo este mundillo —le contestó Nori, ojeando su copia del dosier—, si se hubiera sabido lo de los maniquíes, habría sido portada durante meses.

—Estoy esperando el perfil psicológico de la duquesa, igual tenía algún tipo de problema mental. Quién sabe. Es todo muy extraño en este caso.

—Casada tres veces. Primero a los veinte años con Luis Fili, un futbolista que iba para gran figura (llegó incluso a jugar con la selección española absoluta de fútbol), pero al que una artrosis crónica y degenerativa de rodilla —«¡Qué raro siendo tan joven, y qué pena!», dijeron todos los especialistas consultados— condenó al banquillo del olvido justo cuando su carrera empezaba a despegar. El divorcio llegó once meses después. «Recuerdo a Luis con mucho cariño —contaba Spinoza en la entrevista—, pero éramos jóvenes y alocados. Quisimos ir muy rápido y nos dimos cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro». Y lo descubrieron, o lo descubrió Mónica, menuda casualidad, justo tras esa lesión de por vida de su marido que había truncado su carrera hacia el estrellato, la lluvia de millones y la adoración popular.

Cuatro años después «en la cola de un banco» —como si los ricos hicieran cola en los bancos, se rio Nori—, la duquesa conoció a su segundo marido, Julián Borgo, heredero de la dinastía de los Borgo-Borbín, un emporio de bodegas que había diversificado recientemente el negocio hacia la construcción, multiplicando el patrimonio familiar. La nueva señora de Borgo supo entonces lo que era salir del gimnasio en Madrid, pegarse una ducha y subir a un jet privado para cenar en París. «No tenía ni que arreglarme, para no perder el tiempo, que es muy valioso, el tiempo, ¿verdad? En el avión viajaban una peluquera y una

maquilladora, que me preparaban, aunque tampoco da para mucho el trayecto Madrid-París. En dos horas apenas puedes peinarte, maquillarte y escoger el vestido que te vas a poner. Todo un poco justo. Lo cierto es que a veces era algo estresante». A Ana le sorprendía la capacidad de determinadas personas para vivir aisladas del mundo real, pero, sobre todo, para contar su vida de excesos al resto de la humanidad sin darse cuenta de que para alguien con dos dedos de frente lo que decían era ridículo. «Y no tenía que conducir, claro, no voy a pilotar yo el avión de vuelta —se hacía después la graciosa—, con lo que podía beber y pasarme con el champán, ja, ja, ja». «¿Sigue manteniendo relación con los hijos de Julián?», le preguntaban después. Mónica Spinoza no contestó. «La duquesa —escribió el periodista— baja la mirada, en un gesto de dolor. Se nota que es un tema que le afecta, ella es una mujer sensible, lo demuestra su dedicación en varias ONG, con su trabajo infatigable por los niños huérfanos. El vacío de los hijos de Julián Borgo es para Mónica Spinoza una lápida que lleva en el alma. Nos aventuraríamos a decir que está a punto de llorar ante la pregunta, pero que se contiene, por respeto a este periodista y a ustedes, los lectores de esta publicación».

Diez años le duró este segundo marido a Mónica Spinoza, hasta que un ataque al corazón en un hotel de Madrid la hizo enviudar por primera vez mientras ella jugaba a las cartas con sus amigas en su casa de La Moraleja.

—Las malas lenguas dicen —le contó entonces Nori a Ana señalándole la fotografía de un hombre poco agraciado— que el marido murió de un viagrazo, que estaba con alguna amante o alguna prostituta en el hotel y que, para cumplir como un machote, se pasó con la dosis y el corazón le hizo pum. Uno de los policías que fue a darle la mala noticia a la duquesa a su casa es colega y me contó hace tiempo que a ella se le escapó una media sonrisa antes de acordarse de que tenía que poner cara de shock y empezar a gemir y llorar. Además, en vez de salir pitando para el lugar donde acababa de morir su marido, se quedó en casa, dicen otra vez las malas lenguas que terminando la partida de cartas, y no salió de allí hasta tres horas más tarde, caracterizada de luto riguroso y espectacular, para hacer su entrada triunfal de viuda desconsolada en el Anatómico Forense.

—Con todas las cámaras delante, claro —apostilló Ana.

El último marido la había hecho duquesa. «Hans era el amor de mi vida y lo seguirá siendo hasta que me muera», era otro de los titulares del reportaje, sin saber entonces qué rápido iba a hacerse verdad. Al duque lo conoció en la Feria de Abril de Sevilla —un buen lugar para cazar a un buen partido, pensó Ana,

intentando recordar qué plebeya había conocido a un futuro rey europeo también en una caseta de la feria— y le conquistó «su manera de bailar sevillanas, como si te estuviera haciendo el amor». Con el duque, Mónica conoció a la nobleza europea y recorrió castillos en invierno, y yates y villas en verano. «Hans me enseñó a amar la vida, a disfrutarla, me hizo querer seguir viviendo, exprimir la felicidad. Nunca sabía en cuál de nuestras casas íbamos a dormir al día siguiente, o dónde comeríamos ese mediodía. Con él todo era un viaje en la montaña rusa de la vida. Nunca fui tan feliz». «Ni tan rica», pensó Ana que se le había olvidado decir.

Todo lo contaba la duquesa entre fotografías en maravillosos rincones de la casa de Madrid arreglados para la ocasión. Ana tenía memoria fotográfica, y enseguida se dio cuenta de los cuadros, flores, muebles, cojines e incluso estatuas que no estaban en la casa cuando ella recorrió la escena del crimen, como si la hubieran mejorado para que saliera perfecta en las fotografías del reportaje. Siguió pasando páginas. Al final del reportaje una imagen le hizo dar un vuelco al corazón.

—¿Has visto esta? —Se la mostró a Nori, señalándola con el dedo. Era una fotografía pequeña, en la parte inferior derecha de la página.

—¿Qué tiene de particular? —preguntó él, sin entender.

—Vaya, Nori —Ana sonrió—, no lo sabes todo. Tus tentáculos no llegan a todas partes. Me alegra llevarte la delantera en algo. —Él engurruñó la frente como un niño pequeño—. Lo que tiene de particular esta fotografía publicada unos días antes de la muerte de la duquesa es que reproduce parte de la escena del crimen. Así apareció el cadáver. Tumbado, en ese mismo sitio, casi en la misma posición. Aquí ella tiene las piernas cruzadas una sobre la otra, pero el resto está prácticamente igual. El asesino la colocó tumbada en el suelo, con las piernas y los brazos completamente extendidos hacia los lados. Y la rodeó con dos círculos, uno de basura y otro de joyas. Pero, joder, está en el mismo sitio. Como si quien la mató se hubiera inspirado en esta imagen. Demasiada coincidencia, ¿no crees?

—Eso tendrás que preguntárselo cuando lo detengas, pero sí, es demasiada coincidencia, y ya sabes que yo no creo en las coincidencias. —Miró el reloj y se levantó de un salto—. Ana, tenemos que irnos a plató, ya ha pasado media hora, y si terminan y no estamos allí, Ignacio Pachón se nos va a escapar. Por cierto, tengo otra cosa más. Otro regalo para ti. —Le dio una memoria USB, que Ana miró con cara de no entender—. Querida, esto es una televisión. Lo que te llevas bajo el brazo en ese dosier es la historia de la duquesa retratada por la prensa

escrita. Pero aquí, en esta memoria digital, la tienes en acción. Te he hecho, bueno, me han hecho, la verdad, un resumen con los momentos en los que hemos hablado de ella en esta cadena en los últimos cinco años. Me salían más de doscientas horas de emisión, así que he pedido que escogieran lo más relevante. Aquí tienes unos ciento veintitrés minutos. Llámame cuando los visiones. Y yo no te he dado nada, por supuesto, que de aquí no se puede sacar ninguna imagen sin rellenar mil formularios. Si necesitas algo más, solo tienes que pedírmelo.

Caminaron hasta un largo y estrecho pasillo con una veintena de puertas a ambos lados, cada una, con un nombre. Ana imaginó que eran las estrellas de la cadena, pero no le sonaba ninguno. Casi no veía la televisión. Apenas los informativos cuando tenía tiempo. Nori golpeó con los nudillos una de las últimas puertas, la que daba acceso al camerino de Ignacio Pachón. Cuando lo vio, a Ana le pareció que su cara le era vagamente familiar, pero no encontró nada en su recuerdo, así que supuso que le sonaba de haberlo visto alguna vez en la pequeña pantalla.

—Mi trabajo aquí es defenderlo, Ana —le había advertido Nori antes de entrar—, no te extrañes de lo que va a pasar ahora, no puedo ser tu aliado, al menos, de cara a la galería; pero sigo siendo un poli, no te olvides de eso.

Eran las ocho y media de la tarde cuando Ana salió del edificio principal de la cadena de televisión; se despidió de Nori con dos besos. Él aprovechó el momento para retenerla contra su cuerpo unos segundos más de lo educadamente necesario y susurrarle al oído. La frase aún resonaba en su cabeza horas después.

—Ana, ¿por qué no nos dejaste ayudarte?

9

Primero fue la oscuridad. Durante mucho tiempo. En su cabeza. En su estómago. En su hígado. A su alrededor. Oscuridad densa y húmeda. Se le pegaba a los ojos como brea enfriándose y ya no podía deshacerse de ella.

Encerrada en su habitación. Metida en la cama. Bajo las sábanas.

Ana desarrolló entonces —en ese mundo sin luz— una sensibilidad especial para percibir los objetos a su alrededor, como si ella ya no fuera nunca más un conjunto de células separadas del mundo, sino un dolor que se fundía con el resto del universo. Con los fríos bordes metálicos del marco de la ventana. Con la mullida alfombra que dormitaba bajo la cama. Con el rugoso color blanco de las paredes. Con las astillas que no habían terminado de desprenderse de la puerta de la habitación tras el último puñetazo que le dio a la madera.

Todo aplastaba a Ana, como si el mundo entero hubiera colapsado sobre sus ojos cerrados. En sus largos días de oscuridad podía seguir el viaje hasta la troposfera del aire exhalado por sus pulmones, o tocar con los dedos el contorno de las ondas electromagnéticas por las que se escapaba el calor de su cuerpo mientras ella se enfriaba cada vez más. Oía incluso el crujir de los ácaros que vivían en su almohada, dándose un banquete con las escamas de piel que se le habían desprendido durante todos esos meses sin levantarse de la cama.

Nunca se había sentido tan sola. Nunca se había odiado tanto a sí misma. Pero al menos tenía una sábana con la que cubrirse de pies a cabeza.

Esa cama era su fortaleza, su trinchera frente a la vida. Esa habitación era su refugio antibombas, su cuartel de invierno.

Si seguía allí, quieta y tapada, aguantando las náuseas, nada podría empeorar.

Bajo esas sábanas pensar en la muerte era un alivio. Tan solo existe, entonces, un último miedo, el miedo al dolor físico. Porque al otro, al dolor del alma y del corazón y de las tripas, ya estás acostumbrada. A las lágrimas que te comes ya estás acostumbrada. Y a las que viertes a oscuras. A los retortijones en el estómago ya estás acostumbrada. A no dormir estás acostumbrada. A golpearte la cabeza para intentar dejar de pensar ya estás acostumbrada.

Ana fantaseó con esa idea. Dejar de ser. Dejar de sufrir. Fin. Paradójicamente, ese pensamiento le permitía vivir un poco más. El consuelo de saber que podía terminar su agonía cuando quisiera bajaba el nivel de desesperación hasta un límite tolerable y le daba un poquito más de margen a la vida. A su vida.

Al imaginar su muerte, la paz la dejaba vivir un poco más.

Era en esos momentos cuando se arrastraba fuera de la cama. Su cuerpo se movía tanteando en la oscuridad. Para ir al baño. Para beber agua. Para masticar un poco de pan de molde rancio. Para meter los dedos en alguna lata de comida y hurgar entre los restos de cualquier cosa parecida a un alimento, algo que le diera calorías suficientes para seguir respirando, ¡¡viva!!, sobreviviendo un poco más.

Así pasaron semanas. Meses.

Arrancó el telefonillo que comunicaba su casa con el portal para que no sonara. Dejó de cargar el móvil. Bajó todas las persianas y corrió todas las cortinas. Desconectó el timbre de la puerta. Al principio, algunos días creía intuir al otro lado del rellano cómo alguien la llamaba. «Ana, abre, Ana. Por favor. Ábreme», creyó escuchar a Joan. A Nori. A Charo. Los primeros días tras la detención de Inés estuvo tentada de dejarlos pasar. Pero sabía que no iba a encontrar alivio en su compañía. Tenía que purgar esa culpa ella sola. «Dejadme en paz —consiguió gritar alguna de las veces—. Dejadme en paz».

Estoy viva. De momento.

Pero pasaban las horas y pasaban los días y pasaban las semanas y Ana no conseguía romper el círculo vicioso de la rumiación emocional.

Hasta que alguien tiró abajo la puerta de su casa.

10

—¿Ha habido más suerte con el resto de sospechosos?

Llamar sándwich a lo que se estaban comiendo era una temeridad. Lo que masticaban Ana y Charo, derrotadas en sus sillas, era algo parecido a dos trozos de esponja rellenos de crema de afeitar. Pero si alguna cosa habían aprendido como policías era que nunca se debe dejar pasar la ocasión de comer cuando hay oportunidad. Tampoco de ir al baño. Porque a veces tarda en volver a presentarse otra. Haciendo tronchas en Apolos —las largas horas de apoyo y vigilancia en furgonetas camufladas en las que no se podía poner el aire acondicionado ni la calefacción para que el ruido del motor no alertara a los malos—, los agentes usaban botellas de plástico para poder orinar dentro, algo relativamente fácil para un hombre pero tremendamente complicado para una mujer. Por eso, casi todas las policías habían aprendido a llevar en el bolso un pequeño embudo. Para apuntar mejor. Como un hombre.

Así que esa tarde las dos comieron lo único que tenían a mano. El bar de la jefatura ya había cerrado y solo disponían de las máquinas de comida de los pasillos. Era el sándwich, una bolsa de patatas fritas o una palmera de chocolate.

Eligieron la esponja rellena.

Con esa bomba cardiovascular en sus cuerpos pusieron al día sus descubrimientos de la mañana.

—Estamos a la espera de que los compis de Barcelona localicen al presidente del club de fútbol. Parece que se ha ido a pasar las Navidades a una isla del Caribe, si hacemos caso a la prensa del corazón, aunque no tenemos confirmación oficial. El juez se resiste a darnos una orden para pedir los manifiestos de las compañías aéreas, pero sabemos que pasó por el control de pasaportes el día 23 a las nueve de la noche —Charo tendió a Ana una copia del registro electrónico de aduanas, señalándole la línea de datos correspondiente— en el Aeropuerto de El Prat, justo a la hora, según la autopsia, en la que estaban matando a Mónica Spinoza.

Ahí estaba. Albert Airob Aliena. Número de pasaporte 078945673. Fecha 23-

12. Hora 20.30.45. Agente 785649 en el puesto de control 14.

—No lo descartemos aún. A ver si contesta al mensaje que le hemos dejado en el buzón y corroboramos su coartada. —Ana se levantó de la silla para limpiarse las manos con un trozo de papel higiénico, siempre tenían varios rollos circulando por las salas de trabajo.

—Nos quedan Bernabé López, secretario de Estado del Ministerio del Interior, y Carlos Aguilar, jefe de protocolo de la casa real. Con el poder hemos topado.

—¿Algo del juez? ¿Nos va a dar la orden?

—¿Estás de broma? Para acercarnos a esos dos vamos a tener que acumular más pruebas que contra el toro que mató a Manolete. ¿Te ha vuelto a llamar Ruipérez para preguntarte cómo va el caso?

—Llamar es un eufemismo. Me ha vuelto a gritar. Lo único que me consuela es que él estará recibiendo la misma ducha de escupitajos desde arriba y por partida triple. Voy a ir a ver al juez para intentar que me autorice a hacerles una visita de cortesía. Que no me quieran recibir es otra cosa.

Los dos únicos hombres de la lista de la duquesa con los que habían podido hablar cara a cara eran el presentador de televisión y el director para Europa de una de las mayores redes sociales del mundo.

—Empieza tú, Charo —le pidió Ana.

Eduard Expósito había resultado ser un tipo normal.

—Demasiado normal para mi gusto —le contó Charo a su jefa, mientras pasaba la lengua por una muela en la que se había quedado una miga de pan—. La gente que se esfuerza tanto en aparentar que es como tú, que es tu colega, esa gente que ves que quiere desesperadamente caerte bien, es gente peligrosa. Es la que barre la basura bajo la alfombra, y no su alfombra, sino la tuya, y te endosa su porquería sin que te des cuenta.

—¿Tiene coartada para el día del asesinato? —Ana volvió a sentarse y siguió tomando notas en su cuaderno.

—Tiene coartada para la cena. Lo debieron de ver decenas de personas en el hotel de lujo en el que celebró una cena previa a la Nochebuena y que se alargó hasta casi las cinco y media de la madrugada. Asegura que fue directamente a su casa. Se ha ofrecido incluso a darnos el móvil para que comprobemos su geolocalización esas horas.

—Acércate por su casa. Sí, ya sé que no tenemos orden judicial —Ana cortó el inicio de protesta de su subordinada—, pero solo por el exterior, por si tiene cámaras de seguridad. Tantea al personal de servicio. Quién sabe, igual alguien sale a pasear al perro y te cuenta algo.

—Perfecto. Y a ti, ¿cómo te ha ido en la tele?

—Más de lo mismo —contestó Ana—. Ha sido raro hablar con ese presentador, durante todo el rato no pude dejar de pensar que me sonaba de algo, sobre todo su voz, me era familiar.

—De verlo en la tele. Lleva tropecientos años saliendo.

—Será eso —admitió Ana—, o quizá fue porque se había hecho tantas intervenciones estéticas que ya tenía una cara de esas como comprada por catálogo. No sabías dónde mirar. Parecía una de esas señoras mayores con la cara destrozada por el mismo cirujano. Y la nariz… ¡ufff! ¡Qué grima! Tenía que concentrarme para mirarlo a los ojos. En la tele no se nota tanto, pero en persona es bastante evidente y molesto.

—¿Por qué se harán esas cosas? —preguntó Charo—. Es joven. No llega a los sesenta años.

—Pues a esa edad algunas señoras famosas van ya por su segundo *lifting*. ¿O te crees que todo es Photoshop?

Ignacio Pachón tenía coartada. Había pasado la noche con su madre.

—Hablé con la mujer por teléfono como me pediste —explicó Charo— y lo corroboró. Al principio me pareció que intentaba recordar de qué día le hablaba, pero enseguida lo confirmó. —Miró sus notas y leyó la declaración de la mujer —: «Sí, es verdad, mi hijo estuvo aquí toda la noche, no nos íbamos a ver en Nochebuena porque tenía programa en directo, así que quiso cenar conmigo, se hizo tarde y se quedó».

—Pues nada, otro que se cae de la lista —contestó Ana—. No quiso decirme por qué visitaba a Mónica Spinoza.

Por mucho que Ana insistió, no fue capaz de sacarle qué tipo de relación tenían él y la duquesa.

—Usted no lo entiende, inspectora. —Ignacio Pachón había vuelto una y otra vez al mismo argumento, sentado en una de las sillas de su camerino.

—Inspectora jefa —le corrigió, cortante, Ana.

—Inspectora jefa —contestó él, como en un acto reflejo—. Usted no lo entiende.

—¿No entiendo exactamente qué? —Ana le miró a los ojos, sin parpadear, con una sonrisa casi burlona, apoyando la barbilla en su mano derecha.

—La naturaleza de la relación que me unía a la duquesa. Es privada. Quizá ahora más que nunca, debo guardarle el secreto. ¿Sabe usted qué es la lealtad? —la retó.

—¿Y usted, está nervioso? —Ana cambió de tema.

—Nervioso, ¿por qué?

—No sé, quizá por esa relación secreta con una mujer que acaba de ser asesinada.

—Inspectora jefa, por favor —le había cortado Nori, muy serio, hablándole de usted, marcando las distancias con ella frente a Ignacio Pachón—. Estamos colaborando con ustedes, de buena voluntad. Estamos respondiendo a sus preguntas y podríamos no hacerlo porque este señor —señaló al presentador— no tiene ninguna obligación.

Ana no consiguió sacarle nada más a Ignacio Pachón.

—Por respeto, no puedo contarles qué relación me unía a la duquesa. Era algo entre ella y yo. Pero no, no es lo que parece. —Repitió eso varias veces. «No es lo que parece».

—¿Y qué parece? —le pinchó Ana.

—Pues lo que hubieran publicado las revistas del corazón si supieran que yo había estado visitándola de vez en cuando.

—¿Y qué hubieran publicado las revistas del corazón?

—Inspectora jefa —había vuelto a cortar la conversación Nori—. No estamos aquí para formular hipótesis.

Nori estaba haciendo su trabajo. Ya se lo había advertido a Ana. «Trabajo para la cadena, no para ti». Y precisamente por eso se había guardado el contenido de los varios correos electrónicos que había interceptado entre Ignacio Pachón y Mónica Spinoza. Ya se los daría a su amiga en caso de que fuera necesario. De momento, sabía con seguridad que el presentador y la duquesa no eran amantes. A Nori le pagaban por proteger —se tuvo que recordar— a esa gente. Y, mientras no infringieran la ley, lo seguiría haciendo, aunque eso implicara ocultarle pruebas a su antigua jefa.

—¿Eso significa que los cinco hombres en la agenda del teléfono no eran amantes de la duquesa? —preguntó Charo en voz alta cuando Ana le terminó de relatar el interrogatorio.

—No lo sé. —Ana cogió un trozo de papel higiénico para limpiarse los restos aceitosos que el sándwich que se acababa de comer había dejado en sus manos—. Igual no tenían una relación sentimental. Igual era laboral. Quizá se intercambiaban secretos. ¿Te imaginas que la duquesa trabajara para el CNI? ¿Te imaginas que fuera una espía del Estado? Quizá por eso nos están poniendo tantas trabas en la investigación.

—Algo tiene que haber para que ella los protegiera hasta el extremo de tener sus números en un teléfono antiguo sin conexión a internet, oculto tras un

cuadro. Tenemos que hablar con el resto para completar el puzle. Necesitamos acceder a Bernabé López. ¿El comisario te ha dicho algo? Quedó en que iba a hacer la gestión él mismo.

—Me ha contado que el ayudante del ministro y la duquesa se habían visto en un par de eventos, pero que no sabía ni cómo se llamaba ella. Qué va a decir. El segundo cargo del ministerio enredado en uno de los crímenes que más va a dar que hablar este año. Y el que viene.

—Joder, Ana. Joder.

—Ya, un lío de tres pares. Vamos a tener que ser muy diplomáticos con todo esto. Ah, me olvidaba. Vamos a ver esto.

Era el USB que le había dado Nori el día anterior, con un resumen de los programas de televisión en los que se había hablado sobre la duquesa en los últimos años. Ana lo introdujo en el puerto de su ordenador. Mecánicamente, escaneó la memoria en busca de virus, aunque sabía que era imposible que a Nori se le hubiera pasado algo así. A no ser que colocara uno a propósito, pensó fugazmente, sin saber por qué se le había pasado esa idea por la cabeza.

El vídeo empezaba con una sintonía estridente atronando sobre una sucesión de imágenes montadas a ritmo de vértigo.

—Y luego dicen que algunos videojuegos pueden producir brotes de epilepsia en los adolescentes. —Charo se frotaba los ojos ante aquella avalancha visual y sonora que le embutía las neuronas—. Será que no han visto esto.

«La disputa por la herencia está a punto de convertirse en una pelea en el barro y a plena luz del día», iba diciendo una voz mientras empezaba a bajar un poco el volumen de la sintonía y la imagen mostraba un plano general del plató. El presentador —de esa indeterminada edad que va de los treinta a los cincuenta— vestía una ajustada camiseta que no dejaba nada a la imaginación. Se le marcaban hasta los lunares del pecho. Masculino y musculado. Los vaqueros parecían una segunda piel y resultaba difícil imaginar cómo había conseguido embutirse en ellos. En los pies, unas botas marrones de piel estilo cowboy le daban un aire de niño malo. Iba peinado a la moda del momento; la cabeza rapada al uno en los laterales, y una gran onda de pelo largo en la parte superior, fijada tan perfectamente que no se le iba a mover en toda la noche.

—Seguro que cuando se levante mañana se le ha quedado la almohada pegada a ese matojo de pelo. — Charo rio.

«Amigos —el presentador reemprendió el discurso, pero ahora mirando a cámara fijamente—, tenemos en exclusiva el documento que los cuatro hijos del duque han presentado ante la justicia española para que Mónica Spinoza no

reciba la herencia que el testamento le otorga. Y —pausa dramática— van a alucinar. Como nosotros hemos alucinado. ¡¡España entera va a alucinar!! —El grito, de tan agudo, se convirtió en un ligero gallo al final de la frase, en una «a» que arrastró mucho más de lo necesario—. Les vamos a dar todos los detalles de una demanda que sostiene, atención, porque no se lo van a creer —las pausas dramáticas se fueron sucediendo en este tramo del discurso, salpicadas de miradas exageradamente profundas—, como nosotros no nos lo creemos aún, querido público —abrió los brazos, como si quisiera reunir a todos los espectadores junto a él, en un corrillo de chismorreos, y entonces bajó el tono hasta convertirlo casi en un susurro—, que Mónica Spinoza alteró la capacidad de raciocinio y voluntad del duque, y que, cuando este dictó el nuevo testamento, no estaba —un efecto de sonido, parecido al redoble de un tambor, dio trascendencia al anuncio— capacitado mentalmente para hacerlo. —Nuevo redoble de tambores, mezclado esta vez con un punteo de guitarra eléctrica—. ¡¡No estaba capacitado mentalmente para hacerlo!! —repitió el presentador, gritando como si acabara de decir una locura—. ¿Volvió loco al duque? ¿Usó magia negra? ¿Le administró algún tipo de droga que anulaba la voluntad? Enseguida les damos todas las claves de este asunto que va a dar mucho, mucho que hablar. Tres minutos y volvemos».

Les sobresaltó un toque contundente en la puerta, de una mano que no podía esperar.

—Adelante —dijo Ana. Era el forense.

—Ya sé qué puede significar el ADN que encontré en la pintura marrón de la pieza —les dijo—. Es solo una hipótesis, pero espero que no sea cierta. Mañana te he concertado una cita con una amiga.

A las nueve de la mañana tendría que estar en el Museo del Prado y preguntar por la directora del taller de una de las pinacotecas más importantes del mundo.

—¿No me vas a contar qué tiene que ver el Prado con nuestro asesino?

—Prefiero que vayas con la mente abierta, Ana. Ella te lo explicará mejor que yo. Y ahora, para casa ya, ¿no? Son las diez de la noche. Creo que ya hemos trabajado lo suficiente.

Justo cuando Ana se estaba poniendo el abrigo para salir, sonó un mensaje en el teléfono. Sonrió al ver de quién era, antes incluso de leerlo. «Te echo de menos. ¿Vas a venir esta noche a casa?».

No podía comentar detalles de la investigación con nadie de fuera. Y menos de ese caso, en el que manejaban datos tan sensibles que estaban incluso vetados para parte del equipo. Pero Ana sabía que esa era la única manera de mantenerse

cuerda. Compartir con él. Derribar las barreras.

* * *

Ya casi nunca tiene pesadillas. Ya casi nunca se ahoga. Ya no bucea desesperadamente en busca de aire que respirar.

Ahora cierra los ojos y deja que se adueñe de ella la necesidad de un par, de un complementario. Un cuerpo, un hombro, una mano. Y es feliz deslizándose por la pendiente. Dejándose llevar.

Sonríe en la oscuridad, que ya no es la que la aplastaba, que ya no es densa y glutinosa, sino una caricia en la espalda con las yemas de los dedos. Y estira el pie, de puntillas, lo justo para tocar el del hombre que conoce todas sus derrotas y que duerme a su lado. Sin despertarlo.

Aún es de noche.

Y Ana saborea cada segundo de ese ratito de paz antes del amanecer.

* * *

Una ráfaga de aire helado se enroscó en su cuerpo como una serpentina de papel, rugosa y persistente. Los primeros turistas empezaban ya a merodear por los alrededores del Museo del Prado, uno de los más importantes del mundo. Aún faltaba una hora y media para que abriera sus puertas al público, pero en un rato ya podrían acceder algunos turistas privilegiados que habían pagado cincuenta euros por el placer de recorrer las salas sesenta minutos antes de ser invadidas por hordas de visitantes.

Lola Echeverría Gayo la esperaba en la nueva puerta de acceso a visitantes, la zona más moderna del museo, una entrada lateral a la que se accedía a través de una plaza serpenteante hundida varios metros por debajo de las calles adyacentes. Para Ana no era el acceso más hermoso de todos los que había en la pinacoteca, le gustaba más la puerta de Velázquez, justo en el centro del edificio principal, alzándose frente al paseo del Prado, que engullía al visitante dominando el escenario y preparándolo para la inmensidad de la belleza de lo que iba a contemplar dentro.

—Gracias por recibirme —saludó Ana, quitándose el guante que abrigaba su mano derecha.

—Dele las gracias a Yon. Él es el que ha hecho la asociación de ideas. El otro día asistió aquí en el Prado a una conferencia sobre la química en la historia del

arte. Y en cuanto me ha mandado el análisis de la pintura, lo he visto claro.

La directora del taller del Prado era una mujer alta y atlética, señorial, como si se le hubiera pegado el porte regio de los protagonistas de muchas de las pinturas entre las que trabajaba. Llevaba recogido su brillante pelo negro en un moño bajo, muy estirado, con una raya perfecta dividiendo su cabeza por la mitad. Ana apostó para sí misma que los dos lados medían exactamente lo mismo, como si al peinarse, Lola Echeverría Gayo utilizara una regla. Todo en su aspecto estaba perfectamente medido y pulido.

—Trabajamos con obras y materiales de hace cientos de años. De vez en cuando nos viene bien asomarnos a nuestro siglo. —Su sonrisa era fresca y cálida, y a Ana le pareció que no terminaba de cuadrar del todo con la imagen que proyectaba. Quizá solo se arreglaba así para trabajar, pensó.

Los pasos de las dos mujeres resonaban por el suelo enlosado de las galerías, retumbando en las bóvedas de semicírculo del techo. Ana tuvo que reprimir el impulso de ir parándose ante las maravillas que colgaban de las paredes.

—Es fácil distraerse aquí, ¿verdad, inspectora jefa? Ni siquiera nosotros, tan acostumbrados a recorrer estas salas, estamos a salvo de que nos abrume tanta belleza. Siempre descubrimos algo nuevo.

—Es como para ponerse enfermo de la emoción.

—Lo es. Y tiene un nombre, el síndrome de Stendhal o la enfermedad del viajero que sufre palpitaciones, vértigo y confusión, incluso alucinaciones, ante la visión de obras de arte precisamente bellas.

—Pero ¿eso no es un mito? —preguntó Ana.

—Le aseguro que no lo es, inspectora. Yo he visto algunos casos. Aquí, en este museo, sin ir más lejos.

—¿Y usted cree que ese síndrome tiene que ver con lo que hemos encontrado en la pieza de un crimen, una especie de metáfora del asesino? Ha matado a una de las mujeres más bellas del país.

—No lo descartaría. Pero hay más, no solo una metáfora. Apostaría a que lo que han encontrado es el color de la muerte en su versión más antigua y poderosa.

EL ODIO

Creamos el odio de la nada, lo hacemos crecer y lo guardamos como un peso de plomo en la boca de nuestros estómagos. Una energía gratuita y autorrenovable con una potencia de destrucción brutal. Nos hace sentir poderosos. Clarividentes. Porque el amor nos nubla, pero el odio nos vuelve sagaces.

Y entonces aprovecha cualquier grieta para hacer daño.

Lo que el odio iba a hacer no era tan difícil, tan solo tenía que aprovechar la fuerza devastadora de su rabia.

Sabía que nunca nadie se había propuesto algo así, y al principio creyó que lo que estaba pensando era una locura. Pero tenía inteligencia, el tiempo y sobre todo el odio suficientes para lograrlo.

Y a lo grande.

La preparación le llevó un par de meses de meticulosa investigación. Tenía que tener en cuenta cientos de variables que hasta el último minuto —sobre todo, durante el último minuto— podían fastidiar la resolución exitosa del plan. Porque, por mucho que fuera un genio, al final el baile estaría interpretado por seres humanos, y los seres humanos tienen una insufrible tendencia a la discontinuidad.

Todo el mundo iba a hablar de lo que había hecho. El portador del odio se convirtió así también en el portador del orgullo.

Varios días antes del final empezaron a caer las primeras fichas del dominó. Se ponía en marcha la partida. Pero nadie sabría que la estaba jugando hasta que fuera demasiado tarde.

11

—¿El color de la muerte?

Habían llegado a una gran sala sin ventanas, pero con una iluminación artificial tan perfecta que recreaba un día incluso mejor que el que amanecía fuera de las paredes del museo. Era como si Dios hubiera trasladado a un interior el tono exacto del cielo reflejado sobre la nieve en una mañana de sol.

—Es una de las horas más relajadas del día. —Lola llevó a la inspectora jefa hasta una de las mesas más apartadas de la estancia—. Aquí podremos hablar con tranquilidad.

Se sentaron en dos taburetes estilo industrial cuya altura se podía regular enroscándolos y desenroscándolos sobre su eje. Eran cómodos, Ana no lo hubiera dicho nunca. El asiento reproducía la forma del cuerpo al sentarse, como un molde complementario, adaptándose a él. La conservadora deslizó sobre la mesa, hasta las manos de la inspectora jefa, un grueso libro de tapa negra llamado *Pigment Compendium: A dictionary of historical pigments*.

—El de la cubierta es un negro perfecto —le contó Lola—, un color muy complicado de conseguir. ¿Cómo reproduces la falta absoluta de luz? Es lo más difícil. Pero a lo que venía usted es a otra cosa. Aquí dentro —abrió el tomo por la página ochenta y siete— puede estar la respuesta. Lo que yo creo que ha intentado reproducir su asesino…

—Por favor, Lola, tutéame —la interrumpió Ana—. Voy a tener que concentrarme demasiado para hablarte de usted y prefiero poner toda mi atención en entender lo que me vas a explicar.

—Lo intentaré. —Otra vez esa sonrisa. A Ana le gustaba. Era, o al menos lo parecía, transparente—. Veamos, creo que vuestro asesino ha intentado imitar el *caput mortuum* en su versión marrón.

—Nunca he oído hablar de él.

—Ni tú ni casi nadie que siga vivo. Por lo que me ha contado Yon por teléfono, el criminal se ha tomado muchísimas molestias para fabricar las piezas. Pero la mayor de esas molestias es el color con el que ha pintado las letras en

cada una de ellas. Marrón con ADN, posiblemente de un cadáver. Toda una metáfora.

«El *caput mortuum* —le contó la conservadora del Prado—, es una expresión latina que, literalmente, significa «cabeza muerta», pero también hacía referencia al material de desecho tras un proceso químico. Los alquimistas lo representaban con el símbolo de la calavera. En la Edad Media usaron esa expresión para referirse a los tonos rojos y púrpuras oxidados con los que se teñían los ropajes de los más ricos y poderosos, prohibidos al resto de seres humanos bajo pena incluso de cárcel o muerte.

—Pero el color con el que se tiñeron las letras de las fichas es el marrón, no el púrpura o el rojo —matizó Ana, creyendo que Lola no había entendido bien su explicación telefónica y que esa visita al Prado no le iba a servir de nada.

—*Caput mortuum* es la denominación genérica para este tipo de colores, y a veces —respondió la conservadora— esa expresión se utilizaba para los pigmentos elaborados no solo a partir de la descomposición de ciertos materiales, sino también a partir de la descomposición del cuerpo humano. Mira esto.

La conservadora abrió una fotografía en su ordenador. Una imagen perturbadora y oscura en la que una mujer con el pecho descubierto se alza, agitando la bandera francesa, sobre un caos de cuerpos vivos, agonizantes y muertos.

—Es uno de los cuadros más icónicos de la historia, el símbolo de la lucha por la libertad. *La libertad guiando al pueblo*, de Eugène Delacroix. Plasma con un realismo y una crudeza brutales los disturbios de 1830 en Francia que provocaron el derrocamiento del rey Carlos X.

—¿Qué tiene de particular? ¿Cuál es la relación con nuestro asesino?

—Que se sospecha que también está pintado con restos de cadáver. Es prácticamente imposible probarlo —le explicó la conservadora—, pero muchos expertos coinciden en que Delacroix utilizó para este cuadro un pigmento muy popular en su época, el *mummy brown*, un tipo de marrón elaborado a partir de restos de momias y muy apreciado por su brillo y transparencia. Además, se cuarteaba muy poco comparado con otros pigmentos. Desde el siglo XVI y hasta principios del siglo XX la mayoría de los pintores europeos lo usaron.

»El marrón muerte tenía un brillo extraordinario y no se agrietaba con el paso del tiempo. Los pintores lo adoraban. Pero no solo ellos. También se utilizaba para teñir ropa. El testimonio más fiel lo tenemos en una obra de Shakespeare. —Cogió otro libro de la mesa. Se había preparado bien antes de la visita de Ana,

para explicarle en detalle su teoría—. En *Otelo*, el genio inglés describe así un pañuelo de seda. Mira.

The worms were hallowed that did breed the silk,
And it was dyed in mummy which the skillful
Conserved of maidens' hearts.

—«Los gusanos que tejieron la tela estaban santificados —tradujo la conservadora— y la seda fue teñida por manos mágicas con un líquido hecho de corazones de momias de doncellas».

—¿Y estaba hecha esa pintura con restos de momias? —Ana no salía de su asombro.

—Con restos de momias egipcias. Primero fueron ellos, los egipcios, los que aprendieron la utilidad de una curiosa sustancia marrón que se formaba entre el vendaje y el cuerpo del cadáver.

Al principio el negocio estuvo en manos de los egipcios, fundamentalmente de los ladrones de tumbas, que aprovechaban —literalmente— todo lo que encontraban en la expoliación de las pirámides, incluidos los cadáveres embalsamados de faraones y nobles. Pero a finales del siglo XVIII fueron los propios europeos los que se pusieron a ello. Cuando Napoleón invade Egipto en 1798 y vence en la mítica batalla de las Pirámides —«Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan»—, en Europa se desata la egiptomanía, y se pone de moda todo lo que tiene que ver con los emperadores, las dinastías y las pirámides. Se forman caravanas de comerciantes y turistas que regresan cargados de momias para exhibir en las casas de los ricos y poderosos.

—Hubo una época en la que no eras nadie —siguió explicándole la conservadora— si no tenías un par de momias en el salón. Se celebraban bailes solo para lucirlas. Incluso se pusieron de moda fiestas para desenvolver momias, con los invitados tirando de las vendas que rodeaban el cadáver. Muchos pintores, sin embargo, no eran conscientes de que estaban utilizando restos de cadáveres milenarios. El escritor Rudyard Kipling cuenta cómo su tío, el pintor prerrafaelita Edward Burne Jones, al enterarse de que el pigmento marrón que utilizaba para sus cuadros estaba fabricado con partes de momia molidas, cogió los tubos de ese color que tenía en casa y, solemnemente, les hizo un funeral en el jardín, «porque estaban hechos de faraones muertos y hay que sepultarlos como corresponde».

—¿Me estás diciendo que nuestro asesino ha robado una momia de hace miles

de años para elaborar pintura marrón siguiendo unas técnicas ancestrales de fabricación del siglo XVI? —preguntó Ana, pasando mecánicamente las delicadas páginas del *Otelo* que la conservadora había puesto en sus manos.

—Bueno, no. Eso es prácticamente imposible.

—¿Por qué?

—Porque ese color con esa composición ya no existe, se extinguió hace bastantes años. En 1980 cerró Robertson, en el Reino Unido, el último fabricante conocido del mundo que elaboraba marrón momia.

—No hace ni cuarenta años. Quizá nuestro asesino ha localizado algún tubo de pintura sobrante. Hoy en día todo se puede comprar por internet.

—No creo. Ya a principios del siglo XX empezaron a escasear los restos de momias con la calidad suficiente para elaborar pigmentos. De hecho, el diario inglés *Daily Mail* publicó en 1904 un anuncio en el que se solicitaba una momia «a un precio adecuado». Y cuando setenta y seis años después cerró Robertson, sus trabajadores aseguraron que no tenían ningún resto de esa pintura en el almacén. Contaron que en los años sesenta se les habían acabado las existencias de momias, y que desde esa época ya no podían elaborar más. Y que, aunque encontraran algún pequeño resto de cadáver egipcio en el almacén, no era suficiente para fabricar la pintura. Lo que creo es que tu asesino ha querido imitar ese color y que la historia del *mummy brown* tiene un significado especial para él, o para su relación con la víctima.

Lo hizo a propósito, pensó Ana. Quería que supiéramos que estaba usando restos de cadáver para pintar las fichas que le hizo tragar a la duquesa. «Solo nos falta saber qué quiere decirnos con eso».

12

Barcelona, 1978

En todas las fotos que tenía de pequeña, Ana Arén aparecía invariablemente sonriendo de oreja a oreja y sus ojos, enormes y redondos, se encogían de tanta alegría, como si durante esos instantes congelados en el tiempo ella fuera la niña más feliz del mundo. Aunque ahora ya no se acordase.

Porque toda la alegría se esfumó cuando tenía seis años. A decir verdad, cuando tenía exactamente seis años, diez meses y veinte días. Ella, que había dado la felicidad por descontada sin cuestionársela nunca —estoy viva y por lo tanto respiro y por lo tanto soy feliz—, tropezó de repente con un desorden emocional que le dejó la capacidad de amar herida para siempre.

No quieras a quien puedas perder.

La hora en la que se le congeló el mundo no la recuerda, porque desde el martes nadie había dado cuerda al reloj de pared que colgaba en la cocina y que marcaba los tiempos de la casa. A las ocho, levantarse. A las ocho y veinte, leche con galletas —«No las mantengas mucho en la leche caliente que se te desharán e irán a parar al fondo del vaso», le decía siempre mamá—. A las nueve menos cuarto, salimos para el cole. A la una y media, comida en casa con mamá. A las tres, vuelta al colegio. El día seguía sumando horas en el reloj hasta que a las nueve tocaba irse a la cama. «Apagamos la luz, Ana, no te lo voy a volver a repetir —le decía mamá—, deja de jugar y a dormir, que mañana no habrá quien te levante y tu padre está a punto de llegar, ya verás como te vea despierta, a dormir, cielo, te doy un último beso de buenas noches y cierras los ojos, ¿vale?».

El reloj de la cocina marcaba los ritmos de la familia y cada mañana, antes de salir para el colegio, Ana y su madre le daban cuerda para todo el día. «Hoy también será un día perfecto», repetían entonces las dos, dándose un largo y cálido abrazo para que Ana se llevara al colegio el olor y el calor de la piel de su madre. Y así, cuando la echaba de menos —en el patio, en clase de matemáticas —, solo tenía que cerrar los ojos y volver a ese momento, acunada por el sonido

—tictac, tictac— del pesado engranaje del reloj colgado sobre la mesa de la cocina.

Así que esa tarde, cuando llamaron a la puerta de casa, Ana miró instintivamente al reloj —«Ana, cariño, quédate aquí un momento, que tenemos que hablar con estos señores», le habían dicho sus tías, encerrándola en la cocina para que no viera, para que no supiera, para que no escuchara lo que ellas temían que estaba a punto de convertirse en realidad—, pero el reloj estaba parado. Las manecillas se habían quedado quietas en las nueve y veintidós minutos de la mañana del martes.

En ese momento, sola en la penumbra de la cocina, aislada de los susurros que llegaban desde el comedor, Ana empezó a entender que ya nunca más habría mamá para darle cuerda al reloj.

La muerte de su madre se ancló en su conciencia a través de las manecillas paradas de ese reloj, aunque todavía no fuera capaz de comprender lo que acababa de sucederle. Que ya nunca más mamá iría a buscarla al colegio, que no le acariciaría el pelo por la noche, que no podría contarle que le gustaba un chico, o que estaba tan triste que no soportaba abrir los ojos. Ana no pudo abarcar la inmensidad de la pérdida, pero la materializó en algo más cotidiano que la muerte, algo que podía tocar, y maldecir y romper si hacía falta. El reloj de la cocina.

Entonces cerró muy fuerte los ojos —como hacía en el colegio cada vez que echaba de menos a mamá— para evocar el olor, la textura y el calor del abrazo-refugio que se daban las dos cada mañana. Pero solo sintió hielo. El frío de las baldosas del suelo conquistó sus pies y le fue subiendo por el cuerpo hasta congelar su corazón.

Aunque nunca supo a qué hora.

13

Madrid era un espejismo de calor tras un cristal. El sol parecía brillar con fuerza en un cielo sin una mota de nube, de un azul tan increíblemente denso que daba la sensación de que en cualquier momento iba a desplomarse por culpa de su peso.

Pero era un engaño. Ese sol que parecía tan caliente tras una ventana del Museo del Prado era una estafa.

Como tantas otras cosas en la vida.

El móvil vibró en su bolso. Apareció un mensaje de Nori, que llegaba junto a una imagen. «Estaba repasando de nuevo el dosier. Mira esta foto de la casa de la duquesa que se publicó hace seis meses en una revista. ¿Ves algo que te chirríe? ¿Algo que no estuviera en la escena del crimen?». La duquesa sonreía en primer plano, con un vaporoso vestido veraniego bajo el que se intuía un bikini. Estaba sentada, con las piernas perfectamente cruzadas, en una especie de cojín alto de colores, con el codo izquierdo semiapoyado en una gruesa estantería de madera repleta de toallas esponjosas. Era, se fijó Ana, la zona de entrada al baño principal de la suite. Repasó la escena, intentando recordar lo que había visto en la casa seis días antes. Pero todo le pareció igual a como estaba la noche del crimen —excepto Mónica Spinoza vivita y coleando, claro—. Incluso las toallas le parecieron las mismas y colocadas en el mismo orden. «Deben de estar ahí de decoración —pensó—, seguro que no las usó nunca, una pena, con lo suaves que parecen».

—No, no veo nada fuera de lugar. El baño estaba como en la fotografía. ¿Qué has visto tú? —le preguntó en un mensaje de texto.

—No, en el baño no —contestó Nori—. Mira al fondo, lo que se ve a través de la puerta del baño, en la habitación. Hay una especie de mesa baja, una mesa auxiliar con patas metálicas. ¿Qué ves encima?

—Sí, eso estaba —volvió a teclear Ana—. Es un altavoz. Lo debía de usar para conectar el móvil y escuchar música, o la radio.

—Creo que es algo más. ¿Sabes dónde está? ¿Os lo llevasteis como prueba o

sigue en la casa?

—Pues no podría jurar nada ahora mismo. En cuanto llegue al despacho miro la lista y te cuento. Pero dime, ¿qué crees que es y por qué es tan importante?

—Es un espía. Ya te contaré. Mándame un mensaje cuando sepas dónde está. Te dejo, que tenemos una reunión con el jefe supremo y no nos permite sacar el móvil.

¿Qué estaría sospechando su antiguo *subi*? Ana miró el reloj y se dio cuenta de lo tarde que era. Aceleró el paso. Había dejado el coche en el *parking* de Serrano. A primera hora de la mañana aparcar a varias calles de distancia del museo e ir dando un paseo tranquilo hasta el Prado le pareció una buena idea para despejarse del sueño que aún enladrillaba su cabeza. Pero se le había hecho tarde tras escuchar la fascinante historia del color marrón momia y tuvo que apretar el paso para tratar de llegar a tiempo a la reunión que había convocado el comisario Ruipérez. Además, aún tenía que comprar las uvas para la cena de Nochevieja, se lo había prometido a Joan. «Te juro que vas a tener uvas. Te lo juro, ya lo verás».

Era fácil distinguir a los vecinos del barrio de los turistas, porque casi todos los locales llevaban bolsas de comida, avituallamiento para la gran cena de Nochevieja del día siguiente. Como en un juego, la inspectora jefa fue sorteando —a golpe de cadera y tobillo— a los transeúntes que llenaban la acera, con cuidado de no golpear a ninguno. Pierdes una vida si tocas a alguien, recordó, y se le escapó una ligera sonrisa evocando el pasatiempo infantil de infinitas variantes. Pierdes una vida si pisas una línea de la acera. Pierdes una vida si alguien te mira. Pierdes una vida si alguien dice tu nombre. Pierdes una vida si…

—¡¡Nooo!!

El instinto le hizo girarse de un salto antes aún incluso de que su cerebro interpretara las señales bioeléctricas en las que su órgano de Corti había convertido el grito que acababa de oír. Casi a su lado, unos pasos más atrás, ligeramente a la derecha, una mujer empezaba a agacharse con cara de pánico. Sus brazos se extendían, alargándose y arrastrando a todo su cuerpo hacia delante con ellos, en un intento desesperado por alcanzar al hombre que se desplomaba a su lado, tratando de sujetarlo, de agarrarlo, de recogerlo, aun antes de que cayera a plomo sobre la acera.

Eran los dos ancianos a los que acababa de sobrepasar unos segundos atrás. Recordó haber pensado que caminaban muy despacio. Que él arrastraba los pies como si no pudiera levantarlos del suelo. Que ella lo miraba con una cara que Ana no llegó entonces a interpretar del todo, pero que en ese momento sabía

perfectamente de qué era.

De extrañeza. De incredulidad. Y de miedo.

Un ataque al corazón.

El frío desapareció. Las manos entumecidas. Los pies congelados. El cuerpo de Ana dejó de sentir porque su cerebro invirtió todos sus recursos disponibles en una única cosa: salvar a ese hombre. Y para ello puso en marcha una serie de órdenes rápidas, consecutivas y tajantes, cuyo resultado fue que tres segundos después la inspectora jefa estaba ya arrodillada junto al anciano, pegada a la parte izquierda de su cuerpo, buscándole el pulso mientras gritaba «Soy policía, llamen a emergencias, llamen al uno uno dos, que manden una ambulancia ya».

Tenía un desfibrilador en el coche, pero si iba a por él —calculó que tardaría como mínimo cinco minutos, corriendo y cruzando de manera suicida los pasos de peatones que se encontrara en rojo—, ese hombre moriría. Su única opción era tratar de mantener artificialmente su latido de manera manual, mientras llegaba el SAMUR con toda la artillería médica. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis… La espalda de Ana subía y bajaba rítmicamente, insuflando todo el peso de la parte superior de su cuerpo hacia las manos entrelazadas sobre el corazón del anciano. Sístole. Diástole. Veintisiete. Veintiocho. Veintinueve. Treinta. Se movió rápidamente hacia la cabeza del hombre, metió su antebrazo izquierdo bajo la nuca, levantándosela para abrir la tráquea lo máximo posible y permitir que pasara la mayor cantidad de aire. Con la mano derecha cerró los orificios nasales y con la izquierda tiró de la barbilla hacia abajo para abrirle la boca. Cubrió con sus labios como una ventosa toda la zona comprendida entre la barbilla y la nariz del anciano. Insufló dos bocanadas de aire. Colocó la oreja en la nariz, por si había vuelto a respirar. Pero no regresó. Volvió al corazón. Compresión. Descompresión. Uno. Dos. Tres.

Un hilo de sudor helado le recorrió la espalda sobre la espina dorsal, pegado a la piel, bajo las capas de abrigo que llevaba. No perdió el ritmo rápido de las compresiones, pero no podía despistarse. Siguió contando mentalmente. Veintiuno. Veintidós. Veintitrés.

Por el rabillo del ojo vio cómo la anciana cogía la mano derecha del esposo, arrodillada al otro lado de su cuerpo, y cómo pronunciaba su nombre muy bajito y muy despacio. Con miedo. Como si nombrarlo hiciera real lo que estaba pasando.

No pierdas el ritmo, Ana. Concéntrate. Treinta veces en el corazón. Dos insuflaciones de aire. Corazón. Boca. Corazón. Boca. El ritmo de la resucitación cardíaca.

—¿Viene o no la ambulancia? —gritó, alzando la cabeza hacia la multitud que los rodeaba—. ¿Alguien ha llamado?

Un tiempo indeterminado después —quizá fueron diez o doce minutos— Ana notó una mano posándose suave pero firmemente sobre su hombro.

—Ya seguimos nosotros —le dijo alguien al oído derecho—. Ya nos encargamos nosotros —repitió—, descanse usted ahora.

Aturdida por el esfuerzo y la concentración, Ana salió casi a tientas del círculo compacto de personal médico que había rodeado al anciano, moviéndose sobre él en una coreografía perfectamente ensayada.

Seis minutos después, lo último que vio fue la cara de la esposa, sentada en la parte trasera de la ambulancia. Justo cuando el conductor encendía la sirena, la mujer —que hasta ese momento había estado concentrada acariciando la mano de su marido— levantó la vista. Fueron solo un par de segundos, hasta que se cerraron las puertas y el vehículo se puso en marcha. Pero Ana no olvidaría nunca esa mirada.

* * *

—Jefa. ¡Jefa!

Ana dio un respingo sobre la silla. Seguía pensando en ese hombre. Quizá llamara luego al SAMUR para que le dijeran a qué hospital se lo habían llevado. Pero le daba miedo recibir malas noticias. ¿Y si no habían podido salvarlo? ¿Y si todo había sido inútil?

—Jefa, mira, tenemos a la última persona que sale de casa de la duquesa antes de descubrir el cadáver.

Charo y el agente Barriga se le acercaron con una hoja de papel en la mano. Era la mala impresión en blanco y negro —en la Policía, pedir tinta en color era como pedir que los malos dejaran de delinquir— de un fotograma de las cámaras de seguridad de la vivienda. Justo frente a la puerta de servicio de la casa se veía una furgoneta y alguien al volante. El código de tiempo marcaba las nueve y media de la mañana del día 24 de diciembre. Según la autopsia, Mónica Spinoza ya estaba muerta para entonces.

—Lleva una gorra, no se le distingue —protestó con tristeza Ana, alargando de nuevo la hoja hacia ellos.

—Sí, pero mira la ampliación. —Barriga le tendió tres hojas más—. Son capturas anteriores y posteriores. Aunque la gorra hace imposible identificarlo, tenemos la matrícula de la furgoneta y la hora exacta en la que entró y salió de la

casa. Vamos a seguir su rastro con el resto de las cámaras de las viviendas, que los ricachones tienen todos, por si en alguna tuviéramos más suerte y se le viera bien la cara. Estamos cotejando la matrícula. Y con el personal de la casa, a ver si alguien recuerda algo.

—Parece un empleado del servicio de mensajería.

—Es —contestó Charo— un empleado de mensajería. Al menos la furgoneta está rotulada como tal y él lleva el uniforme —le señaló otro fotograma en el que se le veía, de lado, entrando en la casa— de la misma empresa, de FastPack. Estamos intentando averiguar con ellos quién hizo esa entrega y si se corresponde a la persona del vídeo.

—Pero lo más curioso, lo que nos ha llamado la atención —prosiguió el agente Barriga—, es esto.

La salida. El momento en el que el hombre —si es que era un hombre— abandonaba la vivienda. Tres minutos y cuarenta y seis segundos antes, el sospechoso había aparcado un camión en la calle, frente a la entrada de servicio. Llamó al timbre del telefonillo, pronunció un par de frases cortas y empujó una puerta metálica a través de la cual se accedía a la caseta del guardia de seguridad. Era la manera de acceder a la casa que tenía cualquiera que no fuera invitado de la duquesa: pasar por la garita de seguridad, encastrada en el muro que rodeaba el jardín. El supuesto empleado del servicio de mensajería volvió a salir veinte segundos después hacia el camión, para regresar cargado de lo que luego supieron que era un carro hidráulico con motor eléctrico, una especie de carretilla elevadora en versión mini, con un manillar en el que un pequeño mando permitía coger y transportar cargas pesadas con poco esfuerzo. Segundos después, el guardia de seguridad y el transportista abrían la segunda puerta de la caseta, la que daba al jardín, para desaparecer enseguida del radio de alcance de las cámaras del muro. Tardaron un par de minutos en salir de nuevo.

—Pero mira, jefa. Justo aquí. Cuando vuelven a aparecer en la imagen. Mira con lo que el visitante sale de la casa.

—¿Qué narices será eso?

14

Durante unas horas Ana no tuvo cerradura en la que meter la llave de su casa. Bueno, cerradura sí que tenía, pero no le hubiera servido de nada introducir una llave.

No hacía falta.

Porque durante unas horas, hasta que por fin decidieron que había que llamar a un operario y el operario se presentó, lo que Ana tenía como barrera entre la entrada de su casa y el mundo exterior era un marco reventado con una palanca, una puerta bailando peligrosamente en el quicio y dos trozos de cinta americana en forma de equis cruzando de extremo a extremo el interior del conjunto, sujetándolo de manera precaria para que no cediera.

—Creí que estabas muerta —fueron sus primeras palabras tras reventar la puerta.

Y durante una eternidad no dijo nada más. Solo se tumbó a su lado, sobre la sábana. Primero respiró junto a ella, acompasando su ritmo, dejando que los tiempos de los dos se fueran acoplando suavemente. Después se acercó un poco más, para que pudiera empezar a sentir el calor que desprendía su cuerpo y ella volviera a habituarse a la presencia humana a la que se había desacostumbrado. «Soy yo, estoy aquí», le susurraba él de vez en cuando para que también se aclimatase al sonido de otra voz que no fuera la suya propia rebotando en su cabeza con pensamientos autodestructivos. Un rato más tarde se atrevió a acariciar su espalda, por encima de la sábana que la cubría, y fue en ese momento cuando ella rompió a llorar, desbordándose, inundando la cama y la habitación y su mundo entero. Estalló en llanto como si hubiera estado guardando esas lágrimas y esa tristeza y esa rabia toda la vida. Como si llorara por todas las penas. Las pasadas. Las presentes. Y las que estaban por venir.

Pasó un tiempo indeterminado, de los que se miden por las emociones que discurren en su presencia, y el desconsuelo empezó a amainar de manera gradual, como si el aire de la habitación tuviera la capacidad de ir absorbiendo poco a poco la tristeza. O quizá era el cuerpo de ese hombre tumbado junto a ella

el que iba quitando capas a su pena, muy despacio, como un arqueólogo que sopla sobre la tierra en la que está enterrado el eslabón perdido de la humanidad.

Pasó más tiempo aún.

Y, cuando notó que ella ya estaba preparada, él volvió a hablar.

—Por cierto —le dijo—, he reventado tu puerta. Tienes una buena cerradura pero un desastre de marco. Un día vas a tener un susto. En fin, que habría que arreglarla, ¿no? La he ajustado con cinta americana, pero no va a durar mucho. A ver si va a entrar la vecina cotilla del tercero y va a expandir el bulo de que estás en la cama con un hombre. Y eso sería pésimo para tu reputación en el barrio.

Y ella por fin se giró. Volteó poco a poco su cuerpo hacia él. Primero las piernas, que reencajó entre las suyas. Después rotó la cintura y el torso. Y por fin se atrevió a girar la cabeza. Se miraron cara a cara por primera vez en muchos meses.

Desde entonces, cada vez que Ana introduce la llave en la cerradura recuerda ese momento y cómo fue volver a acostumbrarse a la presencia de otro ser humano a su lado, tras tantos meses metida en una cama, bajo una sábana, desconectada del mundo. Para sacarla de su agujero, a Joan no le sirvieron solo el humor y el cariño, tuvo también que asestarle sus verdades a la cara, un puñetazo de realidad tras otro. Fue —tuvo que serlo— duro y cruel, le reprochó lo que les había hecho a los demás con su actitud. «No eres la única que has sufrido con esta historia, ¿sabes?, y ahora te levantas, te duchas, comemos algo y hablamos, aunque se nos haga de noche, aunque pasen tres días con sus tres madrugadas, te digo que tú y yo hablamos todo lo que tenemos que hablar y vomitas todo lo que tengas que vomitar, pero ya está bien de cama y de esconderse».

Y la llevó en brazos a la bañera, como si fuera un bebé. Y ahí empezó la nueva vida de Ana Arén.

La vida después de Inés.

Antes de todo eso tuvieron que llamar al cerrajero, claro. Necesitaban una puerta nueva.

Esa puerta nueva llevaba un mes instalada y Joan se había quedado con ella todo ese tiempo. Y a ella ya le costaba imaginarse la casa sin él.

La vida sin él.

—No te hagas ilusiones con el olor —le dijo, desde la cocina, en cuanto oyó que ella abría la puerta de casa—, porque te va a parecer que hueles a un delicioso puré de castañas, pero en realidad estoy cocinando argamasa. De hecho, hay varias salpicaduras en los azulejos de la cocina que ya se han

solidificado y que habrá que sacar con soplete. ¿Qué mosaico del baño decías que estaba suelto?

Era la primera vez que vivía con alguien que no fueran sus padres o sus compañeros de piso de la universidad y sus primeros destinos como policía. Era la primera vez que compartía espacio íntimo. La primera vez que llegaba a casa y había alguien esperándola. La primera que no se quedaba sola con la mochila emocional que cargaba en el trabajo y no soltaba nunca.

Y sentaba bien, la verdad.

—Ya está. A la basura. Sin cena. A no ser que tú hayas traído algo —siguió diciendo Joan mientras salía de la cocina con un paño, secándose las manos—. Podemos comernos las uvas de Nochevieja que estoy seguro que has comprado, ¿verdad? Porque te habías comprometido a traerlas.

Ana sonrió, sabiendo el esfuerzo que ese hombre hacía para que todo pareciera normal. De momento era la única forma de salvarla. Y lo estaba consiguiendo.

—No te lo vas a creer, pero iba de camino a comprarlas cuando…

—A ver qué te inventas ahora —la cortó él, sonriendo.

—No te sientas mal por esto. —Le miró con cierta dosis de seriedad, no demasiada, no quería asustarlo—. Verás, a un anciano le ha dado un ataque al corazón delante de mí, bueno, detrás de mí, pero justo a mi lado, ¿sabes? Le he salvado con la RCP, pero se me ha ido el santo al cielo y adiós a las uvas.

—¿Murió? —Joan se había puesto serio de repente. Le cogió las dos manos, llevándolas a sus labios para besarlas.

—No. Charo llamó más tarde al hospital y se ha recuperado. Gracias a Dios.

—Me alegro. —Caminó hacia el sofá con ella de la mano, guiándola tras sus pasos—. Pero… pero… señorita, no has traído las uvas, no has cumplido la promesa que me hiciste así que —ahora era él el que sonreía—… tienes que pagar prenda.

—Que es…

—Déjame pensar. —Y, efectivamente, puso cara de estar pensando algo, aunque los dos sabían cómo iba a acabar esa escena—. Tengo la espalda molida. Un buen masaje no me vendría mal.

Fue hacia el sofá con estudiada teatralidad y se tumbó boca abajo. Era tan alto que los pies le colgaban por fuera del reposabrazos.

—No sé si te lo mereces —replicó Ana, acercándose. Se sentó a horcajadas sobre la cintura de Joan—. Soy demasiado buena persona.

Él ronroneó de satisfacción y Ana le contestó apoyando su mano sobre el

cráneo y hundiéndole la cabeza en el sofá.

—Y ahora, calladito. —Él relajó los músculos bajo la presión de Ana, recolocando la espalda para adaptarla a sus manos—. Mira, esto de los masajes tiene que acabar, no soy tu esclava. Vas a tener que traerte de Barcelona tu mesa y tu silla ergonómicas. Una pequeña mudanza, ¿qué te parece? —le propuso ella, hundiéndole los nudillos con fuerza bajo el omóplato derecho.

Joan aguantó un gemido de dolor —buff, esos nudillos, sabía clavarlos bien—, mientras su cabeza trataba de procesar la oferta que acababa de lanzarle Ana. ¿Le había pedido que lo de vivir juntos no fuera algo temporal?

—No puedes seguir trabajando en la mesa del salón —siguió ella, mientras subía la presión de sus manos hacia el cuello de Joan—, sentado en una silla pensada para que la gente que viene a cenar quiera marcharse a la media hora.

Ana le clavó los pulgares justo en el hueco que forman la primera vértebra cervical y el hueso occipital, con toda su fuerza, hacia dentro y hacia arriba, varias veces, aguantando la presión de manera sostenida. Usó el pulgar y el índice de sus dos manos para pinzar los trapecios con toda la fuerza que fue capaz de reunir en sus dedos, haciendo crujir los músculos bajo la presión.

Tras varios minutos más de masaje intenso, bajó su torso y lo posó sobre la espalda de Joan. No habló, solo transpiraba junto a él. Hundió su nariz en el pelo rizado y besó suavemente su nuca mientras le presionaba el cuero cabelludo con las yemas de los dedos de la mano izquierda, notando cómo crujía el cráneo bajo la piel que iba tensando y destensando. Un par de minutos más tarde, él se dio la vuelta, la agarró por la cintura y fijó sus ojos en los de ella. Se encontraban en ese momento de una relación en el que mirarse tan de cerca provoca una descarga eléctrica que paraliza el corazón y los pulmones. No podía haber intensidad más grande que esos ojos a tan pocos centímetros de distancia, pensándose, oliéndose, saboreando por anticipado. Ese instante en el que a los nuevos amantes se les desboca el alma y notan el balanceo de sus pies al borde del abismo. Ahí estaban ellos, a medio paso de precipitarse por la pendiente de sus instintos.

Esa noche fue lento. Cada uno conocía las derrotas del otro, así que pudieron dejarse llevar poco a poco hacia el sabor de esa victoria.

* * *

—Llevas veinte minutos sin quejarte de tu dolor de espalda —dijo Ana un rato después, mientras se apartaba un mechón sudoroso de la frente.

—Ya no me duele, querida doctora Arén. Esto —hizo un gesto con el brazo que los abarcó a los dos— es la mejor manera que conozco de destensar los músculos.

—¡Tendrás cara! —Riendo, Ana le tiró uno de los cojines del sofá a la cabeza.

—Cara no lo sé, pero hambre sí que tengo. Un montón.

Improvisaron una cena con media barra de pan congelado que metieron en el horno y una lata de atún encebollado que aún le quedaba en la despensa a Ana de su viaje para interrogar a un testigo de un asesinato en Ayamonte, justo en la frontera más al sur de España con Portugal. Deberían haberla templado un poco en el microondas, pero el ansia hizo que los dos se lanzaran como lobos hambrientos sobre el jugoso pescado en conserva.

—Tengo algo que preguntarte. —Ana se llevó a la boca un buen trozo de pan mojado en el aceite en el que estaba conservado el atún.

—Sí —contestó él.

—Sí, ¿qué?

—Sí, respondiendo a tu pregunta, sí, me vuelve a doler la espalda.

—Vas a dormir en la bañera esta noche, ¿sabes?

—Si vienes conmigo, no me importa. —Joan sonrió—. Venga, en serio, dime, ¿qué necesitas?

Ana le contó lo que había visto en las cámaras de seguridad de la casa de la duquesa. El misterioso hombre —o mujer— que se había hecho pasar por mensajero —aún estaban comprobándolo, estos días de Navidad eran terribles para contactar con las empresas— y que había sacado de la casa un enorme paquete cuando Mónica Spinoza ya estaba muerta. Todo había ocurrido tras el asesinato, aunque el personal de servicio aún no había encontrado el cadáver y en ese momento todavía creían —o eso dijeron en sus declaraciones ante la Policía— que la señora duquesa seguía en su habitación, durmiendo o viendo la tele o lo que hiciera la dama en sus aposentos.

—El mensajero entró en la casa sin nada, con las manos aparentemente vacías, y salió así, mira.

Ana le tendió la misma captura de vídeo que le habían mostrado sus agentes un par de horas antes, en la que se veía al sospechoso cruzando el jardín con un enorme paquete y atravesando después la garita de seguridad para introducirlo en la parte trasera de un camión en el que se leía FastPack impreso en enormes letras azules.

—¿Es lo que parece?

—Nadie sabe lo que hay ahí dentro —Ana seguía rebañando el aceite del

plato, comer le abría aún más el apetito—, pero mi duda es si estaba todo preparado y formaba parte de un plan. Ese mensajero con ese paquete es el único sospechoso que sale de la vivienda tras cometerse el asesinato. ¿Podría tener relación con el crimen?

—Déjame que acabe de procesar unos datos para un informe que tengo que entregar esta noche sobre la vulnerabilidad de la web de un ministerio y me pongo a ello. ¿Me has traído lo que necesito?

—Aquí lo tienes, una réplica exacta solo para ti. —Le alargó una funda del tamaño de su mano, mirando su cara de preocupación—. No te preocupes, he tomado mis precauciones, nadie lo va a saber.

—Pues vamos a ver, querida duquesa —dijo Joan, cogiendo el paquete que le tendía Ana—, quién estaba intentando manipular tu cabecita.

15

La sacaba de quicio ver a Ruipérez con cara de malhuele exhibiéndose como un pavo real entre las mesas de su equipo —la barbilla bien alta, los ojos fijos en los agentes, la mueca de superioridad en la boca, los brazos cruzados sobre el pecho—. Ana había creído incluso detectar un camino recurrente en el ritual del comisario para fastidiarlos a todos y añadirles aún más presión, un patrón diseñado al milímetro para hacerla estallar. Aunque, en este caso, puede que sí que fuera así y Ruipérez lo tuviera todo calculado para reventar la investigación.

—Ana, ven a mi despacho.

Ni por favor ni leches. Claro. Los déspotas no suelen usar las expresiones de cortesía. No es que se les atraganten, sino que se les quedan enredadas en el cerebro y les provocan un colapso mental si intentan utilizarlas. Por favor o gracias son conceptos tóxicos para ellos. Si alguna vez llegan a usarlos, podrían morir ahogados en su propio veneno.

—Iba a decírtelo ante todo tu equipo, pero ¿para qué humillarte en público? Ya te ahorcarás tú solita, ¿verdad?

—Usted deme cuerda —contestó Ana con suavidad sin ni siquiera acercarse a la mesa del comisario— y verá lo que soy capaz de hacer con ella.

—Acabo de hablar con el juez de instrucción —siguió Ruipérez, sin hacer caso a su subordinada, actuando como si ella no existiera, o como si no escuchara lo que decía esa mujer—. Tienes prohibido acercarte a los cinco hombres que aparecen en la lista del teléfono oculto de la duquesa.

—¿Que tengo qué?

—Ya lo has oído. Cualquier cosa que quieras de ellos, aunque sea besar el suelo por el que pisan, tiene que pasar por el juez. No quiero ni un movimiento en falso. Y ahora puedes marcharte.

—No me da la gana —replicó Ana, enfadada, caminando hacia la mesa clavando las botas en el suelo como si quisiera agujerearlo.

—Cuidadito, Anita —a ella no se le escaparon los diminutivos que su jefe estaba usando de manera despectiva contra ella—, cuidadito que estás a punto de

que te mande a régimen por desobediencia. No creas que no me gustaría. Dame cualquier excusa y no me lo pensaré dos veces.

El déspota disfrutaba del momento, se había reclinado un poco en su silla de piel, que costaba más que todas las sillas y las mesas del equipo de Ana, y sonreía como una hiena. Ella había decidido que no iba a regalarle ni un segundo de la angustia que estaba sintiendo. Ni uno solo.

—Así, Ana —levantó la mano e hizo un gesto acercando los dedos índice y pulgar hasta que casi se tocaron—, así de cerca estás de ir a régimen. Tú dame un argumento más y, con tus antecedentes, no vuelves a pisar esta jefatura. Con mucha suerte acabarías en una comisaría de provincias. Y quién sabe, con menos suerte para ti, y mucha más suerte para el resto, incluso de patitas en la calle.

Así que eso era lo que pretendía. Echarla de allí. Eso Ana lo sabía hacía tiempo, desde que sus caminos volvieron a cruzarse seis meses antes —cuando lo nombraron su comisario y por lo tanto su jefe directo, ante el que ella tenía que responder—, y siguió viendo en los ojos de ese hombre el mismo odio que siempre le había tenido.

Ana sabía que volver a trabajar a las órdenes de Ruipérez iba a ser casi imposible. Ella estaba cada vez más convencida de que el comisario había maniobrado para conseguir ese puesto en la UDEV central —los grupos de delincuencia especializada y violenta— solo para volver a tenerla bajo sus órdenes. Y que había sido él también quien decidió trasladarla a homicidios durante su baja por depresión tras el shock de la resolución del caso Slenderman, arrastrando con ella a algunos de los subordinados que habían estado a su lado en ese durísimo final. Quería hundir el barco entero. Además, Ana tenía en sus manos un caso que implicaba a cinco hombres muy poderosos. Y eso hacía aún más peligroso a Ruipérez.

Repasó la lista en su cabeza, mientras caminaba de vuelta hacia la sala donde trabajaba su equipo. Un presentador estrella de concursos de la tele; un altísimo cargo del Ministerio del Interior con acceso a todo tipo de información reservada y poder para utilizar a las fuerzas de seguridad en su beneficio; el director general de una red social que usaban varios millones de personas en España y al que no le hubiera sido nada difícil conseguir datos privados de todos ellos; el presidente de uno de los clubes de fútbol más importantes del país y el jefe de protocolo de la casa real.

Un lío de cojones.

De tres pares de cojones.

¿Quién había impedido que Ana o sus hombres se acercaran siquiera a respirar

el mismo aire que ellos? Supuso que habían sido varios. O todos. Porque los cinco tenían el poder suficiente como para presionar a quien tocaba presionar. Los cinco trabajaban en puestos en los que se manejaba muchísima información, a menudo privada y escandalosa. Los cinco tenían conexiones en las más altas esferas del Estado. Los cinco tenían —Ana habría apostado su mano derecha— cosas que esconder. Y otras muchas más con las que chantajear.

—Charo, ven a mi despacho, por favor. —Ana asomó la cabeza a la gran sala que compartía su equipo.

—¿Qué pasa? —Ella la siguió por el pasillo, sin saber qué pretendía su jefa. Entraron al despacho y cerró la puerta tras las dos.

—A ver, Charo, tenemos que solucionar ya el tema de los cinco hombres del móvil de Mónica Spinoza. ¿Qué tenemos hasta ahora?

—La única novedad es que hemos corroborado la coartada de Albert Airob. Iba en un vuelo privado a la isla de Robinson Crusoe, en Chile. Lo confirman tanto la tripulación como el resto de sus acompañantes.

—Entonces nos quedan dos —contó Ana—. La casa real y el Ministerio del Interior.

—¿Empezamos por el secretario de Estado? —propuso Charo—. Por proximidad, digo, solo tenemos que tirar para arriba.

El sonido de un mensaje en el móvil las interrumpió. «¿Has buscado las fotografías de la escena del crimen que te pedí?». Ana le hizo un gesto a Charo. Ya puedes marcharte.

Mierda, se había olvidado. Justo antes de que al anciano le diera el ataque al corazón, Nori le había pedido que comprobara un objeto en la escena del crimen, una especie de altavoz que aparecía en un reportaje fotográfico de una revista en casa de la duquesa.

Ana abrió en su ordenador el informe que habían recopilado los compañeros de la científica. Allí encontró decenas de fotografías y anotaciones, junto con el informe provisional de la autopsia —el definitivo no tardaría en llegar, dada la prioridad que habían otorgado al caso desde las más altas instancias—. Buscó en cada una de las imágenes. Primero se fijó en la mesilla sobre la que —en la fotografía de la revista— estaba el aparato. La mesilla salía en varias imágenes tomadas el día del asesinato, pero en ninguna de ellas aparecía el trasto que había llamado la atención de Nori. Así que se puso a repasarlas todas al detalle. En la número cincuenta y tres lo encontró. Estaba. Pero en otro lado. Había caído, o lo habían tirado, al lado de la mesilla de noche situada a la derecha de la cama de Mónica Spinoza.

—Amigo. —Evitó utilizar su nombre por si alguien casualmente escuchaba la conversación. No quería que supieran que estaba hablando con su antiguo subinspector, no les convenía a ninguno de los dos—. Tenías razón. Estaba allí. Pero no donde lo viste. —Nori le dijo algo al otro lado de la línea telefónica—. Sí, claro. Lo busco y te digo. Si lo registraron como prueba, lo tendremos nosotros. Si no, debería estar aún en la casa. Pero ¿por qué es tan importante? Sí, confío en ti. Claro. Ya me lo contarás cuando puedas. En cuanto sepa algo de dónde está, te cuento. Que tengas una buena entrada en el año que viene. Un abrazo.

Mientras hablaba con Nori, sonó un aviso en su móvil, una alerta de la agenda. Al colgar, vio la cita que aparecía en pantalla: Laura Atocha. Mierda. Tenía quince minutos para atravesar Madrid y llegar a la estación del AVE. El día de Nochevieja. Ya podía volar. Se metió el teléfono en el bolso y salió corriendo hacia el coche. Con el jaleo y la prisa no se dio cuenta del nuevo mensaje que le llegó al móvil vía Telegram: «Efectivamente, alguien estaba manipulando a la duquesa. Y sé cómo».

16

Laura había tenido que esperar más de quince minutos a las puertas de la estación de Atocha, bajo el frío madrileño, a que Ana llegara a recogerla con el coche.

—Perdona, perdona, me he liado en el trabajo —balbuceó como excusa. Otra vez.

—Tranquila. —La mujer la acogió entre sus brazos como solo las ancianas saben hacerlo. Y ella sintió que volvía a casa—. Aquí al menos no hay humedad. En Barcelona el frío te cala hasta los huesos por mucho que te abrigues. Además, estaba leyendo el último libro de Connolly.

—¿Muchos asesinatos? —Laura era una gran lectora, especialmente de novela negra y *thriller*.

—Unos cuantos —contestó, mientras abría la puerta del coche y se ponía el cinturón de seguridad—. Espero que tú no tengas que sufrir lo mismo que el detective Parker, pobrecito, es un imán para las tragedias, le pasa de todo. Si algún día te lo encuentras, aunque sea en la cola del pan, huye. ¡Huye de él! Por cierto —hizo una breve pausa y dejó de mirar a través de la luna delantera del coche para fijar su vista en Ana—, ¿cómo estáis?

El plural no se le escapó a Ana.

—Enseguida lo verás —contestó.

—Bueno, ya lo estoy viendo por tu sonrisa —le respondió, aunque se puso seria—. Estuvimos muy preocupados por ti.

—Imagino —Ana hizo una pausa—… imagino que lo de la puerta también fue idea tuya. —Miraba al frente, concentrada en el atasco en bucle que eran las calles de la ciudad, pero no perdió la sonrisa en ningún momento—. Desde que trapicheas con pastillas para dormir te estás acercando peligrosamente al lado oscuro.

—Cambiando de tema, ¿a que no adivinas a quién me encontré el otro día por el barrio?

Ana miró a Laura de reojo, intentando no perder percepción de lo que pasaba

en la calle. ¿Por qué la gente tenía esa manía de hacer preguntas retóricas? Claro que no lo iba a adivinar. ¿Cuántos millones de habitantes tiene Barcelona? Pues eso.

—A tu tía Sara. —Vaya. Eso sí que era un bombazo. No lo hubiera adivinado nunca, efectivamente—. Hacía siglos que no la veía. ¡Qué mal ha envejecido! ¿Cuántos años hace que no sabes nada de ella? Buff. Si la vieras por la calle, no la reconocerías. Oye, yo no estoy tan mal en comparación, ¿verdad?

—Ahora no puedo apartar los ojos de la calle, Laura, voy conduciendo —Ana intentó cortar la conversación, no le apetecía hablar de la hermana de su madre—, pero ya te digo yo que estás estupenda. Por ti no pasan los años. O pasan más lentamente que por el resto. Dime, ¿cómo lo haces para estar tan maravillosamente joven?

—No soy tan joven ni lo parezco, pero gracias. Ya sé que me estás colando una mentira, una mentira piadosa, Ana, pero sienta bien, la verdad.

Una vez que aparcaron, Laura insistió en llevar ella misma la maleta y la nevera con la cena que había preparado para esa Nochevieja. Ana tuvo que quitárselas por la fuerza.

—¡Un mes sin verte! —Laura se lanzó a los brazos de Joan en cuanto les abrió la puerta de casa. ¡Cómo le gustaba dar abrazos!, como si quisiera recuperar todo el tiempo perdido en su vida, esos casi cincuenta años de matrimonio con el triste del Genaro, el hombre que ni fu ni fa, ni frío ni calor—. Siempre te dije que me ibas a abandonar por una mujer más joven.

—¿Qué tal el viaje, vecina? —le preguntó Joan, mientras Ana, en la cocina, calentaba la cena.

—Exvecina, dirás, que ya no se te ve el pelo. Bien, el viaje bien. Me saqué el billete en el vagón del silencio, ¿sabes?, que se supone que va en silencio, pero, oye, que hoy en día el silencio parece estar sobrevalorado. Hay personas que piensan que su vida es tan interesante que la tienen que vociferar al mundo entero para que nos rindamos a su mierda de cotidianidad. Y el tren como que les da hambre de postureo. De verdad, a veces echo de menos los bozales para adultos. ¿Tú sabes dónde los venden?

La anciana hizo una mueca cómica y los dos estallaron en una carcajada. Ana y Laura habían sido vecinas toda la vida, en un edificio del barrio gótico de Barcelona cuando daba miedo caminar por sus calles, décadas antes de que se pusiera de moda entre los turistas y la zona se convirtiera en un parque de atracciones urbano, ya sin comercios ni apenas servicios para los vecinos. Todo era para los visitantes.

En 1978, cuando Ana tenía seis años, su madre fue asesinada casi a punto de dar a luz. Huérfana, y con un padre policía que apenas estaba en casa, Laura se convirtió en lo más parecido a una mamá que esa niña tuvo a partir de entonces. Una madre postiza al otro lado del rellano. Muchas veces dejaban las puertas de las dos casas abiertas para que la niña, que estudiaba en el salón, no se sintiera sola. Ana oía a Laura trajinar por la casa. Laura oía la respiración de Ana y el ruido de sus lápices deslizándose por los cuadernos.

Esa niña creció. Y se fue a la Escuela de Policía de Ávila, quería ser como papá. Pero papá murió y Ana lo encontró muerto en el salón varios días después, justo durante las vacaciones de verano. Vendió el piso porque no podía soportar volver a abrir esa puerta otro día más y recordar el olor y el aspecto del cadáver de su padre. Tardó mucho tiempo en reunir el valor suficiente para volver, subir a la tercera planta y llamar a la puerta A. Cuando por fin lo hizo, le abrió la puerta Joan. Ninguno de ellos hubiera sabido presagiar entonces dónde estarían apenas unos años después: los tres juntos, reunidos alrededor de una mesa de Nochevieja, a más de seiscientos kilómetros del rellano del edificio en el que empezó todo.

—No me he atrevido a traeros pastillas de las mías, dicen que están registrando las maletas en el AVE, que estamos en alerta máxima antiterrorista.

—A ver, Laura —Ana empezó a servir la sopa de *galets* rellenos de carne que había traído la anciana desde Barcelona—, no hagas caso de los bulos que te llegan por WhatsApp, te lo he dicho mil veces. No estamos en alerta máxima antiterrorista ni estamos desalojando estaciones y centros comerciales todo el día. Y aunque fuera así, no te van a quitar unas cajitas de somníferos o antidepresivos que lleves en el bolso, Laura, a no ser que te metas ahí, entero, el botiquín ese con el que abasteces caritativamente a medio barrio. Y, no, no necesitamos más pastillas en esta casa. Últimamente dormimos mejor. Gracias.

«Vaya con la señora inspectora jefa de homicidios, qué bien le sienta el cargo —pensó la anciana—. Y la compañía. Sobre todo, qué bien le sienta la compañía».

—¿Qué tal en homicidios? ¿Sigue siendo tu jefe el capullo ese?

—Sigue, sigue. Con la cantidad de comisarios decentes que hay en el Cuerpo Nacional de Policía y va y me tiene que tocar este odiador profesional.

—Bueno, ya sabes que dos no discuten si uno de ellos tiene una motosierra. —Laura soltó la frase con toda seriedad, mirando a Ana fijamente a los ojos y cruzándose de brazos.

—¿Qué has dicho, Laura?

—Eso mismo que has oído. Que dos no discuten si uno tiene una motosierra. En tu caso el de la motosierra es tu jefe, y por lo tanto no te conviene discutir con él. Tienes que ser más sibilina. Si te enfrentas cara a cara, terminará haciéndote pedazos. Por cierto —la anciana cambió de tema, tras el puntapié que le dio Joan bajo la mesa—, ¿algún caso en esta semana de tu estreno?

—Uno. Complicado. —Ana agradeció el cambio, no quería amargarse la Nochevieja discutiendo sobre Ruipérez, menuda manera de empezar el año—. El caso de una persona conocida y poderosa.

—¿Asesinada?

—Hombre, Laura, si se llama homicidios es porque nuestros casos van de asesinatos. —Le guiñó el ojo mientras le servía el segundo plato—. Aunque afortunadamente ya no se producen tantos en Madrid como en los años ochenta, todavía quedan dos grupos dedicados a resolver las muertes violentas. Y ahora los dirijo yo.

—Señora importante, mi Anita. Di que sí. Así que llevas el caso de Mónica Spinoza, porque, que yo sepa, no han matado a ningún famoso más estas Navidades. Cuenta, cuenta.

—Sí, claro —intervino Joan—, para que luego lo casques por el barrio.

—Oye, perdona —le respondió ella haciéndose la indignada—, pero tengo que recordarte quién te ayudó con lo de las bragas usadas. ¿Eh? Y no dije ni pío.

—Laura, lo que no puedo es darte detalles de la investigación, ya lo sabes, ni ahora ni nunca. Esta, encima, tiene ramificaciones en las altas esferas que pueden traernos muchos problemas.

—Pero sí que podemos preguntarte una cosa —terció Joan. Habían terminado ya la cena, estaba recogiendo la mesa y fue a la cocina para traer un plato repleto de los dulces típicos navideños: turrones, polvorones y neulas que había traído Laura desde Barcelona—. Tú que ahora sabes más de internet que mucha gente más joven, ¿cuántas veces has tenido la tentación de comprar algo mientras navegabas por la red? —le preguntó.

—Muchas. Además, y eso seguro que lo sabes tú, Joan, siempre adivinan lo que quiero. Si tengo que comprar una espátula para el horno, no hacen más que salirme anuncios de espátulas. Si necesito un pomo para la puerta, entonces solo me salen anuncios de pomos de puertas.

Joan le contó que eso era por las *cookies* y el rastro que ella dejaba al navegar. Si le salían anuncios de espátulas para el horno era porque había mirado espátulas para el horno en alguna página web, quizá para ver modelos o para comparar precios. Si empezaban a surgirle anuncios de pomos para las puertas

era por lo mismo, porque había demostrado interés en ellos.

—Si has buscado un vídeo de abejas, o cualquier información sobre ellas, no dejarán de surgirte anuncios de una organización medioambiental pidiendo que des dinero para salvar a las abejas del mundo. Todo lo que haces en la red deja rastro, y tu rastro vale dinero. Las páginas web, los buscadores, las aplicaciones y las redes sociales trafican con esa información que les regalamos, casi siempre para vendernos cosas, incluso vendernos un candidato presidencial como Donald Trump. Los datos están ahí para quien quiera cogerlos, les contamos demasiadas cosas de nosotros mismos.

—¿Y eso qué tiene que ver con la duquesa? —preguntó Laura.

—Pues mira, esto se lo podemos contar, ¿verdad? —Joan se dirigió a Ana, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Resulta que la señora duquesa compraba mucho por internet y devolvía muchas cosas también.

Había tanto trasiego de compras *online* en la mansión de Mónica Spinoza que algunos de los mensajeros eran ya como de la casa. Mónica Spinoza era una adicta a las compras.

—¿Y eso qué tiene que ver con el asesinato? —preguntó la anciana.

—En principio, nada —contestó Ana—. Pero la única persona que entra y sale de la casa en las horas próximas al crimen es un mensajero, o alguien vestido de mensajero, al que estamos intentando localizar. Va acompañado en todo momento del guardia de seguridad y apenas está tres de minutos dentro de la vivienda.

—Quizá eran cómplices —razonó Laura.

—No tuvieron tiempo material. No solo para el asesinato, sino para preparar la escena del crimen. Además, la duquesa llevaba muerta ya más de diez horas cuando ese mensajero recogió el paquete.

De repente, Laura pegó un grito.

—¡Las uvas! ¡Las uvas! Que van a dar los cuartos. Venga.

Y, como manda la tradición, los tres cogieron las doce uvas que Laura había contado y apartado para cada uno en tres platos de café y se las fueron tragando al ritmo de las campanadas que marcaban el cambio de año. Un conjuro para atraer a la buena suerte. Y para alejar a los monstruos.

—¡Feliz año nuevo! —gritaron los tres, brindando con cava. Se fundieron en un abrazo.

«Feliz año nuevo —pensó Ana—. Que sea mejor que el anterior. Por favor. Por favor».

Por favor.

Quince minutos después estaban en el sofá, amodorrados ante el televisor y la monótona sucesión de actuaciones musicales que emitían todas las cadenas.

—Ana —Laura estaba empezando a bostezar, tenía ganas ya de acostarse, pero antes quería resolver una duda a la que le daba vueltas desde el año anterior, aunque el año anterior estuviera a solo diez minutos de distancia temporal—, me decías antes que lo único extraño que entra y sale de la casa de la duquesa en las horas cercanas al crimen es un paquete. ¿Qué tipo de paquete?

—Uno enorme. Una nevera.

—Y eso —le explicó Joan, mirando a Laura— es lo que creemos que le indujeron a comprar, bombardeándola con anuncios de neveras en cada página web que visitaba, por lo que hemos visto en su ordenador y en su tableta. Pero aún no sabemos por qué.

Se quedaron los tres callados. Hasta que a Laura se le ocurrió una cosa.

—Pues claro. ¿No lo veis? —exclamó la anciana—. Está clarísimo. Es un caballo de Troya. —Ellos la miraron sin entender—. El asesino entró y salió de la casa dentro de esa nevera.

EL ODIO

De los asesinos se aprende que los peligros que dan miedo a las personas y los que de verdad matan a las personas son muy distintos. Nos da miedo la oscuridad, girar la esquina en una calle poco concurrida, entrar en un portal mal iluminado. Nos da miedo estar solos. No ver lo que hay a nuestro alrededor. Perdernos. Nos dan miedo los abismos, no solo los físicos. También los que están en nuestras cabezas.

Pero lo que de verdad nos mata no suele estar agazapado en la oscuridad, esperándonos justo cuando más en guardia y asustados estamos. Lo que de verdad nos mata nos pilla desprevenidos porque está en las pequeñas cosas del día a día a las que no les damos importancia, esas que ni siquiera vemos. Nos mata perder treinta segundos de vista a un niño pequeño por mirar el teléfono móvil. Nos mata salir con prisas de la bañera y resbalar con los pies mojados. Tomar un trozo de carne sin masticarlo bien y que se nos cuele por la tráquea. Atarnos los cordones de los zapatos al borde de una escalera y perder el equilibrio.

Subir a un ascensor.

17

La primera de las puertas automáticas se abre con un quejido grave, como si estuviera cansada de tanto trabajar. Gimotea sobre los raíles de la misma manera en la que lo haría un niño enfurruñado al que le obligan a comer judías verdes cocidas.

Y eso hace la puerta, abrir y cerrarse protestando en cada ocasión.

Al traspasarla, una cortina de calor se precipita desde el techo contra los visitantes como un bofetón en las caras heladas de todos ellos, que, incapaces de quitarse de golpe las múltiples capas de abrigos, jerséis, bufandas, guantes y gorros que llevan, experimentan un ligero vahído de agobio.

Tras una segunda puerta automática, la recepción del hospital se extiende a lo largo de toda la pared izquierda. Una gruesa barra de madera, repintada sin esmero cada veinte años más o menos, reposa sobre una base de ladrillos y cemento tras la que cinco empleados del departamento de administración —uno solamente en los días festivos como ese— atienden a los recién llegados. Información. Admisiones. Visitas. Consultas. Reclamaciones. Cada uno bajo su cartel correspondiente.

Los fluorescentes del techo apenas consiguen iluminar la tristeza que desprenden las paredes, como si tantos años de dolor pudieran incrustarse en el yeso y convertirlo en un material tóxico que va contaminando a los nuevos visitantes.

Pasada la recepción, en un pasillo que gira a la derecha, cuatro ascensores transportan a enfermos y visitas a las habitaciones y las consultas, o los escupen hacia la salida. Aunque hoy no hay demasiado movimiento. Es 2 de enero, amanece, y el hospital va a ir recuperando poco a poco la normalidad, después de tres días con las intervenciones quirúrgicas suspendidas y en los que solo se han quedado ingresados los pacientes más graves.

Tras los ascensores, al fondo del todo, dos montacargas están reservados para llevar camillas y personal sanitario a los quirófanos, en un trasiego diario constante entre las habitaciones y la planta primera, la ocupada por la zona

quirúrgica.

Bajo el hueco de uno de ellos, dos metros por debajo de la planta cero, en el foso de seguridad, cuatro cuerpos yacen juntos, descomponiéndose y esperando a que alguien los descubra.

18

—Tenías raz… Ana. —La voz de Charo sonó metálica y entrecortada al otro lado de la línea telefónica—. Las bal… la nevera… esta…

Eran las ocho de la mañana y la vibración del móvil había sobresaltado a Ana, que a esa hora —«¡Qué tarde es!», pensó— seguía extrañamente en la cama. Salió de puntillas de la habitación en penumbra, para no despertar a Joan, y caminó sin hacer ruido por el pasillo que conducía al salón. Entre el adormecimiento que aún embotaba su cerebro y lo concentrada que estaba intentando escuchar lo que Charo le decía al otro lado de la terrible conexión telefónica, tardó un poco más de lo habitual en percibir el ruido tenue que llegaba desde la habitación principal. Alguien había entrado en la casa. Colgó el móvil y se pegó a la pared. Aguzó el oído, el intruso se movía con mucha cautela, tratando de no hacer ruido. Pensó qué hacer, pero no llevaba nada en las manos que pudiera servir como arma. La pistola la guardaba en el cajón de la mesita de noche y no podía volver a por ella sin hacer demasiado ruido. Sería mejor aprovechar el efecto sorpresa, así que descolgó en silencio un pequeño cuadro con el marco de madera que colgaba de la pared. Podía servirle de arma en caso necesario. Dio un par de pasos más, apoyando suavemente los pies en la madera en el suelo. Del salón llegaba un ruido extraño, como si estuvieran registrando la librería. Alguien movía los libros. ¿Para qué querría alguien mover los…?

—¿Ana? ¿Eres tú? —La voz cortó su línea de pensamiento.

Se sintió como una idiota. ¡Claro que había alguien en el salón! Laura. Su tren no salía hasta media mañana de ese lunes. La anciana intentaba no hacer ruido para no despertarlos. Dejó el cuadro en el suelo, apoyado en la pared —¿qué le iba a decir si la veía aparecer con eso en la mano?— y salió a saludarla.

—¿Te puedes creer que no me acordaba de que estabas aquí, Laura? He dormido tan profundamente que casi ni sabía dónde me había despertado. Pero… —Cambió el tono. Si hasta entonces sonaba a disculpa, ahora era más parecido a una riña—. ¿Qué estás haciendo?

—Ya ves. Me aburría. No duermo apenas, la edad, ¿sabes? Estoy toda la noche pegada a la radio, pero ya me tenía que levantar. Y no sé estar sin hacer nada.

Ana había sorprendido a la anciana con un trapo en la mano, limpiando el polvo del salón, descalza para no hacer ruido. Se fijó en que había colocado cuidadosamente —en una pila perfecta— los libros por leer que ella iba dejando amontonados de cualquier forma en una esquina, justo en un hueco que había entre un gran aparador de madera pulida y la ventana que daba a la calle Amaniel. Barrió con la vista el resto de la estancia y detectó media docena de cambios más, algunos muy sutiles, como si de repente alguien con una regla —y alguna enfermedad compulsivo-obsesiva— hubiera recolocado al milímetro todos los objetos del salón.

—Y no me has ordenado el cajón de las bragas porque está en la habitación y estábamos durmiendo, ¿verdad? —Se plantó frente a ella con los brazos cruzados.

—Hombre… si quieres…. ya que estoy aquí… Tú dame cosas que hacer… para que no me aburra. —Ana no supo si Laura hablaba en serio o le estaba tomando el pelo, aunque, conociéndola, seguro que lo decía de todo corazón.

—Laura, eres una invitada en esta casa, por favor, aprovecha, descansa, sal a pasear, lee. Lo que quieras menos limpiar. Hazme un caldo, si te apetece, croquetas, me da igual, pero no limpies, por favor.

—Ya, ya lo sé, perdóname por meterme en tus cosas, pero es la costumbre.

—Mira, hay una cosa que puedes hacer: por favor, baja a por el pan, hay un buen horno justo en la esquina con la Gran Vía que seguro que está abierto hoy, trae una hogaza de pueblo y unos molletitos de Antequera, para pegarnos un buen desayuno los tres. Tengo una maravillosa sobrasada ibérica en la despensa.

Ana aprovechó el viaje de Laura a la panadería para volver a llamar a Charo, esperando que tuviera mejor cobertura. Fue a la cocina y cerró la puerta, tratando de no despertar a Joan.

—¿Me oyes mejor? —Charo contestó al primer timbrazo—. Me he subido a la azotea. No veas el frío que hace, me estoy congelando.

—¿Por dónde andas? —le preguntó Ana, mientras preparaba la mesa para el desayuno.

—Estoy pasando el fin de año en el pueblo de mis padres, en Valderas, en el sur de León, y en casa la señal viene y va. Te he estado llamando cuando se ha cortado, pero no me lo cogías. ¿Pasa algo, Ana?

—No, no. Que no me acordaba de que tenía a una amiga durmiendo esta

noche en casa y la he mandado a la panadería a por el desayuno. Me decías algo de la nevera.

Sí. La nevera. Parecía plausible que el asesino hubiera entrado y salido de la casa dentro de la nevera, un gran modelo americano de trescientos ochenta y siete litros de capacidad, con dos cajones congeladores en la parte baja y un gigantesco compartimento superior. Si se le quitaban las baldas, allí cabía perfectamente una persona.

—A no ser que haya un túnel secreto que comunique la casa con el exterior y que aún no hayamos descubierto, y a no ser también que estemos equivocados y el asesino sea alguien del personal de la mansión, nuestro criminal hizo que lo trajeran y se lo llevaran de la forma más segura y discreta posible. Sin ser visto. Sin riesgo —concluyó Charo.

—Ahora tenemos que centrarnos en dónde se recogió esa nevera y dónde la llevaron después.

—Esto es España, amiga, y ayer era 1 de enero y domingo. En la central de la empresa de mensajería siguen sin dar señales de vida. Tengo a los chicos plantados como un cactus delante de las oficinas centrales. En cuanto abran, te cuento.

Pero no podían quedarse quietos, a la espera de que la empresa de mensajería les pusiera en contacto con los repartidores, así que el agente Barriga había probado por otra vía: buscar su rastro en las redes sociales.

—Me metí en un grupo de Facebook privado —le explicó Barriga a Ana por teléfono—, un chat en el que el personal de varias empresas de mensajería se va contando sus batallitas, con fotos y vídeos. Son básicamente anécdotas de las que presumir o cosas de las que quejarse. El del tercero sin ascensor que siempre pide paquetes de mucho peso, la señora mayor que siempre insiste en que pasen a tomar un café, el cliente que les tiene un buen rato esperando hasta que abre el paquete, comprueba el contenido y lo fotografía todo… O los exhibicionistas. Algunos van en ropa interior (hay un buen número de alistamientos de hombres en calzoncillos dados de sí con la tripa peluda desbordándose por encima de la cinturilla). Uno cuenta que una vez le abrió una mujer que parecía recién salida de una sesión de sadomasoquismo, aunque vete tú a saber si se lo estaba inventando. La fantasía de todos ellos es que les abra una mujer joven y escultural en ropa interior, pero los dos que han contado anécdotas así han sido rápidamente refutados por sus compañeros. También hay avistamiento de famosos. Existe una especie de competición a ver quién tiene a más personalidades en su lista (si hay prueba, mejor). Y por ahí pillé a nuestro

mensajero. Le va el postureo. En los últimos meses ha colgado varios *selfies* frente a la casa de algunos famosos a los que les llevaba paquetes. Incluso uno de ellos con el actor secundario de una serie. Nuestro hombre, la verdad, lo tiene fácil porque su zona de reparto es la urbanización de la duquesa y está plagada de gente famosa. El día de Nochebuena por la mañana colgó, alucina, un *selfie* con la nevera. Tal cual. «Recogiendo el paquete más pesado de mi vida, aparte de mi suegra, claro. Este monstruo debe de pesar ciento cincuenta kilos por lo menos. Y adivinad quién la había comprado, la Spinoza. Menudo casoplón tiene. ¿Alguien ha estado allí?», escribió bajo la imagen. Recibió como respuesta decenas de emoticonos de esos de estoy llorando de la risa.

Pero Barriga ya no pudo avanzar más. No fue capaz de contactar con el mensajero. Así que Ana le pidió el favor a Joan. En cuanto dejaron a Laura en la estación del AVE —«Prometo volver, chicos, pero tenéis que venir vosotros también a verme a Barcelona»—, se pusieron a ello. Desde el perfil de Facebook del mensajero rastrearon el resto de las redes sociales del hombre. Estaba en casi todas las importantes. Tenía Instagram, Twitter, Periscope e incluso Tinder. Con todo ese rastro digital fue facilísimo para un experto localizar su usuario de correo electrónico. Le mandaron entonces un correo trampa simulando ser un compañero de la empresa de mensajería. El email contenía un vídeo con una recopilación de imágenes de actrices pilladas en posturas que dejaban ver parte de su ropa interior, pero, al bajarse el archivo, instalaba en su ordenador, sin saberlo, un programa que robaba sus contraseñas. Un trabajo limpio y fácil. Joan hubiera podido vaciarle la cuenta bancaria, pero se limitó a navegar en busca del teléfono móvil del mensajero. Entonces Ana lo llamó fingiendo un acento extranjero, como si viviera en algún país anglosajón y no terminara de dominar el castellano.

—¿Cristiano Carrasco? No, no pasa nada, tranquilo. Yo llamo a usted de NewIce, neveras. Vendo neveras. Tenemos *reclamasión* de cliente de mi país que compra a ustedes en España. —Ana calló, escuchando lo que le decían al otro lado de la línea telefónica—. Sí, perdón, sí. *Joliday* en España, sí, usted no trabajo hoy, sí. Perdón. Un minuto. Solo, *plis*. Necesito ayuda de usted.

Joan tuvo que salir del salón para que no le diera un ataque de risa. Solo volvió a entrar cuando Ana colgó.

—Bueno, ¿y? ¿Qué te ha contado? —le preguntó.

—Que le sorprendió el peso de la nevera, pero que ya se lo había advertido el sistema que les asigna las recogidas, marcándolo como paquete extremadamente pesado. Todo cuadraba.

—La caja que tenía al asesino escondido dentro —recalcó Joan—. ¿Te dijo dónde la dejó?

—En una nave de un polígono del extrarradio, no recordaba la dirección exacta, pero eso lo averiguaremos enseguida. En cuanto los de la empresa nos den los datos, estamos allí.

* * *

La primera queja se produjo a las siete de la mañana. Un camillero cuyo sueldo no llegaba a los novecientos euros mensuales y que llevaba semanas maldurmiendo en el sofá del salón de su casa —«Con este sueldo cómo me voy a separar, ya ves tú cómo le pago la pensión a Nuria y la manutención del niño y otra casa para mí, imposible, y ni hablar de volver con mis padres, ni hablar»— protestó en voz alta por lo que estaban tardando en llegar los montacargas ese día. «¿Qué les pasa hoy a estos trastos, que siguen de resaca de Nochevieja? A este paso no empezamos a operar hasta las tres de la tarde», se lamentó, más para él que para el resto del mundo.

Un par de horas antes, los equipos de limpieza habían accedido a los quirófanos para dejar desinfectada toda el área de intervenciones quirúrgicas antes de que empezara la rutina diaria. Pero apenas eran un par de mujeres invisibles a las que nadie tenía en cuenta a no ser que hicieran mal su trabajo —o que a alguien le pareciera que lo habían hecho mal—, y ellas con un montacargas habían tenido bastante. Y si no lo hubieran tenido, no habría pasado nada, porque tampoco se habrían quejado. Quejarse significaba ser visibles, y ser visibles significaba molestar, y molestar significaba entrar en la rifa de boletos para que te dieran la patada. La supervivencia de sus familias pasaba por bajar la cabeza y aguantar.

Así que ellas no se quejaron, pero a las ocho menos cuarto de la mañana —justo quince minutos antes de que comenzaran las primeras operaciones quirúrgicas programadas para ese día— el colapso del movimiento hacia los quirófanos empezó a ser de tal envergadura que un médico protestó. Y no un médico cualquiera. Se había quejado un dios de la medicina en persona, ¡un cirujano!

Y ahí empezaron todos a mover el culo.

¿Qué pasa? ¿Sabes algo? En pocos minutos todos los miembros del personal sanitario se contagiaron del virus del rumor. Algo gordo estaba pasando en el hospital. Se rumoreaba incluso que se iban a suspender las intervenciones

quirúrgicas.

La bola de nieve fue creciendo durante varios minutos hasta que alguien se dio cuenta de que lo que en realidad pasaba era que uno de los dos montacargas con los que se accedía a los quirófanos había dejado de funcionar y que el otro no daba abasto para engullir y escupir a todos los enfermos y personal que necesitaban acceder a la zona quirúrgica justo en el momento de más movimiento del día, cuando todos bajaban de golpe en un espacio de pocos minutos para empezar la maratoniana jornada de operaciones.

¡Ah, bueno! Solo es el montacargas, que se ha estropeado, solo eso. La decepción corrió en segundos por las ocho plantas del hospital. Vaya chasco, tanto chauchau para nada. Eso decían, sin saber, claro, lo que estaba a punto de pasar.

Todo estalló pasadas las diez y media de la mañana, cuando dos operarios del servicio de mantenimiento de la empresa fabricante de los ascensores aparecieron por el hospital para ver qué narices le sucedía al dichoso montacargas. Esos trastos en lugares de mucho trajín tendían a dar bastante por saco. Pura rutina, pensaron cuando les mandaron el aviso. Y eso hicieron los dos hombres. Rutina. Al llegar junto al aparato averiado —«Es el del fondo a la derecha», les indicaron en recepción—, presionaron los botones de llamada para comprobar que, efectivamente, no se movía —parecía absurdo hacer eso, pero no sería la primera vez en la que todo había vuelto a funcionar como por arte de magia—; así que se pusieron manos a la obra, siguiendo uno a uno los puntos del manual, sin saber que el manual no tenía solución alguna para lo que iban a encontrar allí. Pero, de momento, rutina, rutina, rutina.

Lo que les dijeron los datos de la placa base fue que todo funcionaba perfectamente; tanto la parte mecánica como la informática, y que algún elemento externo bloqueaba la cabina a la altura de la sexta planta, apenas unos centímetros por debajo de su zona de parada habitual.

Así que no les quedaba más remedio que subir a ver qué narices pasaba allí arriba.

Se activó entonces en el técnico de más edad el reflejo automático de la queja, ese que hace que las personas se lamenten amargamente por todo lo que les pasa en la vida y que además crean que tienen que compartirlo con el mundo a voz en grito. Como si al resto de la humanidad le interesara.

—Ya no tengo edad para subir andando por las escaleras tantas plantas cargado con todo el material —protestaba el hombre mientras recogía las piezas desperdigadas por el suelo—. A este paso no llego vivo a la jubilación.

—Consuélate, así empezarás a quemar toda la grasa y los turrones que te has zampado estos días en casa de tu suegra —le contestó riendo el técnico más joven, acostumbrado a la retahíla de protestas constantes de su compañero, si llovía, si hacía demasiado sol, si le picaba un brazo, si paraban en dos semáforos seguidos, si la cerveza no estaba lo suficientemente fría, si ya nada es como antes, si el pasado era una mierda.

El chico se lo tomaba con humor, al fin y al cabo no tendría que aguantarlo mucho más, porque el Quejas —así lo llamaban sus compañeros— se iba a jubilar en unos meses. Aunque esa vez una pequeña maldad cruzó por su cabeza. Pensó en seguirle la corriente y dejar que subiera andando los seis pisos. Sonrió al imaginárselo arrastrándose planta a planta, cogido de la barandilla para impulsar su cuerpo hacia arriba un escalón más, sin aire en los pulmones ni para quejarse, y entonces, al llegar al *hall* del octavo piso, agotado y resoplando, descubrirle allí —como si él tampoco se hubiera dado cuenta— que podían haber utilizado cualquiera de los otros ascensores para evitarse esa penosa ascensión por las escaleras.

Pero le dio pena.

—Mira, Eduardo, hay otros ascensores. Cojamos uno de los de las visitas.

Y esa pena, al final, terminó salvándole la vida, porque en esa sexta planta estuvo a punto de producirse la segunda tragedia de esta historia, no tan grande como la primera, claro, no tan impactante, pero también mortal.

Como subieron en ascensor, los dos operarios llegaron a la planta sexta descansados, con los músculos destensados y el corazón latiendo a las pulsaciones habituales en semirreposo.

—Déjame a mí, anda, y ve tú preparando el material.

El técnico más joven se dispuso a abrir de manera manual las puertas del montacargas, justo donde se había quedado encallado, para ver si podía activarlo desde dentro pulsando los botones de la cabina. Era el siguiente paso de las instrucciones. De la rutina. La conversación entre los dos había devenido en una especie de competición por ver quién lo había pasado peor con sus familias políticas en los ágapes navideños. Enfrascados andaban en ese torneo de cuñados chungos cuando, tras girar la llave y separar a la fuerza las dos hojas de la puerta, el técnico joven abrió hueco suficiente para pasar entre ellas y dio un paso lateral para entrar en la cabina del montacargas y así ver mejor lo que podía estar pasando. Su rodilla se flexionó, su pie se elevó y su cuerpo se desplazó ligeramente hacia el costado para acceder al interior. Pero algo no encajaba en ese entorno. Algo faltaba. No fue hasta que estaba ya empezando a perder el

equilibrio cuando sus ojos vieron y su cerebro empezó a procesar la magnitud de la tragedia que estaba a punto de sucederle. Su pie no encontró suelo en el que apoyarse.

Intentó salvar su vida, impulsándose en sentido contrario a la gravedad, pero solo estaba agarrado con una mano a la puerta del ascensor.

De rodillas junto a él, enfrascado en la caja de herramientas, las décadas de experiencia encendieron una alarma en el cerebro del técnico que estaba a punto de jubilarse. Algo iba mal. La rutina tenía una grieta. Instintivamente, alargó los brazos y agarró a su compañero por el jersey gris de lana que les obligaban a vestir y tiró de él hacia dentro, hacia el pasillo, hacia la salvación. Al hacerlo, consiguió que no cayera irremediablemente directo al hueco que se abría a sus pies. Un vacío que lo hubiera lanzado seis plantas abajo.

Terminaron los dos tendidos en el suelo de loseta, notando cómo el corazón se clavaba en sus costillas.

—Llama a la Policía, llama a la Policía —acertó a balbucear el técnico más joven, mientras palpaba la brecha que se le había abierto en la frente al aterrizar de golpe sobre el suelo—. Y di al hospital que despeje las urgencias.

Aunque enseguida se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad y rectificó lo que acababa de decir.

—Mejor diles que vayan avisando al Anatómico Forense.

19

Lo del hospital era un accidente, pura rutina, un por si acaso. Terminarían rápido. Maldita mala suerte la de esas personas. Y qué muerte tan horrible, pensó, cayendo todos al vacío dentro de un ascensor. Sabiendo que iban a morir. Cuatro desconocidos desplomándose juntos en los últimos segundos de pánico de sus vidas.

Ana apartó ese pensamiento de la cabeza para cumplir con toda su atención el trámite que menos le apetecía de la jornada: informar al comisario de los progresos en el caso de Mónica Spinoza.

—Así que el asesino se os escapó dentro de una nevera.

—¿Se nos escapó?

—Ahora eres la responsable de los dos grupos de homicidios de Madrid. Vete acostumbrando. Los muertos son tuyos. Los asesinos se te escapan a ti. El mérito de detenerlos es mío. Sí, no me mires así —se relamió—. A propósito, hay una cosa que no entiendo, ¿cómo el asesino cerró la caja tras meterse en la nevera?

—No cerró la caja —Ana seguía fiel a su costumbre de quedarse de pie frente a la mesa del comisario—, eso, evidentemente, no podía hacerlo él mismo.

Lo planeó todo al milímetro desde el principio, siguió contándole Ana a su jefe. La nevera —con él dentro— se entregó en la casa a las ocho y treinta y tres minutos de la tarde del día 23 de diciembre, justo a la hora en la que la duquesa presidía un evento benéfico de recogida de fondos para un hospital infantil con el que colaboraba, ampliamente publicitado desde hacía meses, con lo que el asesino sabía que ese día y a esa hora Mónica Spinoza iba a estar fuera y no había riesgo de que abriera el paquete y le encontrara dentro. ¿Cómo cuadró la hora de entrega, cuando los servicios de mensajería de este país son un desastre? La principal hipótesis que manejaban es que había conseguido *hackear* el sistema informático de la compañía. FastPack utiliza un programa que planifica las entregas en franjas de dos horas, así el cliente dispone de ese margen para organizar la recepción en su domicilio. El mismo 23 por la mañana, la duquesa recibió un email que indicaba que entre las siete y las nueve de la noche de ese

día se le haría entrega del envío con código —Ana consultó sus notas— PQSR3268827035. El asesino conocía perfectamente las rutinas de la mansión. Sabía que nadie abre los paquetes, solo la duquesa, y que ella a esa hora estaría ya de camino al evento benéfico, y el personal de la casa se encontraría en la zona de servicio, a punto de cenar, para luego retirarse cada uno a sus habitaciones a ver la televisión, con lo que él tendría la casa libre para ocultarse y esperar a que su víctima volviera.

—La duquesa vive, vivía, en una especie de apartamento blindado dentro de la mansión, un grupo de habitaciones del pánico justo en el otro extremo de la zona de la servidumbre. Una puerta acorazada (era muy miedosa) —le recalcó Ana a Ruipérez— da acceso a un distribuidor que lleva a un salón, una cocina, un gran baño, un vestidor y dos habitaciones. Ciento treinta y dos metros cuadrados de casa protegida dentro de la casa.

—¿Una puerta acorazada? —Ruipérez abrió mucho los ojos—. ¿Cómo la franqueó el asesino? ¿No os disteis cuenta durante el registro?

—La puerta estaba perfectamente. —Ana cortó de raíz cualquier posible crítica a la actuación de su equipo y de los forenses en la escena del crimen—. Si Mónica Spinoza no se encuentra en casa, permanece abierta. Solo la cierra de noche, antes de dormir. Pero esa noche al girar la llave no sabía que estaba encerrándose junto a su asesino.

»Las ventanas de esa zona —siguió contando Ana— tienen cristales blindados, y las paredes, suelos y techos están construidos con capas de placas antibalas y material ignífugo, y revestidas con medio metro de hormigón. Era una fortaleza, pero una fortaleza que se quedaba abierta si la duquesa no estaba allí dentro. Y esa es la ventana de oportunidad que aprovechó el asesino: antes de que la duquesa volviera, y cuando el personal de servicio ya estaba retirado en sus habitaciones, consiguió salir de la caja y colarse en los aposentos blindados. Sabía que una vez Mónica Spinoza entrara allí y cerrara con llave, nadie los oiría. Podría hacer con ella lo que quisiera. Por eso nadie la oyó chillar.

—Vale —contestó el comisario, abrumado por lo que acababa de escuchar—. Supongamos que el asesino hace eso. Pero no has contestado a mi primera pregunta.

Ruipérez quería saber muchas cosas, pensó Ana, normalmente le daban igual los detalles, pero no en ese caso, y eso debía de ser —razonó la inspectora jefa— porque alguien le estaba preguntando. Quizá alguien implicado en el caso.

—¿Cómo se encerró él mismo dentro del paquete que contenía la nevera? —insistió su jefe—. Es físicamente imposible.

—Te he dicho que lo tenía todo planeado. —Ana intentaba no perder la paciencia, como siempre con ese hombre que conseguía sacar lo peor de ella. Se dio cuenta de que estaba tuteándole, le pasaba a veces, cuando se ponía nerviosa—. Si no me interrumpes, te lo sigo contando. Aunque también lo tienes —disfrutó del momento— en el informe que te he mandado por correo electrónico antes de venir a verte. Lo que prefieras.

Y él prefirió —¡cómo no!— que Ana siguiera de pie, delante de él, explicándose, hasta que a él le diera la gana. Lo que ella le contó fue que esa misma mañana habían probado con el mismo modelo de nevera y el mismo tipo de embalaje, bloques de espuma de polietileno y una caja de cartón. Era imposible, efectivamente, que nadie pudiera meterse ahí y cerrar la caja de cartón sin ayuda, con lo que la principal hipótesis con la que trabajaban era que el asesino tenía un cómplice que le ayudó a meterse en la nevera y a entregársela al transportista.

—¿Alguien de la mansión? —le preguntó Ruipérez.

—No podemos descartar a nadie. Ninguno de los empleados parece tener motivos, pero es imposible saber lo que pasa de puertas adentro. Sus cuentas bancarias no indican nada inusual y, hasta donde sabemos, ninguno hizo movimientos extraños en los días anteriores o posteriores al asesinato.

Pero otra cosa preocupaba a Ruipérez. Algo que hacía que no terminara de creerse la hipótesis del asesino dentro de la nevera.

—Y ahora vas y me cuentas que tu asesino aguantó ahí dentro sin respirar más de doce horas.

—Comisario —Ana intentó mantener la calma ante la provocación—, evidentemente eso es imposible. Creemos que tuvo suministro de oxígeno, ya sea a través de alguna bombona…

—¿Te has dado cuenta de la barbaridad que estás diciendo? —la interrumpió Ruipérez, alzando la voz—. Si esa nevera ya debía de pesar lo suyo, imagínatela rellena de una persona y de bombonas de oxígeno para aguantar allí dentro diez o doce horas.

—Si me deja terminar de hablar —prosiguió Ana—, eso es lo que le iba a contar ahora, que nos inclinamos por pensar que hizo algún orificio en alguna parte de la nevera y de la caja de cartón para no ahogarse.

—¿Y cómo entró y salió?

—Las protecciones de polietileno encajan perfectamente con las esquinas de la caja, para que la nevera no se golpee durante el transporte. Pero queda un buen hueco entre la nevera y el cartón, con lo que desde dentro se puede empujar

la puerta y abrir una rendija lo suficientemente grande como para sacar el brazo y cortar la cinta de embalaje con algún objeto punzante para así poder abrir del todo la puerta y salir cómodamente. Pero eso no significa que nuestro asesino pudiera hacerlo todo solo. Alguien tuvo que embalarlo. Necesitó ayuda. Estamos buscando al hombre que entregó la nevera al mensajero el día 23 por la tarde, que, según la descripción, sería el mismo que recogió el paquete devuelto, en el mismo sitio, un día después, el 24 por la mañana. Hemos estado allí. Es un almacén abandonado, embargado por un banco que está intentando venderlo. Varias inmobiliarias tienen la llave. Va a ser difícil encontrar algo significativo, pero estamos procesando algunas pruebas.

—Mira, Ana —cortó en seco Ruipérez, que empezaba a ponerse nervioso—, eso no te lo crees ni tú. El asesino podía tener un cómplice en el exterior de la vivienda, estoy de acuerdo, pero necesita otro en el interior de la casa. Mata a Mónica Spinoza, se mete en la nevera, consigue cerrar la puerta. Bien. Pero lo que no puede hacer es cerrar la caja de cartón para que se la llevara el transportista.

—También tengo respuesta para eso. Uno de los empleados de la duquesa cerró la caja.

El comisario la miró sin entender.

—Entonces me estás hablando de un cómplice dentro de la mansión.

—No. No necesariamente. Mire, me lo acaban de mandar del laboratorio. —Ana le mostró la pantalla de su teléfono móvil, volviendo a tratarle de usted—. Siguen aún procesando la basura de la duquesa. ¿Se acuerda de que el cadáver apareció rodeado de un círculo de basura? Sabemos que el asesino no la trajo consigo, sino que utilizó la de la casa, concretamente, de los dos cubos que ella tenía en la cocina junto a su habitación. Esta mañana los llamé pidiendo que buscaran algo determinado. Allí no encontraron nada, pero sí en una de las bolsas que recogieron en una papelera de la zona de servicio. Y aquí está. Me han mandado una fotografía. Es la imagen de un trozo de papel arrugado. ¿Puede leer lo que pone?

«Por favor, Andrés, ¿cierras tú la caja de la nevera con la cinta de embalar? La van a venir a buscar hoy y a mí no me da tiempo».

—Del puño y letra de la víctima —siguió explicándole Ana—. Creemos que nuestro asesino la obligó a escribirla antes de matarla. Hemos localizado al guardés esta mañana, estaba volviendo de pasar el fin de año con unos primos en Cuenca, y nos ha contado que, efectivamente, fue él el que terminó de cerrar el embalaje de la nevera, como tantas otras veces había hecho con las compras que

la duquesa devolvía. Recuerda haber cerrado la caja con cinta de embalar sobre las nueve y media de la mañana del día 24. En ese momento Mónica Spinoza ya estaba muerta y su asesino dentro de esa nevera, pero él no podía saberlo. El resto, ya se lo he contado, David. Estamos a la espera de localizar al empleado que ayudó al asesino. Cuando lo tengamos, le aviso. Por cierto —continuó Ana, mientras caminaba hacia la salida del despacho—, he mandado a tres agentes del Grupo 2. Un accidente con un ascensor. Se ha desplomado con varias personas dentro.

—Si es un accidente, ¿para qué mandas a tu equipo allí? ¿No tienen nada mejor que hacer? —Ruipérez en su salsa, siempre intentando que alguien terminara una conversación con él sin reírse una mierda—. ¡Ah, claro! Que lo que tú quieres es que salgan por la tele, aprovechando el jaleo de medios que habrá a las puertas de ese hospital. Muy lista la chica. Seguro que luego te pasas tú y todo, a mover el palmito, con esa manía que tienes de no quedarte coordinando desde el despacho, como manda tu cargo, e insistir en seguir saliendo a la calle a patear con los básicos. ¿Lo hueles? —El comisario se levantó de su trono y olfateó a su alrededor, girando trescientos sesenta grados sobre sí mismo, como un perro en busca de un botín de carne fresca—. ¿No? Huele a chusma. Si quieres seguir siendo jefa, júntate con los de tu escala. Es solo un consejo, Ana. —Le hizo una señal con las manos para que se fuera, como un perro al que echas de una habitación. Ella ya estaba de espaldas, casi a la altura de la puerta, cuando escuchó una última frase—: Estás empezando a oler a chusma, inspectora jefa, y eso no te conviene nada.

20

No podrían decirlo con seguridad hasta que no trasladaran los cuerpos al Anatómico Forense y tuvieran tiempo para examinarlos con el detenimiento y el material adecuados, pero lo que parecía haber en el foso de ese montacargas eran los cadáveres de cuatro personas. Como mínimo.

Tampoco podían saber todavía con seguridad si esas personas habían fallecido por la caída o estaban muertas antes. Lo que abría una siniestra posibilidad: que aquello no fuera un accidente, sino que estuvieran ante un asesinato múltiple.

Una cosa sí que estaba clara, lo que se había precipitado foso abajo no era el ascensor, como estaba informando la prensa a las puertas del hospital, recogiendo los rumores que circulaban entre el personal sanitario y los pacientes que se habían convertido, en algunos casos, en gozosos protagonistas de una gran historia. La cabina seguía parada en la sexta planta, pero, como había estado a punto de comprobar con su propia vida el más joven de los técnicos, al cubículo le faltaba el suelo. Sus restos se habían encontrado junto a los de las víctimas, en el fondo del foso del ascensor, tras caer al vacío durante dieciocho metros y medio y estrellarse contra el suelo a una velocidad de poco más de diecinueve metros por segundo.

A los técnicos de la empresa de ascensores les estaban atendiendo en urgencias. Habían sufrido un shock y los médicos no dejaban, de momento, que hablaran con la Policía. La salud es lo primero. Que le den a la investigación. Por supuesto.

El día estaba a punto de complicarse para el equipo de homicidios a las órdenes de la inspectora jefa Ana Arén.

—Jefa…

—¿Qué está pasando en el hospital, Rosa? —La voz de Ana llegó con mucho ruido de fondo al otro lado de la línea telefónica.

—Jefa, si tuviera que apostar, esto no tiene pinta de accidente. ¿Cómo se va a desprender el suelo de un ascensor? Vamos, que se caiga el ascensor puede, pero que se caiga el suelo… ¿dónde se ha visto eso? Así que finiquitaremos pronto y

vamos a empezar bien el año.

—Vamos a ver, Rosa, eres subinspectora de Policía. Apenas me conoces porque no hemos trabajado juntas y yo me acabo de incorporar a homicidios, pero seguro que ya sabes de mi fama e imagino que en el grupo habéis estado hablando sobre vuestra nueva jefa y la leyenda negra que me precede. ¿Me equivoco?

No. Ana no se equivocaba. Y como confirmación de sus sospechas, el teléfono solo le devolvió silencio. Había pillado a la subinspectora Rosa Axe por sorpresa y con la guardia baja.

—También sabrás —siguió hablando—, y si no lo sabes te lo digo, que conmigo hay que trabajar con la mente abierta y teniendo en cuenta hasta el más mínimo detalle. No solo eso, sino que no soy mucho de despachos, así que me vas a tener soplando en tu nuca cuando menos te lo esperes. Por ejemplo, ahora mismo, porque estoy a cinco minutos del hospital y me vas a ver aparecer en breve. Escúchame mientras tanto: este caso no se finiquita, ni está a un paso de finiquitarse. Esto se investiga, todo se va a investigar a partir de ahora, como si fuera un homicidio. Que luego no lo es, pues perfecto. Un asesino menos dando por culo en las calles. Que lo es, pues ahí estamos nosotros, para palotearlo.

—Sí, claro, jefa. Salgo a buscarla ahora mismo a recepción.

* * *

Mientras tanto, en el Canal Once, la dirección de la cadena había decidido levantar la programación del día y darle a informativos el especial de urgencia sobre la tragedia del ascensor. Desde la una y media de la tarde —hora en la que la noticia dejó de ser un rumor y pasó a ser oficial tras un tuit de la cuenta de @EmergenciasMadrid—, dos presentadores estaban sentados en el plató contando en directo lo que se iba sabiendo, que era más bien poco, con lo que al final solo podían ir dando vueltas una y otra vez a la misma información. Ambos tuvieron que tirar de toda su capacidad de improvisación y elocuencia aguantando el tipo, mirando a cámara con naturalidad como si no pasara nada, hablando con frases coherentes, lógicas e informativas. Los redactores y reporteros gráficos enviados a las puertas del hospital asaltaban a cualquiera que saliera para que contara lo que estaba pasando, porque la zona estaba vetada a la prensa, pero no se podía dejar de atender a los enfermos. Les preguntaban si tenían miedo o habían notado algo raro en ese ascensor en sus anteriores visitas. Se emitían en directo entrevistas telefónicas con técnicos de ascensores, o

incluso con pacientes del hospital, que hablaban desde sus camas y agradecían al cielo no haber sido ellos los precipitados. «Yo iba a bajar esta mañana a quirófano, ¿sabe? —contó uno—, en ese ascensor —se inventó, por supuesto, porque eso no podía saberlo—, y podría haber sido yo el muerto». Pero otro de los ingresados, demostrando la nula capacidad de empatía de algunos seres humanos, se quejó amargamente de que le habían hecho madrugar y ayunar para nada, porque su operación se había suspendido, y le tocaría pasar por todo otra vez y a eso no hay derecho, vaya mierda de sanidad que tenemos en este país.

* * *

La mente tiene esas cosas extrañas. A veces una idea surge de la nada como el pequeño estallido de una bombilla en la oscuridad. Ni siquiera sabes que está allí hasta que su incandescencia te explota frente a los ojos.

Cuando Ana entró en el hospital y traspasó el cordón de seguridad, la fuerza de la costumbre formó una frase en su cabeza. El significado detonó en su conciencia unos segundos después, como el ruido de una explosión que llega demasiado tarde, cuando el daño ya está hecho. «A ver cuánto tarda en llamarme Inés para que le cuente lo que de verdad está pasando aquí».

Buuummm.

Una lágrima vaciló en su estómago.

Pero un grito la interrumpió.

—¡Jefa!

Ana había estudiado los perfiles de todos los nuevos agentes a su cargo. Sabía que la subinspectora Rosa Axe llevaba apenas un año en homicidios —transferida desde delitos económicos—, que dedicaba el poco tiempo libre que tenía a machacarse en el gimnasio, a tomar el sol y a tatuar los pocos centímetros disponibles que aún quedaban en su piel, y que no solía dormir demasiado bien, por lo que no era extraño encontrársela en su puesto de trabajo a las siete de la mañana. «Así me ahorro el atasco», explicaba.

Le sorprendieron sus ojos. En las fotografías que Ana había visto Rosa tenía una mirada ligeramente triste, casi de nacimiento, como quien tiene una mirada ligeramente estrábica. Aunque al verla en persona, rubia y firme, bajita y consistente, con una media melena con gruesos rizos que se agitaban al ritmo de sus pasos, Ana tuvo que cambiar de opinión. «Mejor tener a esa fuerza de la naturaleza de tu parte», se aconsejó a sí misma. Y se lo repitió dos veces. Mentalmente. Por si acaso.

—Pase por aquí, jefa.

—De tú, por favor, Rosa.

—De tú, pues —cedió la subinspectora—. Te muestro primero el lugar del siniestro.

Fueron caminando por la planta baja hasta que tuvieron que detenerse a un par de metros del hueco del montacargas. Cuatro camillas, cada una con su correspondiente saco gris impermeable para cadáveres en la parte superior, formaban una barrera que les impedía el paso. Delante, Ana contó diez cabezas: cinco miembros del equipo de científica, cuatro de judicial —los jefes habían terminado mandado a toda la artillería— y el juez de guardia, que tendría que autorizar el levantamiento de los cadáveres. Por la calva brillante y su acento inconfundible de Cartaya, supo enseguida quién era. El magistrado Juan Pérez Benítez. «Al menos —pensó Ana—, este no saldrá de aquí vomitando», cosa que sí les podría pasar a otros jueces ante el espectáculo que parecía haber en el fondo del foso.

PéBé —como le llamaban en el gremio para abreviar sus dos apellidos, de lo más comunes en España— estaba acostumbrado a las vísceras. Más que eso, incluso. Al juez le gustaba contar cómo de pequeño, en su pueblo de la costa de Huelva, se escapaba al matadero para ver degollar a los cerdos y a las terneras. Aún ahora, si cerraba los ojos, era capaz de revivirlo como si continuara siendo ese niño subido de puntillas a una piedra para que su mirada alcanzara el borde de la ventana que le ofrecía acceso a otro mundo. El ruido del cuchillo seccionando la piel. La aguda agonía en la garganta del animal. Sus estertores. La densidad cromática y olfativa de toda la secuencia del sacrificio quedó para siempre incrustada en la memoria de ese niño, como un parásito viviendo en su cabeza. Desde entonces PéBé sentía una extraña fascinación por la sangre, algo casi hipnótico. Su profesión le permitía acercarse a escenas del crimen especialmente truculentas aunque el caso le hubiera tocado a otro colega. Pero ese día de enero PéBé había tenido suerte: su juzgado era el que estaba de guardia cuando se descubrieron los cadáveres, con lo que el caso pasó directamente a sus manos.

Y a sus glándulas salivales.

Efectivamente, allí estaba el juez, en primera fila, con casi medio cuerpo sobre el foso del ascensor —iluminado por dos potentes focos instalados a ambos lados de la puerta— para no perderse detalle. Ana intentó llegar hasta él, apartando las camillas y al resto de compañeros, pero cuando volvió a levantar la cabeza, PéBé ya no estaba. Acababa de engancharse a una gruesa cuerda sujeta a

un contrapeso especial colocado en medio del pasillo, que en esos momentos estaba tensa y se perdía por el hueco del ascensor. Al otro extremo, colgado de un arnés, el juez rappelaba hasta el fondo del foso, con la excusa de que la tradicional escalera podría dañar algún resto o destruir pruebas. «Luego dice Ruipérez que si yo me junto con la chusma de la básica en vez de estar en mi despacho —pensó Ana—, pues tendría que ver en acción a PéBé, igual le daba un síncope, cosa que, por cierto, no estaría mal». Sonrió solo de imaginárselo, pero se avergonzó de inmediato. Miró disimuladamente. Nadie la había visto.

Cuando estaba a medio metro del foso, la golpeó el olor, contundente, como si hubiera chocado contra una pared. Cadáveres en descomposición. El chup chup de la muerte, lo llamaba PéBé. El guiso de las bacterias tomando el control del potaje.

—¡Señoría! —Ana se aproximó todo lo que pudo al foso, agarrándose a la cuerda por la que colgaba PéBé y sin atreverse a asomar el cuerpo—. ¡Señoría!

—¿Quién es? Acérquese —ordenó desde el fondo del foso, a dos metros y medio de profundidad.

—¡Señoría! Soy Ana Arén. Homicidios.

—¡No te veo! ¿No estabas en el SAF? —le preguntó él, mientras hurgaba entre los cadáveres.

—Esto es ridículo —le dijo Ana, girándose hacia su subinspectora. Luego volvió a elevar la voz hablando hacia el hueco del ascensor—: Señoría, cuando suba, hablamos.

Tras saludar al resto de los agentes, Ana volvió a llevar a un aparte a Rosa Axe, en busca de un lugar en el que hablar con tranquilidad. El centro operativo de la crisis se había instalado en la sala de personal sanitario de la planta primera, un rectángulo decrépito de seis por tres metros, sin ventanas, con las paredes llenas de archivadores y estanterías que contenían objetos dejados allí —y luego quizá olvidados— durante décadas.

Volvieron a traspasar el cordón de seguridad y la subinspectora llevó a su jefa hasta la zona habilitada para uso policial.

—Ponme al día.

—Parecen cuatro. Tres hombres y una mujer. Estamos comprobando sus identidades, para poder tener una primera lista por la documentación que llevan encima. Cayeron desde la planta sexta. Pero el ascensor sigue arriba. Al parecer, se desprendió el suelo.

—Menuda muerte más horrible.

—En cuanto retiremos los cuerpos (imagino que podremos hacerlo ahora que

el juez les ha echado un vistazo bien de cerca), podremos empezar a examinar la cabina del ascensor y los restos de suelo que cayeron con las víctimas. Se ha presentado un responsable de la compañía de mantenimiento, junto con un técnico, los estamos interrogando. Dicen que nunca ha habido un accidente igual, ellos apuntan a un sabotaje, pero, como te digo, hay que examinar la cabina y los restos del suelo. Hasta que no lo hagamos, es demasiado pronto para avanzar nada. Tampoco hemos podido hablar con los dos operarios que llegaron en primer lugar, siguen en estado de shock, en una habitación de la zona de urgencias.

—¿Tienes la lista de las posibles identidades de las víctimas?

—Aquí. —Le tendió una pequeña libreta, del tamaño de una mano, en la que la subinspectora solía tomar notas—. Según los documentos que llevaban en la cartera, aunque aún no sabemos al cien por cien que sean de ellos: nombres y edades. Aunque uno no tenía documentación. Trataremos de identificarlo por las huellas.

—¿No hay ninguna denuncia por desaparición? Esta gente lleva casi cuarenta y ocho horas muerta.

—Ninguna que cuadre con lo que de momento hemos visto de ese cadáver.

—¿Qué relación con el hospital tenían los fallecidos?

—Hasta que no completemos los reconocimientos, no podremos asegurar nada, pero los tres muertos identificados tenían un motivo para estar allí. Uno de ellos era marido de una enfermera. El otro tenía a un hermano ingresado. La mujer, a su esposo en la UCI. Todos llevaban ropa de abrigo puesta, con lo que parece que acababan de entrar desde la calle. La placa del ascensor recoge un último viaje de subida, desde la planta baja. Sin paradas, a pesar de que, según los registros informáticos, habían presionado varias plantas intermedias. Subieron desde la recepción y fueron hacia la sexta planta. Allí ocurrió el accidente.

—Pero es un montacargas —la interrumpió Ana— que solo puede utilizar personal sanitario para llevar a pacientes a los quirófanos. He visto dos enormes carteles a cada lado de las puertas que indican que su uso está prohibido a personal no sanitario.

—Sí. Esos dos montacargas son los únicos que paran en la planta primera, la zona de los quirófanos. Por eso no los puede usar el público, la zona de intervenciones quirúrgicas está restringida a personal del hospital.

—¿Por ningún sitio más? —preguntó Ana.

—No creo.

—¿Cómo que no creo, Rosa? ¿Cómo que no creo? O hay o no hay. Aquí trabajamos con certezas. —La miró a los ojos casi sin parpadear—. Si no lo sabes, me dices que no lo sabes, no pasa nada, no podemos saber todo. No lo sé, jefa, me dices, aún no lo hemos comprobado, y ya está. ¿De acuerdo?

Ella asintió, dócil en apariencia, ante la segunda reprimenda que recibía esa mañana de la nueva responsable de homicidios. Ana se dio cuenta de que estaba incomodando a su subinspectora y se sintió ligeramente culpable por ello, parecía una jefa borde, déspota y autoritaria, pero sabía que los primeros días al mando de un equipo eran importantísimos y que según la manera en que marcara el camino a sus agentes así luego se comportarían ellos en el grupo.

—Entonces, Rosa —Ana quiso rebajar la tensión haciéndola sentir importante—, te pregunto porque me interesa tu opinión, ¿qué hacían las víctimas en ese montacargas? ¿Por qué subieron en él? Tienen que atravesar toda la zona de ascensores destinados a los usuarios del hospital, que son cuatro, llegar al fondo del pasillo y ver los enormes carteles que indican que les prohíben el acceso. Así que tuvieron que querer subirse en él, por alguna razón especial. ¿La misma todos? ¿Cada uno tuvo una diferente? Si la encontramos, tendremos la clave de todo esto. Imagínate, Rosa, que alguien hubiera provocado esto. ¿Qué razones crees que podría tener?

—Lo más obvio, hacer daño al hospital, por alguna razón, quizá un empleado resentido, o un antiguo empleado al que despidieron, o incluso un paciente que haya tenido algún conflicto con el centro. Esto es un golpe tremendo a la imagen de la empresa que gestiona este y otros hospitales privados en Madrid. Pueden perder muchos clientes.

—Pacientes. Creo que ellos prefieren llamarlos pacientes. Pero es tan solo un término de *marketing* para mejorar su imagen, que no parezca que hacen negocio con la salud. En fin, sigamos imaginando que esto no es un accidente. Podría, pues, haberlo provocado alguien que quisiera vengarse del hospital o manchar la imagen del grupo hospitalario que lo gestiona.

—También podría querer vengarse de la empresa de los ascensores —apuntó Rosa.

—También podría ser que quisiera matar a una sola persona y se le fuera la mano. —La voz atronó a su espalda. Ana supo quién era sin ni siquiera girarse. Ese acento…

—¡Juan! —Se levantó a darle dos besos al juez. Era poco ortodoxo, pero se conocían desde hacía muchos años—. Perdón —rectificó porque no estaban solos—, señoría.

—¿Así que ahora estás en homicidios? —PéBé cogió una silla y la acercó al lado de Ana, sentándose junto a ella. Llevaba un jersey de cuello vuelto empotrado en sus bíceps, duramente trabajados en largas jornadas de gimnasio. Abrió una lata de refresco que llevaba en la mano y le dio un larguísimo trago—. La muerte me da bajones de azúcar. Tengo que reponerlo rápido para no sufrir una hipoglucemia.

Ana lo miró con cara de circunstancias.

—Bueno, quizá estoy exagerando —reconoció él, ante esa mirada.

—Quizá sea, señoría, que a ti una escena del crimen te da subidón y la adrenalina acelera tus glándulas sudoríparas. —Le guiñó el ojo—. Y las salivales también.

—Sí, reconozco que a veces parezco un perro de Pavlov con la sangre. La huelo y salivo. Traumas infantiles —contestó PéBé, sin darse cuenta de que estaba pasándose la lengua por los labios, como un animal relamiéndose ante su presa.

—¿Y esto de bajar haciendo rappel al foso del ascensor? ¿Qué nueva moda es? —le preguntó Ana.

—Tengo que mantener viva mi leyenda —dijo, mientras soltaba una carcajada—. Si no, ¿de qué hablarán mis enemigos? —Volvió a darle otro buen trago al refresco, hasta acabárselo del todo—. Ahora en serio, si metíamos una escalera por allí, al posarla en el foso del ascensor podríamos haber dañado o destruido alguna prueba. Hemos bajado todos así.

—Confiesa: ha sido idea tuya.

—Pues claro. —Volvió a sonreír el juez—. Estas cosas solo se me ocurren a mí, y a un par de locos más por ahí. Ya sabes. Revolucionando los engranajes del sistema. Modernizando la judicatura.

—Si a ti te dejaran…

—Me tendrían que hacer ministro… ya lo digo yo. Pero arriba no me escuchan. Y, de momento, no han hecho presidente del Gobierno a ningún antiguo compañero mío de pupitre. Cosas de ir a la escuela pública, lo único que teníamos en Cartaya cuando yo era niño. Y a mucha honra.

—Mira dónde te ha llevado la escuela pública.

—Pues eso digo yo. En fin, ¿cómo lo ves?

—¿Cómo lo ves tú? Has estado allí abajo.

—Un horror. Pobre gente. Han sido pocos segundos de caída pero horribles. Se dieron cuenta de todo. Ahora mismo ya he dejado a la científica para que vaya sacando los restos y los lleven al Anatómico Forense. Tardaremos en

identificarlos. No quiero que se filtre nada hasta que no tengamos las pruebas de ADN. Parecen cuatro personas, pero podría haber algún resto más. No quiero otro Yakolev.

—¿Yakolev? —La pregunta se le escapó a la subinspectora Rosa Axe, que hasta entonces no había intervenido en la conversación. Enseguida se dio cuenta de que había metido la pata y que hubiera sido mejor buscarlo disimuladamente en Google que preguntar.

—El Yakolev, señora…

—Rosa Axe. Juan, te presento a mi *subi*, Rosa Axe, del Grupo 2 de homicidios —le aclaró Ana.

—Y tu *subi* —el juez ignoró deliberadamente a Rosa, y se dirigió a Ana como si su subordinada no estuviera— ¿qué edad tenía en 2003?

—Veinte años, señor —contestó ella, abrumada por la atención negativa que estaba despertando. Menudo día. Menudo estreno con la jefa.

—Bueno, a esa edad no se está mucho para seguir la actualidad informativa, ¿verdad, subinspectora? —PeBé la miró por primera vez a los ojos, como si acabara de descubrir que estaba allí—. El accidente del avión Yakolev 42 es la mayor catástrofe del ejército español en tiempos de paz, pero, para lo que nos incumbe aquí, es el mayor desastre forense en la historia de nuestro país. Decenas de familias enterraron a otras personas en lugar de a su ser querido. En algunos ataúdes se depositaron restos de tres militares diferentes, pies con botas de distintas tallas, por ejemplo.

—¿Por qué? —preguntó Rosa.

—Por las prisas. Por celebrar cuanto antes el funeral y cerrar la tragedia de cara a la opinión pública. El Gobierno había desoído las múltiples advertencias de los militares por los tipos de aviones en los que les tocaba volar.

—Así que usted aquí no quiere prisas.

—No, Rosa, no quiero prisa ninguna. Por eso es tan importante que no se filtre ningún dato. Así que —miró a la inspectora jefa—, Ana, dile a tu equipo que chitón.

—Y tú al tuyo, señoría —le contestó Ana, indignada—. Las filtraciones salen de todos lados, Juan. No me vengas ahora echando la culpa a mis agentes.

—¡Vale, vale, vale!, tengamos la fiesta en paz, inspectora jefa. ¿Te vienes conmigo a la zona cero, a ver si los forenses ya han acabado su trabajo? Son las tres de la tarde. Ya es hora de comer algo, ¿no?

* * *

A las ocho de la tarde de ese lunes 2 de enero no quedaba prácticamente nadie en todo el país que no hubiera oído hablar del drama del ascensor y buscara más información sobre la tragedia. Sin más novedades que ofrecer, los informativos especiales de televisión habían dejado paso de nuevo a la programación habitual, pero a las ocho las noticias volvieron a tomar el relevo en todas las cadenas.

El ascensor fue el único tema en la escaleta de todos ellos. Con una imagen en bucle: la de las camillas con los cadáveres abandonando el hospital hacia el Anatómico Forense.

* * *

El asiento tenía un ligero desperfecto, un corte en el tejido justo al lado de la puerta derecha. Y era un fastidio, porque por esa puerta precisamente entraban y salían la mayoría de los clientes. En cualquier otra parte de la tapicería el daño hubiera pasado prácticamente desapercibido, pero allí no. Allí se daba cuenta casi todo el mundo, sobre todo las mujeres que llevaban falda o pantalón corto.

Ella lo había notado enseguida, un pequeño roto en la tela que le rozó ligeramente el muslo izquierdo cuando entró en el taxi. Candela estuvo a punto de decir algo, pero la tímida sonrisa del joven que conducía le dio lástima. «A la calle Artesa de Segre», le dijo. Y él, Lucas, confundido por esa chica morena con luz en la sonrisa —la primera clienta de su vida como taxista—, se perdió. No solo en sus ojos. También por las calles de Madrid.

Él paró el taxímetro para no cobrarle de más. Ella le dejó trescientas cincuenta pesetas de propina, una pequeña fortuna de la época.

Desde aquel día Lucas la esperó todas las tardes, a la misma hora en la misma puerta del mismo centro comercial, con la esperanza de volver a verla. No sabía si trabajaba allí, o había ido a comprar, o a dar una vuelta, o a tomar algo con las amigas. Pero guardaba la secreta esperanza —que se iba convirtiendo poco a poco en una necesidad asfixiante— de volver a verla.

Pasaron ocho días. Y entonces ocurrió. Ella volvió a bajar las escaleras con sus tacones de aguja, mirando bien dónde pisaba por miedo a dar un mal paso, pero sin perder un punto sensual que no se esforzaba en disimular. Candela no lo vio hasta que lo tuvo a un metro de distancia. El mismo chico moreno, de pelo cortísimo, mirándola desde la ventanilla de ese coche deportivo al que no le pegaba nada el color blanco obligatorio para los taxis de Madrid.

Subió, claro.

«A la calle Ginzo de Limia, por favor», le dijo, volviendo a notar el pequeño desperfecto en el tapizado rozándole el muslo al sentarse. Era casi erótico. Una provocación, como si alguien lo hubiera puesto ahí, a propósito, para lamer su piel.

Y él volvió a perderse. Se equivocó de salida en la caótica M-30. Paró de nuevo el taxímetro, pero esta vez ella no le dejó propina, sino que le dijo: «Trabajo aquí, en esta pizzería. Pásate cuando quieras y te invito a cenar».

Veintiséis años después, el hijo que tuvieron seguía conduciendo el mismo taxi, ese SEAT Toledo que su padre estuvo pagando a plazos con sudor y lágrimas y que Hugo se negaba a vender por la misma razón por la que se negaba a reparar el desperfecto en la tapicería del asiento trasero: por amor.

A veces contaba esa historia a los clientes, sobre todo si le preguntaban por el roto de la tela. Las mujeres solían darse cuenta más a menudo. Ellas, pensaba Hugo, tenían un sexto sentido para los desajustes estéticos. Le pasó con la última pasajera de ese día.

—Este roto le da mala imagen, joven —le reprendió la señora—, un taxi tan viejo y con desperfectos.

—Le voy a contar una historia de amor —le contestó él, mirándola por el retrovisor.

Le llamó la atención la bufanda que llevaba porque parecía un trabajo escolar de algún niño con manos torpes: estaba elaborada con punto grueso de ganchillo y enlazaba sin orden cuadros rellenos de flores de distintos colores y tamaños, como si su autor hubiera tejido primero las flores y luego las hubiera unido con su buena voluntad pero con poca maña. «Debe de llevarla por cariño a quien la haya hecho —pensó—. Esa bufanda tiene que ser algo muy valioso para ella».

—Vale —le dijo la mujer, acomodándose en el asiento del taxi—, cuénteme esa historia de amor, pero mientras lléveme al Hospital General, por favor.

Fue una carrera corta. Seis euros con treinta y cinco. No le dio propina, sin embargo él se quedó esperando en la calle a que la mujer entrara, a esa hora todo estaba muy solitario y no quería que nadie le diera un susto. Lo último que vio de la anciana fue la bufanda de flores, que casi se quedó atrapada en la primera de las puertas correderas de acceso al hospital.

Dos días después, el lunes 2 de enero, el taxista volvió a ver esa bufanda. Un trozo asomaba por la cremallera mal cerrada de un saco gris para cadáveres.

La imagen la estaban repitiendo en todas las cadenas de televisión.

A todas horas.

21

No habían pasado ni veinticuatro horas del descubrimiento de los cuerpos cuando, a pesar de todas las precauciones, un medio de comunicación soltó la exclusiva sobre las identidades de los fallecidos. Con fotografías incluidas.

Y todo por culpa de —o gracias a, según se mire— una impresora estropeada y unas ganas de ir al baño que no llegaron en el mejor de los momentos.

El martes 3 de enero, a las ocho y media de la mañana, Clara, una joven auxiliar adscrita al juzgado de instrucción número nueve de plaza de Castilla, esperaba frente a la impresora seis a que terminaran de imprimirse unos documentos que unos compañeros tenían que llevarse a un registro. No era la máquina que le correspondía a su juzgado, pero la suya, la nueve, hacía un par de semanas que se había averiado y la falta de presupuesto presagiaba una reparación eterna. Trató de enviar el documento a la otra impresora que le quedaba cerca, la ocho, pero en el ordenador le saltó el aviso de falta de tóner —«Eso a los de Hacienda no les pasa, seguro, los que recaudan tienen todos los medios, pero a nosotros nos tienen en condiciones lamentables».

Así que, maldiciendo su suerte, mandó el documento a la impresora seis, que quedaba en el otro extremo del largo pasillo. Se dirigió hacia allí sin saber que otro compañero se había adelantado al darle al click. Pero como cuando llegó no había nadie más frente a la máquina —un repentino retortijón había mandado al baño al dueño de esos papeles justo cuando se dirigía a recogerlos—, ella supuso que todos los documentos que estaba escupiendo la impresora eran los suyos. Levantó la última hoja para comprobarlo —era, efectivamente, su orden judicial— y se llevó el lote entero.

Solo al llegar a su despacho fue consciente del error. Pero también se dio cuenta de lo que tenía entre manos: la identificación de tres de las cuatro víctimas mortales de la tragedia del ascensor, esa que desde hacía veinticuatro horas ocupaba todos los espacios informativos y todas las tertulias. Clara tenía ante sí, sin pretenderlo, la oportunidad que desde hacía meses había estado buscando. Fotografió con su móvil las páginas y las echó después a la trituradora

de documentos, no fuera nadie a descubrirla y tuviera un problema serio.

¿Tendría valor?

Se lo pensó. Se lo pensó exactamente durante tres segundos.

Iba a hacerlo. Sí. Notó el vértigo en la boca del estómago, mientras la dopamina inundaba su cerebro. La oleada de placer contrajo sus músculos en un espasmo de deleite. Miró de reojo a derecha e izquierda con la sensación de tener un cartel luminoso sobre su cabeza repleto de flechas que la señalaban a ella —traidora, chivata, rata— junto a una estruendosa banda sonora. Pero seguía siendo invisible, ninguno de sus compañeros la miraba, cada uno iba a lo suyo. Una mañana cualquiera de un día cualquiera. Aunque ella no se fiaba. Como medida extra de precaución —le daba miedo que sus gestos la delataran—, cogió el teléfono móvil, se fue al baño y se encerró en uno de los cubículos. Llegó incluso a bajarse los pantalones por si a alguien le daba por mirar bajo la rendija de la puerta. Tal era su nivel de paranoia. Solo entonces abrió la aplicación de mensajería —«Usa Telegram para estos casos, nunca me los mandes directamente a mí, sino a través de mi primo, y borra los mensajes en cuanto los envíes», le había aconsejado él meses antes, cuando le dio instrucciones detalladas de cómo hacerle llegar la información.

«Mira lo que tengo, dile que es un regalito de parte de quien él ya sabe. Le dije que le daría algo bueno. Reenvíale estas fotos que te voy a mandar. Y luego acuérdate de borrarlas».

Antes de darle a la tecla de enviar, disfrutó durante varios segundos —el placer está en la espera— imaginando y regodeándose ante la cara que seguro iba a poner el destinatario final del mensaje cuando se diera cuenta de lo que acababa de recibir. La pulsó firmemente, con el índice. Ya está hecho. Ya está hecho. El corazón se le aceleró, y de repente se sintió más viva que nuca. Todo su cuerpo estaba en alerta, tensionado, hiperreceptivo a los estímulos. Hubiera podido correrse con solo pensar en su clítoris. ¡Dios! Se acababa de volver una adicta. Lo que no sabía entonces es que cada vez necesitaría dosis mayores para mantener la misma sensación.

La sensación de sentirse importante. Necesaria para alguien. Única.

Y la de estar traspasando los límites.

Pero el mensaje tardó aún un tiempo en llegar al receptor final. El amigo que lo recibió estaba durmiendo. El primer timbrazo de aviso no le despertó, pero sí el segundo. Maldijo entonces, gruñendo bajo la almohada, al capullo que le mandaba un Telegram tan temprano. Intentó volverse a dormir, se giró a derecha e izquierda, se tapó la cabeza con otra almohada, pero ya no pudo. Se había

desvelado. Dos minutos y medio después, y maldiciendo su suerte, fue al baño, como siempre, llevándose el teléfono en la mano. Era ya un gesto instintivo, como el primer pis del día. Se sentó, adormilado y distraído, en la taza del váter, para aliviar su intestino, que hacía rato que rugía en su interior. Solo un rato después, sentado aún en el baño, recordó qué lo había despertado y abrió el programa de mensajería. El remitente era el mismo, Clara, una de las pocas amigas que aún conservaba del colegio. ¿Qué era esa cosa tan importante que le tenía que decir a esas horas, la idiota, si sabe que me acuesto tarde y me levanto tarde? Se colocó bien las gafas sobre el puente de la nariz —siempre le resbalaban, tenía la nariz chata— para leer lo que le había escrito.

«Buenos días, espero no despertarte», decía el primer mensaje. «No claro, cabrona», le contestó él en voz alta, como si ella fuera a oírle. «Mira lo que tengo para quien tú ya sabes», leyó después. Le costó varios segundos deducir que ese «quien tú ya sabes» era Nacho, su primo, con quien Clara se había obsesionado unos meses atrás, desde que una noche se lo encontraron en un bar y les invitó a tomar una copa.

—Primo, te presento a una de las pocas personas decentes que había en el San Jaime, ese cole lleno de pijos capullos. Clara, te presento a mi primo Nacho, es el listo de la familia, es periodista, ¿sabes? De esos que investigan y sacan la mierda de los poderosos a la luz.

El encuentro activó en Clara —de por sí callada, discreta y taciturna— un extraño resorte que la llevó a presumir de dónde trabajaba y de los casos que habían pasado por sus manos. «Estamos ahora con la demanda multimillonaria contra esa farmacéutica —le contó— y también llevamos al futbolista que dicen que ha defraudado millones a Hacienda».

Él tiró la caña. ¿Cómo no iba a hacerlo? Clara era la fuente ideal para todos los periodistas de tribunales, un peón con ganas de presumir, unos ojos y unos oídos en un juzgado de instrucción por el que pasaban casos que ocupaban las portadas de la prensa. Ante ella desfilaban los sumarios secretos, esos cuya revelación de cualquier dato podría ser una bomba informativa. La lista de sospechosos de un crimen especialmente escabroso. Los datos de la autopsia de alguien famoso muerto en extrañas circunstancias. El entramado fiscal para defraudar dinero de un bufete que llevaba a algunos de los más importantes actores del país.

—Si alguna vez tienes algo jugoso entre manos —le dijo esa noche, mirándola cariñosamente a los ojos—, mándamelo, por favor, te estaré eternamente agradecido, los periodistas no seríamos nada sin gente como tú, gente valiente

con ganas de ayudar. Hay cosas que no pueden quedarse ocultas, que tiene que saber todo el mundo. Y tú eres muy importante para eso.

Clara creyó deshacerse. No de amor, claro, no era tan idiota. Pero sí de algo quizá mejor. De importancia. Ella era importante para ese periodista. Y la sensación le gustó casi más que el enamoramiento. Caminó toda la noche a dos palmos del suelo sin dejar de pensar en qué información podía filtrarle a Nacho para seguir sintiéndose así.

Y por fin había llegado el momento.

Pulsó la tecla para mandar el tercer mensaje. Varias fotografías. Tres, exactamente.

Se sintió más importante aún.

La sensación le duró todo el día.

22

El periódico que consiguió la exclusiva vendió a las televisiones las fotografías de las víctimas media hora después de publicarlas. Seiscientos euros por cadena, con marca de agua *El Universal* bien visible en el centro de la imagen y la obligación de poner un rótulo que indicara «Exclusiva de *El Universal*». Mientras, los periodistas empezaban a hurgar en la vida de los fallecidos, pero de momento lo que sabían era poca cosa.

Miguel Ángel Malabar. Cuarenta y dos años. La fotografía mostraba a alguien moreno y delgado, con el pelo muy corto y el principio de una alopecia que, si hubiera seguido vivo, le habría dejado calvo en menos de diez años. La del DNI no era la mejor imagen que le habían tomado en su vida, como si el chico malo de barrio se hubiera convertido en un adulto triste.

Tomás Mendoza. Cincuenta y tres años. Abogado. Trabajaba en la oficina de uno de los gestores administrativos más importantes de Madrid. Se dedicaba a defender de las garras de Hacienda a los clientes del despacho. Tener sobrepeso no lo definía con precisión: Tomás Mendoza era obeso mórbido.

Esther Fraga. Setenta y ocho años. La fotografía mostraba a una anciana de pelo corto y cano, con un sencillo jersey negro. Inexpresiva.

Y una cuarta víctima sin identificar. Un hombre, de unos sesenta años. A la espera de una fotografía, lo que se había adjuntado en el informe forense —y luego filtrado a la prensa— era una imagen de la autopsia. Pero la cabeza —o lo que quedaba de ella— estaba en tan mal estado que ni siquiera *El Universal* se había atrevido a publicarla. En su lugar, había colocado un perfil sombreado.

El pack de los cuatro muertos hizo ingresar varios miles de euros al periódico.

Todos los medios de comunicación accedieron a las condiciones de *El Universal*, no podían quedarse descolgados de la exclusiva mientras los rivales mostraban a todo color las caras de las víctimas. Al menos, hasta que sus redactores tuvieron tiempo de bucear en las redes y encontrar otras fotografías de los fallecidos, localizar dónde vivían o en qué bar desayunaban e ir a ponerle el micrófono a quien pudiera dar algún dato más. Era buena gente. Venía todas las

mañanas. No tenía hijos. Sufrió mucho con la crisis. Pedía siempre un pincho de tortilla aquí, justo en este rincón de la barra. Tenía un perro llamado Kongo. Le costó acabar la carrera, pero sus padres lucharon por que fuera abogado. Quién lo hubiera dicho, que iba a acabar así, con esa muerte tan terrible.

El bombardeo de información acerca de los cuatro del ascensor, como los llamaba ya todo el mundo, fue constante. Pronto toda España supo hasta qué tipo de café tomaban con el desayuno. Excepto, claro, el muerto sin identificar, por el que, extrañamente, nadie había preguntado aún. No existía ninguna denuncia de desaparición con las características de ese cadáver.

Era gente normal y corriente, repetían todos los medios. Gente normal y corriente, escribían los periódicos. Gente normal y corriente, aullaban las radios. Como tus vecinos. Gente de la calle, mostraban las televisiones.

«No tan normales si un asesino los ha puesto en el punto de mira —pensó Inés, sentada junto a una pared de hormigón, una de las frías paredes de hormigón de la cárcel, intentando pasar desapercibida—. Además, seguro que como mínimo uno de ellos se lo merece».

Frente a un viejo televisor de tubo en formato cuatro tercios, en el que la vida aparecía más verdosa de lo que era en la realidad, un grupo de mujeres seguía con atención el informativo de Canal Once.

—La pena es que no se pueda escoger a quién meter ahí, ¿eh? —gritó una de las reclusas.

Con la risotada se le escaparon varios restos de saliva, disparados en todas direcciones. Sin embargo, ninguna de las mujeres que tenía cerca se atrevió a decirle nada. Todas mostraban sumisión a la lideresa. Como para no hacerlo.

—Yo metería al cabrón de mi marido y le daría al botón de «vete a tomar por culo contra el suelo. ¡¡Plas!! Hecho papilla te quedas».

El grupo rio a coro, como si un botón invisible hubiera puesto en marcha sus mandíbulas, bajo la mirada escrutadora —y complacida en ese momento— de la Jefa. No hubiera desentonado nada que, como premio, ella les hubiese repartido azucarillos dándoles una palmadita de aprobación en la cabeza. Si hubiera sacado un aro de circo y las hubiera hecho pasar por el centro dando saltitos, tampoco se habrían negado.

Pero la unanimidad iba a durar poco.

—Tú eres imbécil, Lorena. Pero imbécil de verdad. —La inconfundible voz de la Patriarca se alzó desde el otro extremo de la sala. Desde la zona rival.

Las mandíbulas que reían se quedaron congeladas en el gesto. Los ojos se abrieron como platos. El aire dejó de entrar o salir de los pulmones. Todas la

miraban a ella, esperando su reacción. Había una mínima posibilidad de que se lo tomara a risa. Una mínima.

No fue así, claro.

—Pero ¿qué dices, zorra? ¿Eh? ¿Eh? ¿Qué dices?

Y ya estaba montada.

Los dos bandos se levantaron como un resorte. Parecían hinchas de equipos rivales en la grada de un estadio, insultándose de extremo a extremo del campo, con las caras contraídas por el esfuerzo, aunque de momento sin contacto físico, como si los separara una extraña barrera invisible que diera descargas eléctricas al querer atravesarla.

La barrera del miedo. Porque una vez asestado el primer golpe, ya no se podría contener el odio. Ya no se podría parar la rabia.

Solo un pequeño puñado de mujeres se mantuvo en sus sillas. Las marginadas, las que no encajaban en ningún sitio. O aquellas a las que por alguna razón todas las presas odiaban.

Inés, por ejemplo.

Por eso procuraba evitar la sala de televisión, porque el espectáculo siempre incluía broncas o peleas, sobre todo si lo que emitían en ese momento eran los informativos. Últimamente la política generaba más enfrentamientos que el fútbol. Aunque todo en la cárcel era una buena excusa para empezar una trifulca. Pero ese día Inés no pudo resistirse a acercarse a la sala de televisión. Aunque le costara admitirlo, echaba de menos su trabajo, los informativos, el periodismo, la tensión de estar contando en directo una gran noticia, hurgando en las fuentes, buscando la exclusiva.

De todas maneras, ella ya había vendido su alma al diablo por otra historia. Y estaba purgando sus pecados.

En esa cárcel de mierda.

En esa cárcel de mierda donde todos querían aprovecharse de ella. Las presas. Alguna guardiana. Pero también su editor. Ese mequetrefe inasequible al desaliento había intentado solicitar varias visitas con Inés. Pero como no era familia, tenía que ser la propia interna la que pidiera la comunicación. Y eso —se había jurado ella— no iba a ocurrir. Nunca. Viendo que era imposible, el editor optó por las cartas. Hasta veintitrés le envió. Al principio, Inés las abría solo para imaginarse lo desesperado que debía de estar, para fantasear con ese hombre suplicando de rodillas al borde del llanto. Soñar con eso era lo único que la hacía sonreír. Imaginarlo más derrotado que ella. Pero un día cruzó la raya. «Me han dicho que te diga que medio millón, que quien tú ya sabes te da medio

millón si firmas el contrato ahora mismo», le susurró una de las presas, mirando fijamente a la bandeja del desayuno, mientras hacían fila para una mierda de magdalena y un café vomitivo. Inés la observó de soslayo. Ella le devolvió la mirada descaradamente, guiñándole el ojo. ¡Mierda!

¡Mierda! ¡Mierda!

Para entregar su mensaje, el imbécil del editor había ido a escoger a una de las chungas. De las muy muy chungas. Una bocachancla capaz de todo por seguir subiendo en la escala de confianza de las escuderas de la Patriarca. Poco tardaría en saberse —si no se sabía ya— que Inés era una presa de medio millón de euros. Un suculento bocado con un potencial estratosférico. Tendría que buscarse protección. A cambio de un dinero que no tenía y que no iba a tener.

El libro empezaba a tomar forma, pero nunca se lo iba a entregar a él. De hecho, tenía escrito ya algún capítulo, aunque hacerlo a mano ralentizaba mucho el proceso. Todavía no tenía permiso para usar un ordenador. Ni siquiera de los que no estaban conectados a internet. La novela empezaba recordando a su hijo Pablo, imaginando que aún seguía en la casa, feliz como solo puede serlo un niño de cuatro años. En el primer capítulo ella le leía un cuento en la cama.

Imagino que seguirán allí, en casa, digo, los libros que compré con Pablo, aunque lo destrozaron todo durante el registro policial. Estuve allí. Me hicieron estar. Sentada en una silla del salón. Como una mancha de aceite en un depósito de agua. La delincuente entre policías. Extraña en mi propio hogar. Sin mezclarme. Les hubiera encantado escupirme, pero se limitaban a mirarme con cara de asco cada vez que pasaban por mi lado. Si les sostenía la mirada era peor, así que fingí que la tarima del suelo era lo más interesante que me había pasado en mucho tiempo, y solo los miraba cuando me preguntaban por algo concreto. El registro duró diez horas. Y no fueron especialmente cuidadosos.

Imagino que mi madre, en cuanto la dejaron, fue a la casa a ordenarlo todo, a colocarlo todo de nuevo en su sitio, como si no hubiera pasado nada, como si su hija no hubiera sido acusada de la desaparición y muerte de un niño de cuatro años. Pero eso solo lo puedo imaginar. Mi madre es así, cada vez que viene a casa me ordena —bueno, me ordenaba, en mi vida antes de la cárcel, porque ahora ya no hay quien lo desordene— el imposible armario de los tuppers. *Ahora imagino que irá a limpiar el polvo, que sí que seguirá acumulándose, como la vida, que continúa fluyendo aunque yo no esté. Pero no lo sé. No he querido verla. Nunca salgo a la zona de visitas cuando me*

dicen que ha venido a la cárcel. Me da demasiada vergüenza. Tengo demasiado asco de mí misma, así que he roto todos los hilos que me ligaban a mi vida antes de la cárcel.

Tras la confesión sentí alivio. Que no esté Ana, rogué. Que no esté ella. Esa fue la única condición que puse para contarlo todo. Lo explicaré todo, cualquier cosa que queráis saber, pero no quiero volver a verla. Es lo único que os pido.

Y confesé. Sentaba bien. Durante unos instantes pareció que estaba contando una historia ajena. El crimen de otra persona. Una más de las noticias que me había tocado cubrir durante tantos años como reportera televisiva de la sección de sucesos.

El alivio duró poco. Duró hasta que vi cómo cambiaba la mirada de los demás hacia mí. Y en ese momento yo era una escoria.

En la prensa me llamaban psicópata. Loca. Desequilibrada. Demente. Trastornada. Había pasado ya medio año, pero mis antiguos compañeros seguían buscando pequeños detalles que volvieran a llevar mi caso a primera página. Con el juicio tan cerca era fácil. La cadena de custodia de un sumario teóricamente secreto hacía agua por todos lados. Desde el juzgado hasta el bedel que hacía las fotocopias, todos iban filtrando cualquier pequeño detalle que cayera en sus manos. En una sociedad cainita que devora de envidia a sus propios hijos, yo me había convertido en el centro del odio colectivo. En la cárcel pasaba más tiempo en celdas de alta seguridad —para mi propia protección, decían— y en la enfermería —cosida a golpes— que con el resto de internas.

Olvidaban que yo no había matado a nadie.

Al principio fue duro. Yo misma estuve tentada varias veces de rajarme, no solo por miedo, sino porque había momentos en los que la repugnancia que sentía por mí misma rebosaba los límites de mi piel y empezaba a salir por todos los orificios de mi cuerpo. Los primeros días miraba asustada a mi alrededor; tenía la sensación de que todo el mundo era capaz de ver esa bilis desbordándome por las orejas y por la nariz y por la vagina y por el ano. Luego me di cuenta de que eso era lo que veían siempre en mí. Asco. Odio.

Me habían puesto en la celda con una mujer que había asesinado a sus tres hijos asfixiándolos con el cable del cargador del teléfono móvil. Quizá para que nos matáramos la una a la otra y así acabar de un plumazo con dos escorias.

A veces viene el abogado de oficio. Me ha tocado un recién licenciado

insultantemente entusiasta. Cree que tenemos la oportunidad de ganar. «Tú no lo mataste —me insiste—, tú no lo mataste, no olvides eso».

Era lo que, de momento, había escrito Inés para su libro, pero se dio cuenta de que el texto era demasiado personal. Demasiado lacrimógeno, como una mala novela romántica. Rompió los folios. Empezó de nuevo: «Hoy iba a intentarlo otra vez. No le servía cualquier niño. Tenía que escoger muy bien».

La escritura fluyó ágil y precisa. Si seguía a ese ritmo, quizá podría terminar la novela antes del juicio.

Palpó el bolsillo derecho de su pantalón. Ahí seguía. La carta que llevaba días esperando. Pero no quería abrirla. No de momento. Prefería disfrutar imaginándose lo que estaría escrito dentro de ese sobre.

23

Bastante tenía Ana en esos momentos con aguantar la monumental bronca del juez instructor.

—¡Te dije que no quería filtraciones! ¡Te lo dije! —chillaba PéBé en su despacho de los juzgados de plaza de Castilla.

La había convocado urgentemente nada más recibir una llamada en su teléfono móvil de un alto cargo del Gobierno «de parte del ministro de Justicia», le dijo, que está «muy enfadado con la filtración de las identidades de las víctimas».

—¿Y si no son ellos? ¿Y si hay alguien más? —seguía gritando el magistrado—. ¿Te das cuenta del lío en el que me has metido? ¿Y las familias? Aún no nos había dado tiempo de avisar a todos, además, les dijimos que no era nada definitivo, que teníamos que asegurarnos. Que aún había margen para el error. ¿Qué pensarán al haber visto la fotografía de su ser querido en toda la prensa? Tienen a los periodistas montando guardia en sus casas, no pueden salir ni a por el pan.

—Hemos llamado al periódico, señoría —le contestó formalmente Ana, intentando no perder ella también los papeles—. Hemos llamado al periódico, pero no nos dicen, evidentemente, quién se lo ha filtrado. El periodista solo confirma lo que ha escrito en el texto: fuentes de la investigación.

—Fuentes policiales.

—Eso no te lo tolero —le contestó secamente Ana, arriesgándose a ponerse en contra al hombre que iba a dirigir la instrucción del caso, el hombre que tenía que autorizar muchos de los pasos que Ana iba a dar con su equipo—. La filtración puede haber salido también de algún otro lugar —por prudencia, no quiso decir que podía haber salido también de ese juzgado—, varias personas tuvieron acceso a la lista de nombres.

—¿Confías ciegamente en tu equipo?

—Juan —lo tuteó—, sabes que me pones entre la espada y la pared. Apenas llevo semana y media como jefa de homicidios en Madrid. Y con las fiestas de

Navidad por en medio ni siquiera me ha dado tiempo a conocer en persona a todo mi equipo. Algunos aún están de vacaciones.

—¿Ves lo que te digo? —le lanzó a la cara, aprovechándose de la sinceridad de Ana.

—Sí, pero también te digo yo que pongo mil veces más la mano en el fuego por un policía, sobre todo por los que se patean la calle, que por otras partes de la cadena involucradas en los casos.

—He ordenado una investigación para averiguar quién ha filtrado esto. Y cuando tenga al responsable, va a sufrir las consecuencias de mi ira. Penales incluso. Espero tu colaboración.

—La tienes y la tendrás siempre. ¿Cuántos años hace que nos conocemos? ¿En cuántas batallas nos hemos enfangado juntos? Si ha sido alguien de mi equipo, te ayudaré a descubrirlo, ni lo dudes. Pero si resulta ser alguien de otra parte, te tendrás que disculpar por dudar primero de nosotros.

—Eso está hecho. Por cierto, ¿sabes algo de las autopsias?

—Iba para allá cuando me has mandado el mensaje citándome de urgencia en tu despacho. Las empezaban a las diez de la mañana. ¿Quieres que te llame desde el Anatómico Forense? —le ofreció, conciliadora.

—Tengo un interrogatorio. Si no te contesto, mándame un WhatsApp, llevo el móvil siempre encima. Ve contándome lo que te diga el equipo forense.

—Eso haré.

—De todas maneras, en cuanto los técnicos policiales concluyan que esto es un accidente, nos quitaremos mucha presión de encima. ¡Ah, Ana! —Ella se volvió ya casi en la puerta—. Y gracias. Es un placer volver a trabajar contigo.

* * *

—Ponte máscara antes de entrar y mentol bajo la nariz. Eso de ahí dentro es insoportable —le advirtió un auxiliar por los pasillos—. He pasado un momento —se le olvidó decir que a cotillear— y he tenido que salir. Parece mentira que solo llevaran dos días muertos.

Ana aceptó el consejo. Y antes de entrar consultó los datos del equipo forense asignado. No conocía a la patóloga principal, Paloma Marco. Nunca había oído hablar de ella.

La vio nada más entrar a la sala. Aunque ver sería un concepto excesivamente pobre para definir la secuencia que se desarrollaba ante sus ojos. Los movimientos de esa mujer parecían seguir un patrón físico que generaba una

fuerza centrípeta capaz de atraer hacia ella todas las miradas. Era como un imán. Las personas, los instrumentos, el aire. Incluso los muertos, si hubieran podido moverse, se habrían levantado para orbitar a su alrededor.

La nueva forense estaba rodeada de varias personas bastante jóvenes. Ana observó a alguna con la cara ligeramente descompuesta, apretando las mandíbulas y evitando respirar por la nariz. Eran estudiantes de medicina asistiendo a su primera autopsia, chicos y chicas a los que sus profesores en la facultad les enseñan a curar y a prolongar la vida, pero que en esos momentos se enfrentaban con la muerte. Y menuda muerte, vaya manera de estrenarse, con cuatro precipitados en alto grado de descomposición, un caso que echaba para atrás incluso a veteranos de las disecciones humanas. Ana los fue mirando uno a uno. Apostó por el tercer chico de la izquierda. Ese será el primero en salir a vomitar.

—¿A qué huele la muerte? —les preguntó Paloma.

—¿Pregunta usted en términos químicos o en términos subjetivos? —repreguntó un joven que llevaba el pelo engominado con la raya perfectamente trazada en un lateral y los cabellos pulcramente repartidos de lado a lado de esa sima, como si le hubieran peinado así el día de su primera comunión quince años atrás y ese hecho, como tantos otros en su vida, se hubiera convertido en una verdad inmutable de la que nunca podría dudar porque nunca se planteaba que las cosas pudieran ser distintas.

—¿En qué clase estás? —le contestó ella—. ¿En clase de ganchillo? En fin —suspiró, antes de volver a levantar la cabeza y dirigirse al resto del grupo como si no hubiera pasado nada—. Uno de los últimos estudios sobre el olor de los cadáveres lo ha realizado la Universidad de Huddersfield, en el Reino Unido. Con una cromatografía de gases han descubierto que, químicamente, lo que tenemos aquí —señaló a la gran sala en la que habían colocado los restos humanos en cuatro mesas— son tres olores básicos. El primero que aparece en un cadáver, antes de que empiecen a actuar las bacterias y las larvas, es el hexanal, el resultado de la carne devorándose a sí misma. Dicen que huele a hierba recién cortada y en la industria aromática se utiliza para dar sabor de fruta a los productos que no saben a fruta pero deberían. Los caramelos, por ejemplo. O algunos zumos. O algunas galletas. Un segundo componente del olor a muerto aparece cuando entran en juego las bacterias y empiezan a pudrir el cadáver. Es el indol. Es penetrante, como las heces, pero en pequeñísimas cantidades lo incluyen algunos de los perfumes más caros del mundo. Pagamos seiscientos euros por un tarro con restos de caca, así estamos en el primer mundo. En fin,

una pena. —Siguió caminando lentamente alrededor de los cuatro cadáveres que yacían en las camillas metálicas, como si esperara que hicieran algo sorprendente—. El tercer compuesto de lo que estáis oliendo hoy aquí es la trimetilamina, que se produce al descomponerse animales y plantas. En bajas concentraciones huele a pescado podrido y en cantidades más grandes se asemeja al amoníaco. A propósito, a los que os huele mal el aliento, que sepáis que es trimelamina lo que sale por vuestras boquitas. Vosotros no sois conscientes (nadie es consciente de su propia inmundicia, nos acostumbramos a nuestro mal olor, a nuestra mala educación, a nuestro mal humor), pero el resto de la humanidad sí, con lo que os invito a algunos a hundir bien las narices en estos efluvios, para que así sepáis el mal rato que nos hacéis pasar a los demás.

Algunas risas nerviosas recorrieron el grupo como si les hubiera sacudido una onda eléctrica.

—Pero aquí, aquí —señaló los cuatro cuerpos— hay algo más. ¿Qué es lo que no cuadra en esta escena del crimen? Venga, pensad. Tenéis cinco minutos. —La forense dejó al grupo debatiendo y se acercó a Ana—. Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo?

Así, de cerca, parecía aún más joven, una campesina de telenovela, pecosa y de piel tersa, con las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y el sol, como la postal de la habitante feliz de un país de montaña. Su piel era luminosa y de alguna manera Ana tuvo la sensación de sentirse atrapada mirándola. Una polilla cayendo hacia la luz. Había, además, algo en su voz, no solo en su sonoridad sino también en la cadencia rítmica que imprimía a las frases, que parecía tejer una densa tela de araña entre ella y sus víctimas.

—Perdona, imagino que eres la forense responsable. Paloma Marco he leído, ¿verdad? —Estuvo a punto de tenderle la mano, pero a un forense en una autopsia nunca se le debe tender la mano, por razones obvias—. Soy la inspectora jefa Ana Arén, responsable de homicidios de Madrid. Creo que no nos conocemos.

—Hola, Ana. —Dudó un segundo si acercar su mejilla a la contraria, para darle un beso de bienvenida, pero se quedó plantada con su sonrisa—. Encantada. Vamos a empezar la autopsia. ¿Estás acostumbrada a esto? No es normal ver a una jefa de sección aparecer por aquí.

—No son normales muchas cosas que deberían serlo —suspiró, resignada—. Y sí, llevo ya muchas autopsias en mi currículum. Puedes proceder tranquila.

—Hombre, procedería tranquila igual. No estoy para ocuparme de mareos o desmayos. —Sonrió—. Y los vómitos —miró al resto de la clase—, fuera, por

favor, no me contaminéis esto. Si no llegáis a tiempo a la puerta, os lo tragáis.

Alzó la voz en esta última frase, dirigiéndose hacia el grupito de alumnos que seguía debatiendo en voz baja y que, al oírla, dejaron escapar varias risas nerviosas. Fue hacia ellos caminando pausadamente. «Está dejando que sientan su presencia», pensó Ana.

—¿Habéis descubierto ya lo que no cuadra en la escena del crimen?

—Dice usted que la hora de la muerte —volvió a responder el mismo chico de antes, el del pelo engominado— fue las nueve y tres minutos de la noche del sábado 31 de diciembre; lo sabemos por la placa del ascensor, es la hora del último viaje del montacargas. Los cuerpos se encontraron el lunes 2 de enero por la mañana, pasadas las diez. Llevaban treinta y siete horas muertos.

—Más —se atrevió a corregirle una chica, que iba anotando todo en una pequeña libreta de anillas. Él la miró incrédulo, alucinando por el hecho de que alguien le hubiera cortado y corregido el discurso, y peor aún, una chica—. Más, digo, porque el levantamiento de los cadáveres, dadas las circunstancias, fue lento. Los cuatro cuerpos no fueron trasladados a las cámaras frigoríficas de este Anatómico Forense hasta las tres de la tarde. Así que el proceso de descomposición no lo frenamos hasta cuarenta y dos horas después del fallecimiento.

—¿Y? —El chico atrapado en un peinado de primera comunión la retó con chulería, pero era la pose de quien sabe que está perdiendo la partida. Honor hasta el final. Esa chica lo estaba poniendo muy muy nervioso.

—Pues que estos cuatro cuerpos que tenemos aquí —le contestó ella hablando pausadamente—, si no me equivoco —miró a la profesora—, tienen signos de llevar más de cuarenta y dos horas descomponiéndose.

—¡Imposible! —rebatió él, escupiendo la exclamación con desprecio—. ¡Esos cuerpos cayeron a las nueve y tres minutos de la noche del día 31!

—¿Eres tú —la profesora se acercó hasta él, con los brazos cruzados y una sonrisa ligeramente burlona en la cara—, eres tú el asesino como para saber la hora exacta de la muerte? —La clase enmudeció—. Porque si es así, ahórranos todo el trabajo que tenemos por delante, cuéntanos cómo lo hiciste y qué les ha pasado a estas cuatro personas. —Siguió mirándolo, sin parpadear. El silencio se volvió espeso, incómodo—. Eso me parecía, querido, eso me parecía.

Y lo humilló aún más, quizá sin querer, mirándolo como quien mira a un perro que se ha meado dentro de casa y al que hay que seguir educando para que aprenda a hacer pis en la calle.

—Afortunadamente, tenemos con nosotros a la inspectora jefa encargada de la

investigación. Ana, bienvenida. —Se giró hacia ella, que guardaba un discreto segundo plano en un rincón de la sala, atónita ante la doble personalidad de la forense—. Alumnos, os presento a la inspectora jefa Ana Arén, aprovechad su presencia porque no es nada habitual que alguien de su rango baje a las cloacas. Vamos a intentar resolver este dilema entre la hora a la que parece que murieron estas cuatro personas y la descomposición acelerada de los cuerpos, que hace pensar que fallecieron varias horas antes. Ana, ¿estáis seguros de la hora y el día de la muerte?

—Es lo que dicen los técnicos. Lo que ha quedado registrado en la placa del ascensor —le contestó, acercándose hacia el grupo—. Que el último viaje de la cabina partió de la planta cero y terminó en la planta sexta a las nueve y tres minutos del día de Nochevieja. ¿Hay algo que te haga dudar de que sea así?

—La putrefacción de los cadáveres. No concuerda con el tiempo que llevan muertos. El olor, os habréis dado cuenta todos, ¿verdad? —Sonrió a la chica que se había atrevido a cortar el discurso del joven engominado—. Es demasiado intenso. Y algunas partes de los cuerpos presentan ya llagas. Ana, tendremos que estudiar más a fondo ese foso. Y ahora, queridos —volvió a girarse hacia sus alumnos—, llega lo bueno. ¿Empezamos?

Y con un bisturí en la mano se dispuso a abrir el tórax del primero de los cadáveres, uno de los tres hombres del grupo. El que le iba a deparar la mayor sorpresa.

24

A veces aún creía que la gente lo reconocía por la calle. Por eso se había vuelto un antisocial. Solo salía para correr. Era el único momento del día en el que su cabeza y su cuerpo se alineaban en paz. La tierra crujiendo bajo el peso de sus zancadas se convertía en un mantra que conseguía mecer su odio. No podía evitarlo. Se había instalado en él un sentimiento de odio permanente, como un picor que cuanto más lo piensas más te escuece y cuanto más lo combates más se extiende por tu piel.

Odiar no era malo. Había acabado acostumbrándose a ello. Lo único que tenía que hacer era impedir que le afectara.

Odiar no era malo si no te quitaba energía y sueño. Había que tener mucho autocontrol para eso. Y Nori lo tenía.

Seis meses antes, su fotografía había aparecido en todos los medios de comunicación del país —y de fuera de España también, sospechaba, aunque nunca había tenido el valor de comprobarlo—, tras ser detenido acusado de la desaparición de tres niños pequeños. Pederasta y asesino iban en el paquete, a pesar de que el ministro de Justicia no hubiera pronunciado esas palabras en la triunfal rueda de prensa que ofreció para contar que habían capturado a Slenderman y que, «para horror y vergüenza», el detenido era un policía nacional.

Nunca terminas de limpiarte de algo así.

Nunca terminas de sacudirte la mierda.

A pesar de quedar en libertad sin cargos, y de que se hubiera detenido a los verdaderos culpables, para algunas personas la imagen del subinspector de Policía Javier Nori seguía asociada a algo malo, como si se hubiera quedado grabada en el mismo cajón del cerebro en el que almacenamos las cosas peligrosas. Un callejón oscuro de madrugada. La punta afilada de una navaja. Un loco con poder.

No dejes abierto el bote de la lejía. No te aproximes al precipicio. No te acerques a Nori.

Le daba la sensación de que un miedo innato hacia él había pasado a formar parte del ADN del país.

Cuando lo detuvieron, la prensa persiguió a su familia, incluso hasta el perdido pueblo de su madre en la sierra de Huelva; la pobre mujer dejó de salir de casa, estuvo varios domingos sin ir a misa, algo que ni los partos de sus hijos le habían impedido hacer nunca. Querían conocer la versión de cualquiera que hubiera pasado un par de minutos con Nori o conociera a alguien que lo conocía. Cualquier persona valía para opinar sobre él, incluso alguien que una vez le sirvió un café con leche fría en un bar y que contó a las cámaras que removía el vaso como si odiara al mundo.

Que los verdaderos culpables estuvieran a la espera de juicio le evitó la cárcel, pero no el estigma. Nunca dijo nada a la prensa, más allá de un educado buenos días. Pero, hablara o no, era un objetivo de interés, y los medios empezaron a indagar en su vida y a publicar perfiles sobre él, más o menos verdaderos, más o menos inexactos. Salió a la luz NeuroQWERTY. Quien filtró la historia no sabía cómo, pero aseguró que ese programa informático capaz de predecir el Parkinson se había convertido en la pieza fundamental para la resolución del caso del secuestrador de niños. A otro periodista le contaron que el único capaz de hacer algo así en la brigada era Nori. «Es un genio, no te imaginas lo que puede hacer», explicó otra fuente anónima.

La bola siguió creciendo.

Un titular tras otro.

La oferta para ser director de tecnología y seguridad en el canal de televisión más importante del país llegó en el momento justo. Nunca había pensado en dejar la Policía, ser agente era la vocación de su vida, pero no podía servir al ciudadano así, tenía que dejar que las cosas se calmaran.

No todo era malo. Le encantaba su nuevo trabajo, estaba aprendiendo mucho. Se encargaba no solo de los sistemas de tecnología de la información del canal y de la seguridad de la información, sino también de proteger la vida *online* de algunas estrellas de la tele, algo no precisamente fácil —las redes sociales se habían convertido en un caldo donde germinaban bacterias humanas vomitando odio que estallaba como granos llenos de pus en la cara de un adolescente—. Aunque, en el fondo, Nori echaba de menos la adrenalina de la investigación policial, las eternas horas de vigilancia, el orgasmo de dar con el culpable. Derrotarlo.

«Tenemos ya el altavoz, o lo que sea que crees que es eso que viste en las fotos de la casa de la duquesa. Seguía allí. Lo hemos traído a la base. Dime qué

hago con él».

Y bum. Ya estaba. La adrenalina convulsionó su cuerpo. La excitación le erizó la piel. La lengua creció, rugosa, en su boca.

Se dio cuenta de que había acelerado el trote suave y que estaba corriendo casi al esprint. Llamó a Ana.

—Vaya. Doce segundos después de haberte dejado el mensaje —dijo ella nada más descolgar—. Estás perdiendo tu capacidad de reacción.

—Y tú te estás volviendo morena de verdad —contraatacó él, resoplando por el esfuerzo de la carrera.

—Bueno, ahora que lo tenemos, quizá puedas contarme qué es eso que parece un altavoz y cómo puede ayudarnos a resolver el asesinato de Mónica Spinoza.

Lo que había descubierto Nori en las fotografías de una revista del corazón —y que luego habían encontrado en la habitación de la víctima— era un mayordomo virtual casero. La duquesa —adicta a las compras por internet— lo había encargado varios meses atrás.

—La escena de un crimen —le contó Nori a Ana mientras seguía a la carrera por una amplia zona de monte de la presierra de Madrid— está empezando a ser la escena del internet de las cosas. Cada vez hay más aparatos conectados a la red, y nos pueden dar pistas fundamentales sobre los crímenes que se han cometido en su presencia.

Uno de los primeros casos en resolverse gracias a un dispositivo inteligente fue el asesinato de Connie Dabate, en Estados Unidos. La pulsera inteligente que llevaba la mujer en la muñeca registró los bruscos movimientos que la víctima hizo para defenderse de su agresor, y cómo se le iban acelerando las pulsaciones por el estrés hasta que su corazón se detuvo, exactamente a las diez y cinco minutos de la noche. El momento preciso de la pelea y el segundo preciso en el que Connie murió permitieron descubrir al asesino: su propio marido. Si un forense hubiera dictaminado el momento de la muerte con un par de horas de margen, el esposo podría haberse librado, porque tenía una coartada perfecta, aunque no para ese momento exacto.

—En algunos países —siguió contándole Nori—, la Policía está ya formando a investigadores para que sepan localizar y extraer información de este tipo de dispositivos, una especie de brigada de intervención digital, un kit de ordenadores y cables para trabajar en la escena del crimen. —Nori consultó su pulsera TomTom, diez coma veinticuatro kilómetros en cincuenta y siete minutos y veintiséis segundos, setecientas sesenta y cuatro calorías quemadas a una media de ciento cuarenta y ocho pulsaciones. Era momento de ir bajando poco a

poco la intensidad y empezar con los ejercicios de estiramiento. Siguió hablando, ya con la respiración más calmada—. A veces la ayuda que puede ofrecer un dispositivo de este tipo no es tan obvia como en el caso de la pulsera de esa mujer.

En otro de los primeros asesinatos resueltos gracias al internet de las cosas, la prueba definitiva fue un contador de agua inteligente conectado al móvil de la persona que resultó ser el asesino. ¿Cómo podía ayudar un aparato así en la resolución de un crimen? Los agentes tenían varios sospechosos de haber matado a un hombre cuyo cuerpo apareció enterrado en el bosque, pero habría llevado mucho tiempo analizar cada centímetro de sus casas, automóviles y demás posesiones. Sin embargo, enseguida encontraron la pista que señaló al culpable. En la casa de uno de los posibles asesinos, el contador inteligente conectado al teléfono móvil indicó a los agentes que se había usado una cantidad extraordinaria de agua justo el día del crimen, un par de horas después del momento que el forense dictaminó como el de la muerte, en el grifo del porche trasero. ¿Qué podía justificar ese gasto absurdo? Pensaron que el sospechoso quizá pretendió limpiar la escena. Y allí encontraron un minúsculo resto de sangre oculto entre la unión de dos baldosas, invisible a la vista pero detectable por el luminol. Un análisis de ADN posterior descubrió que la sangre era de la víctima.

Cualquier dispositivo conectado a internet puede ofrecer datos sensibles que ayuden a resolver un crimen.

Por ejemplo: que un aparato de aire acondicionado haya tenido que usar más potencia en determinado momento puede ser porque en la habitación donde se cometió el crimen había una fuente de calor —quizá el soplete que el asesino usó para quemarle la cara al cadáver—. El momento exacto en el que se sube el volumen de la música que suena en casa, o en el que se llama por última vez al timbre de la vivienda, o en el que se abre la puerta del garaje. O los dos ciclos extracalientes y extralargos que hizo una lavadora —¿para limpiar la sangre?—. O la nítida imagen del asesino estrangulando a su víctima captada por la cámara de vídeo de la nevera. O las cuatro veces seguidas que se tiró de la cadena de un retrete para hacer desaparecer una prueba.

—El internet de las cosas no ha hecho más que empezar —siguió contando Nori a Ana—, y dentro de muy poco tiempo vamos a vivir una auténtica avalancha de dispositivos conectados, porque sus precios van a caer en picado. Para la Policía van a ser elementos clave en la resolución de muchos crímenes, pero hay que saber localizarlos y dilucidar en qué pueden ayudar. Algunos

cuerpos policiales empiezan a llevar a la escena del crimen los primeros kits forenses digitales. Todo a nuestro alrededor está lleno de objetos que nos pueden delatar. Y cada vez hay más.

—Aunque luego toca convencer al juez —respondió, incrédula, Ana—. Nori, tú eres un adelantado a tu tiempo, pero sabes que las novedades técnicas en la resolución de crímenes son mal recibidas en los juzgados, hay que hacer mucha pedagogía y armar muy bien el caso y las explicaciones. Eso si el juez no te desestima la prueba. Puede, simplemente, no creérsela.

El sonido de la cerradura inteligente de la puerta de casa de Nori se coló por la línea telefónica, él no abría con una llave, claro, como todo el mundo.

—O —Ana siguió poniendo pegas— durante la investigación, el juez podría no autorizarnos a extraer la información del aparato. Que es lo que nos puede pasar con el mayordomo de la duquesa.

Porque lo que había visto Nori en la fotografía, y lo que más tarde había localizado Ana en el suelo de la habitación donde habían asesinado a Spinoza, era uno de esos aparatos inteligentes conectados a internet, un mayordomo doméstico que estaba siempre encendido a la espera de que alguien necesitara sus servicios. Llama a la pizzería Pavarotti. ¿A qué hora empieza el partido en la tele? ¿Va a llover mañana? ¿Tiene retraso mi vuelo? ¿Qué día tengo la cita con el médico? Grábame el partido del Barça de esta noche.

—Este en concreto también registra sonido. Y, como siempre está en modo espera, es posible que haya grabado los últimos minutos de vida de la duquesa.

—¿¿El crimen??

—El crimen. Pero, aunque hubiera algo, no lo vas a tener tan fácil, amiga.

—¿Por qué? —preguntó Ana.

—Porque te faltaría la contraseña de acceso. Si no tienes la contraseña, un aparato así es infranqueable. Aunque siempre te queda la opción de recurrir a carísimas empresas (hay un par excelentes en Israel) capaces de reventar cualquier software, pero quizá tarden varios meses.

—¿No es más fácil pedírselo al fabricante?

—El fabricante se va a negar, ya lo han hecho otras veces, eso le da muy mala imagen ante sus clientes. Además, ellos no reconocen que son capaces de entrar en cualquier dispositivo. No les interesa. Los compradores pueden sentirse espiados.

Mientras Nori le iba contando los pasos que tenía que seguir para lograr extraer el contenido del asistente del hogar de la duquesa, Ana recibió por correo electrónico un informe que le hizo dejar de prestar atención a lo que decía su

amigo. De repente, se olvidó de todo. Solo veía una cosa.

Y sus consecuencias.

«Lo del ascensor no fue un accidente. Alguien puso explosivo en la base de la cabina y lo hizo estallar. Es un homicidio. Cuatro, en realidad».

25

Cuatro homicidios.

Bueno, en realidad, cuatro asesinatos. En ese montacargas nadie había tenido posibilidad alguna de defenderse. En cuanto estuvieron encerrados allí dentro, dejaron de poder luchar por sus vidas.

En la sala de *briefings* de la Policía se oía una única respiración. Y unos únicos pasos. Y una única sangre hirviendo en un único sistema circulatorio a punto de estallar.

Ruipérez apretaba tanto las mandíbulas que todos temían que en cualquier momento las muelas le fueran a salir despedidas por las orejas y la nariz. Balas de calcio aullando desde una ametralladora bucal. Ra-ta-ta-ta-ta-ta. A la porra. Todos. Malditos bastardos.

Se paró frente a sus hombres con una mirada que pretendía aterrorizar de pura intensidad, sin saber —o sin importarle— que el temor es lo contrario al respeto. Tampoco se daba cuenta de que al someter a tanta presión a los músculos y la piel de su cara, lo que conseguía era componer la imagen de un hombre estreñido haciendo fuerza, mucha fuerza, en el baño —sin obtener ningún resultado—. Solo que en su caso el atranco —la bola de heces encallada— no era físico, sino mental.

Ana pensó que el adjetivo que mejor describía a ese ser era raquítico. De gestos. De cerebro. De humanidad.

Pero los raquíticos con poder son los peores.

—¿Es un ataque al hospital para dañar la reputación del centro? ¿Buscaba el asesino matar a alguien en concreto?¿Se trata de víctimas escogidas al azar o de manera predeterminada?

No estaba hablándoles a esos hombres y mujeres. Estaba interrogando a Ana para ponerla en evidencia delante de todos con preguntas que sabía que aún no podía responder porque apenas hacía quince minutos que el caso había pasado a considerarse oficialmente un asesinato múltiple, aunque su equipo hubiera mantenido abierta esa posibilidad desde el primer día y trabajado en

consecuencia, por si acaso.

—El informe preliminar que acabamos de recibir describe cómo alteraron el ascensor para provocar la caída de la base de la cabina.

Ana alzó la voz desde el fondo de la sala, manteniendo un tono suave e inalterable con el que incluso un insulto parece menos insulto, mientras todas las cabezas se giraban para mirarla. Que las cuatro muertes del montacargas no fueran a causa de un accidente cambiaba completamente no solo el tablero de juego, sino también las reglas y los jugadores. Empezaba una nueva partida. La caza al asesino.

Y Ana ya tenía dos asesinos tras los que ir. Menudo estreno en el puesto.

—¿Y nos lo vas a contar, ese informe? ¿O vas a seguir diciendo obviedades?

El comisario la retó desde la otra punta de la sala, obligando a las cabezas a girarse de nuevo hacia él, como si presenciaran un partido de egos jugando al pimpón. Era ridículo, pensó Ana, que decidió que mejor no forzar más la situación. Desancló el cuerpo de la pared en la que se apoyaba y empezó a caminar en zigzag por el hueco que se abría entre las sillas, reduciendo la distancia entre ella y Ruipérez cada vez más.

—El asesino tuvo una ventana de más de veinticuatro horas para preparar el escenario del crimen —siguió diciendo—. El día 30 a las seis de la tarde se cerraron los quirófanos de la planta primera. Y, desde ese momento, nadie tendría que haber usado los montacargas que llevan a esa zona. Todos los pacientes habían abandonado ya el posoperatorio y se encontraban o en la UCI o en sus habitaciones. El personal de limpieza había ya desinfectado el área. Y el personal sanitario tampoco tenía que pasar por allí hasta la siguiente intervención, programada para el día 2 por la mañana. Casi cuarenta y ocho horas después. Por lo tanto podemos suponer que…

—Podemos suponer nada —Ruipérez cortó secamente el discurso de la inspectora jefa—. En la Comunidad de Madrid se producen una media de treinta y cinco homicidios al año. Más o menos uno cada diez días. Pero ahora, y solo en la ciudad, nos han caído encima cinco. De golpe. Y no de quinquis, drogatas, putas o pandilleros, esa escoria social que no interesa a nadie, ni siquiera a los periodistas. No. Nos han caído cinco homicidios que están en las portadas de la prensa un día tras otro. Y nos han caído coincidiendo, ¡oh, casualidades de la vida! —quiso adoptar aquí el comisario un tono irónico que le quedó, sin embargo, en algo parecido a un soniquete lírico de tercera—, con la llegada de la nueva responsable de homicidios. Bueno, la nueva responsable es un decir, porque aquí el que manda soy yo. Pero, eso, que menuda coincidencia. Lleva

usted un último año, Ana Arén —se dirigió a ella de manera formal, para que aquello no pareciera un asunto personal entre los dos, un pique entre jefe y subordinada—, en el que va camino de superar a los pobres detectives de las series americanas, esos a los que les caen en su territorio, semana tras semana, los asesinos más despiadados y los casos más difíciles y peligrosos de un país de trescientos veintitrés millones de habitantes, dejando al resto de compañeros del país sin un triste muerto que llevarse a la boca.

—Afortunadamente —Ana, ya a su lado, no miró a Ruipérez, sino a los hombres y mujeres que asistían a esa lucha entre asombrados e incrédulos—, tengo al mejor equipo de homicidios que se puede pedir. Y si alguien puede resolver estos dos casos son ellos. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Bueno, antes dejadme que os presente a la forense que lleva las muertes del ascensor, que nos trae su informe preliminar. Acaba de incorporarse a Madrid. Paloma, cuando quieras.

Ana había pensado dejar para más tarde la intervención de Paloma, pero necesitaba romper la espiral negativa que se había enroscado entre Ruipérez y ella contaminando el ambiente. La mejor manera que se le ocurrió era el magnetismo de esa mujer. Estaba segura de que funcionaría igual con su equipo que con los estudiantes de medicina en la sala de autopsias. La patóloga se levantó desde un discreto lugar en la parte peor iluminada de la sala.

—Todo el mundo parece tener clarísimo —empezó diciendo— que la muerte de las cuatro víctimas se produjo a las nueve, tres minutos y un segundo de la noche del 31 de diciembre. ¿Por qué? Porque la placa base del ascensor, es decir, su cerebro electrónico, nos dice que en ese momento exacto la cabina se paró para siempre en la planta sexta del edificio. Pero el estado de los cadáveres enseguida nos indicó que había algo extraño, algo que no cuadraba entre eso y el estado en el que llegaron los cuerpos al Anatómico Forense. No coincidían. Enseguida voy a ello, pero vamos por partes para que podáis entender bien todas las piezas del puzle. O, al menos, las que hemos encajado hasta ahora. A las nueve, dos minutos y veintitrés segundos alguien pulsó el botón de llamada del montacargas en la planta cero. No, no preguntéis, no sabemos quién es porque no hay cámaras. El aparato estaba allí, con lo que las puertas se abrieron enseguida.

—Pero habremos buscado huellas en ese botón, ¿no? —dijo el agente Barriga, recostado en su silla, ligeramente tumbado hacia atrás, en una posición cómoda —. Sabremos quién de las cuatro víctimas lo pulsó porque estará su huella.

Una sombra cruzó por la cara de la forense. Fue algo fugaz, muy leve. Tenías

que estar mirándola muy fijamente y saber lo que buscabas para darte cuenta. Pero ahí estaba. O por ahí acababa de pasar. La ira. Un efímero brote de cólera que tomó el poder de los músculos de su cara durante menos de un segundo. Enseguida se recompuso. Dejó de odiar. O de verse que odiaba, lo que era aún más peligroso.

—Eso es lo que iba a decir, gracias por la aportación. —Se rehízo como si no hubiera sucedido nada, de hecho, solo Ana notó la sombra de su personalidad que se le había escapado a la forense—. La científica imagino que habrá buscado huellas allí.

—Sí —la interrumpió Ana—. Lo pulsó Miguel Ángel Malabar. Es la única huella que hay en el botón de llamada del montacargas, por encima de otras antiguas, así que podemos suponer que fue el primero en llegar.

La inspectora jefa hablaba mientras iba caminando hacia el lugar donde estaba la forense, quería comprobar si esa nueva interrupción provocaba algún tipo de rechazo, pero no sucedió nada. O antes Barriga la había pillado con la guardia baja, o ahora Paloma consideraba a la inspectora jefa alguien de igual a igual, una compañera de escala.

—¿Por qué no subió a los ascensores para el público? Quizá el asesino colocó carteles que indicaban que estaban estropeados, esa es la hipótesis que manejamos, porque hemos encontrado restos de celo en las puertas de todos ellos menos en el montacargas siniestrado. Suponemos además que, de alguna manera, los estuvo observando porque supo cuándo detonar la carga. También debió de interferir en el funcionamiento del ascensor. El montacargas no se paró en ninguna de las plantas, sino que subió directamente a la sexta. Y ahí se produjo la tragedia.

¿Qué pasó con sus ocupantes hasta que se desprendió el suelo y cayeron al vacío? ¿Fue instantáneo? ¿O estuvieron un rato atrapados? El equipo la miraba con interés, todo el mundo siguiendo el ritmo de las palabras que iban saliendo de sus labios.

—Lo que está claro, por los restos que hemos encontrado en las paredes del foso, es que el suelo se desprendió desde esa altura lanzando desde allí a las personas que ocupaban la cabina. Pero ¿cuánta gente había en el ascensor en el momento del siniestro? ¿Las cuatro víctimas o ninguna? Paloma, cuéntanos qué nos puedes aportar para resolver estas dudas.

Ana le cedió la palabra a la forense, para que ella continuara explicando lo que había encontrado.

—A nivel forense tenemos un problema enorme porque nada cuadra.

La voz de la doctora se volvió envolvente, como si tuviera la capacidad de encerrar en un inmenso globo a todo el que la escuchara, provocando un trance hipnótico en la audiencia. Paloma había llegado junto a la gran pizarra metálica situada en la parte delantera derecha de la sala. De una carpeta de cartón que llevaba en la mano —y que nadie parecía haber visto hasta el momento, los ojos se mantenían fijos en su caminar— fue sacando fotografías, que colocó una a una, sujetas con pequeños imanes redondos que cogía de un soporte lateral.

—Pero antes, para que lo entendáis mejor, dejadme que os cuente qué tipo de heridas tenía cada cuerpo. He pensado, sin embargo, que mejor ahorraros los detalles más morbosos —continuó Paloma—, y en vez de ofreceros fotografías de las autopsias (quien quiera que pase por mi despacho para un acceso completo al informe preliminar), las imágenes que tenéis aquí son las que constan en las bases del DNI, del pasaporte o del carné de conducir. Sí, esas fotografías en las que invariablemente todos salimos con cara de estar mirando cómo hierven los macarrones en una cazuela de agua puesta al fuego. He cogido las más actuales de cada uno. Eso sí —colocó dos últimas imágenes, del doble de tamaño que el resto, justo bajo las de los cuatro fallecidos—, lo que no os voy a ahorrar es la escena del crimen. Así, como veis, se encontraron los cadáveres en el foso del ascensor. —Levantó la vista hacia su audiencia y casi le gustó ver a algunos de los agentes contrayendo la cara y el cuerpo en una mueca de asco —. Dad gracias a que es invierno y las víctimas llevaban muchas capas de ropa encima. Os aseguro que algo así, en verano, cuando vamos en tirantes y pantalones cortos, hubiera sido mucho más desagradable a primera vista.

De repente, Ana dejó de escuchar, como si se hubiera vuelto sorda de golpe. Y muda. Solo le quedaba un sentido, la vista, porque su cuerpo estaba concentrado en una única cosa: en los ojos de la mujer que la observaba desde una fotografía que Paloma acababa de colgar en la pizarra metálica. En la sala de autopsias no los había reconocido, porque esos ojos estaban muertos, pero ahí no tenía duda alguna: eran los mismos que la habían mirado con miedo tres días atrás a través de la rendija de las puertas de una ambulancia cerrándose.

Era ella. Pero eso quería decir que la anciana estaba en el hospital por pura casualidad. Resultaba imposible que el asesino supiera que su marido iba a sufrir un infarto y que lo trasladarían a ese centro médico. La mujer había muerto por una cadena de maldita mala suerte. De todas maneras, Ana anotó que tendrían que pedir un análisis toxicológico de la sangre del hombre, ingresado aún en la UCI, para descartar que le hubieran introducido alguna sustancia capaz de provocar un infarto.

Mientras Ana seguía en shock por lo que acababa de descubrir, Paloma había continuado explicando las causas de la muerte de cada uno de los cuatro fallecidos.

—Tomás Mendoza, cincuenta y tres años. Fue el cuerpo que más sufrió durante la caída. Antes del desprendimiento del suelo debía de estar colocado al fondo del ascensor, justo en la esquina izquierda, y por eso al precipitarse recibió múltiples golpes contra el hormigón de las paredes, que le cercenaron el brazo y la pierna derecha, así como parte del revestimiento blando del cráneo.

»Esther Fraga. Le explotó el corazón por el impacto. También los pulmones y parte de los órganos del tórax. Murió de forma instantánea nada más estrellarse. Aunque no podemos descartar que sufriera un ataque al corazón en medio de la caída.

»Miguel Ángel Malabar, la víctima más joven de todas, cuarenta y dos años, y aquí las lesiones son algo diferentes al resto. Tiene destrozados los pies, los huesos de las piernas, la parte baja de la columna vertebral y la pelvis.

»Y nuestra víctima sin identificar. Un varón de unos sesenta años. Trauma craneoencefálico severo y decenas de huesos partidos. Con muchos más traumatismos que el resto y unos rasguños un tanto extraños que no presentaban las otras víctimas.

»Pero lo que nos tiene totalmente desconcertados es que estas cuatro personas que creíamos que se habían precipitado juntas por el foso del ascensor parecen haber muerto en un momento distinto cada una, con hasta una semana de diferencia.

EL ODIO

—No te queda más remedio. Tendrás que matarla.

—Sí. Claro. Por supuesto.

Después de esa conversación pasaron muchas cosas.

Pero antes, también.

26

—Entonces, ¿lo del ascensor es solo una escena preparada?

—¿Los mató antes?

—¿Llevó los cuerpos y los arrojó por el hueco?

—¿Nos ha tendido una trampa?

—¿Cuál será la verdadera escena del crimen?

Las preguntas se acumulaban en la sala, eclosionando en tal volumen contra las paredes que todo se confundía, era imposible entender nada en medio de ese jaleo. Paloma pidió silencio.

—Si no os calláis, no os lo puedo contar. A ver —prosiguió, en cuanto se calmaron los ánimos—, recordaréis que el momento estimado de las muertes según los datos técnicos del montacargas es el sábado 31 de diciembre a las nueve y tres minutos de la noche. Pero el grado de descomposición de los cadáveres nos dice que no fue así. Según este baremo, una de las víctimas falleció una semana antes del siniestro. Otras dos entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas antes. Y la última, la cuarta víctima, lo habría hecho después, hasta seis horas más tarde de que se desprendiera el foso del montacargas.

Los murmullos volvieron a crecer en la sala. Las conversaciones se cruzaron entre los agentes que asistían, atónitos, a la revelación de la forense. Paloma los miraba y pareció estar disfrutando del pequeño momento de caos.

—Pero sé lo que ha pasado de verdad. Sé —repitió, proyectando la voz con fuerza hasta el fondo de la sala— qué ha pasado.

Casi de golpe todos los corrillos se deshicieron y los policías volvieron a mirarla.

—Genial. Gracias —les dijo, cuando se hizo el silencio—. Una de las soluciones la tenéis vosotros mismos.

Volvió a callar, disfrutando de ser el centro de atención.

—¿Nadie se atreve a decir lo que sucedió con la víctima que parece haber muerto después que el resto? Es este, aquí lo tenéis. Miguel Ángel Malabar. ¿Creéis que el asesino volvió más tarde al hospital, sobre las tres de la

madrugada, cargando con su cadáver para subir con él hasta la sexta planta, abrir manualmente las puertas del montacargas y arrojarlo por el foso?

Nadie contestó, pero algunas cabezas asintieron.

—Podría ser, ¿verdad? Quizá nuestro asesino había planeado que Miguel Ángel estuviera en el ascensor, pero nunca llegó a entrar en ese ataúd colgante. Puede que le surgiera otro plan, o llegara tarde, o descubriera lo que le iba a pasar. Así que tras acabar con la vida del resto, se fue a por él, lo mató unas seis horas después y luego usó la fosa común que acababa de crear para deshacerse del cuerpo, pensando que no nos daríamos cuenta.

Esa vez más cabezas dijeron que sí. Casi media sala parecía estar convencida.

—O sea, que improvisó. En plena Nochevieja buscó a la víctima, tuvo la suerte de encontrarla, y de encontrarla sola a pesar de ser plena madrugada de celebración, con las calles a esa hora llenas de gente que iba de fiesta en fiesta. Y, lo que es mejor todavía, mató al señor Malabar arrojándole un conjuro mágico, porque no hay en el cuerpo otra causa posible de la muerte que no sean los traumatismos provocados por la caída. —Hizo una pausa teatral, para que todo el mundo entendiera lo que acababa de decir—. ¿Verdad? —Las caras de chasco se contaron por decenas—. Pues no, claro. Y, como os decía, parte de la solución la tenéis vosotros. ¿Aún no lo habéis pensado? —No, no parecían haberlo pensado, o, si lo habían pensado, no habían dado con la solución—. Inspectora jefa —la forense se dirigió de manera formal a Ana, que seguía atentamente la explicación—, me juego el cuello a que se han encontrado marcas de las manos de Miguel Ángel Malabar en la barra del ascensor, esa que recorría la cabina del ascensor para que la gente se pudiera coger a ella, o apoyarse en ella.

—Las hemos encontrado, sí —contestó Ana, sorprendida—. Efectivamente. Las huellas de la víctima estaban en la barra metálica, justo en el centro de la pared derecha del ascensor. Hemos localizado los restos de dos palmas, una mano derecha y de una mano izquierda. Son parciales, pero pertenecen a Malabar.

—Y ahí está la solución —retomó la forense, dando un paso adelante—. En esa barra. ¿A que sí? —Volvió a callar. Y volvió a mirar a la sala, en busca de una respuesta que sabía que nadie tenía. Disfrutaba del momento—. ¿Os acordáis de las heridas que presentaba ese cuerpo? —prosiguió—. Las heridas de Miguel Ángel Malabar apuntan a que intentó caer de pie, a que durante todo el descenso luchó por mantener la postura vertical pensando que los pies y las piernas formarían un muelle amortiguador que podría salvarle la vida. Sabéis

qué significa eso, ¿verdad? —Sonrió: era la hora de revelar el origen del universo—. Pues que, de alguna manera, logró agarrarse a la barra del ascensor y quedarse allí colgado, no sabemos cuánto tiempo. Pero sí sabemos que terminó resbalando y cayó. Llegó vivo al fondo del foso y estuvo agonizando durante horas, por eso murió más tarde que el resto. Podríamos haberlo salvado si hubiera recibido ayuda médica. Podríamos haber salvado a ese hombre.

27

Apenas te quedan ocho segundos y medio para pensar en cómo sobrevivir. Aunque tú aún no lo sabes.

Solo entonces entiendes todas las premoniciones. El fantasma de tu yo futuro te susurró en sueños pistas para sobrevivir a tu propia muerte, como si el infierno hubiera dejado un botón de pánico en tu cerebro, que entró en funcionamiento ese mes de septiembre de 2001.

No podías dejar de mirar las imágenes, como una mosca que se estrella una y otra vez contra el cristal de la misma ventana. Ideaste en sueños paracaídas urbanos que los hubieran salvado. Helicópteros sin hélices capaces de volar en horizontal y acercarse a las ventanas para rescatarlos. Mochilas con cohetes propulsores que les hubieran permitido salir del infierno.

Tú también caías al vacío. Y hubieras jurado que era real, porque todo el contenido de tu cuerpo se empotraba contra tu garganta y el espasmo del golpe te despertaba de repente, sudoroso y taquicárdico, como si el colchón de tu cama hubiera parado el impacto.

Y tu muerte.

Aprendiste entonces que hay personas que sobreviven, incluso aunque se hayan tirado de un avión y les haya fallado el paracaídas. Que todo depende de la superficie sobre la que caes y la postura que adoptas en ese momento. Siempre es mejor aterrizar con los pies, aunque eso no te garantice nada, porque la fuerza del impacto viaja a través del cuerpo y puede hacer estallar uno a uno todos tus órganos internos.

Todo eso pasa fugazmente por tu cabeza mientras intentas recordar cómo has acabado allí, agarrado a esa barra metálica y redonda, con un abismo negro bajo tus pies.

Resbala. Muchísimo. Y notas cómo irremediablemente tus manos se van deslizando. Dejándote caer.

No te pasa la vida por delante, te das cuenta de que eso es la gran estafa de morirse. Lo que te pasa por delante es la muerte: la muerte que vas a tener y —a

toda velocidad— la luz que se cuela por las rendijas de las puertas de cada planta.

Mientras caes, la única señal física del pánico a la muerte es tu corazón golpeando las costillas con tanta fuerza que podría romperlas. Igual me da un ataque cardíaco y muero aquí, en el vacío, antes de estrellarme.

Pero no te sucede.

Así que solo te queda una opción.

Tienes que concentrarte. La postura.

Mejor aterrizaje posible.

Qué expresión tan extraña.

28

—Pero —Paloma seguía disfrutando de sentirse un dios revelando la verdad a sus discípulos— nos quedan los otros tres. Los que murieron mucho antes del desprendimiento del suelo del ascensor. ¿Alguna teoría?

Tras la explicación del muerto colgante, nadie se atrevió a abrir la boca.

—El factor más importante en la velocidad de putrefacción de un cadáver es la temperatura que alcanza el cuerpo tras la muerte. Y nada en el entorno del escenario de ese crimen ha actuado como acelerante de la descomposición. Ni calor excesivo, ni humedad, ni agua, ni parásitos. Todo eso puede hacer que un cadáver se descomponga con mucha más rapidez de lo habitual. Pero el hueco del montacargas era fresco y estaba a salvo de la humedad. Entonces, ¿qué pasó con esas personas? ¿Las mataron antes, el asesino se fue guardando los cuerpos y el día 31 los arrojó por el hueco del ascensor?

Era una pregunta retórica, Paloma no esperaba que nadie respondiera. Aun así, aguardó unos segundos antes de volver a hablar.

—La descomposición del cuerpo de la mujer nos dice que falleció entre veinticuatro y treinta horas antes. La de Tomás Mendoza data la muerte de aún más atrás en el tiempo, casi dos días. Pero eso es imposible, porque a los dos los vieron la tarde del 31 de diciembre. ¿Verdad, Ana?

Y Ana explicó a su equipo lo que su equipo sabía ya, pero parecía no haber terminado de procesar del todo.

—Hemos localizado, habéis localizado vosotros —les señaló, abarcándolos con un gesto del brazo derecho— a un taxista que llevó a Esther Fraga desde su casa hasta la puerta del hospital asegura que sobre las nueve de la noche. Está seguro de la hora porque, cuando la dejó, en la radio empezó el boletín informativo de esa hora. ¿Sabéis cómo reconoció a la anciana? No por las fotografías filtradas a la prensa, sino porque quien cerró la bolsa del cadáver de Esther no lo hizo bien y dejó fuera de la cremallera, a la vista de todo el mundo, un trozo de bufanda que al taxista le resultó familiar. Tomás Mendoza también seguía vivo al menos hasta dos horas antes del siniestro. Estuvo con su hija en el

cine. Se despidieron pasadas las siete de la tarde porque ella se iba de fiesta de fin de año con unos amigos y él a darle una sorpresa a su esposa, que tenía guardia de enfermería esa noche.

—O sea —la interrumpió la forense, en un tono que Ana no supo distinguir—, que yo me equivoco.

La voz de Paloma atronó, interrumpiendo el discurso de Ana. No podía ser, pensó la inspectora jefa. No. Otra bronca en público no.

Pero la forense hizo algo sorprendente: se rio.

—Era ironía —aclaró— para los que no lo hayáis captado. Yo puedo no saberlo todo, pero equivocarme en una autopsia, nunca.

—Entonces —preguntó Rosa Axe—, nos está usted diciendo que las personas estaban ya muertas días antes de que las arrojaran al foso. Que el único que estaba vivo en el montacargas era Miguel Ángel Malabar, porque él, lo sabemos, pulsó el botón de llamada.

—Eso te habría dicho, quizá, un forense inexperto. Pero no yo. La respuesta la tienen la ciencia y —añadió, refiriéndose, evidentemente, a ella misma— una mente forense entrenada. Tomás Mendoza y Esther Fraga también subieron a ese ascensor, por su propio pie, vivitos y coleando. ¿Verdad, Ana?

—El informe de la científica —Ana retomó la explicación sin saber dónde quería ir a parar la forense— dice que hay huellas suyas, del dedo índice de cada uno, en un par de botones del panel de mandos de la cabina. Esther y Tomás pulsaron el número de la planta a la que se dirigían. Pero, entonces, ¿por qué parecen haber muerto antes?

La fecha del fallecimiento de Tomás Mendoza podría establecerse un par de días antes del siniestro del ascensor, y así lo hubiera datado un forense que no habría tenido en cuenta algo que saltaba a primera vista. En el examen patológico, Paloma encontró una enorme cantidad de fluidos putrefactos en boca y nariz, tórax, abdomen y gran parte de los órganos internos del cuerpo, un estadio avanzado de descomposición que no se alcanza hasta pasadas setenta y dos horas de la muerte.

—¿Qué ocurrió con esta víctima? —preguntó retóricamente—. Muy fácil: obesidad mórbida. Tomás tenía un índice de masa corporal del cuarenta y ocho por ciento. En varios estudios con cadáveres se ha demostrado que en los cuerpos de estos individuos la putrefacción es más rápida. Y eso es debido a que la grasa abdominal tiene propiedades aislantes que ralentizan la velocidad de enfriamiento y mantienen el calor del cuerpo. Cuanto más calor, menos conservación. Con lo que Tomás Mendoza murió con el resto, pero su cadáver se

descompuso mucho más rápido.

—¿Y la mujer? —preguntó alguien, desde el fondo de la sala.

—En el caso de Esther Fraga, de nuevo, para un forense experto y puesto al día —como ella misma, claro—, cuadrar los tiempos no fue tampoco excesivamente complicado.

»Esther era diabética. Un estudio reciente ha descubierto que si en el momento de su muerte alguien con diabetes mellitus está sufriendo una hiperglucemia, las bacterias que se encargan de la putrefacción trabajan de manera más eficiente, porque la glucosa fermentada les proporciona todo el carbón orgánico que necesitan para hacer su trabajo.

»Un cadáver con altos niveles de azúcar es un banquete de boda de tres días con barra libre para todas ellas —concluyó la patóloga—. Un festín.

Con una extraña sonrisa de satisfacción, apoyada en la mesa, Paloma cruzó los brazos, colocó una pierna sobre la otra a la altura de los tobillos y calló. En la sala se hizo el silencio. Y fue como encontrarse dentro de un envase al que le estuvieran haciendo el vacío, succionando todo el aire.

—Bueno, ya está bien, va… —empezó a decir Ruipérez con cierto tono de hartura, pero Ana lo interrumpió.

—Gracias, Paloma. Ahora ya sabemos por qué esos cuerpos presentaban un nivel de descomposición superior al que correspondería por la hora de la muerte. Pero —las dos mujeres se miraron con complicidad— ¿y el cuarto cadáver? ¿Qué le pasó a nuestro hombre desconocido?

De repente la sala entera despertó, como si alguien les hubiera arrojado un cubo de agua helada para rescatarlos de la resaca. ¿Cómo ninguno de ellos se había dado cuenta?

—Eso es precisamente lo que iba a preguntar yo —mintió Ruipérez—, ¿qué pasa con…?

—Lo que hemos descubierto —siguió hablando la forense, como si no hubiera oído al comisario— es que, al contrario que el resto, nuestro cadáver sin identificar sí que ya estaba muerto antes de estrellarse contra el suelo. En concreto, os puedo decir con toda seguridad que llevaba muerto una semana.

29

Volvamos por un momento al sábado 31 de diciembre. Son las nueve de la noche, tres horas antes del cambio de año. Tres minutos antes de que se desplome el suelo de un ascensor con cuatro personas dentro.

Si estuviéramos caminando por cualquier calle aledaña al hospital en el que se va a producir la tragedia, notaríamos el viento helado rasgando las esquinas de los edificios y cortando cualquier trozo de piel expuesta a la intemperie. Pero pocas personas lo sufren. No es tiempo de andar por ahí, sino de estar en casa, en la propia o la prestada, en la querida o la evitada, tragándonos la bilis o intentando ser felices. Pero estar en algún sitio, aunque sea en la soledad de tu sofá, con una manta, pensando que para qué quieres una familia, que solo se está mejor, aunque luego te tengas que inventar una Nochevieja postiza para encajar en el resto de la humanidad.

Desde esas ventanas de pisos abarrotados por primos, tíos, cuñados, sobrinos y toda la interminable lista de parentescos, apenas nadie se asoma a la calle, ocupadas las manos en ir cogiendo langostinos descongelados y las cabezas en enhebrar —aún a esa hora, luego cambiarán las cosas— un discurso educado y amable. Sin embargo, siempre hay alguien que discretamente camina hacia algún rincón solitario.

En el primero D del portal nueve —el edificio que se encuentra justo frente al hospital— se han puesto a hablar de política y de fútbol. Todos tienen los suficientes lazos de consanguinidad o años de aguantarse como para hacer ver que se soportan —y soportan las ideas del otro— sin que nadie vaya a la cocina a por el cuchillo más afilado y provoque una carnicería. De momento.

Pero en el primero D del portal nueve hay una presencia nueva. Un chico de veintidós años al que su novia ha querido presentar formalmente a la familia. Ella fue a la cena de Navidad a casa de él. A él le toca Nochevieja en la de ella. Es demasiado educado como para contradecir algunos argumentos, pero también demasiado joven como para reprimirse. Así que se aleja del grupo, se acerca a la ventana y pega la mejilla al frío del cristal. Para serenarse un poco. Y callar a

tiempo, como le ha recomendado su madre justo antes de salir.

Mira hacia la calle.

Frente al hospital, tres minutos antes de la tragedia, todo viste de cierta rutina. Como si no fuera a pasar nada.

El novio del primero D ve a un chico joven subiendo de dos en dos las escaleras de la estación del metro. Bajo el abrigo le asoman unos pantalones vaqueros rotos y unas zapatillas deportivas un poco sucias. Imagina que va a casa a cambiarse para la cena de Nochevieja. Una pareja sale de un portal con una bolsa de plástico por la que afloran dos botellas de cava y el pedúnculo de un racimo de uvas. Un hombre aguarda, caminando en círculos, impaciente, frente al hospital. Mira el reloj constantemente, como si esperara algo o a alguien. A una chica que dobla la esquina se le escapa una sonrisa; y él cree que ella piensa en la ropa interior de color rojo que se ha puesto esta noche para que le dé suerte. Se ruboriza. Mira hacia el salón, pero nadie se ha dado cuenta de su pensamiento sexual. De hecho, ni se han dado cuenta de que no está en ninguno de los corrillos.

Vuelve a mirar a la calle.

Un taxi para justo en su línea de visión. Un modelo viejo, de los que hace años que no se ven por las calles. Si pudiera, saldría de ese piso para tender la mano a la señora mayor que pelea para bajarse de él y que se hace un lío con el abrigo, los guantes, el bolso y una bolsa enorme que lleva en la mano. Cuando por fin consigue apearse, el chico quiere abrir la ventana y gritarle que tenga cuidado, que lleva arrastrando la bufanda y puede tropezar.

Una extraña bufanda de flores.

La mirada del joven se cuela tras la mujer justo en el momento en el que la bufanda está a punto de engancharse en una puerta corredera que se cierra a trompicones, como si se fuera a encallar en cualquier momento. La ve recomponerse y alejarse más allá de la recepción del hospital, en la que parece no haber nadie. Después la prensa dirá que efectivamente la recepción estaba vacía y por lo tanto pondrá en la diana al administrativo al que le tocaba guardia esa noche y que justo desapareció en el momento menos oportuno. Luego se sabrá —aunque parte de la opinión pública terminará por no creerle nunca— que no estaba en su puesto por una razón concreta y que nada tenía que ver con él: una de las enfermeras de guardia en la planta segunda había recibido una llamada urgente por un grave asunto familiar —eso le había dicho el hombre que llamó a recepción casi al borde del llanto— y necesitaban contactar con ella, pero el teléfono del puesto de control de esa planta no funcionaba, y no podían

localizarla. Por favor, por favor, por favor, vaya a buscarla, su padre, su padre…

Pero da igual que no haya nadie en recepción, al menos para la mujer de la bufanda, que no necesita indicación ninguna de hacia dónde dirigirse. Lo sabe bien porque ya ha estado allí. Solo ha salido un momento para ir a casa a recoger una pequeña figura de porcelana roja que cuelga de una cadena bañada en oro, un amuleto que le regaló su marido la primera Nochevieja que pasaron juntos, sesenta y dos años atrás, y que no falta en su cuello ningún 31 de diciembre. Ese día más que nunca necesitan la suerte de ese collar fetiche. Así que, tras escaparse a recogerlo, vuelve al lado de su esposo. Camina decidida, para no llegar ni un segundo tarde. Pasa la recepción sin ni siquiera fijarse en que no hay nadie. Al final del amplio vestíbulo gira a la derecha justo para ver cómo, al fondo de la zona de ascensores, un par de personas está entrando en uno de ellos. Su cuerpo reacciona instintivamente y ordena a sus piernas que echen a andar lo más rápidamente posible, aunque los músculos ya no respondan como antes. Se cuela por el último resquicio de las dos puertas cerrándose. Perdón, perdón, les dice a las dos personas con las que se encuentra dentro.

Queda un minuto para la tragedia. Todo sigue pareciendo trivial. Tres desconocidos en un ascensor, a los que solo una casualidad tras otra parece haber juntado en ese momento preciso y en ese lugar concreto.

«Es que a mi marido le dio ayer un ataque al corazón —se escucha mientras se cierran las puertas—, voy a la UCI a pasar el fin de año con él. ¿Ustedes también tienen alguien ahí?». Lo último que se aprecia desde el pasillo es el dedo de la mujer presionando el botón de la planta segunda. El piso donde están las Unidades de Cuidados Intensivos.

Pero, ya lo sabemos, ese montacargas nunca se parará allí.

30

Es sorprendente esa manera tan sencilla que tiene la vida de seguir su rumbo tras una tragedia, como si las desgracias fueran una piedrecita que pudiéramos sacarnos del zapato para continuar caminando, tranquilamente ajenos a lo que acaba de pasar. Ocupados en otras cosas.

En cuanto cesan las novedades, la atención del público va diluyéndose como un terrón de azúcar en una taza llena de café ardiendo. Desaparece engullida por el resto de la existencia. El ciclo de las veinticuatro horas tritura cualquier noticia, que será sustituida por otro escándalo, por otro caso de corrupción, por otra infidelidad. La política maneja muy bien esos tiempos. Y si no tiene otro titular, lo genera.

La vida continúa. Rítmicamente cotidiana para el resto. Descarnadamente dolorosa para los más cercanos a la tragedia.

Ana cerró la puerta del coche con un golpe seco y brutal, como si así pudiera amanecer de nuevo, hacerse la ilusión de que estaba saliendo el sol a las ocho y media de la tarde de ese jueves y borrar todo lo que había pasado los dos últimos días.

Como si no hubieran existido.

31

Todo empezó como empiezan las tragedias. Con una intensa calma. El miércoles a las siete de la mañana homicidios estaba extrañamente silencioso. Un timbrazo rompió la tranquilidad.

—Ana, te paso una llamada urgente. —La voz de la policía a cargo de la centralita sonaba somnolienta, tras una larga noche de guardia.

—¿Quién es?

—No ha querido decírmelo, pero ha preguntado específicamente por ti. Parece que te conoce.

—Pues pásamelo —contestó, resignada.

—Buenos días, espero no haberla despertado —dijo la voz amable aunque seca de una mujer—. Perdone que llame tan temprano, pero mis clientes tienen poco margen y no sabía si podría localizarla a tiempo.

—¿Quién es usted? —Ana estaba desconcertada.

—Perdone, no me he presentado. Soy Mirta Castillo. Mis clientes quieren hablar con usted.

—¿Y sus clientes son?

—Perdone de nuevo. Son los Flórez-Biedma Schröder.

Los Flórez-Biedma Schröder. Los hijos del duque de Mediona y su primera mujer, la noble alemana Alberta Schröder. Los herederos destronados por Mónica Spinoza. Aunque les quedaba la fortuna de su madre. El día empezaba fuerte.

—Hace más de una semana que intentamos localizarlos —gruñó Ana.

—Mis clientes son personas muy ocupadas, como usted puede comprender. —La voz al otro lado de la línea telefónica no dejaba margen para la discusión—. Pero justo dentro de una hora van a hacer una parada técnica en Madrid.

—Pues perfecto, que pasen por comisaría.

—Usted no me ha entendido. Mis clientes van a estar media hora justa en Madrid. Si quiere hablar con ellos, tendrá que ir a verlos. No hay otra opción.

No hay otra opción. Ana podía haberse rebelado. Gritar. Patalear. Insultar.

Incluso presentarse allí con los GEO y toda la artillería. Pero hubiera sido contraproducente. A veces hay que bajar a jugar al terreno del enemigo, verlo en su ambiente.

Nunca antes había estado en ese lugar. Por allí no pasas, allí vas expresamente. «Así que esta es la manera que tienen los muy ricos de moverse por el mundo —pensó Ana cuando por fin consiguió llegar a la terminal ejecutiva del aeropuerto de Barajas—, así que esta es la manera que tienen de no mezclarse con el resto de los mortales». La burbuja del dinero.

Ni siquiera bajaron a tierra. Una demostración más de poder.

—La están esperando, venga por aquí.

Una mujer vestida con una estrechísima falda de tubo negra, camisa blanca de seda y tacones de vértigo la guio, atravesando la lujosa terminal privada, hasta la zona donde había parado el Cessna 680 en el que viajaban los hijos del duque de Mediona. Otra mujer aguardaba a Ana a pie de escalerilla, conteniendo el frío que debía de estar pasando, controlándose para no temblar. «Por aquí, por favor», le dijo, señalándole la puerta del avión.

No había lugar donde esconderse allí dentro, exceptuando lo que parecía un baño en la parte trasera y la cabina de los pilotos y la tripulación, en la delantera. Los Flórez-Biedma Schröder habían mandado a sus parejas al fondo, a la cola del avión, acurrucados y casi escondidos en los últimos asientos. Lo que estaba a punto de pasar no iba con ellos, al fin y al cabo, no eran de su misma sangre y nada garantizaba el tiempo que iban a estar en esa familia. Los hermanos esperaban a Ana cerca de la puerta. Michael, Eva, Emma y George ocupaban los dos sofás de piel que se extendían a cada lado de la parte delantera de la cabina.

—Buenos días, inspectora. —Ni siquiera hicieron el amago de levantarse.

—Inspectora jefa —corrigió Ana. Ella también sabía marcar territorio.

—Perdone, inspectora jefa —recalcó Michael—. Gracias por acercarse hasta aquí. Sé que lleva días intentando localizarnos, pero es realmente complicado que estemos todos juntos. Y perdone nuestro español, solo lo practicábamos con el duque.

No lo llamó padre. A Ana le sonó extraño, pero pensó que quizá era una manera de marcar distancias con el populacho que no compartía rancio abolengo. Duque les debía de sonar más respetable que papá.

—Vamos a una boda —Eva se echó un poco hacia delante, mirando a Ana, que seguía de pie, frente a ellos y que había cruzado los brazos— en las Bahamas.

—Quería usted vernos. —George tenía un marcadísimo acento alemán y era el

que peor español hablaba, quizá porque al ser el menor de los hermanos era quien menos tiempo había pasado con su padre.

—Es rutina —contestó Ana, mirando fijamente a los hermanos—, en la investigación del asesinato de la duquesa de Mediona. —Podía haber utilizado el nombre, haber dicho Mónica Spinoza, pero usó el título nobiliario a propósito.

—Bueno, en realidad —Michael sonrió con suficiencia—, la duquesa de Mediona es ahora mismo mi esposa y yo soy el duque.

«¿Se supone que tengo que arrodillarme, o algo así?», quiso decirle Ana. Sin embargo, se contuvo. Miró al fondo del avión, donde la duquesa actual ni siquiera había hecho el amago de levantarse. Le habían dicho que estuviera calladita y quieta, y así lo estaba haciendo.

—¿Qué relación tenían ustedes con la antigua duquesa?

—La antigua duquesa es nuestra madre —Emma cruzó las piernas en un gesto provocador, no tanto sexual como marcando territorio—, esa persona a la que usted se refiere es, bueno, era, una arribista.

—Se lo dijimos mil veces a papá —continuó su hermana—, pero no quería escucharnos.

—Y se quedó con todo —los pinchó Ana.

—Tampoco le ha durado tanto, ¿verdad? —los hermanos estallaron en una carcajada—, tampoco ha podido disfrutarlo tanto.

—¿Merecía morir? —insistió Ana.

—Evidentemente que merecía morir. —George ni se lo pensó, soltó la bomba con toda tranquilidad, o con la tranquilidad de alguien acostumbrado a hacer y decir siempre lo que le apetecía—. La vida es mejor sin ella en este mundo.

Los hermanos sonrieron, cómplices. ¿Cuántas veces habrían hablado de eso?

—¿Qué saben del testamento?

—Aún no se ha abierto —intervino Emma, intentando rebajar la tensión—. Mi padre le dejó más de la mitad de su fortuna, eso son un par de cientos de millones de euros, contando el valor en bolsa actual de la naviera y del conglomerado multimedia, además de las casas en España, Suiza y Miami. A no ser que Mónica tuviera un hijo secreto escondido en algún sitio, no sabemos a quién le va a dejar todo ese imperio.

El piloto salió de la cabina, interrumpiendo la conversación.

—Señores, ya hemos repostado. Estamos listos para el despegue. Nuestro *slot* es en diez minutos. Debemos prepararnos ya y dirigirnos a pista para no perderlo.

Los hermanos miraron a alguien situado a la espalda de Ana. Michael le hizo

un ligero gesto con la cabeza.

—Señora —era la tripulante de cabina que la había esperado muerta de frío a pie de escalerilla unos minutos antes—, debe abandonar ya el avión.

Por supuesto, los Flórez-Biedma Schröder dejaban para otras personas tareas tan mundanas como la de echar a alguien de un jet privado.

—No podemos llegar tarde a la boda —apostilló Eva a modo de despedida.

No, claro, no podían llegar tarde a la boda.

* * *

Nada más entrar en jefatura un mensaje de texto flotó momentáneamente en la pantalla del móvil de Ana. Era de Nori. «¿Cómo va lo del mayordomo electrónico? ¿Has conseguido algo?». Pues no. Claro que no. Se había olvidado por completo, el cacharro seguía acumulando polvo en una caja de pruebas. Con todo el lío del asesinato del ascensor, ni siquiera se había acordado de reclamarlo para que se lo subieran del sótano.

—Charo, ¿me haces un favor? —Entró en la sala de su equipo. Eran las ocho y media de la mañana y ya estaba todo el mundo trabajando.

—Claro, dime —le contestó, levantándose de su mesa con una taza en la mano. Iba dando sorbos al segundo café de la mañana. El primero se lo había tomado en casa, a las cinco y media. Y ya necesitaba otro.

—¿Me traes la prueba número ciento treinta y dos del caso de la duquesa? Es una especie de altavoz. El registro dice que la tenemos aquí.

—Ahora mismo —dijo, mientras se levantaba, apurando el café ardiendo y quemándose la lengua—. ¿Qué vas a hacer con él?

«Intentar escuchar cómo la asesinaban», quiso responderle, pero no se lo iba a decir delante de todo el equipo. Era una prueba demasiado sensible.

* * *

Mientras tanto, y a la espera de los resultados de las pruebas biológicas, Paloma Marco repasaba la lista de objetos encontrados junto a los cadáveres del ascensor, antes de que alguien de la Policía pasara a llevárselos. Los había ido separando y amontonando según su propietario, para tenerlos todos a la vista e intentar establecer algún tipo de correlación entre ellos, algo que le dijera cuál era su enemigo común, por qué esas cuatro personas habían sido asesinadas. ¿Se conocían? ¿En qué punto sus vidas habían confluido con la persona que las

mató?

A simple vista, nada los relacionaba. Pero la forense sabía que la verdad no solía ser obvia y que hacía falta buscar en los pequeños detalles. Lo había ordenado todo con la compulsiva y exasperante pulcritud milimétrica con la que gobernaba su vida, de la misma manera en la que se veía obligada a recolocar la alfombrilla del baño si no estaba completamente alineada con las losetas o a poner la mesa —para ella sola, la mayoría de las veces— con los cubiertos perfectamente en paralelo con el plato y en perpendicular con el borde. Nada podía desviarse. Nada podía estar fuera de lugar. Y así funcionaba su cabeza desde que era niña, ocupada por pequeños compartimentos encajados que ella iba llenando de manera ordenada; los conocimientos que servían para su trabajo, los que servían para la vida, las lecturas que la habían entretenido, la gente interesante, la que no, las personas a las que odiar, las penas que quería olvidar.

Esa mañana, como no tenía mesas suficientes en las que poner las pertenencias de las víctimas, había delimitado rectángulos en el suelo marcados con cinta de carrocero. Uno por cada cadáver. Y uno más para aquellos objetos que no sabía aún a quién pertenecían. La ropa a la izquierda, comenzando por las prendas más gruesas y terminando por la ropa interior, que ocupaba el centro del rectángulo. Después, los accesorios; en total se encontraron en el foso dos pares de gafas, uno de pendientes, dos alianzas, tres carteras, un bolso, una cadena de oro con una pieza de porcelana que se había hecho añicos y una nota escrita a mano con la dirección de una calle de Madrid.

En el extremo derecho de cada rectángulo colocó el resto de las pertenencias, que se resumían en una radiografía, un análisis de sangre, una caja con pastillas para la tensión, un paquetito de caramelos de menta, una bolsa grande de supermercado, una cadena de oro con una medalla de una virgen, un espray para el mal aliento, una caja de regalo con un conjunto de lencería femenina de seda, dos bolígrafos y una barra de labios. Era asombroso cómo aquellos objetos habían sobrevivido prácticamente enteros a la caída mientras que los cuerpos humanos que los acompañaban habían quedado completamente destrozados.

Empezó por la ropa, pero era de lo más vulgar, ese tipo de confección que se podía ver en las calles de medio mundo. Diseños de grandes marcas globales que fabricaban decenas de miles de unidades del mismo modelo a un precio relativamente asequible como para ir saciando nuestra sed de novedades y con las variaciones suficientes como para hacernos sentir únicos. Le extrañó esa uniformidad de elecciones estilísticas, sobre todo porque la media de edad de las víctimas estaba por encima de los cuarenta años. Aunque pensó que, como las

viejas bandas de rock, los Zaras del mundo también tenían que ir evolucionando para seguir vistiendo a los clientes que se habían hecho mayores con la marca y a los que no querían perder a pesar de su edad, cuando empezaban a necesitar algo más allá de vaqueros rotos y camisetas con mensajes que caducaban al par de meses de estrenados.

Solamente se salían del guion estilístico unos pantalones, una camisa y un jersey que parecían tener como mínimo una decena de años, cuidados con el mimo de quien sabe que no va a poder comprarse muchos más. Pertenecían a la única mujer del grupo. Pero había algo más que llamaba la atención: una extraña sudadera, blanca, vieja, con el logotipo y la fotografía de una marca de horchata muy popular en los años ochenta que había cerrado hacía ya veinte años. No debían de quedar muchas así en los armarios del país. La llevaba puesta el cadáver sin identificar. Quizá tendrían que usarla para ver si alguien la reconocía.

En el último rectángulo, en el de las piezas que no tenían aún un dueño asignado, colocó dos libros, unas gafas de leer, una cucharilla de café, y un chicle masticado y envuelto en un trozo roto de papel en lo que parecía la esquina de uno de esos folletos de propaganda que reparten por la calle. También se habían encontrado restos de uvas y fragmentos de una botella de cava.

Los teléfonos móviles, cinco en total, no estaban allí, se los había llevado ya el departamento tecnológico para intentar reconstruir la memoria y extraer los datos.

Entre los objetos de la única mujer le llamaron la atención tres cosas. El primero era una bufanda de lana tejida a mano. Chirrió en su cabeza obsesiva la falta de simetría de la pieza, que le molestaba a la vista como una pestaña atrapada en el globo ocular. A su lado, colocó —quizá para compensar— un carísimo bolso de Chanel que no encajaba para nada ni con la calidad, ni con el estilo, ni con el gusto del resto de la ropa y los complementos de la anciana. Incluso la cartera que encontraron dentro era un modelo barato de plástico con un estampado de flores y una cremallera que no se deslizaba demasiado bien. Se centró en el bolso, sin poder evitar acariciarlo bajo su guante de látex. Sintió la calidez y suavidad de la piel, mullida como un edredón de plumas. Repasó las costuras, los acabados, la manera en la que estaba colocada la etiqueta. Era bueno, no una imitación. Tenía en las manos un Chanel original, un modelo clásico que se seguía vendiendo año tras año. Quizá la anciana había ahorrado durante mucho tiempo para darse ese capricho, pero no daba el perfil. No quiso quedarse con la duda. Llamó a Ana.

—Buenos días. Imagino que levantada hace rato.

—Pues… —Ana se sorprendió de nuevo por la familiaridad con la que la trataba la nueva forense, pero también de que tuviera su teléfono móvil personal. Tendría que preguntarle cómo lo había conseguido—. Pues… sí. Levantada ya hace rato. Eres la segunda persona que me lo pregunta hoy. Con lo que tenemos entre manos, como para dormir mucho. Por cierto, va a pasarse el agente Barriga para recoger los objetos personales de las víctimas del ascensor. ¿Los tienes preparados?

—De eso te quería hablar. ¿Puedes venir un momento?

—Pues es que estoy en medio de la inspección de una de las pruebas de otro caso que también nos trae de cabeza, así que ahora mismo no puedo ir a verte —Ana seguía esperando a que Charo volviera del almacén con el mayordomo virtual de la duquesa—, pero podría pasarme en un rato. ¿Es urgente?

—No demasiado. Intenta venir esta mañana si tienes un hueco. ¡Ah! ¿Podrías traer el informe económico de las víctimas? Hay un par de objetos entre sus pertenencias que no me encajan con el resto de lo que llevaba encima la mujer. Quiero saber si se los pudo comprar ella o fue un regalo de alguien.

No era solo el bolso. Dentro había encontrado un objeto mucho más modesto, pero igualmente caprichoso: la mítica barra de labios roja de Chanel. El Rouge Allure Pirate que coloreaba los labios de algunas de las mujeres más famosas o poderosas del mundo.

* * *

—No me digas que no tienes ninguna novedad para mí.

Bip, bip. El móvil de Ana acababa de sonar sobre la mesa del escritorio. La pantalla se iluminó unos segundos con el mensaje. Era PéBé reclamando noticias.

—Como el ritmo de asesinatos siga así, voy a morir de éxito en mi nuevo puesto —le contestó impulsivamente.

Se arrepintió enseguida de la ironía y la frivolidad de la frase, pero ya le había dado al botón de enviar. Mierda. Joder. Bocachancla. Aprende a controlar tus impulsos. «PéBé está escribiendo», le anunciaba la parte superior de la pantalla del móvil. Sesenta segundos después seguía igual. «PéBé está escribiendo». Mensaje largo. «Mal asunto —pensó Ana—, este no está poniendo los emoticonos de lloro de risa. El juez me va a echar una bronca monumental».

La respuesta tardó un eterno minuto en llegar.

—Serías capaz de morir y ponerte a investigar tú misma tu propio asesinato (emoticono de calavera). Pero no seas tacaña y comparte la información (emoticono de periódicos amontonados). Quiero novedades de nuestro caso. ¿Vale? (emoticono de dedo gordo alzado). Llámame cuando puedas (emoticono de teléfono), mejor hoy que mañana (emoticono de peligro), y me pones al día (emoticono de beso). NO TE OLVIDES (mayúsculas a voz en grito, emoticono de peligro).

Bueno, ni tan mal. Que PéBé se sintiera irresistiblemente atraído por sanguinarias escenas del crimen lo hacía más tolerante hacia otras cosas. Pero el mensaje de Ana evidenciaba una gran verdad: en las dos semanas que llevaba como inspectora jefa de homicidios de Madrid se habían cometido cinco asesinatos. Si continuaban a este ritmo, la ciudad iba a parecer pronto el Nueva York de los ochenta.

Quizá sí que era cierto que ella tenía un imán para las desgracias.

* * *

Probaron con su nombre. Con el de sus perros. Con el de su último marido. Con los de los anteriores maridos. Probaron con sus marcas de lujo preferidas. Con el champán francés que aseguraba beber todas las noches como remedio para el envejecimiento y el mal de ojo. También lo intentaron con sus hijastros —no se podía descartar nada— y con los muñecos a los que había tratado como unos hijos. Usaron por si acaso los nombres de todas y cada una de las mansiones que había poseído en vida. El del avión privado del que solía disfrutar en los buenos tiempos. El del sacerdote ante el que se confesaba —viejos vicios de la infancia—. El de su tarotista de cabecera y el del gurú que le limpiaba los chacras. Hicieron una lista de más de cien palabras y nombres propios que pensaron que podrían ser. Cuando ninguno de ellos funcionó, los mezclaron con números. Los años de sus bodas. Los de sus nacimientos —el real y el que ella decía en público con una década de diferencia—. La cantidad de millones que se llevó en cada divorcio. El número de amantes que se le atribuían —en una amplia horquilla de cinco por arriba y cinco por abajo—. Combinaron y permutaron. Repasaron decenas de reportajes en la prensa del corazón, buscando más claves. Pero todo falló. No había manera de encontrar la contraseña con la que acceder al mayordomo virtual de la duquesa.

—¿Se te ocurre algo más? —Ana se frotaba las sienes, con los ojos cerrados, apoyados los codos en la mesa, en actitud de abatimiento total—. Me va a

estallar la cabeza.

Se habían metido en el despacho de la inspectora jefa, cerrando la puerta para que nadie las interrumpiera. La jerarquía es la jerarquía. Si Ruipérez quería entrar, no iba a advertirlas llamando con los nudillos, pero cualquier otro policía sí que lo haría —exceptuando el agente Barriga, que iba por libre— y, además, tendría que tener un motivo de peso para interrumpir a la jefa en su despacho. La antigüedad era algo sagrado. Casi siempre.

Habían conectado el aparato con un cable USB al ordenador portátil de Ana. Su PC de mesa, el de la oficina, estaba capado y no había manera de bajarse ninguna aplicación ni ningún programa informático sin rellenar veinte mil formularios y pedir veinte mil permisos. Además, estaba monitorizado y ella no quería dejar rastro. Al menos, no de momento. Si encontraban algo, ya vería cómo lo solucionaba para poderlo incluir en la investigación oficial.

—Joan —lo había llamado por teléfono un rato antes aprovechando que Charo había salido en busca de la prueba—, si te mando la fotografía de una cosa que se llama mayordomo, pero que parece un altavoz, ¿podrías ayudarme a conectarlo a mi Mac y ver si puedo hurgar un poco en él?

—Buenos días, yo también te quiero —le respondió, aún sonmnoliento—. Tengo la ligera sensación de que has pasado por casa esta madrugada, pero no sé si he soñado que te abrazaba o te he abrazado de verdad. Aunque quizá era otra mujer con un cuerpo fibroso la que se ha metido junto a mí en la cama y me ha puesto cachondo en sueños.

Ana sonrió. Él siempre tenía la frase perfecta.

—Bueno, a no ser que esa otra mujer te corte en pedacitos y te vaya repartiendo por los contenedores del barrio, ese asunto no es de mi negociado —le contestó ella, con una sonrisa—. Pero, claro, pensándolo bien, en trocitos ya no me servirías para mis propósitos.

—Que son…

—Que son… Sí, claro, te escucho, cuéntame cómo hacerlo —le cortó. Charo había vuelto a entrar en el despacho, sin llamar a la puerta. Joan captó enseguida la situación—. Sí, la marca es la que ves en la fotografía que te acabo de mandar al móvil —siguió disimulando, mientras le mandaba, ahora sí, la imagen del mayordomo virtual—. ¿Modelo? ¿Sistema operativo? Y yo qué sé. ¡Cómo voy a saber eso! Espera, déjame que mire una cosa. —Buscó en el informe del caso hasta que dio con la factura que recordaba haber visto—. La fecha de compra es del 6 de diciembre de este año. Estaba prácticamente nuevo. Charo —se dirigió a su subordinada, que se había quedado de pie frente a la mesa, como si temiera

molestar en esa conversación—, sácame, por favor, del segundo cajón de ese mueble —le señaló una vieja librería de madera colocada en la pared derecha— todos los cables que encuentres. A ver si alguno sirve. Sí, te escucho —volvió a hablarle al auricular del teléfono—. O sea, que si lo compró en esa fecha directamente al fabricante, tú crees que será el último modelo y que tendrá instalado de serie el sistema operativo más actualizado.

Tomó nota del programa que tenía que bajarse y que permitiría, desde el ordenador, acceder a la memoria del aparato.

—Una última cosa, señorita —le dijo Joan cuando ya estaba a punto de colgarle el teléfono—, esta noche ya hablaremos de lo de cortarme en pedacitos. Y, de todas maneras, no quiero ser aguafiestas con lo que sea que estés intentando con ese cacharro, pero, si no es tuyo, necesitarás una contraseña para acceder al software del mayordomo. No te va a ser fácil entrar en él. Si sabes de quién es —Ana ya se saltaba el reglamento contándole cosas a su pareja, pero no podía contarle todo, no por teléfono—, intenta buscar palabras que hubiera usado esa persona. En el noventa por ciento de los casos las contraseñas son nombres de familiares, lugares favoritos o algo de lo que sean fans.

Y en esas estaban, las dos, desesperadas, una hora después, probando con todas las fórmulas que creían que podría haber usado la duquesa para crear la contraseña de acceso.

—Pero ¿qué crees que hay dentro de este trasto? —Charo aún no entendía por qué su jefa se empeñaba en acceder a la memoria de ese altavoz.

—Nada, quizá nada. —Seguía con la cabeza gacha, ladeándola ligeramente de izquierda a derecha en un gesto de negación—. Quizá estemos perdiendo el tiempo. Quizá todo esto sea una soberana pérdida de tiempo.

—Venga, sí, y ahora vas y te hundes. —Charo la cogió de la barbilla y la obligó a levantar la cabeza—. Mírame a los ojos. Todo esto no es una soberana pérdida de tiempo. Mónica Spinoza ya está muerta, no es una carrera contra reloj, Ana. No lo es. Su asesino está ahí fuera y nosotros lo atraparemos. Démosle cuerda. Dejémosle que se confíe. Va a acabar entre rejas. Qué más da si es hoy o mañana. Si es pasado o la semana que viene. La Spinoza ya está bajo tierra. Y cada segundo que pasa es un segundo menos de libertad para su asesino. Qué más da si tardas dos o tres días más.

Pero no. No daba igual cuándo lo atraparan. Claro que no daba igual.

El tiempo corría en su contra.

Aunque entonces aún no lo sabían.

32

—¿Sabes qué fue lo único que me enseñaron sobre el sufrimiento?

Ana y Paloma estaban de pie ante los pulcros rectángulos llenos de objetos personales de las víctimas. Los contemplaban yendo de los pequeños detalles al conjunto para volver después la vista hacia otro detalle que les hubiera llamado la atención. Permanecían frente a ellos, calladas como peatones contemplando un altar espontáneo en el lugar de una tragedia.

—No me refiero a la vida, que la vida da muchas hostias. Esa ya te hace sufrir sin que lo quieras. Me refiero a mis profesores. Cuando estudias medicina, no te cuentan nada de eso. No hay sufrimiento en el alma ni pena en los cuerpos. Solo sangre y músculos y fluidos y tejidos y huesos y miles de nombres imposibles de recordar pero que terminamos recordando. La cabeza se llena de definiciones que memorizar, reacciones que aprender, síntomas que unir y desunir para diagnosticar una enfermedad, cuerpos que saber cortar y recoser. Así que durante la carrera solo aprendí una cosa del sufrimiento de los enfermos: el pH de una lágrima es de 7,47 durante el día y 7,30 mientras dormimos. Es curioso, de noche con los ojos cerrados nuestras lágrimas se parecen más al agua dulce. Y de día son más como el agua del mar. ¿Lloraron estas cuatro personas mientras caían al vacío?

—Qué pregunta tan filosófica.

—Bueno, quizá también nos ayude a resolver el crimen. Nunca se sabe. En parte por eso me hice forense, para no ver llorar a los enfermos. No se me da nada bien eso de consolar. Un ataque de llanto es demasiado impredecible para mí. A los muertos se les puede escapar alguna lágrima, pero llorar no lloran, no, al menos, en el sentido estricto de lo que es el llanto. Aunque mi misión es saber si lo han hecho antes de llegar a mi mesa, mientras los estaban matando.

—Bueno —la cortó Ana—, esa sería más bien mi misión, ¿no? Saber lo que pasó en la escena del crimen.

—Sí, claro —corrigió, fijando la vista en algún punto del suelo más allá de toda la montonera de pruebas, quizá para que Ana no le viera en los ojos lo que

sentía cuando alguien le llevaba la contraria—. Pero cómo pasó ese cuerpo de estar vivo a ser un cadáver es lo que tengo que averiguar yo. Y entre todo lo que los cadáveres pueden contarnos, está si lloraron o no justo antes de morir.

—Y ellos ¿lloraron? —Ana se dio por vencida y terminó formulando la pregunta que quería la forense.

—Solo uno —contestó, complacida—. El más joven, el que se agarró a la barra del ascensor intentando salvarse, pero que terminó cayendo. Lloró mucho. No sé si de dolor durante su larga agonía, o de tristeza porque sabía que se iba a morir. O de las dos cosas a la vez. Los restos de proteínas en la piel de sus mejillas nos dicen que lloró mucho tiempo.

—¿Los restos de proteínas? —Ana nunca había escuchado nada igual.

—La gente cree que las lágrimas son agua y sal, porque parecen agua y saben a sal. Y sí, pero también están compuestas de glucosa y tres proteínas distintas: la albúmina, la globulina y la lisozima, que, dicho sea de paso, tiene importantes propiedades antibacterianas, con lo que es cierto que las lágrimas no solo curan el alma, sino que también pueden curar el cuerpo. En fin, que me enrollo. Te decía que el hombre lloró mucho porque encontré poca cantidad de estas tres proteínas en la piel de su cara. Cuando empiezas a llorar, las lágrimas son muy densas, pero al cabo del rato se aguan. Es como si no pudieras fabricar lágrimas al mismo ritmo de tu tristeza.

Ana se agachó para coger la cartera del hombre, un pequeño modelo de piel en el que apenas cabían el DNI, una tarjeta de crédito, la tarjeta sanitaria y el carné de una biblioteca de un barrio periférico de Madrid. ¿Podía reconstruir la vida de la víctima a partir de esos elementos?

—¿Y te puede decir la ciencia forense si gritó? —le preguntó, algo distraída, mientras seguía dándole vueltas al contenido de la cartera—. Dices que estuvo vivo varias horas. ¿Por qué no gritó para que alguien lo sacara de allí? Tuvieron que oírlo desde la planta baja. —Cogió su teléfono móvil y buscó un número en la agenda—. José, sí, buenos días. Sí, estoy ya por aquí hace rato. ¿Y tú?

Y entonces le pidió lo que quería que hiciera. Tenía que volver al hospital.

—Que te acompañe la subinspectora Axe, por favor —le dijo. Y tenía que meterse en el foso del ascensor—. Sí, ya está limpio, no te preocupes, ya hemos recogido todas las pruebas, pero si no fuera así, te tendrías que aguantar, Barriga, que eres policía y te acaban de trasladar a homicidios —estuvo a punto de soltar un joder, pero se contuvo— y en homicidios es lo que toca, cadáveres, ¿sabes?, cadáveres y lo que acostumbran a traer consigo, bichos y sangre y esas cosas, ¿entendido? Así que te bajas ahí. No sé, busca una escalera o lo que te dé la

gana, no me pongas pegas, búscate la vida. Y una vez dentro del foso —siguió explicándole Ana— chilla, chilla todo lo fuerte que puedas. Y luego bajito. Y luego otra vez fuerte. Que la subinspectora compruebe si se te oye desde el pasillo de los ascensores, que se vaya moviendo por ahí y por recepción.

»Pero no lo hagáis con las puertas abiertas, no me seáis catetos. Tenéis que reproducir las condiciones en las que estuvieron los cadáveres. Que sí, que ya sé que los cadáveres no chillan, Barriga —Ana miró a la forense con cara de desesperación, mientras el agente seguía protestando al otro lado de la línea telefónica—, que no me hace falta que me recuerdes que los muertos están muertos. Tú haz lo que te pido y ya veré luego si te cuento el por qué. ¡Ah!, y otra cosa, no me seáis brutos. Que no quiero más muertos. Llamad a los técnicos de la compañía del ascensor y que os ayuden con todo el operativo. El foso debería seguir precintado. La cabina la trajeron ayer, así que, en teoría —terminó la frase mirando a Paloma con una sonrisa cómplice—, no hay nada que te pueda caer encima.

—No sé si lo has tranquilizado o le has metido aún más miedo en el cuerpo —le dijo Paloma en cuanto colgó.

—Que se foguee un poco. Aquí hay que tener la piel muy gruesa. Y eso solo te lo da la experiencia, que te va haciendo callo en el corazón. En fin —Ana se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón—, ¿para qué querías que viniera?

Paloma le señaló los dos objetos que no encajaban en el puzle. El carísimo bolso de Chanel y la barra de labios de la misma marca.

—¿Qué sabes de la mujer que los llevaba? —le preguntó a Ana—. ¿Cuál es su nivel económico? ¿Cómo pudo tener acceso a ese bolso?

—Esther cobraba cuatrocientos ocho euros de pensión, la miseria que este país paga a las personas, sobre todo mujeres, que no cotizaron los suficientes años de su vida como para acceder a la pensión mínima. La de su marido era de ochocientos veinticinco euros al mes, como conductor jubilado del metro de Madrid. Y con eso tiraban. Afortunadamente, la casa la tenían pagada, un humilde piso de dos habitaciones en la calle Ibiza.

—Pero esa zona es carísima. Estuve mirando allí antes de trasladarme a Madrid y no podía pagar los precios de los alquileres.

—No lo era cuando ellos compraron la casa, hace más de cincuenta años.

La zona se había puesto de moda con el cambio de siglo. Las calles del barrio se habían llenado de terrazas modernas y familias con carritos de bebé, atraídas por la proximidad al inmenso parque urbano del Retiro. La humildad de las

fachadas de los edificios contrastaba con las reformas interiores que los nuevos inquilinos habían ido haciendo en los últimos quince años. Los precios de las viviendas se habían multiplicado.

—Podrían haber vendido —interrumpió Paloma—. Podrían haberse mudado a otro barrio, y con el dineral que hubieran sacado por el piso su vida habría sido más holgada económicamente.

—¿Y el arraigo? —le contestó Ana—. Ese matrimonio llevaba en esa casa medio siglo. Es su vida. Prácticamente solo han conocido esas calles y ese barrio. Les da calma y seguridad porque es su entorno. Aunque muchos comercios hayan cambiado, sigue siendo su territorio. Arrancarlos de allí y haberles hecho empezar la vida en otro barrio de Madrid hubiera sido un suicidio emocional para ellos. Un cambio tan brutal así, en gente tan mayor, nunca sale bien. Prefirieron vivir con poco pero hacerlo donde siempre.

—¿Y cómo explicas este bolso? Cuesta cuatro mil quinientos euros. —No había explicación posible. El matrimonio no tenía familia. Los padres de ambos habían muerto mucho tiempo atrás. Nunca tuvieron hijos. Y no constaban hermanos—. Y mira esta barra de labios, también de Chanel, que había en el interior. El rojo clásico de las estrellas.

—Pero algo así se lo podría permitir. ¿Cuánto debe de costar?

—Unos treinta euros. Sí, es que es la que yo gasto. Incluso ella, con su pensión, se la hubiera podido comprar. Ya sabes que en épocas de crisis crece el gasto en barras de labios, porque es el lujo más barato que mucha gente se puede permitir.

—¿Una jubilada con pensión mísera comprando una de las barras de labios más lujosas del mundo? Me extraña que una persona tan austera como esa mujer se diera ni siquiera ese pequeño capricho, fíjate en el resto de la ropa, en lo que llevaba en el bolso, si incluso la cartera es de plástico barato. A mí me parece alguien que no se ha permitido nada extraordinario en la vida, ni siquiera tomarse un café en una terraza y disfrutar del momento.

Tendrían que interrogar al marido, que seguía en la UCI del hospital recuperándose del infarto.

—De todas maneras —Paloma se agachó y volvió a coger la barra de labios que Ana había dejado en el suelo—, ¿no ves algo raro aquí? —La abrió y giró la base inferior, haciendo emerger la barra.

—Más roja incluso que la sangre.

—La sangre no siempre es del mismo rojo, Ana. La sangre venosa es de color rojo oscuro y se vuelve escarlata mezclada con oxígeno. Pero esta barra de labios

está hecha para ser siempre del mismo color. De un mismo rojo que se vuelve único en contacto con el labio de cada mujer, pero que aquí, en su envase, tiene que ser siempre igual.

Se dirigió hacia su bolso, que colgaba de una percha en el extremo más alejado de la sala, bajo un abrigo verde con un forro interior de plumas, a la moda de ese invierno. Incluso desde tan lejos, Ana fue capaz de distinguir un gran logo dorado colgando de una de las cremalleras. El bolso también le pareció de marca. Después intentaría averiguar el precio, pero seguro que costaba varios meses de sueldo.

—¿Ves? Mira. —Hizo girar su barra de labios y la puso junto a la que sostenía Ana—. No tienen exactamente el mismo tono. Ven, vamos a ponerla bajo uno de los focos.

Paloma encendió una de las grandes luces que iluminaban las camillas de autopsias y colocó debajo las dos barras.

—No tienen el mismo color. Apostaría a que algo cambia también en la textura. —Miró a Ana con cara de corderillo degollado—. ¿No puedo, no?

Ana negó con la cabeza. No. No podía extraer una muestra. No podía alterar las pruebas. Primero tenían que pasar por el laboratorio. Se suponía que ni siquiera podían estar ahí, formando ese extraño bodegón que la forense había montado en la sala de autopsias. Ella tenía que dedicarse solo a los cadáveres. Pero no se atrevió a decirle nada y le prometió que hablaría con el equipo para que tomaran una muestra de esa barra de labios y la compararan con una original. Quizá era una falsificación. Quizá el bolso también lo fuera. Aunque Paloma lo tenía claro. Eran auténticos.

—Sé de esto, créeme —le dijo a Ana—. Sé de marcas de lujo, me chiflan. Y además salí con un poli que estaba en falsificaciones. Mira. —Abrió el bolso y señaló una pequeña lengüeta oculta en su interior, en la que habían bordado un largo número—. Es el número de serie, que tiene que coincidir con el de una pequeña tarjeta que se vende con el bolso y que muchos falsificadores no copian porque no se ve. De todas maneras, en cualquier tienda de Chanel nos dirán si este número de serie pertenece a este modelo. Fíjate además en cómo el cierre giratorio del bolso —lo manipuló varias veces para que se abriera y se cerrara— se desliza sin problemas. No hay ningún error en las costuras. La cadena para colgárselo del hombro también es perfecta. Y, además —hizo una mueca entre tímida y pilla con la cara—, Chanel es mi especialidad. Con dieciséis años me pasé los tres meses de verano trabajando de canguro de niños insoportables a los que hubiera dado dos hostias bien dadas todos los días, solo para poder ahorrar y

pagarme mi primer bolso de Chanel, un 2.55 como el de la víctima. —Lo alargó hacia Ana—. Tócalo. Lo vas a notar incluso con los guantes puestos.

Era verdad. Incluso a través del látex Ana pudo percibir la suavidad de la piel, la perfecta línea de las costuras, el volumen y el cuerpo del guateado. Nunca se había sentido atraída por los complementos, llevaba años con el mismo bolso grande en el que cabía todo lo que podía necesitar, incluso el ordenador portátil, pero no pudo evitar sentirse fascinada ante aquella pequeña joya. Casi pudo entender que algunas mujeres se volvieran locas por bolsos así.

—¿Tú tienes uno igual? —le preguntó a Paloma.

—Desde los dieciséis años. Me costó más de trescientas mil pesetas de las de entonces.

—¿Tan rentable te salía hacer de canguro?

—Bueno, mis padres me ayudaron un poco. Es que los bolsos son mi debilidad.

Y, por lo visto, seguía con esa manía de los complementos caros, pensó Ana. ¿Cómo podía permitírselo con el suelo de una forense? Ya había preguntado, pero nadie parecía conocer la vida de esa mujer recién llegada a Madrid.

—Por cierto —cambió de tema—, ¿te he contado que yo los conocí antes del asesinato? A Esther Fraga y a su marido. —Se sentó en una de las sillas de la sala, invitando con la mano a la forense a que hiciera lo mismo.

Le relató entonces lo que ocurrió esa mañana del 30 de diciembre, cuando al hombre le dio un ataque al corazón en plena calle.

—¿No crees que es demasiada casualidad? Salvas la vida a un hombre y la noche siguiente su mujer es víctima de un asesinato múltiple.

—¿Crees que no le he dado vueltas? Me pasé media mañana en el Museo del Prado hablando con la jefa del laboratorio, por una pista de otro crimen que estamos investigando. Fue una entrevista que cerré la noche anterior, de la que nadie en mi equipo tenía conocimiento y que ni yo sabía cuánto iba a durar. De hecho, había calculado estar en el museo, como mucho, media hora y pasaron tres. Que yo me cruzara con ese matrimonio en ese lugar cuando justo al hombre le dio un ataque al corazón no es más que una maldita casualidad.

—Bueno, quizá le inyectaron algo. O le suministraron algo. ¿Has pedido tóxicos de la sangre del marido, el que está en la UCI? —Ana asintió. Los había pedido, pero en el hospital estaban poniendo muchas trabas. Quizá se viera obligada a pedir una orden judicial, aunque tantos días después, cualquier rastro de drogas habría desaparecido.

—A propósito —Ana se levantó de la silla, como si hubiera visto una

alucinación, dirigiéndose a zancadas hacia el rectángulo donde estaban los objetos que aún no tenían dueño asignado—, ¿te has fijado en esto?

Señalaba los dos libros que se habían encontrado junto a los cuerpos y que, de momento, estaban amontonados en el rectángulo de los objetos sin dueño. Los puso uno al lado del otro.

Eso sí que no podía ser casualidad.

* * *

Estuvo allí cuando murieron. Estuvo allí cuando el suelo se desprendió. Quizá oyó sus gritos. Quizá incluso fue tan sádico que pegó el oído para oír cómo caían al vacío. O abrió una de las puertas para verlo con sus propios ojos. Durante el análisis de la cabina se habían encontrado restos de explosivo plástico alrededor de la base del montacargas, detrás del rodapié, justo en el borde entre las paredes y el suelo. Allí también había estado el pequeño detonador que activó la bomba. Un cable disimulado en la esquina izquierda, junto a la puerta, unía el detonador con la parte trasera del panel de mandos de la cabina.

Aún no sabían si las víctimas lo fueron por azar o si, de alguna perversa manera, las había escogido. Pero lo que quedaba claro era que el asesino estaba allí y que eligió el momento exacto en el que quiso que el suelo cediera bajo los pies de esas personas, porque activó manualmente el explosivo.

—Imagínate que estaba en la planta baja —le contó por teléfono a PéBé—. Imagínate que estaba allí y que vio cómo todos ellos entraban en el ascensor.

El juez instructor hablaba en voz baja. La llamada de Ana había interrumpido el interrogatorio que le estaba tomando a un secretario de Estado imputado en una trama de corrupción política, un caso —como todos los que no tenían sangre y vísceras— demasiado aburrido para él y del que —para su desgracia— cada vez tenía más sobre la mesa de su juzgado. «Es urgente, tengo que cogerlo, disculpen», les dijo al acusado, a sus tres abogados —pagados bajo cuerda por el partido político— y a los dos representantes de la fiscalía, a quienes dejó plantados en su despacho.

—No me cuelgues, Ana, que busco un sitio discreto para hablar —le pidió nada más descolgar la llamada.

Y así estaba ahora el juez, dentro de una pequeña sala sin ventanas destinada a almacén de material de oficina, donde se suponía que tenía que haber todo lo que de papelería pudiera necesitar la inmensa maquinaria judicial que giraba en ese edificio, pero en la que para encontrar un simple paquete de folios tenías que

hacer varios conjuros de magia. Ni siquiera había encendido la luz. Con la pequeña franja que entraba por debajo de la puerta tenía suficiente.

—Piensa en el nivel de sadismo que eso implica —hablaba en voz baja, apoyado en la puerta del almacén—. El asesino los mira y se sabe poderoso, dueño de su destino. Conoce algo que ellos no: que les quedan pocos segundos de vida y que los están desperdiciando de esa manera absurda. Casi puedo verlo regodearse —dijo PéBé y Ana se imaginó al magistrado relamiéndose.

—O quizá solo quería comprobar que estuviera la persona que a él le interesaba —añadió Ana—. Señoría, sabemos a dónde iban las tres víctimas identificadas. Miguel Ángel Malabar tenía a un hermano ingresado en la planta sexta. Tomás Mendoza iba a dar una sorpresa a su mujer, enfermera de guardia en la planta de neonatos, la cuarta. Esther Fraga, iba a la UCI a pasar la Nochevieja con su marido, ingresado por un infarto. Y la UCI está en la planta segunda. Todos pulsaron su planta de destino, hemos encontrado sus huellas. Pero el ascensor pasó de largo.

—Por cierto, Ana —la interrumpió el juez—. Seguimos sin identificar al cuarto fallecido, ¿verdad?

—Aún no sabemos quién es. Vamos a mandar a los medios la reconstrucción digital de su cara y la imagen del jersey que llevaba puesto, por si alguien nos da alguna pista.

—Es el que llevaba muerto una semana, ¿verdad? Déjame mirar una cosa. Espera, porque he salido de mi despacho y no tengo acceso ahora mismo al ordenador. Voy a mirarlo en el móvil. No me cuelgues. Espera, Ana.

Ana oyó ruidos al otro lado de la línea. Imaginó que era PéBé presionando la pantalla del teléfono buscando algún tipo de información para probar su teoría. ¿Qué se le habría ocurrido? Aprovechó para teclear en su ordenador los títulos de los dos libros que habían encontrado junto a las víctimas. Nada parecía relacionarlos. Uno era una novela romántica. El otro, una historia de asesinatos. Las editoriales también eran distintas. Y los países en los que había nacido cada autor. No tenían etiquetas que pudieran indicar dónde se habían comprado.

Pero ahí estaba. Tenía que ser una pista. Un mensaje. Aunque ¿cuál?

—Ana. ¿Ves? —El juez volvió a hablar al otro lado de la línea—. Tenía yo razón. El cadáver del muerto sin identificar fue el que catalogamos como último en caer. Por la posición en la que lo encontramos, se precipitó tras el resto. Bueno, lo lanzaron tras el resto. El asesino tuvo que abrir la puerta de alguna planta para tirarlo.

—¿Estás completamente seguro?

—Completamente, Ana. Bajé yo mismo al foso, lo veo como si los tuviera delante de mis ojos. —Ana pudo sentir cómo PéBé se relamía—. Es el cuerpo que estaba encima del resto, incluso del hombre que sobrevivió a la caída. Quién sabe, quizá sin ese cuerpo hubiera logrado salir de ahí.

33

La luz viaja más rápido que el sonido. Por eso algunas personas pueden parecer brillantes hasta el momento en el que abren la boca. Ruipérez era de esos. Si se quedaba calladito, en determinados ambientes podía dar el pego. Pero era hablar y retratarse como el misógino ignorante que era.

—¿Igual es que el caso te viene grande?

Catorce segundos. Catorce eternos segundos desde que se otearon de un extremo al otro del largo pasillo que llevaba al bar de jefatura, sin otra solución más que cruzarse. Instintivamente, el cuerpo de Ana se deslizó hacia la derecha, hasta casi rozar la pared con el brazo, intentando dejar el máximo espacio posible con el centro del pasillo. Bajó la mirada y siguió con los ojos la esquina en la que se encontraban la pared y el suelo como si estuviera haciendo un descubrimiento excepcional en la mugre que se acumulaba allí desde hacía décadas.

Doce. Trece. Catorce.

Y Ruipérez habló.

—Me han dicho que una de las familias no ha reconocido a los cadáveres del ascensor. ¿A qué esperabas para contármelo? ¿Igual es que este caso te viene grande?

Ana estuvo a punto de contestarle sin levantar la mirada, y de hecho, estuvo incluso a punto de seguir caminando por el pasillo y hacer ver como que no le había escuchado, pero se quedó quieta. Y empezó a hablar con calma.

—Estaba yo con ellas. Con las familias.

Giró su cuerpo lentamente hacia el comisario. Él la esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho, en medio del pasillo, como un gallo que busca pelea.

—Me han dicho, además, que es la familia del cadáver menos desfigurado. ¿Cómo has podido fallar en las identificaciones? ¿Sabes lo que eso representa?

—Sí, le han informado bien. —Ana intentaba mantener la verticalidad de su cuerpo. Ancló las piernas al suelo, como si tuviera un peso en el abdomen que tirara de ella hacia abajo—. La madre de Miguel Ángel Malabar no reconoció el

cadáver de su hijo.

—¿Vamos a tener algún problema? —¿Me vas a dar algún problema?, estaba diciendo en realidad Ruipérez—. Quizá el ministro pida que ruede alguna cabeza.

—Bueno, comisario, no es la primera vez que le escucho pronunciar esa frase. Dirigida a mí. Lo de las cabezas rodantes, digo. Pero no, no se preocupe. De momento no van a hacer falta guillotinas.

Era hora del contraataque. Con este tipo de depredadores, si te dejabas amilanar, pasaban sobre ti una y otra vez hasta que te encontrabas recogiendo por el suelo tus cachitos de dignidad machacada. Había que ponerles límites. Y cuanto antes.

—Intuyo que quizá no esté usted muy acostumbrado a los homicidios, allí, desde su despacho, tiene mucho trabajo organizándonos a todos. —Ana tuvo que contenerse para no sonar como una profesora dándole una lección al alumno más burro de la clase—. Suele pasar. No se preocupe. —El tono era casi paternal. Ana hablaba de carrerilla, sin hacer pausas, para no dejar que su jefe la interrumpiera—. Las familias se equivocan más de lo que la gente se piensa. Y no solo es por los estragos de la muerte en su ser querido, sino también por el estado emocional en el que llegan al Anatómico Forense. Imagínese. Están tan traumatizados, tan en shock, que su cerebro busca la manera de protegerlos negando la verdad. Y parte de esa negación inconsciente implica que sean incapaces de reconocer a su ser querido. No están mintiendo, es su cerebro el que les miente como defensa emocional sin que ellos sean conscientes. Podría pasarle incluso a usted. Quién sabe. ¿Le reconocerían sus familiares sobre una camilla de autopsias?

Ruipérez no supo cómo reaccionar a esa demostración de dignidad que a él le pareció una chulería imperdonable. Buscó en su cabeza el rincón donde guardaba las amenazas, que era bastante grande, y sacó de allí una de las más asquerosas de todas: el abuso de poder.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Soy tu superior.

—Hablarle así, ¿cómo?

—Mira, chica —¿chica? bueno, bien, Ruipérez se había quedado sin argumentos—, no sé si eres consciente de que tu vida está en mis manos.

—Con todo el respeto, señor, lo que estaría en mis manos en un caso hipotético, que Dios no quiera que pase, de verdad que no quiera, sería su muerte. Me tocaría investigarla a mí. ¿Se da cuenta de la paradoja? Si su cuerpo apareciera en Madrid, yo sería la inspectora jefa al mando de la investigación

para atrapar a su asesino. —Ruipérez fue incapaz de encontrar respuesta para eso. Ana juraría que incluso se le había desencajado ligeramente la mandíbula—. De todas maneras, volviendo al tema que le interesa, el ADN ha confirmado la identidad de todos los muertos del ascensor. Y le aseguro que en cada ataúd hemos puesto las partes correspondientes de cada uno. No se ha mezclado nada.

Se abrió un oscuro silencio entre los dos. Unos pasos sonaron a la espalda de Ana. El comisario levantó la cabeza y sonrió.

—¡Hombre, Manolo! —Levantó la voz hacia la persona que se aproximaba desde los ascensores al fondo del pasillo—. Venga, vamos a tomar un café, que hace un día de perros.

Ni siquiera miró a Ana antes de darse la vuelta y seguir caminando hacia el bar. El tal Manolo lo acompañó como una mascota fiel, ignorando por si acaso a Ana, que seguía de pie en mitad del pasillo.

* * *

—¿Qué probabilidad hay de encontrar dos libros así en una escena del crimen? De hecho, qué probabilidad hay de encontrar dos libros así en la misma casa, por ejemplo, y estoy hablando de una casa grande en la que se lea mucho.

Lanzó sobre la mesa las fotografías de las cubiertas de los dos ejemplares. En una, un hombre de músculos cincelados miraba amorosamente a una joven rubia. La portada del otro era oscura; una mujer sollozaba encogida en el suelo, con las piernas dobladas y la cabeza metida entre los brazos, abrazándose las rodillas. Una novela romántica y un *thriller*. Un relato sexual con el reclamo de «Un hombre tan atractivo debería estar prohibido» y una historia negra sobre monstruos; «Cuando vives junto a un monstruo y no lo sabes, el día que descubres la verdad no puedes huir», era la explicación de la novela negra. El mensaje, Ana estaba segura, se encontraba en los títulos. *El amor una sola vez no es suficiente* y *Cuando matar no es suficiente nunca*. ¿Qué probabilidades había de que dos libros llevaran ese «no es suficiente» en su título? Estaba convencida de que el asesino quería decirles algo.

¿Qué no era suficiente para él? ¿El sufrimiento de las víctimas? ¿Esas muertes? ¿Habría más? ¿O ya había habido más?

Ni el agente Barriga ni la subinspectora Rosa Axe supieron qué contestar. Se habían acercado al despacho de su jefa para informarle sobre las pesquisas que les había mandado hacer en el hospital. «Yo no me meto ahí debajo si ellos no me dan todas las garantías», le había dicho Barriga a su compañera. Así que

contactaron con los técnicos de la empresa de mantenimiento de los ascensores y esperaron un par de horas hasta que dos especialistas pudieron acercarse.

—No hay manera, jefa. Aunque hubiera chillado con todas sus fuerzas, nadie habría escuchado a los posibles supervivientes. Rosa no me oyó en ningún momento.

—Bueno, a ver —matizó ella, mirándolo—, sí que te escuché, pero solo si pegaba la oreja a las puertas del ascensor. Se oía entonces como un eco. —Se giró hacia Ana, para darle una explicación detallada—. No fui capaz de entender lo que decía el agente Barriga, pero me dio la sensación de escuchar el aullido de un perro apaleado, más que a una persona.

—Es que yo decía ¡ayyy, ayyy! ¿No? —Encogió los hombros—. ¿Qué iba a decir desde allí abajo? ¿No, jefa? Usted no me dijo nada, no me explicó lo que tenía que decir, solo que chillara. Y claro, pues si alguien se ha pegado ese leñazo, ¿qué va a decir? Pues ¡ayyyy, ayyy! ¿No? —Miró alternativamente a las dos mujeres, buscando algún signo de aprobación en ellas.

—Bien, Barriga, bien —respondió al fin Ana, intentando que no se le escapara una sonrisa—. Veo que te has metido bien en el papel. Imagino que te tumbaste en el fondo del foso para hacerlo todo más real, ¿verdad? El superviviente tenía las piernas rotas y no pudo estar de pie gritando.

La cara de Barriga pasó del éxtasis al desespero.

—Ay, no, jefa, no. No. —Se dio dos golpes en la frente con la palma de la mano—. ¿Cómo no se me había ocurrido eso? ¿Quiere que volvamos otra vez?

—No, tranquilos, no —contestó Ana, sacando las fotografías de las dos portadas y arrojándolas sobre la mesa de su despacho—. Quiero que miréis esto. A ver qué se os ocurre. Estos dos libros se encontraron junto a los cadáveres. No puede ser casualidad que los títulos sean prácticamente iguales.

Rosa cogió uno de los ejemplares. Hizo ver que lo examinaba atentamente, pero Ana vio que lo reconocía.

—Agente Barriga, ¿le importa ir a buscarme una Coca-Cola a la máquina de la planta uno? No me diga por qué, pero saben mejor que las de esta planta. Aquí tiene, un par de euros. Necesito cafeína. Y tómese usted un café a mi salud. Que, después de lo que acaba de hacer, se merece un momento de relax.

En cuanto salió del despacho, le preguntó sin rodeos a su subordinada.

—Lo has leído, ¿verdad?

Ella se ruborizó.

—Sí —admitió, soltando el libro encima de la mesa como si quemara.

—Colección AA, Amor Ardiente, con el símbolo especial S rodeado de

llamas. —Ana la miró a los ojos. La subinspectora, con el cuerpo lleno de tatuajes, no parecía el tipo de mujer que leía esta clase de novelas, pero se dio cuenta de que estaba cometiendo uno de los peores errores del policía, prejuzgar a alguien por su aspecto—. No hay de qué avergonzarse, Rosa. La literatura erótico-romántica es la que sostiene buena parte del mercado editorial, gracias a los millones de mujeres que leen ávidamente las novedades que se publican. Lo que necesito es que me digas si en esta historia hay alguna clave para resolver este crimen o alguna pista sobre el asesino.

—No, que yo recuerde. —Pensó un rato—. Es la típica historia de todos estos libros. Belleza, dinero, sexo y mil obstáculos hasta que los protagonistas pueden estar juntos por fin. Eso sí, por el camino tienen unas sesiones de sexo brutales. Es como una historia romántica, una telenovela, pero con muchas escenas de cama. No crea usted que mi vida sexual…

—No creo nada —la interrumpió—. De verdad, que esto es absolutamente normal. No te avergüences. Por favor, Rosa, ¿la puedes volver a leer? Repásala teniendo en cuenta el asesinato del ascensor, por si te da alguna pista. Es urgente. ¿Quieres ir a casa a buscarla?

—No —contestó enseguida—. Bueno, no te creas que me traigo los libros al trabajo. Pero llevo en el bolso el libro electrónico, para distraerme en el metro. Es que son doce paradas hasta aquí.

—Pues te relevo de todo. Siéntate en tu mesa y ponte a leer. —En ese momento entró el agente Barriga—. José, la subinspectora tiene un trabajo importante que hacer para el caso. ¿Te encargas tú de recoger las pruebas de la sala de autopsias y llevarlas a analizar? Espera, tráeme la barra de labios que tenía la mujer en el bolso. Una barra roja de Chanel. La forense la tiene perfectamente localizada. Y, por favor, a ver si alguien encuentra ya de una maldita vez algo que relacione a los muertos de ese ascensor. El asesino los mató por algo.

* * *

Sacó del bolso lo que parecía un pequeño mando a distancia, de los que se usan para abrir puertas de garaje. Era blanco, con un gran botón en el centro. Había ido a por él a casa a mediodía tras las sospechas de la forense sobre la barra de labios de la víctima femenina de la matanza del ascensor. Recordaba a Joan, apenas unas semanas atrás, explicándole emocionado cómo funcionaba.

—Esto es una maravilla, Ana, una maravilla, mira toda la tecnología que cabe

en la palma de una mano.

—¿Para qué lo quiero yo, si no me van a dejar usarlo para obtener pruebas?

—¿Para qué lo quiero yo? ¿Para qué lo quiero yo? —repitió él como un loro—. De verdad, Ana, deja de ser tan recta. ¿Sabes las pistas que te puede dar esto?

—¿Sabes qué me puede pasar si me ve un juez con esto en la escena de un crimen?

—Pues procura ser discreta —le contestó, zanjando la conversación.

Abrió la barra de labios con cuidado. Lo bueno es que lo que iba a hacer no dejaría marca alguna y la barra llegaría intacta al laboratorio. Al menos, eso esperaba ella. Lo malo era que no podría compartir su descubrimiento con nadie.

El rojo apareció intenso y brillante ante sus ojos a medida que iba girando la base. Colocó la barra sobre la mesa, con cuidado, en posición vertical. De su bolso sacó otra idéntica, había aprovechado la hora de comer para comprarla en unos grandes almacenes. Era el Chanel original. El recipiente negro brillaba en sus manos. Repitió el mismo proceso hasta que media barra estuvo a la vista. Le pareció que el rojo era más perfecto aún, como si fuera el rojo original de la creación del mundo. Las puso una junto a la otra. Tenía razón Paloma, no era exactamente el mismo tono.

Empezó por lo fácil, por el objeto del que no esperaba ninguna sorpresa, la barra de labios que acababa de comprar. Sujetó el SCiO con la mano derecha y apuntó hacia el carmín. Un haz de luz azul se proyectó sobre el rojo, formando un círculo púrpura.

—Es el primer sensor molecular de bolsillo del mundo —le había contado Joan días antes, mientras intentaba demostrarle cómo funcionaba utilizando una manzana—. Mira, ¿ves? —Un círculo azul perfecto se formó sobre la piel roja y brillante de la fruta—. El escáner óptico está analizando la manzana. Y ahora —abrió la aplicación en su teléfono— lo que hace es comparar lo que ha detectado en ella con una gran base de datos almacenada en los servidores de la empresa fabricante. Aquí lo tienes. —La información apareció casi al instante en la pantalla—: Cincuenta y dos calorías, ochenta y dos gramos de agua, doce gramos de carbohidratos.

—¿Y todo esto? —Ana señaló una larga lista que se desplegaba en la parte inferior de la aplicación.

—La composición molecular de la manzana —leyó en voz alta—. Pectina, varios aminoácidos como la cisterna, la argentina o la listina, algunos ácidos, como el glutamínico, azúcares y sorbitol.

—Ahora resulta que eres un licenciado en química, mira tú por dónde.

—Sinceramente —dejó el SCiO sobre la mesa—, no tengo ni idea de lo que acabo de leer.

—¿Y? —¿Para qué quería saberlo si mirando en Google hubiera encontrado la solución también?

—Pues que puedes detectar si hay algo raro, algo que no encaja.

—Un veneno, por ejemplo.

—Un veneno, por ejemplo.

Y eso es lo que estaba buscando en ese momento, algo extraño, algo que no tuviera que estar en la barra de labios que habían encontrado en el bolso de la víctima. El análisis de la barra original llegó enseguida a su móvil. No le pareció ver nada fuera de lo normal. Comparó con la composición que aparecía en la base de la caja del pintalabios. Todo cuadraba. Esa barra estaba hecha sobre todo de aceites naturales muy puros, con una pequeña cantidad de ceras estructurantes, pigmentos y mantecas. Entre los componentes con menor presencia apareció la caolinita, un mineral de arcilla con propiedades absorbentes, o la corteza de *Caesalpinia sappan*, un árbol asiático del que se extrae un tinte rojizo natural con efecto perlado.

¿Encontraría algo distinto en la otra pieza? Repitió el proceso. Todo parecía normal. Idéntica composición. Fue leyendo y comparando. Una palabra llamó su atención.

—Perdona que te moleste —se disculpó.

—Inspectora jefa, buenas tardes. Tú no molestas. ¿Te fue útil la información que te di? —contestó una voz femenina al otro lado de la línea telefónica.

—Mucho. Gracias. Nos ha sido muy útil. Pero ahora necesito abusar otra vez de tus conocimientos y de tu generosidad. Tengo otro caso y quisiera consultarte una cosa.

—Me pillas en una conferencia. No, no te preocupes, acabo de salir fuera de la sala para coger tu llamada. Dime. —Ana le contó lo que había encontrado—. Creo que estoy segura de saber lo que es —contestó la experta—. Dame una hora a que acabe esta charla y lo contrasto con mis colegas. Esto se pone interesante.

34

Madrid, 1971

Podría haber sido un suspenso más. Una más de las decepciones que aquella niña desagradecida hacía caer sobre la familia. Aquella chiquilla que no sabía comportarse ante las amistades. Que no apreciaba la ropa bonita ni la maravillosa casa en la que vivían. Que no sabía valorar la comida caliente que tenía cada día en el plato. Que se bajaba los calcetines y se subía la falda como una furcia.

Si es que ha salido a su madre, a quién si no. No lo puede evitar. Lo lleva en la sangre.

Ya sabía él que eso iba a pasar. La niña era hija de rojos y eso es como una enfermedad que corre por las venas y que atrofia el cerebro y el entendimiento. Pero su esposa insistió e insistió. Lloraba cada vez que le venía la regla. Se metía en la cama y no se levantaba durante días. Se atiborraba a pastillas. No atendía a sus obligaciones sociales como esposa del doctor Valentín de Garcés y Fuerte, que justo entonces empezaba a abrirse un buen nombre entre la más rancia sociedad madrileña de principios de los años sesenta. Si todo iba bien, pronto podría abrir su propia consulta privada. Y ya no habría nada que lo parara. Se haría rico. Se codearía con los más poderosos. Quizá incluso llegara a su consulta alguien cercano al Generalísimo, alguna mujer del círculo más próximo al dictador. Pero había un obstáculo: su mujer. Siempre lacónica. Siempre ausente. Y él no podía permitirse eso. Pronto iban a decir que estaba loca. O algo peor, que era él el que fallaba, el que no podía engendrar hijos. Un ginecólogo incapaz de esparcir su propia simiente.

Eso era intolerable y le alejaba del objetivo de su vida.

Así que hizo lo único que podía hacer. Trazar una meta volante. Un plan que le llevaría a salvar el único escollo —esa mujer estúpida con la que se había casado— que se interponía entre lo que tenía ahora y su soñada vida perfecta.

Un niño. O una niña.

—Lo voy a arreglar. ¿Confías en mí? —Había sentado a su mujer en la cama. La chica de pueblo que tenían de servicio se había retirado ya a su habitación. Nadie podía oírlos—. ¿Confías en mí? —le repitió—. Te prometo que dentro de trescientos sesenta y cinco días, fíjate bien lo que te digo, el 14 de junio del año que viene como muy tarde, vas a tener un bebé entre los brazos. Te lo juro. Pero es un secreto entre nosotros y tienes que obedecerme en todo lo que yo te diga. En todo. Sin preguntar y sin rechistar. Aunque te parezca absurdo lo que te ordene. Solo así tendrás un bebé. Tu bebé.

—Mi bebé. —Se le escapó una lágrima. Él ni siquiera le acercó la mano para limpiarle la mejilla—. Nuestro bebé. Si es niño se llamará Valentín, como tú. Si es niña se llamará Mónica, como mi madre. Mónica de Garcés y Fuerte Spinoza.

Ejecutaron el plan con precisión militar. El doctor Valentín de Garcés y Fuerte formaba parte de los grupos dedicados a lo que llamaban —hasta incluso creérselo— mejorar la vida de los recién nacidos. Dejar que esos bebés vivieran con los derrotados en la Guerra Civil —sus verdaderos padres, por otra parte— era no solo un desperdicio social, sino un hecho que permitía multiplicarse a la población enemiga y vencida. Trataron de subsanar el error de Dios —ese Dios que inexplicablemente hacía posible que los que no creían en él engendraran hijos—, dando algunos de esos recién nacidos a matrimonios cristianos devotos del Generalísimo y por lo tanto del sistema que había conseguido llevar la paz —su paz—a España. Así podrían encaminar a esos pequeños y pequeñas por el buen camino, para hacer de ellos hombres y mujeres de provecho.

—Si es que ha salido a su madre, a quién si no. No lo puede evitar. Lo lleva en la sangre. Es hija de rojos. El veneno corre por sus venas.

Al principio, Mónica no entendió qué le estaba gritando su padre a su madre. Y por qué ella lloraba de esa manera desconsolada. Otra vez se estaban peleando. Y por eso, para estar el menor tiempo posible en casa, había aceptado apuntarse a las clases de ballet que para señoritas de bien daba en el bajo izquierda una anciana bailarina retirada ya de los escenarios. Esa tarde se le fue el tobillo al hacer un *fouetté,* nada importante, solo una pequeña torcedura, pero doña Brigitte le dijo que se fuera a casa a poner el pie en reposo, y si puede ser, criatura, con algo frío para que no se te hinche.

Mónica no tenía llaves del piso, pero coincidió con Cristina, la criada, que justo salía para la modista, a recoger los arreglos de un par de vestidos que le estaban haciendo a la señora para alguna gala benéfica. A pesar de subir cojeando las escaleras, en cuanto vio a Cristina apoyó el pie perfectamente en el suelo, tragándose el dolor, como si no hubiera pasado nada.

—Me manda doña Brigitte a por el otro tutú, que quiere ver cómo queda para un baile que estamos haciendo.

No quería tener que dar explicaciones, y mucho menos a esa entrometida de Cristina. Lo que quería era tumbarse en su cama, cerrar la puerta y terminar la carta que estaba escribiéndole a Antonio, el primer amor de su vida, el chico del que se había enamorado locamente, con el que creía que se iba a casar —soñaba con múltiples diseños de su boda— sin saber que una no se casa nunca con el amor de los ocho años. Caminó silenciosamente, para que sus padres no descubrieran que había vuelto al piso. Así, calculó, podría robarle a la vida media hora. Media hora para ella sola.

De esa manera, sin quererlo, supo que no era hija de sus padres —los que hasta ese momento creyó que eran sus padres—. Entendió entonces muchas cosas. Y extrañamente fue una liberación. Ya no tenía por qué encajar. Simplemente, ella no era de allí.

Ahora comprendía por qué nunca se había sentido en casa. Y solo pudo sentir alivio.

—Nunca debimos traerla, Sonsoles, nunca debimos traerla. —La mujer solo podía sollozar—. Pero tú me obligaste —siguió gritándole él—. Me forzaste a quitarle esa niña a su madre. A engañarla diciendo que había muerto en el parto. A darle a cambio un ataúd cerrado y relleno con dos bolsas cargadas de arena.

—Yo solo quería un hijo. Y tú y tus compañeros ya habíais hecho eso con otras madres. Con otras rojas que no merecían tener un hijo más que yo.

—Pues mira lo que tenemos en casa, una putita roja. Hija de perdedores. Perdedora ella también. Que nos está destrozando la vida.

—Me convenciste de que estaría mejor con nosotros que con sus verdaderos padres. Que ellos no podrían criarla bien. Me dijiste que éramos la oportunidad para ese bebé, para criarlo en la fe y en la rectitud.

Con esa revelación fue imposible concentrarse en la carta de amor, así que la volvió a esconder en su escritorio, en el hueco que quedaba entre el cajón donde tenía los lápices y el fondo de la mesa. Al hacerlo, mientras maniobraba con la mano para colocar el sobre perfectamente —si se desprendía y lo encontraba Cristina limpiando iba a ser un drama—, se fijó en la caja de cartón abierta que contenía los deberes de ese mes de la clase de costura y que estaba maltirado en un rincón del cuarto. Las monjas se empeñaban sin desaliento en que de su escuela salieran señoritas capaces de llevar un hogar. Por obligación, Mónica había empezado a tejer una bufanda, pero odiaba el ritual del punto del derecho y el punto del revés. Ella iba a ser una gran señora comandando un gran servicio.

No le haría falta tejer. Pero ahí estaba, un rectángulo amarillo, apenas un intento de bufanda, hecho a desgana por una niña rebelde. Aunque en ese momento, agachada bajo la mesa, los ojos que miraban ya no eran los mismos y lo que vieron allí fue otra cosa. Mónica pensó que si sus padres no eran sus padres, ella tenía que tener, al menos, una madre. Una de verdad. Con su sangre. Y la iba a encontrar.

Entonces supo que el primer regalo que le haría a mamá cuando la conociera sería esa bufanda hecha con sus propias manos. «Tejeré unas flores y todo —pensó—, para que sea más bonita».

—Para que se la ponga y se acuerde de mí todos los días.

35

Hacía tanto tiempo que no estaban todos juntos que intentó mirar la escena desde fuera para ver si había cambiado algo entre ellos; si se había perdido la complicidad o las risas, o les habían salido canas o kilos de más. Nori apurando una cerveza, vestido de la manera formal que exigía su nuevo trabajo, aunque negándose a usar traje y cubriendo la corbata con un jersey de punto azul oscuro. Joan con otra cerveza, apoyado en la barra, en vaqueros y camiseta negra, su uniforme para casi todo. Y ella con una copa de vino tinto en la mano, balanceando el peso de su cuerpo de un pie al otro, tratando de deshacerse de la adrenalina que aún corría por sus venas.

Pero algo no cuadraba.

Faltaba Inés.

Aunque ninguno de los tres se atreviera a nombrarla. La habían borrado de sus vidas para intentar sobrevivir.

Su ausencia pesaba como una mochila cargada de culpa sobre sus hombros. Darse cuenta de esa amputación emocional —ahí, de pie, en una cervecería del centro de Madrid rodeada de ruido y gente— la doblaba de dolor.

Inés.

Le pareció entonces volver a sentir la mano de Inés apretando la suya, intentando contener los dolores de las contracciones de parto. «¿No ha llegado aún Willy? ¿Por qué no ha llegado aún? ¿Sabes si ha aterrizado su avión?», preguntaba, rota de dolor. Le pareció además volver a oír las risas con las que, tras beberse un par de cervezas, se burlaba de los tics de media profesión. Le pareció también oír el tono de reproche que adoptaba cada vez que otro periodista conseguía una exclusiva policial antes que ella.

Ana se apoyó en la barra del bar, tratando de serenarse un poco. Afortunadamente, Joan y Nori no la estaban mirando, enfrascados en una conversación sobre alguien que a ella no le sonaba de nada. Debía de ser un jugador de fútbol. Deseó entonces tener esa fe a la que agarrarse. Un equipo de fútbol por el que sufrir o maldecir. Y con el que de vez en cuando llevarse una

alegría.

—Hemos descubierto una cosa —intentó intervenir en la conversación. Pero ellos parecían no escucharla—. Hemos descubierto una cosa —volvió a insistir—. Mónica Spinoza era una niña robada del franquismo.

Ahora sí que los dos dejaron de hablar y la miraron, con cara de asombro.

—Sí —explicó Ana, al ver que por fin le hacían caso—. La duquesa era uno de los treinta mil niños robados a sus madres durante décadas.

Al principio se los arrebataban de sus brazos en las cárceles franquistas, durante la Guerra Civil, como modo de depuración política y castigo al vencido. Esas madres rojas no merecían educar a sus hijos. Borraron el pasado de esos pequeños, les cambiaron la identidad y los regalaron a familias fieles al régimen dictatorial, ideológicamente más convenientes para esos niños y, sobre todo, católicas. Pero, una vez despertado el monstruo, la codicia extendió sus tentáculos. Tras la guerra, y hasta casi finales del siglo XX, hicieron creer a decenas de miles de mujeres que sus bebés habían muerto en el parto. En algunos hospitales tenían incluso congelado en la morgue un cadáver de un recién nacido, por si la familia se ponía muy pesada y había que mostrarles algún cuerpo. Lo que empezó siendo purga ideológica terminó convertido en un monstruo mafioso que hacía ganar fortunas a curas, monjas, médicos, notarios o dueños de las funerarias, que sabían que se estaban enterrando ataúdes vacíos, pero que callaban a cambio de dinero. Madres desconsoladas sepultaban féretros en los que creían que estaba el cuerpo de su hijo nacido muerto, pero que en realidad contenían un saco de arena para simular el peso de un bebé. A los padres adoptantes les pedían dinero con múltiples excusas. Para los gastos del parto, para la pobre mujer que da al niño en adopción, para medicinas. Para, para, para. Pedían decenas o cientos de miles de pesetas —lo que podía costar comprarse un piso— a los nuevos padres. Y el monstruo seguía creciendo. Durante décadas, hasta ya reinstaurada la democracia española en los años ochenta, se siguieron robando recién nacidos. Y aún en la actualidad parecía no haber pasado nada. No había nadie en la cárcel.

—Ahora mismo hay toda una generación de españoles de entre treinta y cincuenta años —siguió contando Ana— llena de hombres y mujeres que no saben que esos a los que consideran sus padres en realidad no lo son.

—¿Pero Mónica Spinoza lo sabía? —preguntó Joan—. ¿Sabía que era un bebé robado?

—Sí. No sabemos cómo lo descubrió, pero lo sabía. Llevaba mucho tiempo buscando a sus padres —siguió contándoles Ana— y por eso nos hemos

enterado: contrató a una agencia de detectives hace más de veinte años para que averiguaran quiénes eran sus padres biológicos.

—¿Los encontró? —preguntó Nori, dando otro sorbo al vino.

—No lo hemos descubierto. La agencia cerró hace tiempo. El hombre que nos ha llamado está ya jubilado, era el propietario, pero se acordaba perfectamente de Mónica, ya por aquel entonces era muy famosa. Jura que le ha guardado el secreto siempre, todo este tiempo, pero que ahora, ya muerta, quizá pueda ayudar a esclarecer las causas de su asesinato.

—Sí que tenía secretos la duquesa. —Joan silbó.

—Y los que nos quedan por descubrir, me temo. —Ana sabía por experiencia que una investigación como esa sacaba a la luz muchos trapos sucios—. El detective buscó en sus archivos y nos ha dado los nombres de los padres adoptivos. Mónica Spinoza se escapó de casa aún menor de edad. Su padre adoptivo está ya muerto. La madre sigue viva. Una subinspectora de homicidios la ha llamado esta tarde. Era la mujer de un poderoso ginecólogo. Ahora vive casi en la indigencia.

Desde que Mónica Spinoza empezó a salir en las revistas del corazón, a raíz de su noviazgo y posterior boda con un futbolista, la mujer del ginecólogo reconoció a la hija adoptiva que se había escapado de casa con dieciséis años. Intentó ponerse en contacto con ella varias veces. Primero con cartas que enviaba al club de fútbol donde jugaba el marido. Después, merodeando por los exteriores del estadio el día de partido, o por el edificio donde la pareja se había comprado un ático, en la calle más cara del ya carísimo barrio de Salamanca. Deambuló frente al portal como un mendigo en busca de migajas. La vio un par de veces, aunque nunca tuvo fuerzas suficientes para acercarse a ella. Todo acabó cuando su marido descubrió en lo que andaba. Le dio una paliza tan brutal que estuvo una semana ingresada en el hospital. «Si vuelves a intentar ponerte en contacto con ella, te mato, te juro que te mato». La dejaba encerrada en casa cuando salía a trabajar, bajo la supervisión constante del personal de servicio.

—Dice que es la segunda vez que se le muere su hija. La primera fue cuando se escapó de casa. Y ahora, de nuevo. Mi subinspectora me ha contado que repetía insistentemente una palabra. Huérfila.

—¿Huérfila?

—Pensó que divagaba. Pero luego busqué información. ¿Sabes que no hay una palabra para nombrar a quien sufre la peor tragedia a la que puede enfrentarse una persona? Si se muere tu pareja eres viudo. Si se mueren tus padres eres huérfano. Pero no hay ninguna palabra en español para describir a las

personas a las que se les muere un hijo. Un grupo de padres que han pasado por esa situación quiere que esa palabra exista, para que ese dolor pueda nombrarse. Y proponen huérfilo, algo así como huérfano de hijo.

—Huérfilo —repitió Joan—. Sería la palabra más triste del diccionario.

El móvil de Ana volvió a sonar. Lola Echeverría Gayo, Museo del Prado, apareció en pantalla.

—¡Lola! —El bullicio del bar no la dejaba oír bien. Se levantó y caminó hacia la salida, buscando un poco de silencio.

—Hola, Ana, perdona el retraso.

—Ni me había dado cuenta de la hora. —Miró su reloj—. No te preocupes. Gracias por llamarme tan tarde.

—Al contrario, gracias a ti por plantearme estos retos. He estado un buen rato con un par de colegas discutiendo posibles opciones. Me decías que has encontrado cinabrio en una barra de labios roja.

—Sí. En la escena de otro crimen que estoy investigando. —Ana acabó saliendo a la calle, dentro no conseguía oír bien a la directora del laboratorio del Prado—. La misma barra recién comprada en una tienda no tenía ese componente.

—¡Cómo lo va a tener! —gritó la conservadora al otro lado de la línea telefónica—. Es tóxico.

—¿Tóxico?

—Ya te digo. Mercurio en su mayoría, pero también azufre.

—¿Tienes idea de qué puede estar haciendo en una barra de labios? —Ana notó cómo alguien le ponía su abrigo sobre los hombros, se giró, era Joan. «Te vas a congelar», le dijo en susurros.

—Se me ocurren varias cosas. Verás, el cinabrio ya era conocido y usado en la prehistoria. Se utilizaba para preservar huesos humanos y como pigmento en algunas pinturas rupestres. He buscado algunos datos para que te hagas una idea. Espera, que voy a por la libreta donde los he apuntado. La dejé en el bolso. Acabo de llegar a casa, hoy había un tráfico horrible en el centro y no había manera de salir del museo. Aquí la tengo. A ver. Aquí está. Mira, en la época romana, el bermellón que se elaboraba con el cinabrio se convirtió en un producto de lujo para teñir ropa con la que vestir a los dioses, a los gladiadores victoriosos o a las clases más pudientes. Quince siglos más tarde, en plena Edad Media, los alquimistas lo usaron para preparar una pócima que alargaba la vida, aunque en realidad conseguía todo lo contrario porque terminaba matando por intoxicación de mercurio. A la vez, lo comenzaron a utilizar los mejores

pintores, que hacían que sus ayudantes lo molieran sin descanso durante días, porque cuanto más se muele más intenso es el color resultante. Y, claro, los ayudantes caían como moscas. El bermellón cinabrio fue el rojo más importante y más valioso del mundo hasta la aparición del rojo cadmio, el que se usa en la actualidad y que, por cierto, tiene la gran ventaja de no ser tóxico.

—Quien lo puso en la barra de labios quería matar —reflexionó Ana.

—Bueno, es discutible. La exposición al cinabrio tiene que ser constante y durante mucho tiempo. No creo yo que con una barra de labios pretendiera matar a nadie.

—¿Entonces?

—Pues creo que tienes otro mensaje. No me equivoco, ¿verdad? Es el mismo que te dejó la ficha de Scrabble.

—¡No! ¡Son dos casos distintos! —contestó impulsivamente Ana. Pero enseguida se dio cuenta de que había respondido demasiado rápido.

Las pinturas relacionadas con la muerte. No podía ser coincidencia. Porque no solo se trataba de eso. El asesino había dejado otra pista, idéntica, en las dos escenas del crimen, algo que a Ana se le había pasado relacionar. Ahora se daba cuenta.

A la duquesa la había matado la misma persona que había asesinado a los cuatro del ascensor.

36

—Aún no han puesto las calles, jefa.

—Que tengo que llevar a mis hijos a la cabalgata.

—Y a mí me falta comprar un par de regalos.

La cuestión era protestar. Basta que uno gruña para que le siga el resto de la manada.

—Pues nada —los cortó Ana—. Vamos a solucionarlo. Ahora mismo cuelgo un folio en la puerta de mi despacho y los que os queráis ir a vigilar cómo se expiden DNI en horario de mañana solo tenéis que apuntaros. Prometo hacer la gestión personalmente para vuestro traslado.

Silencio.

—¿No? Bien, pues empecemos.

Eran las siete de la mañana, no había sido fácil localizar con tan poco margen a los miembros de los dos grupos de homicidios y mucho menos juntarlos en la misma sala. Mentalmente, algunos ya estaban de largo fin de semana festivo. Era fácil distinguirlos: adoptaban en las sillas una posición que tendía a la horizontalidad. Aunque Ana iba a despertarlos de golpe.

—Tenemos un asesino en serie.

A veces es mejor decir las cosas de sopetón.

—A partir de ahora, la hipótesis principal de trabajo es que el responsable o los responsables de la muerte de la duquesa de Spinoza son la misma persona que quien cometió los asesinatos del ascensor del Hospital General.

Un murmullo estalló en la sala. No solo había despertado a los somnolientos, también había conseguido su atención.

—Os voy a poner al día, porque esta investigación la habéis llevado los dos grupos de forma separada y a partir de ahora vamos a trabajar juntos. ¿Puede alguien apagar la luz de este lado de la sala, por favor?

En la pantalla apareció una imagen. Una cara como la de un dibujo animado.

—Es la reconstrucción en tres dimensiones de cómo sería la víctima sin identificar. Su cara quedó completamente destrozada por la caída y el impacto.

Esta es la imagen que vamos a repartir a los medios de comunicación, por si alguien nos puede ayudar a saber quién es. También la va a mover el perfil de la Policía en redes sociales, junto a la sudadera que llevaba. Esperamos tener pronto alguna identificación positiva. —Ana pulsó una tecla en el ordenador y la pantalla cambió, mostrando dos imágenes nuevas—. Esta ficha de Scrabble se encontró en el esófago de Mónica Spinoza, es la letra E. El asesino la modeló para la ocasión en una impresora 3D y pintó las letras con un pigmento marrón con restos de cadáver. La principal hipótesis con la que trabajamos es que quería transmitirnos un mensaje: imitó el *mummy brown*, una pintura marrón usada durante siglos que se elaboraba con restos de momias egipcias. También tenemos una barra de labios roja que apareció en el bolso de la única víctima femenina del ascensor. A falta de que el laboratorio lo confirme al cien por cien, los datos preliminares que tenemos apuntan a que, también imitando un color de la muerte, es rojo cinabrio. Es tóxico porque está formado casi en su totalidad por mercurio. Así que, primeros deberes de hoy, averiguar de dónde han salido estos colores. ¿Quién puede saber algo sobre ellos? Es un tema muy especializado al alcance de poca gente. ¿Cómo los consiguió, cómo los elaboró?

—Jefa. —El agente Barriga había levantado la mano desde el fondo de la sala.

—Dime.

—Ya sabe que yo soy de Pozoblanco.

—No, no lo sabía. Y perdonarás mi asombro, Barriga, pero no sé qué tiene que ver Pozoblanco con estos asesinatos.

—Bueno, ¿puedo levantarme? —Ana asintió. El agente se incorporó y movió un poco la silla hacia atrás para tener hueco suficiente en el que estar de pie. Se colocó muy tieso, como un alumno recitando una lección ante la clase—. Verá, jefa, en mi colegio una de las excursiones que hacíamos en octavo de EGB todos los niños era a Almadén, que menuda carreterita había y menudo miedo nos daba ir hasta allí en autobús. En fin, que luego nos hacían un examen, a ver si habíamos estado atentos. Visitábamos las minas del pueblo y un señor vestido de romano nos contaba que allí está uno de los yacimientos de cinabrio más importantes del mundo, creo recordar que un tercio del mercurio de todo el planeta Tierra ha salido de allí. Descubrieron la mina los hombres de la Edad del Bronce y, cuando los soldados del Imperio romano conquistaron la zona, se llevaron todo el cinabrio a Italia, a la capital.

—Pues perfecto. Podemos empezar por ahí. Habla tú con el encargado de la mina, que como eres de allí igual te lo trabajas mejor. Que te diga maneras de conseguir ese mineral hoy en día.

—Jefa, la mina está cerrada y taponada casi en su totalidad. Pero una parte se puede ver y visitar. Hay un museo, incluso. Ahora mismo llamo y pregunto.

—Espera, Barriga, que antes cuento una cosa más. Creo que también está intentando dejarnos otro mensaje. Una frase. Quizá el motivo por el que mata. Mirad.

En la pantalla apareció proyectada, de nuevo, la imagen de la ficha de Scrabble. Pero tenía otra letra, era diferente a la que había mostrado junto a la barra de labios.

—En el sistema digestivo de Mónica Spinoza encontramos dos fichas de Scrabble. Una letra E y una letra L. El español permite combinarlas de dos maneras, formando LE o ÉL. Creemos que la segunda opción es la válida. Y ahora os cuento por qué.

Apretó el mando a distancia y la pantalla cambió para proyectar las portadas de dos libros.

—Estos libros se encontraron el foso del ascensor. Fijaos. ¿Lo veis?

La puerta de la sala se abrió, muy lentamente, como si quien iba a entrar no quisiera llamar la atención. Aunque esa precaución no hubiera sido necesaria porque todo el mundo tenía la vista fija en la pantalla, escudriñando las portadas de esos dos libros, así que nadie se dio cuenta de que la forense se sumaba a la reunión.

—Nada los relaciona. Aparte de lo obvio, no tienen nada más en común. No queríamos descartar ninguna posibilidad, lo hemos rastreado todo, pero no hay ninguna conexión ni en las editoriales, los autores, la temática o cualquier otra cosa que se nos pueda ocurrir. Hemos mirado incluso la tipografía y el tipo de papel. En lo único que se parecen es en algo que quizá no hayáis observado a simple vista y es que los dos son —pequeña pausa dramática— libros, claro —hubo un ligero murmullo de risas contenidas mezcladas con protestas— y, para los alumnos de nivel avanzado, también se parecen los títulos. *El amor una sola vez no es suficiente* y *Cuando matar no es suficiente nunca*.

—No es suficiente. —Un nuevo murmullo se extendió entre los agentes mientras repetían en cascada la parte coincidente del título de los dos libros.

—Si suponemos que el asesino nos está mandando un mensaje y unimos las palabras que ha dejado en las dos escenas del crimen, tendríamos esto. —En la pantalla se formó una frase—: «Él no es suficiente». ¿Qué significa? ¿Quién no es suficiente?

—Quizá el primer muerto, la primera víctima —aventuró Rosa Axe.

—La primera víctima es una mujer, la duquesa —apostilló Charo—. No puede

referirse a ella en masculino. Si usa «él» se refiere a un hombre.

—¿Y si él no es pronombre sino artículo? —Todos se giraron hacia la voz y entonces descubrieron a Paloma Marco apoyada junto a la puerta—. ¿Y si falta una pieza?

—¿Quieres decir una víctima más? ¿Que aún le falta alguien por asesinar?

—O que ya la ha asesinado y no lo hemos relacionado. ¿Puedo? —le preguntó a Ana, haciendo un gesto con la mano para colocarse a su lado, frente a todos los agentes—. Estoy pensando en que quizá encaje en un caso sin resolver en Barcelona, un cuerpo que apareció a principios de diciembre, el de una mujer joven a la que aún no han podido identificar. Llevaba encima una palabra que encaja perfectamente en vuestra frase. Y que le cambia completamente el sentido.

37

De los asesinos se aprende que, a trozos, todo se transporta mejor y que, además, puedes hacer que las cosas pequeñas parezcan invisibles. Pero de los asesinos se aprende también que cuando esparces algo, termina dejando más rastro. Si repartes la pena entre muchas lágrimas, es más fácil que un trozo caiga al suelo y se pegue a la suela del zapato, o que te lo encuentres un día cualquiera, cuando más desprevenido estés, al meter la mano en un bolsillo. O todavía peor: que lo encuentre otra persona y use esa debilidad en tu contra.

Por eso, a veces, es mejor dejar las cosas como están.

Y por eso ella, que había sido la primera, estaba entera. O lo había estado hasta el momento en el que se precipitaron los hechos.

Lo que apareció en primer lugar fue la pulsera. Flotaba en el agua turbia como si no quisiera estar ahí. Distraída. Disimulando. Se mecía como si solo fuera una baratija de feria perdida por su propietaria y no la prueba de un crimen.

Aunque antes de que por fin encajaran las piezas del criminal en serie, o precisamente para que empezaran a encajar, apareció un pez.

Un pez salvaje que terminó encerrado en una pecera. Nada agraciado. Feíllo, el pobre. Con cara de náusea permanente. Si hubiera tenido alguien con quien compararse —y la cabezonería y la propensión a la envidia de un ser humano—, se habría sentido marginado y vulgar. Pero no tenía ni lo uno —conciencia— ni lo otro —porque a sus decorativos compañeros de pecera se los había comido en cuanto la ración de pienso resultó ser insuficiente.

Y en cualquier caso, en su mundo, los complejos se resolvían a dentelladas.

Descubierto el festín gastronómico en la pecera, el dueño del animal quiso cargárselo con sus propias manos, pero hasta para eso era un pusilánime. Si no comía seres vivos, ¿cómo iba a matarlos? Así que le propuso educada y razonadamente a su hijo —como si se pudiera razonar con un niño de cuatro años— devolver el caníbal al río, de donde ambos lo habían capturado un mes antes. Tras una ardua negociación, que incluyó el permiso para comer patatas fritas los sábados, el niño accedió a desprenderse de Batman —porque, ¿de qué

valía tener un pez si no le podías poner el nombre de tu superhéroe favorito?—. Pero, en vez de conducir dos horas hasta el Ebro, lo dejaron en el cauce de agua dulce más cercano a casa, el pequeño lago de Les Deus, en Sant Quintí. Y allí hubiera muerto el siluro, sin nada que comer, si no hubiera sido por lo que descubrió en uno de sus primeros paseos de inspección por la zona: carne. Carne blandita y jugosa. Una masa enorme de carne atrapada bajo las rocas en huecos que el agua había ido perforando durante milenios varios metros por debajo de los pies confiados de los turistas y lugareños que paseaban por la zona.

La carne era humana. Pero ¿qué iba a saber de eso un humilde y feo pez de río? Para él era todo más sencillo. Comida.

Con esa dosis extra de proteínas, el siluro fue creciendo hasta convertirse él mismo en una atracción de feria. Los niños empezaron a tirarle pan —que él, sobrado de alimento, ignoraba orgullosamente—, y los turistas, atraídos por las fotos en las redes sociales, acudían a intentar fotografiarlo. Los más atrevidos trataban incluso de tirarle de los bigotes aun a riesgo de llevarse un buen mordisco. Todo lo soportaba nuestro siluro porque no tenía a dónde ir. Y porque, mientras hubiera carne de la que alimentarse, pues, la verdad, que le dieran al mundo.

Hasta que apareció la pulsera.

Roída toda la carne de las piernas del cadáver fue a por los brazos. Había crecido tanto que de un solo bocado arrancó la mano, que se tragó sin masticar. Le supo a gloria pero fue su perdición, porque terminó abierto en canal en una mesa de autopsias, con un forense extrayendo de su tracto digestivo los restos de una extremidad humana. Resultó que sin esa mano una pulsera salió flotando a la superficie visible del lago y unos minutos después, tras ella, apareció un cadáver.

La pulsera tenía una inscripción.

Y ese nombre fue el que colocaron en la puerta de la cámara frigorífica donde ella esperaba a ser identificada.

Aunque no se llamaba así. Tan solo era una pista más.

Fue la primera en morir. Pero la última en encajar en esta historia.

38

No cogió su arma reglamentaria. Ni siquiera la personal, una pequeña pistola con culata de nácar que llevaba encima cuando no estaba de servicio. Había intentado contactar con el jefe de la comandancia de la Guardia Civil en el aeropuerto de Barajas, pero estaba ilocalizable y no quería arriesgarse a no poder hablar con él antes de cruzar el control de pasajeros. Seguir el trámite oficial para subir un arma al avión implicaba un tiempo que no tenía. Solo le quedaban unas horas por delante antes de que el país se paralizara en el largo fin de semana del puente de Reyes. Consiguió —la verdad es que exigió— un billete de puente aéreo, que le permitía subir en el primer vuelo disponible en cuanto llegara al aeropuerto. Le dieron plaza en el IB1143, que aterrizaba en Barcelona a las dos de la tarde. Calculó que llegaría a su destino a las tres. Eso si los de la empresa de alquiler de coches eran eficientes y tenían el modelo listo y a punto. Ni siquiera se había molestado en llamar a la sede central de la Policía en Barcelona y pedir que alguien la fuera a buscar al aeropuerto para llevarla a donde necesitara. Ya tenía suficientes caras largas a su alrededor para estar todo ese día en manos de un agente malhumorado porque a última hora una inspectora jefa de Madrid le había fastidiado la cabalgata de Reyes con sus hijos.

Subir desarmada a un avión, por primera vez en muchos años, le hizo sentir una rara orfandad, como si la hubieran obligado a despojarse de una pierna o un brazo. Se notó vulnerable, desvalida dentro de ese enorme cacharro volante. Pidió pasillo. No soportaba estar encerrada en el asiento de ventanilla, a merced de otras dos personas encajonadas que le cortaban el camino a cualquier tipo de movimiento que necesitara hacer. Ni siquiera las vistas compensaban esa sensación de agobio. Durante buena parte del vuelo fue incapaz de dejar de escudriñar a su alrededor por si detectaba algún movimiento extraño. Solo se relajó los últimos quince minutos, cuando el comandante ya había pedido a la tripulación que preparara la cabina para el aterrizaje. Se puso a repasar las notas que había tomado junto a Paloma.

—El caso lo llevan los Mossos, pero uno de mis mejores amigos es forense en

la Ciutat de la Justícia y a menudo nos consultamos cosas. Ya sabes que entre los curritos hay cooperación, aunque nuestros jefes no se soporten. Me organizaron una cena de despedida y allí nos explicó su último caso, una muerte que no eran capaces de resolver.

Conseguir el coche de alquiler y salir del aeropuerto fue mucho más rápido de lo que había previsto, así que se dio el lujo de ir conduciendo tranquilamente por el carril derecho. Se desvió hacia el suroeste, en paralelo al río Llobregat. El peaje de Martorell estaba despejado. ¡Qué raro se le hizo volver a pagar por circular por una autovía! Pero no había más remedio si ibas al sur. Veinte minutos después dejó la autopista en Sant Sadurní d'Anoia, treinta kilómetros al sur de Barcelona, y el paisaje se llenó de vides a ambos lados de la cómoda carretera comarcal recién asfaltada. Fue pasando junto a algunas de las bodegas centenarias e imaginó todo el subsuelo agujereado, lleno de túneles húmedos y oscuros donde reposaban, horizontales en sus rimas, cientos de miles de botellas en las que se estaba produciendo la milagrosa segunda fermentación del cava. En algún rincón, unas manos sabias giraban y hacían vibrar cada botella un octavo justo de vuelta sobre su eje cada vez más vertical encajonadas en los pupitres, en un proceso conscientemente lento pero perfecto que conseguía eliminar en apenas unas semanas los sedimentos de la fermentación, para lograr un cava cristalino y limpio.

«Sant Quintí cinco kilómetros», leyó en el cartel que indicaba el desvío. Abandonó la carretera en una inmensa rotonda para coger una comarcal estrecha, llena de cambios de rasante y curvas cerradas. Habían quedado en un restaurante cuyo nombre vaticinaba que no iba a ser fácil de encontrar, l'Amagat —El Escondido—, así que metió la dirección en Google Maps. «Cuando llegues a un edificio de tres plantas pintado de un verde bastante horroroso, ahí es —le había dicho él—. Bueno, ahí no —matizó enseguida—, sino en el callejón que queda justo enfrente».

Sí que era un verde feo, sí, pensó al llegar. Aparcó justo bajo el bloque de hormigón y buscó la bocacalle en la que tenía que estar el restaurante.

—¿Ana? —Él fumaba en el jardín por el que se accedía al local, vestido desde el cuello hasta las rodillas con un grueso abrigo negro impermeable. Unas botas altas de montaña protegían sus pies y tobillos. Exhaló una bocanada de humo mezclada con el vaho que el frío provocaba en su aliento—. Josep Gual. —Le tendió la mano—. En la tele pareces más alta —le dijo mientras tiraba la colilla al suelo, pisoteándola con la punta de la bota—. Perdona por la frivolidad.

Se dio cuenta de que Ana no levantaba la vista del suelo, con la mirada fija en

el resto del cigarro estrujado sobre una loseta.

—Y perdona también por esto. —Se agachó para recoger la colilla—. Es como una reacción alérgica a las escenas del crimen y al laboratorio. Supongo que cuando no estoy en esos escenarios tan controlados, algo se desatasca en mi cabeza y mi cuerpo se pone en modo desorden. Era como cuando salía del colegio, yo fui a un colegio de curas muy estricto, ¿sabes? Pero cuando acababan las clases, de repente mis frases se llenaban de tacos, como si tuviera que expulsar todos los que había estado controlando en horario escolar. Pues con los cigarros creo que es lo mismo. —Buscó con la mirada una papelera, pero no había ninguna cerca—. Voy a tirarlo dentro, pago la cerveza y nos vamos. ¿Quieres tomar algo antes? Aquí todo está delicioso, luego te vas a arrepentir.

Ana negó con la cabeza. Tenía mucha prisa. Su día estaba cronometrado al segundo. No podía perder tiempo. Al día siguiente era festivo y sería más difícil coger un avión para volver a Madrid. «Llévate las llaves del piso —le había dicho Joan—, cógelas por si se hace tarde y te tienes que quedar a dormir en Barcelona». Pero no le había dado tiempo a pasar por casa. No llevaba ni cepillo de dientes.

—Pues vamos. En tu coche, ¿no? —le dijo él, colocándose un gorro de lana sobre la cabeza mientras cruzaba la carretera corriendo—. Me ha traído un amigo que tiene una casa en Sant Pere de Riudebitlles, aquí al lado, y venía a pasar el puente de Reyes. Así que confío en tu método de automoción para volver luego a Barcelona. De todas maneras, estamos cerca del lago. Son unos quince minutos andando.

—No es que no me guste andar —contestó Ana, abriendo la puerta—, pero no tenemos mucho tiempo. Prefiero ahorrarme esa media hora de ida y vuelta. Y no creas que no me iría bien el paseo para que me diera el aire en la cabeza.

—Pues entonces gira por aquí, a la izquierda, y te voy indicando.

—Por cierto, gracias por recibirme y dedicarme tu tiempo hoy.

—Si eres capaz de saber quién es esa chica y por qué la mataron, será tiempo bien invertido. Sigue recto, hasta el camino que sale del pueblo. Bueno, y si no consigues saberlo, también será tiempo bien invertido, no todos los días se conoce a la investigadora principal de un caso tan mediático como el de Slenderman.

—Comprenderás, ya que eres colega —Ana quiso atajar cualquier intento de que él llevara la conversación por ese camino—, que el caso está en fase de instrucción y bajo secreto de sumario, y no puedo comentar mucho.

—Claro, claro —dijo él, decepcionado—. Aunque algunas veces los colegas

nos contamos cosas extraoficialmente.

«Pues yo ni siquiera algunas», estuvo a punto de contestar Ana, pero ese hombre le estaba haciendo un gran favor, viajando en su día libre hasta el lugar en el que había aparecido un cuerpo. Si hubiera sido uno de los policías que llevaban el caso, le habría interesado que se resolviera, pero Josep era el forense que había hecho la autopsia al cadáver y, a no ser que hubiera metido la pata, su trabajo estaba ya finalizado y bien hecho. No sacaba nada acompañándola hasta allí.

Llegaron a una gran explanada de tierra rodeada de moreras que delimitaban las zonas de aparcamiento. Apenas había una decena de coches.

—Mejor, así estaremos más tranquilos. —Josep desenganchó el cinturón y abrió la puerta del coche—. Ahí abajo es donde apareció nuestra víctima. Vamos.

Atravesaron una gran terraza en forma de ele que rodeaba el restaurante hasta un mirador elevado sobre una inmensa roca.

—Espera, no bajes aún, desde aquí hay mejor perspectiva. —La guio hasta una antigua barandilla de hierro, robusta y fea, bajo la que se asomaban un pequeño lago y unas fuentes que lo surtían de agua—. No hace falta que los cuentes. Hay veintitrés caños taladrados en la roca. No son naturales, se construyeron a mediados del siglo pasado para crear este pequeño lago que ves, que desemboca en el río Mediona. El agua proviene de unas grutas, si quieres podemos visitarlas.

—Otro día. El cadáver estaba bajo las rocas —cortó. No tenía tiempo para lecciones de geología.

—Sí, allí abajo. —Gual señaló a la derecha, hacia la zona donde las rocas se elevaban a mayor altura, formando una pared que aprisionaba más de la mitad de la superficie del lago—. Desde aquí no se ve bien, pero hay un hueco casi a nivel del agua que permite ir nadando desde la parte más visible del lago hasta un pequeño remanso trasero sobre el que cae una cascada. El cadáver apareció allí detrás y la corriente de agua lo arrastró hasta la parte más ancha, junto a las fuentes. Ahora, cuando bajemos, te lo enseño.

—¿Había mucha gente?

—Un colegio. Ven. —Señaló unas escaleras talladas en la piedra, que bajaban hasta un pequeño puente junto al lago, formando un semicírculo. Ana deslizó la mano por la gruesa barandilla de piedra rematada en mármol, pulido y brillante tras la fricción de cientos de miles de manos anteriores a la suya—. Estaban haciendo deportes de aventura. La mayor parte del año una empresa explota el

lago, las cuevas y la zona rocosa de alrededor. Unos sesenta adolescentes practicaban diversas actividades deportivas cuando apareció ante ellos un cadáver hinchado por los gases de la putrefacción y cosido a mordiscos por un siluro hambriento.

—Pobres críos.

—Bueno, no todos. Dos o tres sufrieron ataques de ansiedad, pero la mayoría disfrutaron de lo lindo, no sé yo si creerían que estaban en un videojuego. En fin. —Cruzaron el pequeño puente de madera que permitía pasar al otro lado del lago justo en su extremo inferior—. La Policía tuvo que requisar todos los móviles de los chicos, pero algunos ya habían subido fotografías a las redes sociales. ¿Las has visto? —Ana negó con la cabeza. El forense tecleó en su móvil y segundos después le mostró fotografías de esos chicos junto al cadáver flotante—. Instagram, Twitter y Facebook las borraron enseguida, pero pudimos hacer varias capturas. Mira.

—No sé qué tienen algunos en la cabeza. —Ana se resistía a creer lo que estaba viendo en esas imágenes que los chicos habían colgado en internet.

—Bueno, se trata de *likes*, en realidad. Esta generación mide el éxito por el número de «me gusta» que consiguen en sus redes sociales, como si ese escaparate fuera el termómetro de su vida. Pero, a la vez, se da el extraño fenómeno de que eso les puede llegar a proteger.

—¿A proteger? Mira, si te contara lo que he visto yo en mi antiguo destino del SAF… los abusos y el acoso en las redes, las depresiones e incluso los suicidios de adolescentes que no lo soportan más. Antes, un niño acosado tenía paz cuando salía del colegio. Ahora el acoso se alarga las veinticuatro horas del día, esté donde esté ese crío. No puede esconderse. No creo que los adultos lo soportáramos.

—Sí, sé lo que dices. Pero yo me refiero a lo que pasó aquí. —Hizo un gesto hacia la superficie del lago—. Los chicos y chicas que se toparon con la visión de un cadáver flotando hicieron fotografías, les pusieron filtros y las compartieron con sus amigos a través de las redes sociales y los servicios de mensajería.

—¿Y? No te entiendo. —Habían llegado ya junto a los caños. Vertían agua en un conducto hecho de piedra que parecía un abrevadero, pero que con una ligera pendiente llevaba esa agua hasta el lago—. ¿Qué tiene eso de bueno?

—Mi teoría es que eso consigue alejarlos de la realidad, porque al final lo que queda en sus memorias es la fotografía, no la visión real del cadáver. Lo que recordarán es una imagen plana vista a través de la pantalla de un teléfono

móvil, casi como si ellos no hubieran estado allí. Y, de alguna manera, les sirve de protección emocional. Mira allí, ¿ves? —El forense señaló una parte en la que el lago se estrechaba, casi cerrándose, justo en el extremo contrario del puente por el que acababan de cruzar.

—Allí —dedujo Ana— es donde apareció el cuerpo.

—Donde salió a flote, aunque los chicos no se dieron cuenta hasta que llegó más o menos hasta ese punto, el centro del lago.

—Bueno, llamarlo lago… quizá es un poco exagerado. Es más bien una charca grande.

—Sí, la verdad es que no es muy grande. Al menos, en superficie. Bajo las rocas, en las grutas subterráneas, es inmenso. Mira, ven por aquí, vamos a verlo desde otra perspectiva.

Subieron por una pequeña pendiente que los dejó justo sobre los caños de agua. El camino desapareció y tuvieron que trepar por las rocas hasta llegar sobre el punto en el que se había desprendido el cuerpo.

—Aquí, bajo tus pies, a unos siete metros atravesando esta roca, en la zona subterránea del lago, estaba enganchado el cuerpo de la chica. Los Mossos creen que el que la mató buceó hasta ahí y lo colocó para que quedara atrapado. Esto está lleno de grutas. Una parte es visitable, pero por otra no pueden ni siquiera acceder los espeleólogos. El interior de estas rocas es un laberinto de conductos.

—¿Y por qué creen que lo dejó atrapado a propósito? ¿No pudo engancharse el cuerpo?

—No, apenas hay corriente, como verás esto es casi agua estancada, sobre todo la que hay bajo las rocas y, en cualquier caso, fluye de dentro hacia fuera. Los Mossos creen que el asesino no quería que el cuerpo se descubriera enseguida. Ya sabes que los cadáveres de los ahogados se hunden durante semanas, hasta que a los treinta o cuarenta días los gases que genera su descomposición empiezan a impulsar el cuerpo hacia la superficie. Pero en este caso, si te fijas, el lago es pequeño y poco profundo, en muchos de los puntos una persona hace pie, con lo que alguien podría haberlo visto. El asesino quiso ocultarlo durante un tiempo.

—¿Crees que de alguna manera el asesino pudo programar el momento en el que apareciera el cuerpo?

—Mmm… sí —respondió, dudando por lo raro de la pregunta—. ¿Por qué dices eso?

—Porque entonces encaja en un caso que tengo entre manos, en una línea temporal de asesinatos.

—Es decir que el siluro se le adelantó con su ansia carnívora y el cadáver emergió antes de tiempo.

—El 8 de diciembre —recordó Ana—. Josep, ¿cuándo calculas que los gases de la descomposición habrían hecho emerger el cadáver?

La respuesta confirmó las sospechas de Ana.

—¿Podemos ir a ver el cuerpo al Anatómico Forense? Necesito saber una cosa más.

* * *

El camino de vuelta a Barcelona se le hizo extrañamente corto. Fueron por la A2 para evitar el peaje de Martorell en la AP7 y un más que posible atasco a esa hora. El viaje les regaló la impresionante vista de Montserrat —la carretera lamía la falda de la montaña— con el sol poniéndose tras el espectacular macizo sagrado, hogar de la patrona de Cataluña.

—No me extraña que los nazis creyeran que aquí se escondía el Santo Grial. —Ana no podía dejar de mirar esa estructura que parecía modelada en plastilina por un grupo de niños revoltosos.

—¿Los nazis? —Josep Gual se giró hacia ella, sorprendido.

—Tú mira a la carretera que no quiero tener un accidente. —Ana le había pedido que condujera él durante el trayecto de regreso a Barcelona, así ella podía ir anotando todo lo que el forense le había contado hasta el momento y compararlo con sus notas sobre los casos de asesinato abiertos en Madrid—. Sí, los nazis. Seguro que has estudiado que Hitler y Franco se vieron en Hendaya, en la frontera de Francia con España, en plena Segunda Guerra Mundial, porque el Führer quería convencer al dictador español para que entrara en la guerra. En su bando, claro. Pero ese día estaba sucediendo otra cosa. Uno de los más temibles escuderos de Hitler, el jefe de las SS, Heinrich Himmler, visitó esta montaña buscando el Santo Grial.

—¡Ah, sí! Ya lo sé —exclamó el forense, concentrándose en seguir con la vista fija en el asfalto y no mirar a su acompañante—. Eso es de Indiana Jones. Los nazis querían el Santo Grial porque los hacía invencibles. O inmortales. O todopoderosos. No me acuerdo.

—¡Ay, Dios mío, cuánto daño han hecho a la historia algunas películas! Pero vamos a ver —Ana estuvo a punto de añadir «alma de cántaro», una de sus coletillas favoritas al «Pero vamos a ver», aunque consiguió contenerse a tiempo —, ¿tú crees que los nazis pensaban que una copa, supuestamente usada en la

última cena de Jesucristo, les iba a dar poderes sobrenaturales? ¡Ay, Dios! No. Los nazis se dedicaron a expoliar todas las obras de arte de los países que fueron ocupando, hasta reunir un tesoro magnífico. Era dinero para la guerra. Y humillación al enemigo. Pero, además, buscaban algo peor y que no queda tan vistoso en el cine: la justificación a sus crímenes, la justificación a su odio, de la misma manera que los asesinos psicópatas están convencidos de que sus víctimas se lo merecen. Todo monstruo necesita algo que no le haga sentirse culpable, Hitler incluido. Así que creó un grupo dedicado a investigar la «Herencia Ancestral Alemana» para probar que la raza aria había dominado Europa y que lo único que estaban haciendo era recuperar lo que había sido suyo. Una leyenda situaba el Santo Grial en Montserrat. Encontrarlo hubiera sido una prueba más de ese rastro histórico alemán. Y por lo tanto una manera de justificar la ocupación de media Europa e incluso los campos de exterminio.

—¡Joder! Yo había oído lo de los ovnis o lo del portal que te transporta desde Montserrat a otras dimensiones. Pero no de los nazis. ¿Cómo sabes tú todo eso?

—A mi padre no le gustaba leerme cuentos por la noche, decía que eso metía pájaros en mi cabeza, pero yo no podía dormirme si él no se tumbaba a mi lado y me contaba una historia.

—¿Y tu madre? —la interrumpió Gual—. ¿Ella no te contaba cuentos?

—Mi madre… mi madre murió cuando yo era muy pequeña. —Ana no quiso darle más explicaciones y él musitó un lo siento apenas audible—. Mi padre era policía, ¿sabes?, así que en casa nunca contaba nada de su trabajo. No sé cómo decidió que ese rato juntos me podría servir también para aprender y que cada noche se convertiría en una lección de historia a través de las anécdotas. «Fíjate en los detalles, Ana —me decía siempre—, los detalles te darán el porqué conjunto». Un día me explicaba por qué el rey francés Luis XIV llevaba tacones altísimos. Otra noche hablaba de la Pequeña Edad de Hielo que casi se carga a Europa y a los europeos entre los siglos XIV y XIX. Otra, de cómo llegó el chocolate a España.

—Sí que sabía tu padre.

—Eso creía yo. Luego me confesó que durante años utilizó la hora de comer para leer libros que sacaba de la biblioteca del barrio.

Había oscurecido totalmente cuando llegaron a la Ciutat de la Justícia, el moderno conjunto de edificios situado a medias entre la ciudad de Barcelona y la de l’Hospitalet, en el que se ubicaban la mayoría de juzgados de las dos ciudades, varias oficinas de atención a las víctimas y departamentos administrativos, y el nuevo Instituto de Medicina Legal de Cataluña.

—La verdad es que es un lujo trabajar aquí. —Habían dejado el coche en un aparcamiento subterráneo y salieron a una gran plaza central para cruzar hacia el edificio G y subir a la sexta planta—. Todo nuevo. Todo moderno.

3F. Hacía casi un mes que el cadáver de una joven desconocida reposaba dentro de esa nevera, sin que nadie lo reclamara. Conservado a cuatro grados de temperatura.

—Tendríamos que haberlo congelado ya, mientras el juez decide qué hacer con él, pero entre las Navidades y que ha habido poco trasiego de cadáveres últimamente, aquí lo hemos ido dejando. —Gual giró la manecilla que permitía abrir el cubículo en el que reposaba aquella chica y tiró hacia fuera, deslizando sobre los raíles la camilla en la que reposaba—. Te presento al cadáver número 2315. Rasgos más distintivos: la mano amputada y una cicatriz en forma de cruz sobre la parte externa del codo derecho. Mira —señaló la articulación—, hay que ver lo chapuzas que son algunos cirujanos. ¡Qué horror de sutura!

Ana se sorprendió de lo relativamente bien conservado que estaba el cuerpo. Esperaba algo peor. La piel se veía completamente arrugada, como quedan las yemas de los dedos tras pasar mucho tiempo en el agua. Contuvo el instinto de alargar la mano y tocar la pálida capa jabonosa que se había formado, pero sabía por experiencia —no era el primer cadáver bajo el agua con el que trabajaba— que se desharía.

—El cuerpo llevaba tiempo en agua fría y estable, casi estancada, y por eso se ha conservado en este estado de saponización, con esta capa externa de putrefacción, la adipocira, que lo protege.

—¿Cuánto tiempo pudo estar sumergido? —Ana se fijó en el muñón descarnado, los restos del bocado del siluro al arrancar la muñeca.

—Calculamos que una semana, más o menos desde el 1 de diciembre. Los gases de la descomposición lo habían empezado a hinchar, pero no lo suficiente para que saliera flotando a la superficie.

—Que hubiera sido…

—Unas tres semanas después. Aproximadamente entre Navidad y fin de año.

Todo empezaba a cuadrar.

—Pero el siluro dio al traste con el plan del asesino. —«Que hubiera querido que descubriéramos el cuerpo entre el asesinato de la duquesa y la masacre del ascensor», pensó Ana.

—¿Plan? —El forense no entendía nada.

—Creo que esta chica forma parte de una cadena de asesinatos, pero para terminar de encajar en la serie necesito saber algo más. ¿Tienes a mano los

objetos que se encontraron con el cuerpo? ¿Los analizasteis?

—¡Claro! Acompáñame luego a mi despacho, tengo el informe en el ordenador.

—¿Cuál es la causa de la muerte? —preguntó Ana.

—Se ahogó.

Volvió a tapar el cuerpo y la camilla se deslizó suavemente sobre los raíles. Ella regresó a la nevera en la que llevaba un mes. Fría, oscura y sola. A seguir esperando a que alguien la rescatara de allí.

—Querías ver el informe, ¿verdad? Vamos a mi despacho.

Debía de ser un despacho muy luminoso porque una gran cristalera recorría la pared del suelo al techo, pero a esa hora había anochecido ya totalmente y la oscuridad apenas dejaba ver las ventanas del edificio de enfrente. Gual cedió a Ana su silla y el ordenador mientras lo encendía. Ella bajó discretamente la mirada para no ver la clave de acceso que estaba tecleando en el sistema.

—Aquí tienes el informe de la autopsia. Si me dices exactamente lo que buscas, quizá pueda ayudarte.

Ana empezó a leer en silencio, concentrada en la pantalla. Era un texto largo y metódico, lleno de expresiones técnicas.

—¿Encontrasteis algo extraño en el cuerpo? —Ana no podía decirle lo que le había explicado Paloma Marco, el motivo real por el que ella estaba allí. La pulsera.

—¿Algo como qué?

—Estoy buscando dos cosas en concreto. Una es un tinte extraño o un color añadido a algún objeto. Y la otra es alguna letra, o incluso una palabra.

Gual cogió el ratón y navegó documento hacia abajo, inclinado sobre el escritorio, con el cuerpo contorsionado para no tocar a Ana, que seguía sentada frente al ordenador. En las últimas páginas encontró lo que buscaba, las fotografías y la descripción de los objetos pertenecientes al cadáver, todos bastante deteriorados tras pasar más de una semana bajo el agua. Una sudadera azul marino con capucha, una camiseta blanca de manga corta, unos pantalones vaqueros, un tanga de color carne, zapatillas deportivas blancas de una conocida marca y calcetines de algodón del mismo color.

—Como ves, nada extraño. Los buzos barrieron el fondo del lago y no localizaron nada más que pudiera ser de ella. Ni documentación, ni teléfono móvil, ni bolso. Nada. No encontramos nada escrito, ningún texto. Incluso las etiquetas de la ropa habían sido cortadas previamente.

—¿Y esto? —Ana señaló una última fotografía, al final de la página.

—Es una pulsera.

—¿De ella? —Por fin. La pulsera por la que Ana había relacionado los asesinatos de Madrid con el cadáver de esa chica.

—Sí, se le desprendió cuando el siluro le arrancó la mano. Creemos que es su nombre, pero no hay ninguna desaparecida con esos datos o estas características físicas en las bases, ni la de Mossos, ni Policía, ni Guardia Civil. Incluso hemos preguntado a la Ertzaintza. Y a la Interpol. Nada. También pensamos que podría ser el nombre de algún familiar, el de su madre, de su hermana, incluso de una hija. Otro callejón sin salida.

—¿Y si ese no fuera su nombre?

—¿Qué quieres decir? Es la típica pulsera en la que uno lleva su nombre o el de un ser querido. ¿Se la puso el asesino para despistarnos?

—No. Para despistaros no —contestó Ana—. Para mandar un mensaje. Para mandarme un mensaje. Esta chica no se llama Olvido.

EL ODIO

Se le llena el corazón de odio como si fuera sangre. Bum. Bum. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Dentro. Y se le queda anquilosado como un tumor en el hígado.

Bien hondo. Bien metido.

Porque, a veces, el olvido no es suficiente.

39

El olvido no es suficiente.

Tenía la pulsera que completaba la frase. Pero aún le faltaba otra cosa. El color de la muerte.

—¿Podemos ir a verla? —preguntó Ana, con ojos de corderillo degollado.

—¿Verla? ¿Cómo verla?

—Sí, por favor, Josep —insistió ella—, te parecerá una locura pero creo que esa pulsera encierra algo más. Y necesito tenerla entre las manos para descubrirlo.

—Es que —dudó—, ya lo sabes, lo tienes que saber, no estás autorizada a ver las pruebas. —El forense se resistía—. Tendrías que hacer todo el papeleo, con una petición formal de tu superior desde Madrid, podrían pasar semanas y aun así no te garantizo nada, no me pidas que te la enseñe ahora, que puedo meterme en líos. Bastante te he contado ya, solo porque eres amiga de Paloma y me ha jurado que puedo confiar ciegamente en ti.

—Por favor.

Ana lo miró con su mejor cara de súplica, bajando un poco la cabeza y elevando la mirada, imaginándose a sí misma como uno de esos gatos de ojos grandes e implorantes que derriten las redes sociales. Aunque esta vez la treta no dio resultado. Por poco. El forense seguía negando con la cabeza, pero el movimiento de derecha a izquierda empezó a hacerse cada vez más sutil, apenas era ya imperceptible. Estaba a punto de claudicar. Le faltaba un último empujón. Y Ana decidió entonces jugar su última baza, la más extrema. Arriesgarlo todo a una carta. El morbo.

Slenderman.

—Verás —calló durante tres segundos, para dar emoción e intensidad a lo que iba a decir a continuación—, no sé si sabes que este es mi primer caso tras volver al trabajo. He estado seis meses en un hoyo, la mayor parte del tiempo sin ni siquiera luchar por mantenerme a flote, solo esperando a hundirme del todo de una maldita vez. Me he culpado, no te imaginas hasta qué punto, por no ver las

señales, por no saber reconocer al monstruo cuando lo tenía al lado, por no poder salvar a esos niños.

—Salvaste a uno.

—A uno solo —se lamentó Ana.

—Al único que hubieras podido salvar. No seas tan feroz contigo misma. Ningún ser humano se merece ese grado de crueldad autófaga.

—Saturno devorándose a sí mismo —reflexionó Ana, jugando con las palabras del famosísimo cuadro de Goya.

—Somos el único ser vivo de este planeta que se llega a odiar tanto que es capaz incluso de devorarse a sí mismo hasta destruirse del todo.

—Para evitar eso necesito la pulsera. Por favor.

Y ahí estaba. La pulsera. Sobre la mesa del despacho de Josep Gual. Había tardado veinte minutos en ir a por ella al almacén de pruebas y sacarla con alguna excusa que Ana había preferido no conocer.

—Gracias, muchas gracias —susurró en cuanto lo vio entrar con la bolsa de plástico en la mano.

—¿Qué es lo que esperas encontrar aquí? ¿La pista que te lleve a tu asesino?

—Eso sería un milagro. De momento no ha dejado pistas que nos permitan acercarnos a él, ni siquiera estrechar un poco el círculo de sospechosos.

—¿No tenéis lista?

—Ten en cuenta que solo hace unas horas que hemos relacionado los asesinatos. Y ahora estoy a punto de añadir una víctima más. Tu muerta sin nombre.

—Y para eso necesitas esto.

—¿Puedo? —preguntó Ana, cogiendo la bolsa de plástico transparente que contenía la pulsera. Parecía barata, una de esas baratijas de feria que te compras de manera caprichosa una noche de verano pensando que con ella te llevas también al resto del año el calor y la fiesta de esos días. Un autoengaño—. Se ha oxidado.

—No. No es óxido —contestó el forense—. Creo que es cardenillo. La pulsera es de cobre, y con el tiempo y la humedad la parte externa del cobre se cubre de cardenillo, como la Estatua de la Libertad, en Nueva York, que era marrón cuando Francia se la regaló a Estados Unidos, a finales del siglo XIX, y que ahora está cubierta de ese tono entre verde y azul.

—¿Y si te dijera que no es así, que no es solo cardenillo?

—¿Cómo que no es así?

—Mira.

Ana sacó del bolso el espectómetro de masas portátil que tan solo unos días antes le había parecido la última estupidez tecnológica de Joan, el último cacharrito caro que terminaría en algún cajón para el resto de los tiempos. Le explicó al forense qué era y para qué servía.

El resultado fue fácil de interpretar.

Había cardenillo, sí. Pero también arsénico.

40

—¿Dónde estás? ¿Charini? ¿Qué ruido es ese?

—¿Me oyes? ¿Me oyes? —La voz de la agente de Policía apenas era perceptible con el estruendo que llegaba a través de la línea telefónica, voces, vehículos, un aullido lejano, un zumbido metálico, incluso diría que algo de lluvia, todo mezclado en un batiburrillo sonoro, como piezas que no encajan bien.

—Fatal, Charo, te oigo fatal. —Ana intentaba concentrarse en esa llamada, mientras buscaba la tarjeta de embarque en el bolso para mostrársela a la empleada de Iberia que estaba comprobando la documentación de los pasajeros en la puerta del vuelo IB2046—. Espera un momento, Charo, un momento —le pidió, colocándose el móvil bajo la axila para poder buscar mejor dentro del bolso gigantesco que llevaba colgado en el hombro derecho. ¿Dónde narices la habría puesto? Volvió a coger el teléfono—. Te llamo en un minuto.

—Es importante —oyó mientras alejaba el terminal de su oído, justo antes de colgar la llamada.

Ana imaginó a su espalda una hilera de pasajeros con caras contrariadas y humores agrios. Todo el mundo la miraba, seguro, aunque ella no se atrevió a girarse ni a levantar la vista. Bastante tenía con hurgar dentro del bolso y rezar para no haber perdido la tarjeta de embarque que le permitía acceder a ese vuelo, el último del día que conectaba Barcelona con Madrid. Estaba empezando a ponerse nerviosa, muy nerviosa, cuando la sobresaltó una mano tocándole el hombro, justo sobre las asas del bolso. Dio un respingo. Era un hombre trajeado, con un caro maletín de ejecutivo en la mano derecha, aunque ella no vio la ropa, sino que solo pudo fijarse en su mata de pelo peinada hacia atrás con tanta gomina —o lo que fuera que utilizara— que parecía un trozo de alquitrán fundido sobre su cabeza. Le señaló hacia abajo. Ana no podía creérselo. Hacia su culo. «¿Este imbécil me está mirando el culo?». Sí, claro. Pero ahí estaba la tarjeta de embarque, metida en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros. Ni siquiera recuerda si hizo algún gesto de agradecimiento hacia aquel tipo,

agobiada como estaba por el retraso que había provocado en la cola de pasajeros que querían acceder al vuelo.

«Les habla el sobrecargo Guillermo Mateo. A partir de este momento les rogamos pongan sus dispositivos móviles en modo avión». ¡Mierda! Se había olvidado de llamar a Charo. «Despegamos, te llamo cuando llegue a Madrid», escribió a toda prisa en WhatsApp, escondiendo disimuladamente el móvil bajo el abrigo, que había doblado encima de sus piernas, para que nadie de la tripulación la viera. Justo cuando estaba a punto de desconectar el terminal, le entró un último mensaje. Era un correo electrónico. Lola Echeverría Gayo apenas había tardado veinte minutos en contestar a su petición, menuda eficiencia la de la directora del taller del Museo del Prado. Abrió el correo para poder leerlo durante el vuelo y bajó el archivo adjunto justo cuando estaban entrando en la pista de despegue. Activó el modo avión y leyó lo que había escrito Lola en un larguísimo correo electrónico:

> *No sé por qué, tenía el presentimiento de que volverías a llamarme y que habría otro color de la muerte en juego. Por eso me había traído el* Pigment Compendium *a casa, a pesar de lo que pesa, ja, ja, ja —este ordenador no tiene emoticonos, perdona—. Prefería tenerlo a mano por si te surgía alguna duda. Aunque esta vez es fácil. O más que las anteriores. Me preguntas sobre un color verdoso elaborado con cardenillo, vinagre, carbonato de sodio y arsénico, y de esos solo hay uno: el verde esmeralda, producido por primera vez en 1814. El ser humano nunca había podido elaborar antes un verde como ese. Tan brillante, tan intenso. Los prerrafaelitas y los impresionistas se volvieron locos; de hecho algunos cuadros de Turner o Manet todavía desprenden restos de veneno. Pero la cosa no quedó ahí, porque murieron miles de personas, sobre todo niños, sin que nadie supiera la causa. Los médicos diagnosticaban difteria, aunque evidentemente los enfermos no respondían al tratamiento y terminaban falleciendo. Se dieron casos de familias en las que todos los hijos morían, uno tras otro, con pocas semanas de diferencia, para desesperación de los padres pero también de los vecinos, que temían algún brote de alguna extraña y desconocida enfermedad contagiosa. No fue hasta varias décadas después, en 1862, cuando el doctor Thomas Orton descubrió la razón de todos esos fallecimientos aparentemente sin sentido. Todo estaba en las paredes, en millones de kilómetros cuadrados de paredes en los hogares de todo el Reino Unido, decorados a la moda victoriana, obsesiva con el verde perfecto y los paisajes inspirados en la*

naturaleza. El problema era que ese verde maravilloso terminó resultando mortal porque en su composición llevaba un cuarenta por ciento de arsénico, que, con la humedad, se desprendía del papel. Fallecieron incluso personas que apenas habían pasado dos o tres horas en esas habitaciones empapeladas. Tiempo más tarde una investigación arrojó como resultado que no era culpa solo del verde. Los productores de papel de pared, uno de los negocios más prósperos del país, se dieron cuenta de que el arsénico daba más viveza a los colores y empezaron a usarlo en el resto de pigmentos. No fue hasta 1870 cuando el fabricante más famoso de Inglaterra, William Woollams & Co, se vio obligado a producir su primera serie de papel libre de arsénico. Lo hizo por la presión popular, pero sin creerse que lo que elaboraban fuera tóxico. Su fundador siguió insistiendo toda la vida en que era cosa de los médicos, que le echaban la culpa al papel de las paredes porque no sabían detectar el origen verdadero de la enfermedad. De hecho, el Gobierno británico no llegó nunca a prohibir la fabricación y venta de papel de pared pintado con arsénico, aunque en 1903 una comisión real recomendó reducir los niveles de este tóxico en la comida y la bebida. Por cierto, una curiosidad, dice la leyenda negra que la muerte de Napoleón fue provocada por el verde esmeralda, porque de ese color eran las paredes de la casa de la isla de Santa Elena en la que estaba exiliado. Te mando una foto de la página de la enciclopedia donde lo describen. Si necesitas cualquier otra cosa más, llámame, aunque mañana sea fiesta. Que te traigan muchas cosas los Reyes. Un abrazo, Lola.

Tras leer la larga y generosa explicación de la conservadora del Prado, Ana se ovilló en el asiento del avión. Siempre en el pasillo. Siempre alerta.

Lo tenía. Un asesino en serie que utilizaba colores relacionados con la muerte para marcar sus crímenes, pero que además había dejado un mensaje que se podía leer completadas —eso esperaba Ana, que hubiera acabado ya— todas las muertes: el olvido no es suficiente.

«Tripulación, preparamos cabina para aterrizaje», la voz del piloto sonó por los altavoces del avión. Estaban llegando a Madrid. El vuelo se le había hecho extrañamente corto. «El tiempo pasa volando —pensó—, y literalmente esta vez». Menudo chiste malo se le acababa de ocurrir. Antes incluso de salir del avión volvió a conectar el móvil a la red y llamó a Charo. ¿Qué era eso tan urgente que tenía que decirle la noche de Reyes? Le respondió una voz extraña, una voz de mujer pero con las cuerdas vocales desgastadas por el uso, como si

llevara toda la vida hablando.

—Perdón, me he equivocado —le contestó Ana, mientras intentaba avanzar por el estrecho pasillo del avión.

—¿Ana? Eres Ana, ¿verdad?

—Sí —contestó, desconcertada, con el ojo puesto en el pasajero de delante, que intentaba sacar una pesada maleta del compartimento superior de la cabina y que podía caerle a ella en la cabeza.

—Soy Rosario, la madre de Charo. Me dijo que solo cogiera la llamada si eras tú. Que si ponía en la pantalla «Ana jefa» que descolgara. Que era muy importante. Llevo un buen rato con el teléfono encima, tenías que haber llamado hace una hora, la pobre Charo bajó de la ambulancia con el móvil en la mano, «Mamá, mamá, que llamará Ana, mamá, tienes que darle un mensaje», y con todo el jaleo que tenemos, pues fíjate, aquí yo pendiente del teléfono de mi hija.

—Ya, perdone. Pero ¿está bien Charo? ¿Pasa algo? —La cola siguió avanzando, Ana ya casi estaba en la puerta del avión.

—¿Que si pasa? ¿Que si pasa? Esta hija mía, que es un desastre. Que se cree que tiene quince años y no, ya no tiene edad. Que se pone a hacer el cabra y claro, pasa lo que pasa.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a su hija, señora? —A ver si conseguía que la mujer se centrara. Aceleró el paso, por el *finger* y siguió así por la terminal. Había dejado el coche en el *parking* F, el más alejado de la salida, el único en el que había encontrado plazas libres. Eso eran diez minutos andando a paso rápido.

—Pues que es una bruta, eso es lo que pasa. Que se ha puesto a saltar a la comba y se ha roto el tobillo. ¡Por tres partes! ¿Te lo puedes creer? ¡Por tres partes!

—¡Madre mía! —fue lo único que acertó a responder Ana.

—Madre mía, sí, tienes razón, madre mía, la hija que tengo. Te llamó la pobre desde la ambulancia, siempre con el maldito teléfono en la mano, discutió con los sanitarios y todo, por el teléfono, pero ella les decía que era policía. «Soy policía, soy policía, y tengo la pista de un asesino en serie, es muy importante». Sacó incluso la placa, ¿sabes? Con el tobillo fracturado por tres sitios y saca la placa dentro de la ambulancia que la está llevando al hospital. Y porque la pistola no la llevaba encima…

—Pero, señora, señora… —Ana intentaba encontrar un resquicio en el torrente de sílabas, palabras y frases que salían de la boca de esa mujer.

—… no la lleva nunca si está con sus sobrinos, que con los niños puede ser

peligroso, pero eso, que no la llevaba, porque, si no, la saca. La saca ahí en medio de la ambulancia. ¿Te imaginas? Pum, pum, soy policía y aquí se hace lo que yo digo.

—Señora, señora…

—Vamos, que con lo que le dolía el tobillo y la obsesión que tenía por hablar contigo casi se le va la cabeza. Bueno, encantada de saludarla. ¡Ay, madre! Que le he estado hablando de tú todo este rato y usted es la jefa de mi hija, perdone, señora, perdone. Tengo que dejarla, que la están operando, a usted no, claro, a mi hija, y quiero estar pendiente de cuando salga el cirujano a contarnos qué tal ha ido.

Y colgó. Ana miró atónita al teléfono, como si no pudiera creerse la conversación que acababa de tener. Se quedó quieta, de pie, frente a las máquinas de pago de los tickets de aparcamiento. Treinta y seis euros marcó la pantalla. Pagó con la tarjeta de crédito y volvió a llamar al móvil de Charo.

—Hola —contestó otra vez su madre.

—¿Señora? Oiga, soy Ana Arén, de nuevo. De la Policía —añadió, por si acaso.

—Sí, sí, Ana jefa, ya lo he visto en la pantalla, por eso he descolgado el teléfono. ¿Qué quiere ahora? Ya le he dicho que Charini está en quirófano.

—Oiga, no la molesto, solo una cosa. ¿No tenía usted un mensaje para mí? ¿No le dio Charo un mensaje, ese tan importante que tenía que decirme?

—¡Ahí va! Pues claro. Si es que no sé dónde tengo la cabeza. Espere. Me lo apunté y todo. Espere. Sí, aquí, en un folleto de *pizza* a domicilio, el único papel que llevaba en el bolso, ¿sabe? Aquí está. Mire. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

—¿Cómo?

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Eso es lo que me dijo mi hija que te dijera. Esos números. Del uno al ocho. Apuntaditos aquí los tengo.

—¿Solo eso? —Ana estaba perdida, ¿qué quería decirle Charo?—. ¿No le contó para qué servían?

—No. Me dijo que eran la llave, o algo así, la llave o la clave, que usted sabía. ¿No será de algún móvil? Como el de mi marido, que vaya bronca le ha echado mi hija, porque resulta que tenía en el móvil la contraseña esa fácil, que todo el mundo te la puede adivinar, vamos, uno, dos, tres, cuatro, y Charini diciéndole que menudo tonto, que si le robaban el móvil se lo desbloqueaban enseguida y todo eso. Y Manolo contestándole que anda que no hay gente que deja las contraseñas que vienen en los aparatos, que vaya lío cambiarlas, que él no era el

único. Y justo ahí es cuando mi hija se ha roto el tobillo. Yo creo que se ha puesto nerviosa con la discusión con su padre y, claro, ha perdido el ritmo de la comba y se ha caído.

Ana ya no escuchaba. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Si Charo estaba en lo cierto, y ella había interpretado bien su mensaje, esa era la contraseña del mayordomo de la duquesa. El asistente virtual que podría haber grabado el momento de su asesinato.

41

¿Qué vinculaba a todas esas personas? ¿Qué tenían en común para que alguien hubiera querido matarlas? Seis cadáveres, tres formas de asesinar diferentes y tres escenarios del crimen. Pero una sola línea temporal —si no teníamos en cuenta la incursión del siluro, que adelantó la aparición de uno de los cuerpos— y dos secuencias de pistas que confluían en una sola persona. ¿Qué estaba queriendo decirles el asesino?

Quizá el asistente virtual de Mónica Spinoza arrojara algo de luz en todo el asunto. Con Charo en quirófano, tenía que ser ella misma la que descargara el contenido de la memoria. Miró el reloj del tablero frontal del coche. Pasaban varios minutos de las diez de la noche. No encontraría a nadie en el almacén de pruebas. Cogió la M-30 dirección oeste. A casa. Ya no podía hacer más en las próximas horas.

O eso pensaba ella.

Dos llamadas de teléfono iban a perturbar su noche. La primera, de PéBé.

—Ana, ¿dónde estabas? No tenías cobertura.

—Magistrado, buenas noches —respondió ella, educadamente, intentando discernir por el tono de la voz de PéBé si la llamada era de carácter amistoso o no. Quizá había descubierto dónde se había producido la filtración de las identidades de los muertos en el ascensor—. ¿Qué sucede?

—¿Has leído el último informe de la científica?

—No —respondió, descolocada—, debo de tenerlo en el correo electrónico, pero he estado todo el día en Barcelona y no he podido ver nada.

—Ha llegado esta tarde. Quería comentarlo contigo. La científica confirma que hay restos de las víctimas en las paredes del foso desde la sexta planta, porque al caer chocaron contra el hormigón en algunos puntos.

—Con lo que ya no hay dudas de que todos se precipitaron desde esa altura.

—Todos no —la corrigió el magistrado—. Todos no. A nuestro muerto sin identificar lo tiraron desde la planta baja, directamente al foso.

—¿Cómo? —Nadie le había contado nada de eso a Ana. ¿Por qué no la habían

llamado? Ella dirigía la investigación.

—Magistrado, ¿quién te ha mandado el informe? Tenía que haber pasado antes por mis manos.

—Tu jefe —contestó él, con toda tranquilidad.

El jefe, claro. Ruipérez sabía que ella estaba fuera y no había dudado en saltarse a Ana para hacerla quedar mal ante el juez instructor. Típico. Intentó serenarse. No quería que PéBé notara su enfado.

—El cuerpo número cuatro tiene, como los otros, heridas que coinciden con una caída a gran altura —reflexionó.

—Porque lo debieron de matar así —razonó PéBé—, o se murió así, con una caída a gran altura, aunque en otro lugar y una semana antes que el resto.

—Pero dices que lo tiraron desde la planta baja.

—Sí, eso es lo que pone en el informe, que han encontrado restos suyos en la guía inferior de la puerta corredera, un trozo de hilo que pertenece a la sudadera blanca que llevaba.

Ana cerró los ojos. No podía creer tanta crueldad.

—Sabes lo que eso significa, PéBé, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Pues a que nuestro asesino abrió las puertas de la planta baja y arrojó al cadáver número cuatro cuando los otros ya habían caído.

—Sí, eso ya lo hablamos, Ana, ese cuerpo estaba encima de los demás.

—Encima incluso de Miguel Ángel Malabar. Recuerda que él sobrevivió a la caída y agonizó durante horas. Malabar vio las puertas abrirse justo encima de él y debió de pensar que llegaba la ayuda. ¿Te imaginas? Debió de gritar socorro, o sácame de aquí. Algo. Quizá incluso le vio la cara a su asesino. Pero como respuesta solo recibió un cuerpo cayendo sobre él, terminando con todas sus esperanzas de salir vivo de allí, sabiendo que agonizaría hasta morir. No me extraña que llorase. —Ana recordó lo que le había contado la forense sobre los restos de lágrimas en la piel de la cara de Miguel Ángel Malabar.

Se produjo un larguísimo silencio. Ninguno de los dos fue capaz de hablar. La escena se repetía en sus cabezas. El nivel de sadismo que implicaba iba más allá de lo que podían imaginar.

—Eso es terrible, Ana.

—Terrible, sí —contestó ella. Se estaban enfrentando a un monstruo. Prefirió callar, de momento, lo que había averiguado esa tarde. Que ese mismo sádico era también el responsable de varias muertes más. Y que estaban ante un peligrosísimo asesino en serie.

La segunda llamada de teléfono de esa noche empezó por un mensaje de texto. «¿Es muy tarde para llamarte?», le preguntaba Josep Gual. «No, qué va», le contestó Ana, a pesar de las protestas de Joan, que había recalentado la cena dos veces ya.

—Te llamé hace un par de horas —dijo el forense nada más descolgar la llamada—, pero me saltó al buzón, imaginé que ya estabas volando. No quise dejarte un mensaje porque prefería comentártelo en persona. Hay una cosa que se me ha pasado por alto. Esta tarde estábamos tan centrados en el cuerpo de la chica y en la pulsera, en las pistas del asesino, que no te conté algo fundamental.

—¿El qué?

—Hubo un sospechoso, un detenido, de hecho. Los Mossos apuraron las setenta y dos horas antes de llevarlo al juez, buscando pruebas, pero su señoría consideró que no eran suficientes para mandarlo a prisión preventiva. Y lo dejó en libertad sin cargos.

—¿Quién?

—No me acuerdo de su nombre. Solo del apodo que tenía. Muy curioso. El Carquinyoli.

—Eso es un dulce, ¿verdad? —preguntó Ana, mientras le decía por señas a Joan que volviera a llevar la cena al horno porque la conversación iba a ser larga. Él la miró con cara de circunstancias e hizo un gesto de resignación levantando los hombros y frunciendo la boca.

—Sí, es una especie de galleta con almendras que se toma de postre, con vino dulce. En el pueblo donde apareció el cadáver son típicos, de los mejores que se hacen. *Carquinyolis* de Sant Quintí.

—¿Qué pruebas tenían contra él?

—Acabo de hablar con uno de los mossos que lleva el caso, porque está bajo secreto de sumario, para que me cuente. Has tenido suerte de que lo localizara, porque esta noche no es fácil dar con la gente. Él está divorciado y hoy no le tocaban los niños, así que nada de cabalgatas de Reyes ni de envolver regalos.

—¿Y? —se impacientó Ana. Qué manía tenía la gente de no ir directa al grano.

Tres días después de la aparición del cuerpo de la chica, los Mossos habían detenido a uno de los vecinos del pueblo, un hombre de cincuenta y nueve años con antecedentes por robo, trapicheo de droga, amenazas, coacciones y casi todo el catálogo de delincuencia menor del código penal. El Carquinyoli era un viejo conocido de las comisarías, un delincuente de poca monta breado en las cloacas.

—Un marginado del sistema, irrecuperable ya para la sociedad —siguió

contándole Gual, mientras iba leyendo las notas que había tomado sobre el caso —. Tiene tres hermanos, todos delincuentes como él, una empresa familiar en la que, en vez de asar pollos, se saltan la ley. Esos niños comenzaron a delinquir casi antes de empezar a andar y se han dedicado a ello toda su vida con una actitud inasequible al desaliento o las condenas que les han ido cayendo a casi todos.

—¿Por qué lo detuvieron? Al Carquinyoli, digo —interrumpió, impaciente, Ana.

—Ya te he dicho, por un montón de delitos, drog…

—¿Por qué lo detuvieron en relación al asesinato de la chica del lago? —Se tuvo que contener para no sonar desagradablemente cortante.

—¡Ah, sí! Pues porque en la pulsera se encontraron restos de ADN. En realidad, un minúsculo resto de ADN enganchado al cierre de uno de los eslabones de la pequeña cadena con la que se cierra. Todo cuadraba. Delincuente habitual y encima vivía a pocos kilómetros del lago.

—Tendré que hablar con él. ¿Está en prisión preventiva? ¿En qué cárcel?

—Lo vas a tener difícil.

—¿Por? —Solo tenía que convencer al juez instructor del caso de la posible vinculación de ese crimen con la cadena de asesinatos que se habían producido en Madrid. Y eso no iba a ser complicado vista la doble conexión de pistas entre todas las muertes—. Quizá mañana mismo pueda tener el permiso del juez y el ok del Departament de Presons de la Generalitat.

—Ana, no te van a dar ningún permiso porque no hay ningún permiso que dar. Ya te he dicho que el juez lo dejó en libertad por falta de pruebas y él aprovechó para desaparecer. —Mierda. ¡Mierda!—. Y siento decirte que se negó a declarar. Ni ante los Mossos ni ante el juez. Solo repitió que era inocente y que no sabía nada. Su abogado argumentó que ese trocito de ADN, un minúsculo resto de piel, apenas del diámetro de un cabello, se enganchó a la pulsera en el agua. Que su cliente se baña mucho en el lago, aunque sea invierno, y que la muestra se contaminó. Pero nunca lo sabremos.

Su única pista. Su única pista fiable hasta el momento y se desvanecía antes siquiera de poder seguirle el rastro.

—No, nunca lo sabremos —repitió en voz alta Ana.

—No. O le puedes preguntar a tu amiga. Examiga. A esa tal Inés.

¿Qué acaba de decir el forense?

—¿Perdona? Te he entendido mal. Tengo una cobertura regular en casa.

—A Inés —repitió él más despacio, como si le estuviera hablando a un niño

pequeño—. Igual ella te da alguna pista. Leí en la prensa que antes de su detención erais íntimas. Se contaron muchas cosas esas semanas.

—No creas todo lo que lees —respondió Ana, cortante y mentirosa—. No éramos amigas, solo nos conocíamos por el trabajo. —Era mejor negar la realidad que tener que explicarla—. Por otro lado —añadió—, creo que te confundes. Inés está en la cárcel desde julio. Y a esa chica la asesinaron a principios de diciembre. Es imposible que ella sepa algo. Los crímenes se han cometido mucho después.

—Mira, Ana, me da igual la relación que tengas con la reclusa más famosa de España. Solo te lo he contado porque creía que erais amigas y que podías recurrir a ella en busca de información para este caso. Si alguien sabe algo del Carquinyoli es ella. El mosso con el que he hablado me contó que hace como unos ocho meses Inés le llamó para que le pasara el contacto de varios delincuentes irrecuperables, de esos que llevan toda la vida entrando y saliendo de la cárcel. Quería escribir un libro, o quería ideas para un libro, o algo así.

Ana repasó mentalmente el calendario. Diez meses antes, marzo del año anterior. Inés había vendido cientos de miles de ejemplares de su primera novela, *Un bosque espeso*, y necesitaba desesperadamente una gran idea para su segundo libro. Ana lo sabía porque en esa búsqueda de historias Inés también la había llamado a ella. «La presión es brutal —le contó—, mi editor amenaza incluso con demandarme, firmé un contrato por dos libros, he cobrado un anticipo millonario que me he gastado ya en una casa que ahora no puedo vender porque vale mucho menos, y necesito alguna idea magnífica para el segundo. Tras este éxito tengo que salir con algo igual de grande o, al menos, que lo parezca, me juego mi reputación y yo vivo de eso, de mi reputación como periodista y ahora también como escritora».

—Mi amigo mosso —continuó explicando Gual al otro lado de la línea telefónica— me ha contado que le pasó a Inés varios contactos, y sospecho que también los informes policiales, aunque está prohibidísimo, pero ya sabes las cosas que a veces hacemos por los periodistas. De todos esos delincuentes, Inés escogió al Carquinyoli, y se reunió varias veces con él. No sé si le pagó, o le prometió algo a cambio, pero a mi amigo le contó luego, excitadísima, que el tipo era una fuente inagotable de historias delictivas y que le había contado cosas sorprendentes que se remontaban incluso a varias décadas atrás. Le explicó que había grabado todas las entrevistas y que tenía un dosier enorme. Que conocía a ese hombre, lo que había hecho y sus compañías mejor de lo que se conocía él mismo.

—Así que si hay alguna conexión…

—… si hay alguna conexión con un asesino en serie, Inés tiene que saberlo. Porque este tipo de crímenes no se preparan en un mes.

Colgó el teléfono.

El miedo que sintió entonces solo era soportable porque la alternativa no lo era.

La alternativa era dejar que siguiera muriendo gente.

El miedo era volver a ver a Inés.

42

Eran las diez de la mañana cuando Ana entró en la cárcel de mujeres de Alcalá Meco para visitar a Inés. Las diez de la mañana del día de los Reyes Magos, menuda ironía. Mientras en todas las casas del país se abrían los paquetes que habían dejado esa noche sus majestades, el regalo que le tocaba a ella era bajar al infierno. Llevaba seis meses sin verla. La última vez que sus cuerpos estuvieron físicamente cerca Inés pasó por delante como un fantasma. Ana quiso alargar la mano, tocarla, sacudirla. Hacer algo, lo que fuera.

—Inés.

Cabeza gacha, ojos entornados, mirada ausente. Una persona vuelta para dentro como un calcetín del revés. Le habían esposado los brazos a la espalda. Ana ni siquiera podía asegurar que se hubiera percatado de su presencia. Quiso volver a llamarla, pero el segundo Inés se quedó atascado en su garganta mientras ¿su amiga? desaparecía tras la puerta de una sala de interrogatorios a la que Ana no tenía acceso.

Lo había prohibido. No permitió que estuviera en ningún momento. «Confesaré, pero si está ella —y con ese ella se refería, todos lo entendieron, a Ana—, no hablaré —avisó—. Si aparece aunque sea un solo momento no diré nada, no me derrotareis, os conozco bien, he visto muchos interrogatorios, no me doblegaréis. Y sin mi palabra no tenéis ni una maldita prueba sólida». Ana fue apartada del caso y durante seis largas horas de un caluroso día de julio Inés habló, contó lo que tenía que contar y después bajó la cabeza y calló. Calló ante el juez. Ante sus abogados. Ante la fiscalía. Calló como si le hubieran cosido la boca con gruesas tiras de esparto. La famosa periodista de sucesos se metió en esa prisión que era ella misma y se aisló del mundo.

Acabó el verano. Pasó el otoño. Llegó el invierno.

Y durante el invierno Ana tuvo que hacer lo que nunca pensó que tendría fuerzas ni ganas ni voluntad para hacer: llamar al director de la cárcel y pedirle una visita con Inés. «No le digas que soy yo, por favor —le suplicó—, no le digas que soy yo porque no va a querer verme, y solo si hablo con ella podré

salvar la vida de algunas personas».

Entró en prisión con una náusea ahogándole la garganta. A cada paso que daba hacia la sala donde quizá la esperaba Inés —«No te puedo garantizar nada —le había contestado el director—, no le diré que eres tú, pero no quiere recibir visitas, ni siquiera de su madre»—, la ansiedad iba cerrando un poco más sus vías respiratorias, ahogándola como si alguien estuviera robando el oxígeno a su alrededor.

No era la primera vez que entraba en una cárcel, claro. Ana visitó su primera prisión tan solo dos meses después de salir de la Academia de Policía. Iba muerta de miedo, y más cuando el guardia que le tomó los datos en el acceso le dijo que pasara al despacho del director. Se llamaba Manuel. Cerró la puerta tras ella dejando fuera al guarda —«Ya me han dicho que eres novata, que es la primera vez que entras a prisión, así que te voy a explicar unas cosas»— y le pidió que se sentara junto a él en una vieja silla de plástico que acomodó a su lado.

—Creerás que yo, como todo director de prisión, soy un psicópata con toneladas de mala leche. Es lo que has visto en el cine, ¿no?

Ana enmudeció, cohibida por la franqueza avasalladora de ese hombre. Él siguió mirándola, sin decir nada, esperando alguna reacción por su parte. La única visible que fue capaz de emitir, segundos después, consistió en un movimiento corto y enérgico con la cabeza. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Con los ojos como platos, como una niña asustada que cede y se come el brócoli ante el temible castigo con el que la amenaza mamá.

—Bueno. Déjame que te cuente cosas importantes si vas a seguir viniendo a visitar las cárceles —continuó entonces el director—. En contra de lo que se cree fuera de estos muros, los presos, salvo contadas excepciones, son todos una panda de grandes chivatos —siguió contándole Manuel—. Pero quieren guardar las apariencias ante sus compañeros. Y ante ti. Te harán sufrir, querrán parecer duros, pero les encanta chivarse. Ni te imaginas la cantidad de citas entre presos y policías que concertamos en las cárceles. Eso sí, con discreción absoluta.

Y eso hizo Ana desde ese momento. Cada vez que entraba en la cárcel a visitar a uno de esos presos chivatos lo hacía camuflada con las visitas como un familiar más, para que nadie sospechara por qué ese compañero abandonaba el módulo.

—Nunca enseñes la placa, nunca digas que eres policía. Lo último que quiere parecer un chivato es precisamente lo que es, un chivato, por eso hay que darle una coartada para llevárselo a una sala. Tengo un vis a vis con mi mujer, o con

mis hijos, o con mi novia, dirán ellos a sus compañeros. Y, como medida de protección extra, cada vez que entres en la cárcel pide que tu visita no quede registrada.

Ana miró con extrañeza a ese hombre, el primer director de una cárcel que conocía en su vida. En ese momento no concebía saltarse ni una coma y ese hombre le estaba diciendo que las cosas se hacían fuera de las normas.

—No te extrañes, lo hacemos casi siempre —le explicó Manuel, reconociendo esa cara de incredulidad y miedo—. Es una pequeña trampa en aras de la defensa de los ciudadanos y las buenas relaciones entre la institución que yo represento y la que tú representas. A la Policía y a prisiones nos interesa llevarnos bien. Ven, acompáñame —le dijo, levantándose de la silla y saliendo del despacho.

Entonces Ana oyó un sonido que no olvidaría en la vida: las puertas cerrándose tras ella. El choque metálico de las cancelas —clang, clang, clang— era una sensación abrumadora incluso para quien sabe que va a salir de allí en un rato. Sentir que el mundo se cierra a tu espalda una y otra vez va cortando drásticamente todos tus lazos con la vida que has conocido, vivido, amado y odiado hasta ese momento. Los reclusos, sobre todo los novatos, sienten como si los arrojaran al fondo del mar en un saco del que no pueden escapar. La sensación de ahogo es real.

—Y es peor en la celda, cuando la puerta se cierra. Sentir que no puedes salir de una habitación cuando quieres genera muchísima angustia. —El director calló durante dos segundos, pensando lo siguiente que iba a decirle a esa policía novata. Fue una propuesta—: ¿Quieres meterte en una celda? ¿Quieres probar la sensación? Tenemos ahora mismo una zona desocupada, en obras.

Pero no, Ana no se metió en una celda. Ni esa vez ni ninguna otra. Y nunca volvió a conocer a ningún otro director de prisión como Manuel, a quien le tendría que agradecer eternamente todos los consejos que le dio en esa primera visita.

Dieciséis años después, esa mañana del día de Reyes, Ana también entró en la cárcel con las familias de los presos. Pero nunca como en ese momento le pesaron tanto las puertas que se cerraban a su espalda. Porque cada una de ellas la conducía hacia donde no quería ir.

Hacia Inés.

Que estaba detrás de esa puerta que le señaló el funcionario de prisiones. O eso temía Ana. Que estuviera.

43

Cincuenta y tres archivos de audio en total. Podía imaginar mil millones de maneras mejores de pasar una fría mañana de un viernes festivo que hurgando en ese trasto —dormir era su preferida, por supuesto, aunque una buena película tumbado en el sofá no estaba tampoco mal—, pero le había prometido a Ana que escucharía los secretos del mayordomo virtual de la duquesa, por si accidentalmente había grabado algún sonido relacionado con su asesinato. El cometido había caído sobre Joan como arrojado por una maldición bíblica; él era la única opción que le quedaba a Ana en esos momentos, y a ella no podía fallarle. Solo Charo sabía que aquel aparato podía guardar algún secreto o incluso la pista definitiva, pero en esos momentos la agente de Policía seguía en una sala de recuperación de un hospital después de una complicada cirugía de reconstrucción de tobillo, y Ana no se fiaba de nadie, o no se fiaba lo suficiente de ninguno de los integrantes de su nuevo equipo. No porque lo fueran a hacer mal, sino porque temía que la fuerza de la costumbre o el miedo a la cadena de mando —al fin y al cabo, ella era la nueva— hicieran que lo que hubiera allí acabara antes en las manos de Ruipérez que en las suyas, y que, dependiendo de a quién incriminara la grabación, los resortes del poder empezaran a moverse como las piezas del engranaje, girando y haciéndose girar una tras otra, hasta incluso —no quería ni imaginárselo— hacer que la investigación se diluyera.

Esa noche Ana apenas había dormido, Joan la sintió dar vueltas, nerviosa, en la cama, buscando una postura que le permitiera conciliar por fin el sueño, pero ninguna parecía servirle. Intentaba moverse sobre el colchón como si no pesara, deslizándose lentamente sobre la sábana bajera para no despertarlo. Varias veces a lo largo de la madrugada él alargó su mano hasta tocar la de ella, la abrazó, se acurrucó a su lado, pero siempre haciéndose el dormido, como si eso —buscarla en la noche y acercarse irremediablemente a ella— fuera una reacción animal de su cuerpo en sueños. Porque Ana podía soportar su insomnio, pero era incapaz de soportar —como si eso fuera un peso más en su conciencia— que esa noche en vela le despertara a él. Por eso Joan había aprendido a fingir que dormía, para

no torturarla aún más.

A las seis de la mañana Ana no pudo más y se puso en pie.

—¿A dónde vas? —Joan alargó el brazo para tocarla cuando sintió que se levantaba.

—Sigue durmiendo, bonito —susurró ella, intentando no despertarlo del todo, sin saber que en un largo duermevela había reseguido sus movimientos durante buena parte de la noche.

—Aún es pronto —consiguió articular él, mirando el móvil que reposaba sobre la mesilla de noche—, hasta las diez no podrás entrar en la cárcel. Quédate un rato más descansando. Necesitas dormir. Ven, abrázame.

Ella le dio un beso, suave, largo y cálido como el despertar de una siesta de verano.

—Voy a la base a buscar una cosa. Intenta descansar un poco. Es fiesta. Pero no tardo mucho, no habrá tráfico. De vuelta traigo el desayuno y te pido un favor.

Lo que hora y media después Ana llevó a casa, aparte de pan recién hecho y unas lonchas de jamón ibérico cortadas bien finas, fue una pequeña memoria digital, un USB con forma de cacerola en el que estaba impreso el logotipo de una conocida marca de sopas.

—¿Esto qué es? ¿El menú de la semana o un curso de cocina? —intentó burlarse él.

—Si fuera un curso tendríamos que hacerlo los dos —sonrió Ana—, para ver si mejoramos un poco nuestras habilidades culinarias. Pero no. Es que es el único *pendrive* que he encontrado en el despacho. Aquí tienes —lo alargó hacia él, colocándolo junto a la taza de café—, la memoria del asistente virtual de Mónica Spinoza.

—¿Cómo la has logrado? —preguntó Joan mientras untaba una rebanada de pan con tomate rojo bien maduro—. No tenías manera de acceder a ella. Ya lo habías intentado. ¿Quién ha conseguido desbloquearlo?

—Se le ocurrió a Charo. Nos volvimos locas probando cientos de contraseñas, ya te lo conté, y al final resultó que era la más fácil, la que viene por defecto en el sistema. La duquesa no se había molestado en cambiarla. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Tantas precauciones para todo y luego no protege algo tan básico. Esta mañana he recogido el dispositivo del almacén de pruebas y, *voilà!*, he podido acceder a la nube y volcar los datos.

—Muy bien, inspectora jefa. Muy bien. Veo que se te está pegando lo bueno. —Ana sonrió con tristeza, sin levantar la vista del plato—. ¿Estás preocupada?

—Estoy nerviosa.

—No me extraña. ¿No has vuelto a saber nada de ella?

—No. Bueno, sí. Sigo toda la instrucción del caso, estas semanas he ido preguntando a mis antiguos compañeros y al inspector jefe que me sustituyó en la UFAM. Pero nada más.

—Erais amigas, no olvides eso. Haya hecho lo que haya hecho Inés, erais amigas, y tienes que aprovechar ese vínculo. La conoces mejor que casi todo el mundo.

—Y ella me conoce a mí —rebatió Ana—. Le he contado muchas veces cómo rompemos a los malos en los interrogatorios. Me verá venir.

—Solo si tú quieres que te vea venir.

Terminaron de desayunar en silencio. Con tiempo suficiente para llegar a la cárcel, Ana se levantó y besó a su novio. Y al pensarlo la palabra le sonó extraña, casi fea. Novio.

—Te veo en un rato —le dijo mientras le acariciaba la mejilla derecha—, espérame para comer.

Él la miró, resignándose a que esa comida juntos tuviera que posponerse varios días.

—Ana —Joan la llamó mientras cruzaba la puerta—, solo una cosa: que no se te olvide nunca que creo en ti. Hagas lo que hagas. Pase lo que pase. Siempre creeré en ti. Empieza tú también a creer en ti misma.

Ella le sonrió desde el quicio, ya con la mano en la empuñadura para cerrar la puerta. Pero a él le pareció que bajaba la mirada como un corderillo que se sabe camino del matadero, con resignada tristeza hacia su destino.

Minutos después, una vez recogida y despejada la mesa del salón, Joan empezó a volcar el USB a un disco duro externo, para trabajar con mayor rapidez, separando en una carpeta los archivos de sonido, esos en los que suponía que se había grabado algún tipo de conversación. Abrió uno, al azar. Y soltó una carcajada al darse cuenta de lo que estaba escuchando. Gemidos. Al principio, solo de hombre. Después se unió una garganta femenina que no solo gemía, sino que borboteaba palabras de deseo, pronunciadas —le pareció a Joan— más para excitar a su compañero que como proyección de su propio placer. Imaginó que ella era la duquesa. La voz de él le sonaba, aunque no sabía de qué, no acertaba a identificar quién era. Pero no tuvo que pensar mucho porque enseguida salió de dudas. Mónica Spinoza pronunció bien alto y bien claro el nombre del hombre con el que se estaba compenetrando tan aparentemente bien. Joan lo reconoció enseguida. Era uno de los cinco de la agenda del teléfono

secreto de la duquesa. Para que no hubiera dudas, ella insistió. «No sabes cómo me excita que me hagas esto sabiendo la mentira que le has contado a tu mujer para venir a verme», le dijo a su amante, que seguía la respiración entrecortada por la lucha cuerpo a cuerpo para conseguir un orgasmo. El micrófono debía de estar cerca, muy cerca de la cama, quizá en la mesilla de noche, porque había registrado todos los tonos de la fricción de las pieles y un oído atento podía incluso distinguir cuándo la humedad de ciertas partes del cuerpo se interponía entre ellas lubricando el placer. Por si eso no diera suficientes pistas de por dónde iba la cosa, Mónica Spinoza se puso enseguida a describir la escena, como si fuera la audioguía de una película para ciegos. «¡Dios, el pezón!, me podría correr solo con la manera en la que me lo lames, no pares, por favor, ufff, así, así, madre mía, con la lengua, así, ahora chúpalo. Más». Seguían unos quince segundos de jadeos. Después, el amante debió de bajar la mano hasta la entrepierna de ella. «No, no me toques aún, voy a estallar, y no quiero todavía, quiero notarte bien duro dentro de mí, hasta el fondo, quiero aguantar hasta correrme contigo». Él se volvió loco. Encadenó gemidos con frases que pretendían ser obsceno generador de deseo, pero que parecían sacadas de una mala película porno.

La grabación terminó pronto. El sistema estaba programado por defecto para registrar solamente dos minutos de sonido cada vez que se activaba, así que se quedó sin saber —aunque no era difícil de imaginar— el final de la sesión de sexo.

—Anda que no era lista la duquesa —pensó en voz alta. A saber para qué usaría luego ese documento de audio. O el resto. Porque estaba convencido de que había más grabaciones así entre los archivos que se había descargado. Quizá incluso en la habitación hubiera también alguna cámara oculta. Tendría que decirle a Ana que hicieran otro rastreo. Con un poco de suerte igual hasta tenían grabado el asesinato.

Antes de seguir hurgando en los demás archivos de sonido, Joan buscó en el resto de las carpetas. Tenía curiosidad por una cosa. Estos dispositivos empiezan a grabar cuando se les da una orden, si no, se volverían locos. ¿Cuándo saber que una pregunta iba dirigida a ellos y no a otra persona? ¿Cómo adivinar si tenían que contestar a «¿Qué películas se estrenan hoy en el cine?» o «Dime un sitio cercano donde hagan buenas *pizzas* y las sirvan a domicilio»? Si no pudieran discriminar, se pasarían todo el día contestando e interviniendo en las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. Algunos propietarios les ponían nombre, como a una mascota. «Chancho, busca un taller mecánico cerca

de la oficina». Otros los activaban con palabras clave. «Bicho. ¿Va a llover esta tarde en Madrid?».

¿Qué palabra había utilizado Mónica Spinoza para activar la grabación sin que sonara extraña? Tenía que ser algo lo suficientemente genérico como para que pudiera pronunciarse en situaciones diversas —tan diversas incluso como un encuentro sexual— sin llamar la atención. Se puso a buscar. Afortunadamente, Ana había volcado en el USB no solo el contenido de las carpetas archivadas en la nube, sino también parte del sistema operativo del propio asistente virtual. Y ahí estaba.

Le dio otro ataque de risa al escuchar el pequeño fragmento con la voz de la duquesa, la llave de la caja fuerte, la frase clave que activaba el sistema de grabación. No podía ser de otra manera. Claro. Eso encajaba en cualquier situación. Incluso en un polvo. Solo había que darle la entonación adecuada.

«¡Ay, Dios!».

44

Se había cortado el pelo. Fue lo primero que notó. La larga melena castaña que tanto le gustaba lucir en televisión había desaparecido. Ahora el cabello le caía, despuntado e irregular, hasta justo por debajo de la mandíbula. La idea no era mala, pero estaba mal ejecutada, como si algún aprendiz hubiera ido seccionando los mechones con unas tijeras de cocina mal afiladas. Inés se lo había apartado de la cara colocándoselo tras las orejas. Para ver bien, supuso Ana. Para verlas venir.

Aunque en ese momento no daba la sensación de que sus ojos mirasen a ningún sitio en concreto.

La mirada de Inés se perdía sobre la mesa frente a la que la habían sentado, sumergida en alguno de los desconchones que se repetían aleatoriamente por la superficie blanca del tablero de metal. Los músculos de su cara fingían estar relajados, el cuerpo también, como si se hubiera quedado dormida con los ojos abiertos. Pero era todo una ficción. Estaba alerta, como el monstruo que disimula antes de saltar sobre su presa.

Ana se quedó de pie junto a la puerta, en lo que parecía el juego de ignorarse el máximo tiempo posible, a ver quién aguantaba más. Inés, empezaba a entenderlo, trataba de forzarla a dar el primer paso. Y el segundo. Y el tercero.

No se lo iba a poner fácil.

Empezó a caminar hacia ella. «Son solo tres metros —calculó—. Solo tres», se repitió machaconamente para darse ánimo. Pero eran los tres metros más difíciles de recorrer de su vida.

—Éramos amigas.

Inesperadamente, Inés habló. Antes de que Ana salvara la distancia que las separaba, Inés habló. Fue como sentir un puñetazo en el estómago. Éramos amigas. Una bomba lanzada al aire, estallando entre las dos.

Pero a pesar del destrozo que había provocado con sus palabras, o quizá porque conocía exactamente el alcance de la destrucción, Inés continuaba sin levantar la vista.

Ana no iba a responder a esa provocación. No, de momento. Dio un último paso, se sentó frente a ella y se tomó su tiempo para recorrer los contornos del cuerpo de esa mujer. El corte de pelo distraía otros cambios que se habían operado en ella. Inés parecía mayor, pero a la vez más joven. Desprovista del artificio de la ropa elegante y el maquillaje caro, vestida con una sencilla sudadera gris y unos vaqueros anchos, había rejuvenecido. O quizá era el peso de la confesión lo que se había quitado de encima, como si cargar con un secreto así nos acercara a la muerte. Sin embargo, al mismo tiempo la cárcel la había cambiado, añadiendo capas de vida a la que ya traía del mundo exterior.

—¿Cómo estás?

No era eso lo que quería decirle. No era así como se había planteado empezar la conversación. ¿Cómo estás? ¿Qué narices se le había pasado por la cabeza? ¿Qué manera era esa de comenzar un interrogatorio?

Pero, de alguna forma, funcionó. Primero fueron los ojos de Inés los que empezaron a moverse, recorriendo una línea recta imaginaria desde el punto en el centro de la mesa donde estaban posados hasta la esquina izquierda. Cuando ya parecía que la mirada iba a perderse hacia el fondo de la habitación, viraron a la derecha, hacia Ana, para ir subiendo poco a poco. Pero Inés pasó de largo, como si fuera a otear el mundo desde algún tipo de superioridad moral, consiguiendo, con un solo gesto, transitar de la indiferencia al desprecio. Irguió la espalda, dejándola recta y firme como una bailarina de ballet.

—¿Se supone que te tengo que contestar a eso?

—Era solo una pregunta educada —acertó a contestar Ana, desubicada como si alguien la hubiera sacado a golpes de la conversación.

—Educada. Sí. Claro. Educada.

—Mira, Inés…

«Mira, Inés, ¿qué quieres que haga? ¿Qué quieres que te diga? Estoy aquí, frente a ti. Y, joder, soy policía. Tú estás al otro lado. Con los malos. ¿Es que no te das cuenta de lo que hiciste? ¿No eres capaz de procesar el daño que has causado? ¿Qué iba a hacer yo? ¿Cubrirte? ¿Mirar a otro lado? Yo no te metí en esta cárcel, te metiste tú solita, Inés. Tú solita. ¿Cómo no eres capaz de entenderlo? Me he pasado meses sin poder levantarme de la cama por ti, he estado a punto de quitarme la vida por lo que hiciste, he querido prender fuego a la casa, romper las paredes a puñetazos hasta destrozarme las manos, matar a alguien, incluso. Y lo peor, lo peor, es que ha muerto un niño. Ningún dolor puede compararse. Un niño. ¿Es que no eres capaz de darte cuenta?».

Pero no le dijo nada de todo aquello.

—Mira, Inés… yo… lo siento.

—¿Sientes qué? ¿Delatarme? ¿Vender a tu amiga? ¿Meterme aquí dentro?

Pues sí. Claro que lo sentía. Y ese era el problema. Que por primera vez en su vida, en todos los años que llevaba ejerciendo de policía, la línea entre el bien y el mal se había desdibujado para Ana Arén. Nunca había tenido ni el más mínimo atisbo de remordimiento al detener a alguien. Más bien alivio, una sensación de triunfo que no se podía equiparar a nada en la vida. Y, ¿por qué no?, también orgullo. La persecución del delincuente es una batalla entre tu inteligencia y la de la presa a la que estás dando caza. Se convierte en algo personal. Una lucha de egos. Con Inés fue distinto. Descubrir lo que había hecho su amiga la dejó en estado de shock. Contárselo a sus compañeros, detenerla y llevarla ante el juez requirió una fuerza de voluntad que hasta ese instante no supo que poseía. Se hubiera cortado un brazo antes de tener que hacerlo. Pero lo hizo.

Aunque tampoco le dijo nada de todo aquello.

Tenía que retomar el control.

—Siento que seas una criminal. Y no por ti, precisamente. Eso ya se me pasó. Ese dolor ya se fue. —La miró fijamente a los ojos, sin parpadear, apretando la mandíbula—. Lo siento por toda la gente a la que le has hecho daño. Que quizá, ahí en tu nube, no te llegas a imaginar cuánta es. Quizá ahí en el mundo de piruleta en el que vives te estés engañando a ti misma. Pero fíjate bien dónde nos encontramos, a qué lado de la mesa estamos cada una. Tal vez eso te haga comprender un poco cómo están las cosas ahora mismo.

Cuando atacas a quien intenta ser león, se vuelve cordero. A veces no hay como plantar cara al abusón.

—Tú me metiste aquí. —La mirada de Inés empezaba a cambiar.

—Tú solita te metiste aquí dentro.

—¿A qué has venido? ¿A regodearte?

Ana le hizo una seña al funcionario que aguardaba junto a la puerta.

—Por favor, sal, quiero estar sola con ella, sí, sal, bajo mi responsabilidad.

El hombre asintió sin pronunciar palabra y salió, dejándolas solas en ese rectángulo blanco de seis por cuatro metros, mal iluminado por un fluorescente que crujía como si la luz estuviera intentando escapar de ese tubo condensado y grumoso.

—Te has cortado el pelo. —Esta vez fue Ana la que cambió de tema, como en una endiablada partida entre campeones de pimpón, dando a la pelota casi por instinto, cambiando la trayectoria aleatoriamente, obligando al contrario a

moverse.

—Quedaba bien en la tele, pero era poco práctico para la vida carcelaria. Además, el champú de aquí tampoco te creas que es una maravilla. El economato de la cárcel no da para más. Aun así, me he arreglado para recibirte. No te mereces menos.

O sea, que le habían dicho a Inés quién iba a visitarla, a pesar de la petición de Ana. Debía de tener algún funcionario fiel, fan de la tele o lector. Alguien que le contaba las cosas y que le echaba una mano.

—¿Por qué me has recibido? —le preguntó, callando que sabía que ni siquiera había autorizado a su madre a entrar en esa cárcel.

—Tengo curiosidad por saber qué quieres. Porque imagino que quieres algo. Los polis sois todos iguales. Solo venís a la cárcel a buscar información de vuestros chivatos. Los que estamos aquí dentro no os importamos.

—No digas eso. —De repente, Ana se sintió mal. Y se enfadó con ella misma por esa debilidad.

—Vale, pues entonces dime que no quieres nada, que has venido aquí solo por mí y no por algo que te pueda ofrecer. —No podía decirle eso. Claro que no. Era mentira. Aunque mentir a veces estaba bien. Igual sí, igual era más fácil mentirle y a la mierda tod…—. ¿Ves? —Inés contestó antes de que Ana fuera capaz de responder, sonriendo con una amarga mezcla de triunfo y decepción, porque había guardado la pequeña esperanza de que Ana estuviera allí solo por ella—. ¿Ves? —Se encogió de hombros, mostrando las palmas de las manos.

—Tómatelo como tu oportunidad para ayudar a alguien.

—Mira qué bien. Ayudar a alguien —respondió con ironía—. Como una hermanita de la caridad. ¿Te crees que he visto a Dios en la cárcel y me he convertido? No, no me vengas con el rollo de buen samaritano. Aquí —hizo un amplio gesto con el brazo derecho, abarcando toda la sala en la que estaban— la Virgen no tiene nada que hacer. Más bien —sonrió con cinismo— la convertiríamos nosotras a ella.

—Estoy hablando de personas, de seres humanos.

—Como tú y como yo. O bueno, claro, tú crees que yo soy un monstruo, así que mejor di que estás hablando de personas como tú.

—¿Un monstruo? —Ana no entendía a qué había venido eso.

—Ya no me miras igual. ¿Te has dado cuenta? Ya no me miras como antes.

—¿Y cómo te miraba antes? —«Cuando no sepas qué contestar, haz ver que no has entendido la pregunta. Eso te dará tiempo para pensar en algo».

—Como una persona —argumentó Inés con una mezcla de convicción y pena

—. Antes yo era una persona para ti.

—Y lo sigues siendo.

—No me vengas con tonterías. Vamos a quitarnos las máscaras. Esto no es como una primera cita de novios que tienen toda la vida por delante. ¿Qué quieres? ¿Por qué me has venido a ver?

—Por un asesino en serie. —Inés calló, como si no le sorprendiera lo que acababa de decir Ana—. ¿Has oído hablar del asesinato de la duquesa de Mediona? —Inés asintió con la cabeza—. ¿Y de los cuatro muertos en el ascensor del Hospital General?

—Sí.

—Hay otra muerte, que aún no se ha hecho pública, pero que estaría conectada con esos casos.

—¿Esos casos? ¿Crees que el asesino de Mónica Spinoza es el mismo que el del ascensor? —Y Ana se dio cuenta de cómo la mente de periodista de sucesos de Inés empezaba a trabajar a toda velocidad.

—Sí —admitió Ana. Si quería la ayuda de Inés, iba a tener que darle algunas de las piezas del puzle.

—Menudo historión para la tele.

—Sí, pero eso la gente aún no lo sabe. Y espero que no se filtre. Sería un desastre. Ese asesino ha matado ya, que sepamos, a seis personas. Entre Madrid y Barcelona. No queremos que cunda el pánico, pero tampoco queremos darle pistas, que sepa lo que sabemos de él.

—O sea, que la muerte que no me quieres contar y que aún no se ha hecho pública es en Barcelona.

—Sí. En un pueblo a unos sesenta kilómetros. En el Penedès.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—¿Te acuerdas del Carquinyoli?

Bum. Ahí estaba. La razón. Por fin Ana le había contado la verdad de su visita.

—¿Qué pasa con el Carquinyoli?

—Tú lo conociste, ¿verdad?

—¿Quién te lo ha contado?

—Vamos, Inés. Tú lo has dicho antes, esto no es una primera cita de novios. No empecemos a flirtear.

—¿Qué es lo que quieres exactamente?

—¿Qué sabes de él?

—¿Qué sabes tú de él?

Seguía siendo periodista. Preguntar antes que contestar, siempre. Ana iba a tener que darle algo.

—Poca cosa. Delincuente de pacotilla. Le viene de familia. Imposible de reinsertar.

—¿Y eso te cuadra con un asesino en serie?

—Es la única pista que tenemos —contestó Ana, aliviada porque la conversación empezaba a fluir sin reproches—. La única que ha dejado en los seis asesinatos. —No pensaba contarle nada sobre los colores de la muerte o la misteriosa frase que habían compuesto con las palabras encontradas en cada crimen—. Un mínimo rastro de piel enganchado a la pulsera de una de las víctimas.

—Podrías preguntarle a él. Al fin y al cabo, se te da muy bien interrogar.

—Está muerto —mintió. Quería forzar a Inés a que le contara más cosas.

—¿Muerto? —Eso pareció sorprenderla.

—Degollado en las duchas de la cárcel, hace una semana —siguió inventándose Ana, para ocultar que no lo localizaban.

—Muy oportuno —contestó Inés frunciendo el ceño, como si no terminara de creérselo—. ¿Piensas que lo mataron por encargo, porque sabía demasiado?

—Pienso que necesito saber más de él. Y me han contado que tú pasaste varios días con el Carquinyoli, investigándolo, para ver si te daba para personaje de tu nueva novela.

—¿Te das cuenta? ¡Qué ironía! Ahora estoy rodeada de personajes para una nueva novela.

—Inés… —«Céntrate, Inés, por favor, céntrate».

—El Carquinyoli. Me preguntas. Sí, estuve con él. En marzo, creo, más o menos. Necesitaba temas para la segunda novela. Ya sabes que desde la editorial me presionaban para que cumpliera el contrato. Amenazaron con demandarme incluso. Así que empecé a pedir favores y a rebuscar en el mundo lumpen, buscando un hilo del que tirar, algo que me diera una historia que pudiera convertir en novela. No es fácil cuando tu primer libro ha sido uno de los más vendidos, ¿sabes? Tienes que estar a la altura con el segundo. Tenía una reputación que mantener. Si no, todo podía irse a la mierda. La tele incluso. Porque si no funcionaba, sería una fracasada y ya no podría quitarme esa etiqueta.

—Así que lo conociste bien.

—Más o menos. Lo que me has contado. Lo que está en los archivos de los Mossos. Pero tú no vendrías aquí solo por eso. Porque eso ya lo sabes.

—Veo que empiezas a entender. Quiero saber qué te contó que no está en los archivos —le contestó, omitiendo que no tenía acceso a ellos y que la burocracia para poder husmear en la documentación iba a ser larga y tediosa—. Quiero saber hasta a qué hora cagaba cada día. Quiero que me cuentes todo. Y que luego me digas qué te dice de él tu instinto de periodista.

—Era un mierda, un triste hombre que no sabía ganarse la vida de otra manera. Su única escuela era la delincuencia y su entorno no le dejaba otra salida, todos sus hermanos eran iguales. Los días que estuve con él recogió un poco de droga de un distribuidor local para después ir colocándola a algunos jóvenes del pueblo y de localidades vecinas. También se dedicaba a vender móviles robados. El mismo contacto que le pasaba la droga le dio un par de terminales de alta gama. No tardó ni media mañana en colocarlos. Solo se lo tuvo que decir a un tipo en la barra de un bar y al poco se los habían quitado de las manos. La verdad es que me dejó estar con él sin poner ningún reparo. Incluso quiso llevarme de putas. ¿Tú te crees? Al puticlub local, que, como no podía ser de otra manera, se llama Les Vinyes. ¿Te has parado a pensar que en las carreteras españolas hay más puticlubs que gasolineras?

—Imagino que no lo acompañaste de putas.

—Pues imaginas mal. Sí que fui con él. Quizá de allí pudiera sacar una historia. El puti estaba en la intersección de dos carreteras, con un acceso muy fácil, muy tentador. Fuimos a las dos de la tarde y estaba lleno. El Carqui —a Ana no se le escapó el diminutivo— tuvo que esperar a que quedara una chica libre. Pagué yo, por supuesto. Aproveché para preguntar al resto de las chicas que iban bajando de las habitaciones si él se había sobrepasado alguna vez con ellas, ya sabes que tiene alguna denuncia de abuso sexual, pero ninguna quiso decirme nada. Quizá tenga una ristra de cadáveres tirados por ahí y los policías no hayáis establecido la conexión. Tengo una duda, ¿por qué sabes que todos esos asesinatos de los que me hablas los cometió la misma persona? Me has dicho que no había dejado ninguna huella, que el ADN de la piel encontrada en la pulsera era el único hilo del que tirar.

Maldita Inés. Conocía demasiado bien a la policía. Hubiera sido una gran investigadora, aunque a su manera lo fue, pero desde el lado de la prensa.

—Inés —su nombre se le clavaba en la lengua y en el paladar y en las encías, como si al pronunciarlo escupiera cuchillas de afeitar—, ya sabes que no puedo comentar contigo detalles de la investigación.

—Venga. No me tomes el pelo. Que ya somos mayorcitas. Además, ¿a quién se lo voy a contar aquí dentro?

—Hay un par de pistas —admitió al fin, algo tenía que darle— que el asesino ha ido dejando en los cadáveres.

—¿Qué pistas?

—Pistas. Dos tipos de pistas que relacionan sin lugar a dudas los crímenes.

Inés pareció conformarse con eso. De momento, pensó Ana. De momento.

—El Carquinyoli —contestó al fin— no es tan listo como para eso. Su segundo hermano quizá sí, el Pollo.

—¿El Pollo? ¿El del tiroteo con los picoletos?

—Ese. Ese sí que ascendió algo más en el escalafón de la delincuencia. Y vete tú a saber, quizá cumpliendo órdenes, o como eliminador, ya sabes, los que se deshacen de los cadáveres. De todas maneras, toda la información que recopilé sobre él está en mi portátil, que imagino que acumula polvo en algún almacén policial hasta que se celebre el juicio.

—Lo miraré.

Y a Ana estuvo a punto de escapársele, por pura rutina, un gracias. Gracias, Inés. Pero las palabras colapsaron a tiempo en la punta de su lengua. ¿Entonces qué? ¿Otro callejón sin salida?

Inés pareció pensar algo. Dudó varios segundos. Ana se dio cuenta y calló para no influir. La miró asintiendo ligeramente con la cabeza, animándola a continuar, pero sin presionarla.

—Hay una cosa más. Pero antes de contártela quiero que entiendas algo. —Ana asintió con la cabeza, incapaz de saber por dónde iban los tiros—. Me lo tuve que ganar, a esta gente te la tienes que ganar. El dinero sirve para que te cuenten algunas cosas, pero si quieres saber la verdad tienen que confiar en ti.

—¿Cómo lo hiciste?

—Tuve que contarle cosas. Tuve que hacerle creer que odiaba a la Policía. Y te usé a ti.

—¿A mí? —se le escapó un chillido agudo.

—Esto es así. ¿Crees que me hubiera dejado ver todo lo que hacía si no hubiera creído que yo estaba de su parte?

—¿Qué le dijiste? —Tuvo que usar todo su poder de concentración para serenarse y no empezar a golpear a Inés ahí mismo, en ese cubículo carcelario.

—Nada, nada. Solo le dije que te conocía y me reí de ti un poco. Estábamos descojonándonos de la incompetencia de algunos policías. Entonces le comenté que tú eras más mierda en persona. «Es la investigadora esa que no ha podido resolver lo del caso Slenderman, ¿te acuerdas?». Claro que se acordaba. Y entonces me lo contó.

—Te contó ¿qué?

—Que le parecía que te conocía. Que le sonabas de algo, pero que no recordaba de qué. No le di más importancia y dejamos de hablar de ti. Seguro que te había visto por la tele y se confundía. Ya sabes cómo son estas personas. Pero al día siguiente volvió a sacar el tema. Y fue muy específico. «¿Vivía de pequeña esa policía en Barcelona?». Y ¿qué quieres que te diga? Me lo tenía que seguir camelando. Así que le conté la verdad, que habías vivido en Barcelona hasta los veinte años. «Pero de pequeña era rubia», titubeó. «Rubia». Te conocía. De cuando eras pequeña. Del barrio.

—No —Ana vaciló, en shock por lo que acababa de escuchar—, no me acuerdo de él.

—No me extraña. Se mudó al pueblo justo después de morir tu madre, tú eras aún muy pequeña.

—Tendría que ver su ficha policial, quizá por la fotografía lo reconozca, pero si yo era tan pequeña lo veo difícil. De la época de mamá…

Ana no pudo seguir. No quiso seguir. No quería contarle a Inés que todo lo que sucedió mientras su madre estaba viva se había difuminado, como si su cabeza se hubiera concentrado solo en enfocar el recuerdo de mamá para no terminar de perderlo nunca, y para ello hubiera tenido que emborronar el resto de las caras, de los lugares o de las frases vividos durante ese tiempo.

—Y hay una cosa más… —empezó a decir Inés.

—¿Necesitas algo? —se adelantó Ana, queriendo ser amable, intentando dejar un poso de calma en esa mañana podrida.

—Lo que necesito no puedes dármelo, Ana. —Por primera vez usó su nombre, Ana, qué extraño era volvérselo a oír, que su voz lo pronunciara de nuevo—. ¿Te hago una lista? —le dijo, retándola.

—Para tener lo que necesitas, Inés, quizá, y corrígeme si me equivoco, quizá no tendrías que haber cogido a ese niño. Quizá así incluso tendrías a tu hijo contigo.

—Eres una hija de puta —escupió, con los ojos súbitamente enrojecidos, intentando contener un llanto y una rabia que amenazaban con desbordarla.

—¡Eres tú la que me tienes que pedir perdón, la que me engañaste! —Ana se levantó de la silla, de un salto, como si de repente quemara. Y empezó a chillar—. ¡Eres tú la que has hecho sufrir, la que le has quitado un niño a sus padres! ¡Tú, Inés, tú!

Inés empezó a negar con la cabeza, incrédula, sorprendida, como si estuviera tratando de comprender por qué Ana pensaba eso. Trató de levantarse, pero el

guardia, que había vuelto a entrar en la sala al oír los gritos, le hizo un gesto duro que no admitía interpretación. Ni se te ocurra ponerte de pie. Te meto en aislamiento una semana.

—Yo no maté a nadie, Ana. —La voz le temblaba, aún con la rabia que había sentido segundos antes—. Cómo te lo tengo que repetir. No maté a nadie. Estaba vivo cuando lo dejé. Vivo.

Ana cabeceó. No puede ser. No puede ser. La mirada perdida en el suelo. Se lo creía, Inés creía de verdad en su inocencia. No valía la pena seguir hablando con ella. Le hizo un gesto al funcionario de prisiones para que le abriera la puerta. Necesitaba salir de allí.

—¿Sabes? —Inés contraatacó mientras Ana cruzaba ya la puerta en busca de oxígeno fuera de esa sala de visitas y fuera de esa cárcel—. Estoy escribiendo un libro.

Ana se giró y la miró, sin terminar de entender lo que Inés le estaba diciendo. O lo que le estaba queriendo decir. Simplemente, era incapaz de procesar esa frase.

—¿Un libro?

—Sí. Otro libro. De los que se leen. Otra novela. Contaré la verdad de todo. La verdad del caso Slenderman. La verdad de lo que pasó. Lo injusto de que yo esté en la cárcel. Ya lo tengo casi terminado.

Ana notó cómo se le aceleraba el pulso. Tuvo que meter las manos en los bolsillos para que Inés no las viera temblar. La barrió una ola de pánico.

—Y sales tú.

Bajó la cabeza y empezó a cruzar de nuevo la puerta, sin ánimo de seguir escuchando a la que hubo un tiempo que consideró su amiga. Pero, aun así, acertó a oír una última frase antes de que el pesado portón metálico terminara de encajarse en el quicio.

—Se va a llamar *No soy un monstruo*.

45

Cogió la chocolatina con ansia, pero no porque tuviera hambre, sino porque a veces el dolor hay que resolverlo a dentelladas. Es el reflejo del odio. En realidad, quisiéramos agarrar a esa persona, arrancarle el corazón de manera triunfal y retirarnos a un rincón a devorarlo, con la sangre chorreándonos barbilla abajo.

Aunque nos terminamos conformando con un trozo de chocolate.

Ana se tragó la galleta casi sin masticar, con avidez. Engulló trozos tan grandes que un par de ellos le hicieron daño al bajar por la tráquea. Pero no desistió. Volvió a meter la mano en su bolso, sin dejar de mirar a la carretera ni dejar de pisar el acelerador. Sacó otra chocolatina y rompió a mordiscos el plástico que la recubría.

El repentino sonido del móvil casi le hizo perder el control del coche.

—Ana. ¿Ana?

—¿Charo? ¡Charo! Eres tú. ¿Qué tal te encuentras?

—Aparte de sentirme una completa imbécil, bien. —Calló, como si le diera vergüenza lo que iba a decir a continuación—. No le digas a nadie del equipo que me he roto el tobillo saltando a la comba. Júramelo.

—Que sí, que sí —sonrió, sin darse cuenta—, te lo juro. —Parecían dos niñas pequeñas guardándose un secreto para toda la vida.

—Llevo tantos calmantes encima que me da miedo cuando empiecen a bajarme la dosis. Quizá tenga que hacer una visitilla al almacén de las pruebas para quitarme el mono. —Y Charo empezó a reír, con ganas. Pero paró de golpe unos segundos después al ver que Ana no reía con ella—. Ana, ¿qué te pasa?

—Acabo de salir de la cárcel. He estado con Inés.

—Pero ¿por qué? ¿Te has vuelto loca? ¿Se te ha ido la cabeza? —Charo se dio cuenta de que estaba gritando.

—No, no. Se me está yendo ahora, al salir de allí. Qué mal todo. Ya te contaré. Prefiero no hablar ahora de eso. Además, tú estás oficialmente de baja, así que nada de pensar en el trabajo ni en esta investigación.

—Eso no te lo crees tú ni en sueños. Ni se te ocurra apartarme de esto. Aunque sea en silla de ruedas la semana que viene me tienes ya por allí.

—Pero, Charini, a quien se le va la cabeza es a ti —empezó a protestar Ana. No pudo seguir mucho más.

—Soy una mujer adulta, mayor de edad y con madurez mental que me basta y me sobra para pedir el alta médica voluntaria, así que haré lo que me dé la gana, ¿me entiendes, jefa? Vale. Perfecto. Y por trabajo precisamente te llamo. Ayer, mientras estabas en Barcelona, descubrimos algo. Parecía insignificante, se fueron Axe y Barriga a echar un vistazo.

—Me habrían llamado ellos si hubieran encontrado algo importante —matizó Ana.

—No te habrán querido molestar, siendo el día de Reyes, Ana. Y parece que no te das cuenta, el equipo aún no te tiene confianza. Eres la jefa. Les da reparo y respeto decirte según qué cosas, o llamarte un día festivo. Esta mañana, al despertar del todo de la anestesia y encender el móvil, me he encontrado con un montón de mensajes de los dos. No saben lo que me ha pasado, claro. Pero prefiero que te cuenten ellos. Llámalos, anda.

* * *

Quince días antes

Había quedado con un posible comprador. Tenía que ser fuera del pueblo, de la comarca incluso. No podía colocar cerca de casa ese ordenador que acababa de robar. Fue un golpe tan fácil y tan imprevisto que tuvo que pellizcarse para creérselo, una de esas cosas que pocas veces pasan en la vida.

Un par de días antes de Nochebuena uno de sus vecinos volvía a casa con el coche cargado de regalos de Navidad, pero se encontró con que su mujer y sus hijos habían llegado antes. Como no podía entrar con los paquetes arriesgándose a que lo vieran, se vio obligado a dejar el coche fuera, algo alejado de la puerta, porque vivía en una calle estrecha, sin apenas acera, empinada y llena de curvas. Tuvo suerte, encontró sitio justo en la parte superior de la cuesta, en la intersección de la calle del Salt con la de Ponent, en un hueco pegado a una barrera en el que cabían tres o cuatro vehículos. Ni se le pasó por la cabeza que pudieran robarle, porque, al fin y al cabo, eso era un pueblo pequeño y se conocían todos. Allí solo temían a los Dalton, aunque el tiempo había enseñado a esos cuatro hermanos delincuentes lo que todo ladrón sabe: es mejor no robar a

los vecinos.

Es mejor, pero no siempre pueden evitarlo.

Esa tarde la tentación fue demasiado fuerte. El segundo de los Dalton, que bajaba distraído hacia el barrio del Vilet, atisbó por la ventanilla de un coche varias bolsas de regalos navideños y su cerebro calculó con rapidez que no le costaría nada venderlos. Intentó resistirse, o eso creyó él, porque dos segundos después caminaba a paso rápido hacia su casa a por un sacacorchos y un carrito de la compra. Consiguió abrir la cerradura en apenas unos segundos, desbloqueó el maletero y empezó a arramblar con lo que le pareció más jugoso. Entonces lo vio. Al fondo, tapado por las bolsas de juguetes, encontró —nuevo y seductor como un canto de sirena— un iMac de veintisiete pulgadas. Salió corriendo con él, tan rápido que casi se deja el kit del ladrón en la escena del crimen.

Y, aunque no cumplió el primer mandamiento sagrado del ladrón —nunca hurtes a tus vecinos—, sí el segundo —vende lo robado lejos de casa—. Con una identidad falsa en una plataforma *online* de compras entre particulares, buscó —y encontró con rapidez— un comprador por la zona de Madrid. Quedó con él el día 24, aprovechando un viaje que tenía pendiente, en el bar de un hotel de un polígono a las afueras de la ciudad. Lo distinguió nada más entrar, sentado en el rincón más alejado de la puerta, tenía la mirada nerviosa del que delinque por primera vez y siente que todo el mundo sabe lo que está haciendo.

—¿Alfredo? —Se acercó hacia él, con la gran caja del ordenador en la mano.

—Llegas tarde —le espetó, nervioso—. Media hora tarde. Estaba a punto de marcharme.

—Sí, perdona —le contestó, sentándose para recobrar el aliento, pero sabiendo con seguridad que el comprador no iba a marcharse, necesitaba lo que él traía para un regalo de Navidad—, estaba esperando a un mensajero, y ya sabes cómo va esto. He venido lo más rápido que he podido. Soy hombrepájaro1963.

—¿Puedo? —le respondió el comprador, ansioso, alargando la mano hacia el enorme paquete.

—Claro. Todo tuyo.

El chico abrió la caja, sacó el terminal y lo conectó a un enchufe de red.

—Tengo que comprobar que todo funciona. Me llevará un rato.

—Claro, claro.

La gran pantalla cobró vida y el comprador empezó a teclear con avidez.

—Es una maravilla —susurraba—, una maravilla.

—Oye, tengo que dejarte, que llego tarde. —El chico seguía concentrado, con

la vista fija en la pantalla y los dedos volando sobre el teclado—. ¿Te quedas aquí?

—Sí, perdona —levantó la vista—, quiero comprobar un par de cosas más, pero todo parece funcionar perfectamente.

Solo entonces, casi quince minutos después, le tendió el sobre con el dinero. Él lo contó, ávido y salivando, sabiendo que quizá en un rato consiguiera otra inyección económica que le permitiría pasar varios meses sin dar palo al agua. Menudo viaje más bien aprovechado.

El ladrón se dirigió a su siguiente cita. Era fácil. No tenía más que esperar en la puerta. Media hora antes había mandado el cebo.

«Creo que alguien sabe lo de anoche. Tenemos que vernos enseguida, antes de que me vuelva a Barcelona. Estoy aquí al lado, solo tienes que cruzar la calle. Pasa a buscarme lo antes que puedas. Es urgente».

Le esperó en la acera. Su cita llegó enseguida, en un coche conducido por un chófer. Pero no le invitó a subir. Bajó del vehículo y pasó a su lado, susurrándole que le siguiera. Al otro lado de la ventana, el comprador había levantado la vista de la pantalla y observaba la secuencia a través del cristal. No acertó a distinguir —llevaba gorro y capucha— quién era la persona con la que había quedado el vendedor. Pero sí que vio la matrícula del coche del que se bajaba. La anotó, por si acaso. No terminaba de fiarse de ese hombre que le había vendido a mitad de precio una joya informática y que vestía con un viejo jersey blanco de una marca de horchata.

Tardó quince días en volver a verlo. No a él, para ser exactos, sino a la curiosa sudadera que llevaba puesta.

* * *

—¿Sara?

—Sí. ¿Quién es?

—¿No me reconoces?

Le había costado conseguir su teléfono. Al final tuvo que tirar de la base de datos de la Policía. Llamó al grupo para que un agente de guardia le buscara la información. Por el nombre y apellidos llegó al DNI, desde allí a la dirección de su casa, y eso le permitió encontrar el número fijo —era de esas casas que aún conservaban teléfono fijo— adscrito a la dirección. Sorprendentemente, la tía Sara vivía en Madrid.

—Pues no, perdone, no la reconozco. ¿Debería? Soy ya una señora mayor, me

falla la memoria.

—Soy Ana. Tu sobrina. Ana.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea telefónica.

—¡Ay, hija! Perdona. ¡Qué sorpresa! ¿Eres tú, Ana, de verdad, después de tanto tiempo?

—Soy yo, tía. Soy yo.

—Pero ¿cómo me has encontrado?

—¿Te olvidas de que soy policía?

—¡Es verdad! Como tu padre. Que en el cielo esté y en paz descanse a la vera de nuestro Señor Jesucristo —se apresuró a decir la tía Sara. Ana se la imaginó santiguándose mecánicamente y con prisas al otro lado de la línea telefónica, en la frente, en las mejillas y en el pecho, para finalizar con una gran cruz desde la cabeza hasta el ombligo. Hay cosas que no cambian.

—¿Cómo estás, tía?

—Bien, Ana, bien, todo lo bien que me dejan la edad y los achaques. Ya me queda poco en este mundo, querida, yo ya estoy en la cuenta atrás, pero estoy preparada para la muerte, no te creas, estoy preparada.

—Aún te queda mucho con nosotros —¿qué se contesta a una perorata así?— en este mundo —añadió, como para darle más credibilidad—. ¿Qué haces en Madrid? ¿Por qué no me llamaste? No sabía que estabas aquí.

—¡Ay, hija! ¿Cómo te voy a molestar? Ni siquiera sabía que estabas destinada en Madrid hasta que te hiciste famosa con la desaparición de los niños esos, aunque ahora estás morena, me costó reconocerte. Pero no quería molestar.

—Pero ¿cómo vas a molestar, tía?

—Pues es que, ya sabes, cuantos más años tienes, más crece la sensación de que empiezas a estorbar. —Frase típica de anciano, pensó Ana. ¿De verdad lo creían? O era para que alguien les dijera que no, que no molestaban, que su presencia era necesaria ahora y siempre.

—No digas eso, tía. Oye, ¿nos podemos ver? Hay algo que quiero preguntarte. —Ana tenía, además, curiosidad por saber cómo había envejecido su tía. De joven era muy parecida a su hermana Carmen, la madre de Ana. «Si mamá siguiera viva —pensó—, igual seguía pareciéndose a la tía Sara». Verla iba a ser lo más cerca que podría estar Ana nunca de saber cómo sería su madre ahora.

—Claro, hija, claro. Cuando quieras. ¿Pasa algo?

—No, tía, no. Bueno, quiero preguntarte algo sobre un vecino del barrio. De cuando yo era pequeña. No consigo acordarme bien de él.

—¿Un vecino?

—Sí. No sé si te sonará. Lo llamaban el Carquinyoli.

—¿El Carquinyoli, dices?

—Sí, tía, sí. Necesito localizar a alguien que lo conozca o que me pueda dar pistas de dónde está. Me han dicho que vivía en el barrio. Debió de marcharse más o menos cuando vosotros, después de la muerte —Ana evitó, no supo por qué, la palabra asesinato— de mamá. Yo no lo recuerdo.

—Pues a mí tampoco me suena, Ana —le contestó su tía, pero con un ligero tono vacilante en la voz.

—¿Y el primo? ¿Crees que el Nani lo recordará? Debe de tener más o menos su edad.

—Se lo preguntaré. ¿Te acuerdas tú de tu primo? ¿Cuánto hace que no os veis?

—Desde que os marchasteis —contestó Ana—. ¿Qué tenía yo, siete u ocho años? Ni siquiera vino al funeral de papá. ¿Está bien?

—Sí, muy bien, Ana.

—¿Le podrías preguntar por el Carquinyoli, por favor? Cualquier cosa que recuerde.

—Sí, tranquila, Ana. Lo haré.

Se despidieron con un breve formalismo. Qué extraño, pensó Ana, volver a hablar con esa mujer que había desaparecido de sus vidas tan de repente. Algún día tendría que preguntarle qué pasó entre ella y su padre. Solo un rato después se dio cuenta de que no le había dejado un teléfono donde llamarla por si recordaba algo. Luego se lo mandaría, antes tenía que hacer varias llamadas importantes.

—¿Rosa?

—¿Jefa? Buenos días, jefa. —La subinspectora respondió con la respiración entrecortada, como si Ana la hubiera pillado en pleno maratón—. O buenas tardes ya. Que con esto de que es fiesta tengo los horarios descontrolados.

—Pues entonces buenos lo-que-tú-quieras. Oye, cuéntame, ¿algún avance en la investigación? —Ana se hizo la despistada para no delatar a Charo. Rosa estaba por encima de ella en la escala y no quería que creyera que se la había saltado al llamarla—. ¿Algo nuevo mientras estaba yo en Barcelona?

—Varias cosas. Pero espera un momento, que no tengo las notas a mano. Me pillas levantando una rueda de camión.

—¿Una qué?

—Una rueda de camión. ¿Dónde estás, que te oigo fatal?

—En el coche, salgo de… —mejor no decírselo hasta que no reuniera al

equipo el lunes—… de una gestión —corrigió.

—Malditos manos libres que se oyen como el culo. Perdón, jefa, perdón por el vocabulario. Es que estoy con la adrenalina a tope.

—¿Qué me dices que estás haciendo, Rosa?

—Levantar una rueda de camión —contestó, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Tienes un camión y has pinchado? —Era la única explicación posible que Ana fue capaz de encontrar, aunque sabía que no era eso lo que estaba sucediendo, pero fue lo único que su cerebro encontró de entre todas las causas probables.

—Ja, ja, ja, jefa. ¡Qué poco puesta estás en algunas cosas! Tengo una rueda de camión para hacer ejercicio. No eres nadie en Instagram si no la tienes. Es lo que se lleva. Salto, la uso de apoyo, la levanto, la arrastro. Cosas de esas. —Ana creía que con Nori lo había oído todo sobre las locuras de los adictos a la gimnasia, pero eso lo superaba todo—. ¿No me sigues en Insta? ¿No? —«Pues no, cómo te voy a seguir en Insta, si es que…», pensó Ana—. Busca en internet, está lleno de vídeos.

—Y tienes una rueda de camión. En casa. —Realmente el ser humano es sorprendente.

—Sí. Me la consiguió mi marido Chema. Soy puro músculo.

—Pues querida señorita puro músculo —Ana no tenía tiempo que perder—, un par de cosas. Necesito que hables con el informático que vació el ordenador portátil de Inés Grau hace seis meses.

—¿El… el del caso Slenderman? —vaciló Rosa.

—Sí. Ese. Necesito que me mande un informe con todo lo que encontró. En cuanto pueda, ya sé que hoy es festivo, pero es urgente. ¿De acuerdo? Y ahora, ¿buscas tus notas y me cuentas qué es lo que habéis descubierto?

—Sí, estoy ya entrando en casa. Lo que te quería contar… a ver. Un par de cosas. —Un cajón abriéndose, ruido de objetos diversos siendo arrastrados por una superficie y, por fin, hojas pasando—. La primera, Barriga está en las minas de Almadén. Efectivamente, hubo un robo. Al parecer, hace tres semanas uno de los visitantes rompió una vitrina y sustrajo una de las muestras expuestas. Las cámaras de seguridad captaron el momento. No se le ve bien, pero quizá consigamos algo. Dice que nos manda las imágenes en cuanto consiga una buena conexión wifi, porque ya se ha quedado sin datos en el móvil.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Claro que te lo digo en serio. El gran drama de la sociedad moderna es

quedarse sin datos en el móvil a mitad de mes —suspiró—. Un par de cosas más. Estas te van a gustar, te lo prometo. Adivina de quién es el ADN en la pintura de la ficha de Scrabble.

—No lo voy a adivinar, me lo vas a decir tú. —Ana se dio cuenta de que quizá había sido un poco cortante con esa respuesta.

—De uno de los muertos del ascensor.

Así que era cierto. Marrón mezclado con ADN de un cadáver. *Mummy brown*.

—¿De cuál de los cuatro? —preguntó Ana.

—De nuestro muerto sin identificar.

—¿Pero cómo no nos hemos dado cuenta antes? ¿Cómo hemos podido tardar seis días en establecer la conexión? —Ana se habría dado cabezazos contra el volante.

—He hablado con Paloma, la forense. En cuanto encontró ADN en la ficha de Scrabble lo pasó por todas las bases de datos, pero no saltó ninguna alarma sencillamente porque aún no se había producido el crimen del ascensor. Ayer se le ocurrió que, ya que el asesino estaba enlazando pistas entre unos muertos y otros, quizá también lo habría hecho con el ADN. Así que comparó la muestra de la ficha con todas las víctimas, y el resultado acaba de saltar.

—Pero ¿cómo consiguió el asesino el ADN de una víctima a la que aún no había matado? Porque a la duquesa se la carga una semana antes que a los del ascensor.

—Recuerda que, según la autopsia, el muerto sin nombre había fallecido una semana antes. Todo encaja. Los debió de matar casi a la vez —contestó la subinspectora—. Además, tengo respuesta a una de las preguntas que nos hemos estado haciendo desde hace días. Ya tenemos su identidad. —Se oyó el ruido de más páginas de papel—. Bueno, estamos a punto de tenerla.

—¿Qué es eso de que estamos a punto de tenerla? O se tiene o no se tiene, Rosa.

—O casi se tiene —le respondió ella, sin bajarse del burro—, como en este caso.

—Pues si me lo cuentas, igual lo entiendo. —Ana no estaba nada segura de que la subinspectora hubiera captado la ironía en su tono de voz.

—El fiambre era un chorizo.

—¿Cómo?

—A ver, días antes de ser asesinado le vendió un ordenador robado a un tipo. El tipo ha visto la reconstrucción en tres dimensiones que ordenaste que le pasáramos a los medios, lo ha reconocido y ha ido a comisaría.

—¿Está seguro al cien por cien?

—Segurísimo. No tanto por la reconstrucción en tres dimensiones, que, según él, no se parece del todo al hombre al que él vio, sino por la sudadera. Ha reconocido la sudadera cutre esa de la marca de horchata de los años ochenta, que es como un puñetazo en los ojos, te hace daño con solo mirarla. Se ha cagado de miedo y ha pensado que era mejor venir a contárnoslo. Jura y perjura que era la primera vez que hacía algo así y que estaba convencido de que el ordenador era de segunda mano, propiedad del vendedor. En fin.

—¿Y por qué no lo habéis identificado todavía?

—Pues porque en estas plataformas, el que no es honesto no da su nombre de verdad. Nuestro muerto utilizaba el *nick* de hombrepájaro1963. Estamos intentando rastrear el usuario hasta la verdadera identidad del tipo. Pero en la aplicación nos están poniendo muchos problemas y la cosa puede ir para largo.

Ana pensó que igual tendría que investigar por su cuenta. Lo que quería decir, claro, pedírselo a Joan.

—¿Y la caja del ordenador? Ahí seguro que hay huellas suyas. No creo que se lo llevara al comprador con guantes, habría cantado mucho.

—Ya pensamos en eso, pero la tiró. Aunque hay una pista más. El comprador anotó una matrícula. Resulta que nuestro muerto había quedado con alguien tras colocar la mercancía, justo en la puerta del bar donde realizaron el intercambio.

—¿Vio algo?

—No mucho. No pudo distinguir al otro individuo. De hecho, no puede decir con seguridad ni siquiera si era hombre o mujer. Llevaba un abrigo enorme, con un gorro y capucha en la cabeza, y una bufanda negra cubriéndole buena parte de la cara. No nos puede contar nada más sobre él. Pero sí que anotó la matrícula del coche del que se bajó.

—¿Y lo habéis localizado?

—Sí. Y malas noticias, jefa. Es de una plataforma de coches con conductor, ya sabes, de esas que están sustituyendo a los taxis. Necesitamos una orden para saber quién lo conducía justo ese día a esa hora. Estamos en ello.

—Genial. A ver si conseguimos saber de una maldita vez quién es el cuarto muerto del ascensor.

* * *

Quince días antes

—¿Por qué querías verme? ¿Qué es eso tan urgente? —Su voz sonaba enfadada.

Ni siquiera levantó la cabeza cuando le habló. Últimamente se había acostumbrado a caminar así. Barbilla pegada al cuello. Hombros elevados. Una bufanda ocultando su mandíbula. Tenía experiencia. Sabía pasar desapercibido.

—Calma, calma —le contestó—. ¿Dos viejos amigos no pueden quedar para tomar juntos un café?

—Te hacen por encargo y no sales más tonto de lo que eres. ¿Estás loco? No pueden vernos juntos. ¿Qué narices haces todavía en Madrid?

—Ya sabes. Afloja. Si no quieres que nos vean juntos, afloja.

Calló. Callaron los dos. Porque ambos conocían perfectamente el significado de ese «ya sabes». ¿Cedería? ¿Otra vez? Se lo planteó: era demasiado pronto para lo que tenía previsto. Aunque tampoco podía arriesgarse. Así que decidió que no le quedaba más remedio que matarlo. Ya.

—¿Vamos a otro sitio a discutirlo? Tengo un sobre con efectivo. Lo había preparado para otra cosa, pero te lo puedes llevar. ¿Te va bien tres mil euros?

El pez había picado el anzuelo y él tendría que improvisar sobre la marcha. Aunque una cosa tenía clara: su muerte debería parecer una caída desde gran altura. Para que fuera similar a las otras. Para que Ana tardara en descubrir la verdad.

46

—Escucha.

—Le tiembla la voz —observó Ana.

—Sí.

Se podía detectar algo parecido al miedo sonando a través de la vibración de las cuerdas vocales de Mónica Spinoza, haciéndose tangible en esa otra habitación, quince días después de su asesinato.

Ni siquiera se había quitado el abrigo. Nada más oír la llave girar en la cerradura, Joan la llamó.

—Ven, corre, siéntate. Mira lo que estoy escuchando justo ahora —le dijo—. Espera, que te lo pongo desde el principio. Es del mismo día de la muerte de la duquesa. Quizá esta sea la conversación con su asesino.

Se quitó los cascos y subió al tope los altavoces del ordenador en el que estaba trabajando.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar? —decía Mónica Spinoza al inicio de la grabación.

Se oyó un ruido lejano, parecía alguien que hablaba, pero era como un eco ya diluyéndose tras reverberar demasiadas veces. No se distinguía ni quién lo decía ni qué estaba diciendo. Y la música que sonaba de fondo actuaba como barrera auditiva. Sin embargo, a Mónica Spinoza se la escuchaba perfectamente. Debía de haberse colocado estratégicamente al lado del asistente virtual que estaba grabando la conversación.

—Por favor, vete. Quiero descansar. —No parecía enfadada, sino harta, como si no quisiera ver a la persona que había entrado en ese apartamento blindado dentro de la mansión—. Ya lo hemos hablado en otras ocasiones. Déjame tranquila.

Y Ana se imaginó ese «déjame tranquila» acompañado del gesto que tantas veces le había visto hacer en las decenas de horas de televisión que había tenido que tragarse como parte de la investigación: el brazo ligeramente estirado hacia delante, con el codo flexionado, la palma de la mano hacia arriba, como si la

tuviera bajo el chorro de agua fresca de una fuente una tarde de verano, y una mueca de desdén y superioridad en la cara.

—Y ahora —continuó— tengo que reposar. Necesito estar descansada, que mañana es Nochebuena y me han invitado a una cena muy importante con unos posibles inversores. Dile a Andrés que te abra la puerta principal y te vas, por favor.

Una cosa estaba clara, conocía a ese alguien con el que estaba hablando. Él, o ella, estaba aún muy lejos del altavoz que grababa la conversación. La respuesta fue inaudible.

—No puedes pedirme eso —le contestó la duquesa.

La música dejó de sonar repentinamente. Quizá Mónica la había apagado, consciente de que la conversación no se estaba grabando bien. Unos pasos, parecían de hombre o de una mujer con calzado plano, se acercaron, poco a poco, hasta ella. Nadie habló durante más de diez segundos.

—Y tú no puedes hacerlo —se oyó por fin, ni alto ni claro, pero con suficiente entidad como para comprender la frase. Era una voz de hombre, pero aún estaba lejos.

—¿Que no? —La respuesta de ella fue contundente y cortante, con un punto de chulería.

Una risotada atronó en la habitación. Era el hombre. Ana y Joan se miraron. No les sonaba la voz.

—¿Quizá un perito de la Policía pueda compararlo con las voces de los cinco hombres de la agenda del móvil secreto de la duquesa? —sugirió Joan.

—Va a ser difícil —contestó Ana—. Se oye muy mal, hay mucha distorsión. Y aunque sospechemos de quién es, será complicado probarlo sin género de dudas para que el juez acuse a alguien.

—Bueno, pero sabiendo quién es, solo tendrás que encontrar pruebas en su contra.

—Solo —se quejó, con ironía.

—Ya sabes a lo que me refiero. A que ya tendrías la investigación acotada. Ahora no tienes ni siquiera a un sospechoso.

—No hace falta que me lo recuerdes. ¿Seguimos escuchando?

Joan volvió a activar el reproductor de sonido del gigantesco iMac que tenía sobre la mesa del salón.

—Yo puedo vender lo que quiera —siguió diciendo Mónica Spinoza—. Parece mentira que aún no lo sepas. Puedo vender lo que quiera. Verdades. O mentiras. Porque las mentiras se convierten en verdad si las digo yo en portada

de una revista.

—Estás loca.

—Loco estás tú, Carlos. Tan mayorcito y sigues sin enterarte. Para el pueblo, en algunas cosas, yo tengo más credibilidad incluso que tu jefe. Además, no va a salir por ahí a desmentir según qué cosas. Ellos no bajan al barro. Pero yo sí. Yo soy muy buena peleando en el barro. Llevo toda la vida. Y sin mancharme. Se me da muy bien. ¿Dónde pensabas que te estabas metiendo?

—Ni se te ocurra. —Sonó a amenaza.

—¿Que no? Vamos, ya te digo, querido. Ya te digo. Y ahora, márchate y déjame en paz. Que es víspera de Nochebuena. Y eso dicen, ¿no?, la noche de la paz. Voy a quitarme este vestido de gala y a darme un buen baño relajante. Que te den, Carlos Aguilar. Que te den. Bien. Bien hondo y bien fuerte. A ver si así te sacan por la boca ese palo de escoba que llevas todo el día metido por el culo.

Silencio. La grabación terminaba ahí.

—¿Qué pasa? —Ana, nerviosa, empezó a tocar el *trackpad* del ordenador, intentando que se siguiera reproduciendo la conversación.

—Ana, ya está, mira la barra del archivo, ya se ha acabado. Esto es todo lo que hay grabado. Este trasto solo registra secuencias de dos minutos. Dicen que es para proteger la privacidad de los usuarios, pero es solo una patraña legal para poder defenderse en caso de que alguien los demande en un juzgado.

—¿Y no hay más? Tiene que haber más. —Ana empezaba a desesperarse, abriendo y cerrando carpetas del ordenador, buscando más archivos.

—Ana, ¡quieta! Ya. No hay más. Este es el último. Mira los metadatos del archivo. Es el último registrado en el servidor. No hay más. Este trasto ya no grabó nada más. Pero vamos, ya tienes a tu sospechoso número uno.

—No. Solo tengo a alguien con quien discutió. Nada más. Ni siquiera puede deducirse de aquí que se pelearan. Ni yo misma estoy convencida de nada.

—¿Y por qué no llamas al servicio? Alguien de la casa tuvo que abrirle la puerta para que entrara. Me refiero a que sabemos que el asesino entró dentro de una nevera y salió de la misma manera. Si el jefe de protocolo de la casa real es nuestro asesino, no accedió por la puerta principal. Pero si alguien de la mansión recuerda haberle abierto, entonces ya lo puedes descartar.

Tenía razón. Evidentemente, si Carlos Aguilar entró por la puerta, no podía ser el asesino. Ana buscó en su libreta el teléfono del mayordomo.

—A no ser —continuó Ana— que lo de la nevera sea una suposición falsa y nos hayamos equivocado en eso.

Pero seguía creyendo en esa pista. Hizo la llamada.

—¿Andrés? Hola, buenas tardes. Soy la inspectora jefa de Policía Ana Arén. ¿Cómo está? ¿Todo bien? Mire, le llamo por algo muy importante. Necesito que vaya uno por uno a todo el personal de la casa, con discreción, y les pregunte si el día 23 de diciembre dejaron entrar al señor Carlos Aguilar. ¿Recuerda que le enseñé su fotografía? Es el jefe de protocolo de la casa real. Es muy muy importante, Andrés. Sí, ya sé que les hemos preguntado a todos. Sí, ya sé, ya sé. Pero, por favor, no pasa nada, no vamos a tomar ningún tipo de represalia, ni a acusar a nadie. Pero necesito urgentemente saber si alguien permitió el paso de ese hombre justo el día antes de Nochebuena, por la tarde. Gracias.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Joan, después de verla colgar el teléfono.

—Que lo están pasando muy mal, que les entienda, que no saben qué va a ser de su futuro. Que, de momento, el abogado de la duquesa les sigue pagando los sueldos, pero que en cuanto encuentren al heredero legítimo, si es que lo hay, o el Estado se quede con todas las propiedades, adiós trabajo. Así que a ver qué me cuenta. Si no, tendremos que llevarlos a todos al grupo, que igual una sala de interrogatorios les refresca la memoria.

—Oye, no me has contado qué tal con Inés, qué tal en la cárcel.

—Es una cabrona. ¿Sabes que está escribiendo un libro sobre su versión del caso Slenderman?

—No puedes dejar que te afecte.

—Eso es muy fácil, Joan, muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer —le contestó, mientras cogía el móvil y buscaba un contacto en la agenda—. ¿Rosa? Hola. Lanza una orden de busca y captura contra Carlos Aguilar. Sí, no estoy loca. Y no, no lo sabe Ruipérez. ¿Me has entendido? Quiero que se detenga al jefe de protocolo de la casa real. ¿Acusado de qué? Como investigado en una causa por asesinato. Y cuando lo tengas en la sala de interrogatorios, me llamas. ¿Lo has entendido? Si tienes que entrar en Zarzuela a por él, entras. Me da igual que sea el día de Reyes.

* * *

Era la primera vez en su vida que pisaba una comisaría. Le pareció muy diferente a lo que se había imaginado. Mucha luz, mucho cristal, mucho espacio. Aun así, daban ganas de salir corriendo. No le gustaba tener a policías cerca. Pero se lo había prometido a su madre.

—Buenas tardes —le dijo al policía de la garita de entrada—. Mire, igual es una tontería, pero mi madre me ha insistido en que venga, y yo no quiero

molestarlos, pero ella se ha puesto muy pesada, ya sabe usted, las madres —soltó de carrerilla, sin respirar.

—¿En qué puedo ayudarle? —contestó, desde el otro lado del cristal blindado, un mosso d'esquadra joven y barbilampiño que parecía recién salido de la academia. Había escuchado toda la perorata poniendo cara de póker, como le había recomendado un veterano. «Tú pon siempre cara de póker, mirándolos a la cara, pero que no sepan lo que piensas, y no dejes que se te cuele ningún loco, eres el filtro de esta comisaría».

—Es que, mire, como le decía —continuó el hombre—, mi madre ha insistido y por esto estoy aquí.

—Y ¿en qué puedo ayudarle? —repitió el mosso.

—Creemos que mi hermana ha desaparecido.

—¿Creen?

—Mi madre está convencida.

Resultó que su hermana, una chica de veintiocho años, se había peleado con la familia. Una vez más. Y no solo con ellos. La habían echado del trabajo, de nuevo, era el tercer bufete de abogados del que se tenía que ir. Eso desató la última tormenta familiar durante el cumpleaños del padre, a finales de noviembre. «Pues os vais todos a la mierda», les soltó, antes de marcharse dando un portazo.

—Era normal, ¿sabe? —contó su hermano al mosso que le estaba tomando la denuncia—. Era normal que pegara dos gritos, se fuera y estuviera un par de semanas sin dar señales de vida. Pero ayer fue el día de Reyes, y ese día es sagrado en la familia porque además es el cumpleaños de mamá. Por muy imbécil que sea mi hermana, nunca se ha olvidado de esa fecha. Nunca. Mi madre me ha hecho hoy ir a su piso. Nadie contestaba. Hemos llamado a los vecinos, pero la última vez que la vieron fue hace más de un mes. El conserje tiene unas llaves de la vivienda, porque mi hermana es un desastre y se las olvida muchas veces. He conseguido que me abriera la puerta, y allí no había nadie. Seguro que se ha ido con alguno de los locos descarriados que se echa como novios y se le ha pasado la noción del tiempo.

—Me está diciendo que hace más de un mes que no saben nada de su hermana. ¿Han probado con el teléfono móvil?

—Sí, sí, todo. Ustedes pueden mirar sus tarjetas de crédito, ¿verdad? Si las usa. Porque si las ha usado, es que está bien. Y así mi madre se queda tranquila.

—Sí, no se preocupe, lo miraremos todo. Ahora necesito que me dé todos los datos posibles que tenga de su hermana. ¿Algún rasgo físico distintivo?

Él frunció los ojos, pensando durante unos segundos.

—Sí, una cicatriz. Ella presume y todo, dice que parece hecho a propósito, como esos locos que se hacen cicatrices en el cuerpo como si fueran tatuajes. Le quitaron un tumor y el cirujano hizo una chapuza de costura, y le dejó una enorme cicatriz en forma de cruz en el codo derecho.

Dos horas después, el forense Josep Gual recibió una llamada en su despacho.

—Parece que tenemos una denuncia por desaparición que concuerda con uno de sus cadáveres sin identificar, por favor, ¿podría comprobar el resto de datos? Tenemos el ADN de un hermano. La muestra le llegará mañana. Tiene una cicatriz muy significativa en el codo.

Y así, la chica del lago dejó de ser Olvido para recuperar su verdadero nombre. El que le habían puesto cuando la bautizaron.

Rosemary Zocca López.

* * *

Ana Arén conoció la verdadera identidad del cadáver del lago pocos minutos después de que Josep Gual la certificara positivamente, a falta, eso sí, de cotejar el ADN con el del hermano de la chica. Mandó un aviso a todos sus agentes para que investigaran a la mujer e intentaran establecer cualquier tipo de conexión con el resto de las víctimas. Aparentemente no había nada, pero tendrían que encontrarlo. Algo tenía que unir a todas esas personas. Además del sádico que las estaba matando, claro.

Le extrañó no tener noticias de Ruipérez. Hacía ya doce horas que Ana le había dado a Rosa Axe la orden de detener al jefe de protocolo de la casa real. Y eso tendría que haber hecho saltar todas las alarmas. A no ser que —se le ocurrió de repente— no le hubiera hecho caso. La llamó mientras conducía hacia la comisaría.

—¿Cómo va esa orden de arresto? —le preguntó, ávida, en cuanto la subinspectora descolgó el teléfono.

—En menudo lío nos hemos metido.

—¿Cuándo la has lanzado?

—Esta mañana, Ana, hace apenas media hora. Y ya están explotando minas por todos lados. No podemos ni acercarnos a Zarzuela. En cuanto hemos llamado, han empezado a estallar las bombas. Creo que el asunto ha llegado hasta los oídos del rey y del presidente del Gobierno. Te va a empezar a sonar el teléfono enseguida. Si no es que Ruipérez no te manda un equipo de asalto para

que te detengan.

—Perfecto —contestó Ana.

—¿Perfecto?

—Bueno, eso es lo que quería, Rosa, que salieran los conejos de la madriguera. A ver quién se asusta más.

—¿Sabías que no íbamos ni a poder acercarnos?

—Claro, Rosa. Evidentemente. Esa orden de detención no lleva a ninguna parte. Pero así agitamos el avispero. Y esperamos. A ver qué pasa. Gracias por avisarme. En cuanto sepas algo más, me lo comunicas, Rosa.

—Claro, jefa. —Y colgó.

No le dio tiempo a respirar. Ruipérez la esperaba junto a su plaza de aparcamiento, dando brazadas como un orangután rabioso.

—Definitivamente estás loca —le gritó, sin darse cuenta de que Ana tenía la ventanilla del coche subida y no podía escucharle.

Podía llegar a ser incluso divertido, ver a Ruipérez agitarse desesperada e histriónicamente, al otro lado del cristal, como un televisor al que le has quitado el volumen durante una actuación cómica. Ana estuvo tentada de quedarse un buen rato allí, sentada dentro del coche, mirándolo, con los brazos cruzados y media sonrisa en la cara. Disfrutando. Pero apagó el motor y salió. Si quiere guerra, la tendrá.

—De esta no te libras. De esta no te libras.

—¿Es que no podemos hablar sin gritarnos? —le contestó, suave y provocadoramente, Ana—. Como personas civilizadas, digo, comisario. A ver si se me va a quedar usted afónico.

—¡Personas civilizadas, dice esta infeliz! —chilló Ruipérez, como si tuvieran público y estuviera dirigiéndose a la audiencia que los observaba—. Personas civilizadas.

—Es todo una táctica. —El comisario calló, de golpe ante la revelación que acababa de hacerle Ana—. Mire, jefe, ahora le voy a hablar muy en serio. Por favor, baje la voz, no montemos un espectáculo aquí dentro.

—¿Me vas a decir tú, mocosa, lo que tengo o no tengo que hacer? —le contestó, aunque un poco más calmado, ya no gritaba ni agitaba los brazos como si tuviera espasmos.

—Mire —Ana se atrevió a tocarle el antebrazo, suavemente, apenas un roce—, estoy convencida de que Carlos Aguilar no es culpable de nada. Pero también de que sabe algo. Comisario, escuche, estamos ante un asesino en serie. Hace dos días estuve en Barcelona y descubrí otro cuerpo que tiene relación con

los nuestros. La primera víctima de nuestro monstruo. Va en progresión. Cada vez mata más y más seguido. Tenemos que pararlo ya. Luego haga conmigo lo que quiera, pero déjeme pararlo.

Ana podía ver al policía luchando contra el odiador profesional que era Ruipérez. Al agente que un día fue batallando contra el burócrata lameculos en el que se había convertido.

Una llamada interrumpió el proceso. El comisario miró su móvil y empalideció.

—¿Sí? Buenos días. Sí, a su servicio. Oiga, todo esto ha sido sin mi consentimiento, yo no sabía nada. —Se calló, más pálido aún—. Sí, claro. ¿Cómo? ¿Voluntariamente? Sí, por supuesto. Lo dispondré todo. ¿Mañana? ¿En su despacho? A las seis de la tarde. ¿Qué? ¿Ella? Mire es que… Perfecto. Así se hará. Gracias. A su servicio. Siempre.

Colgó. Y miró a Ana con una rabia tan profunda que creyó que iba a lanzarse sobre ella y descargar su ira a puñetazos. Había triunfado el odio. Y Ana iba a saber enseguida por qué.

—Carlos Aguilar quiere hablar —le escupió—. Voluntariamente. Contigo. Mañana a las seis vas a Zarzuela, tú sola, y te encargas del interrogatorio. Te pones mona, ¿eh? Te arreglas para la ocasión, no se te ocurra ir en vaqueros. Te maquillas y te peinas un poquito y das una buena imagen de la Policía. Y, de esto, ni media a nadie. El informe de lo que te diga me lo pasas directamente a mí.

Y allí dejó a Ana, de pie, de piedra, en un triste rincón del aparcamiento reservado para los mandos intermedios de esa central policial.

Le costó varios segundos asimilar la información. Su táctica había dado resultado. Carlos Aguilar tenía algo que decir.

* * *

Un día después

—Nori, ¿estás seguro de que va a funcionar? —le preguntó Ana, incrédula.

—Completamente. Si tu asesino está aquí, lo pillaremos. Confía en mí.

—Pero esto me parece muy poco ortodoxo.

—Aunque muy efectivo —insistió él—. Ya verás.

Porque todo confluía en el mismo sitio. Y todo apuntaba a una misma persona, a un solo asesino: el que habían señalado sin ningún margen de duda un buen

montón de pruebas y dos hombres sentados en una sala de interrogatorios.

Solo había un problema.

Esa persona estaba muerta.

47

La primera pista apareció en un ordenador que llevaba seis meses acumulando polvo en un almacén, junto al resto de las pruebas del caso Slenderman. «Te mando todo lo relativo al tal Carquinyoli que había en el disco duro del portátil de Inés Grau —le había escrito el experto informático—. Es mucha información, no puedo adjuntarla, descárgatela desde este enlace».

Allí había varios documentos de texto con transcripciones de las entrevistas que Inés le había hecho al delincuente buscando inspiración para su novela. También recortes de prensa. Y fotografías. La primera que Ana abrió mostraba a un hombre de perfil dándole toques a un balón, en algún campo de fútbol con pista de cemento. Era una imagen antigua. En la segunda se veía a un niño pequeño de sonrisa inmensa nadando en un lago. Era una foto en blanco y negro, ya amarillenta, por lo que Ana supuso que se había tomado varias décadas atrás. La tercera fue la que le provocó un vuelco en el corazón. Se parecía demasiado a…

No podía ser. Lo había tenido ahí delante. Todo ese tiempo.

Llamó a la forense.

—Paloma —Ana tuvo que contenerse para no chillar—, ¿te importaría comparar el ADN de los fallecidos en el ascensor con la muestra que nos enviaron ayer los Mossos? El resto que encontraron en la pulsera de la chica ahogada en el lago.

—Claro.

—¿Cuándo podrás decirme si hay coincidencias?

—En unos minutos. Están las dos ya procesadas. Solo tengo que darle la indicación al ordenador. ¿Pasa algo?

Claro que pasaba. Ana había encontrado la conexión entre todos los asesinatos. El hombre que había estado en las escenas de todos los crímenes.

Incluida la suya propia.

Porque resultó que el asesino llevaba una semana a cuatro grados de temperatura en una cámara frigorífica, tras aparecer en el fondo del foso de un

ascensor junto a tres cuerpos más.

Y eso quería decir que no buscaban a una sola persona, sino a dos. Y que el asesino que seguía vivo había matado a su cómplice: el cuerpo sin identificar de la tragedia del hospital.

Ana mandó llamar a los dos mensajeros que llevaron y recogieron la caja con la nevera de casa de Mónica Spinoza y que una semana antes habían sido incapaces de elaborar un retrato robot. José Barriga les plantó varias fotografías delante. Las habían recuperado del ordenador de Inés Grau. También de una ficha policial. Y de una recreación informática en tres dimensiones.

Y de una camilla de una sala de autopsias.

—¿Están ustedes seguros? —les preguntó el agente de Policía.

—Por supuesto —contestaron ellos, sin ningún tipo de vacilación—. Este sí que es.

—¿Es este con total seguridad el hombre que le entregó a usted el día 23 de diciembre a las seis y cuarenta y cinco de la tarde esta caja que ve en esta otra fotografía, cuyo contenido era una nevera, para que la llevara a casa de Mónica Spinoza? —le preguntó al joven que había sentado en la sala uno.

—Sí. Seguro.

—¿Es este el hombre al que usted le entregó el día 24 de diciembre a las dos y diez minutos de la tarde esta caja que le estoy mostrando? —le preguntó a otro mensajero.

—Este es.

Esos dos mensajeros habían reconocido sin duda alguna al Carquinyoli como la persona encargada de entregar y recibir la nevera en la que el asesino de Mónica Spinoza había conseguido burlar la seguridad de la mansión. El cómplice necesario para meter al asesino en el electrodoméstico y cerrar la caja. Y luego para volver a abrirla. Aunque, a la vista de las pruebas, había sido cómplice también para mucho más.

El Carquinyoli, que en realidad se llamaba —según los documentos que les habían mandado los Mossos— Martí Acosta.

El único problema era, claro, que Martí Acosta, alias el Carquinyoli, alias la víctima sin identificar del montacargas, estaba muerto.

Ana subió a contárselo al comisario.

—Tenemos una gran cantidad de pruebas físicas. Hemos encontrado su ADN en la pulsera de la chica del lago y en las fichas de Scrabble con las que ahogaron a Mónica Spinoza. Además, las imágenes de las cámaras de seguridad de las minas de Almadén lo sitúan como el ladrón del cinabrio utilizado para

cubrir el pintalabios de Esther Fraga. Y, eso, sumado a los dos testigos oculares que aseguran que es la persona que envió y recibió la nevera en la que se ocultó el asesino para acceder a la mansión.

Ruipérez asentía, sin terminar de creerse lo que le estaba contando Ana.

—Pues igual los mató a todos, a la chica del lago, a la duquesa y a los tres del ascensor y luego se suicidó tirándose por el foso. El crimen perfecto.

—Comisario —no podía perder los papeles, no en ese momento, aunque tuviera que tragarse la lengua—, Martí Acosta no pudo arrojarse por el hueco de ese montacargas porque, recuerde, para entonces ya llevaba muerto una semana. La autopsia ha datado su fallecimiento el 24 de diciembre. Murió, o fue asesinado, tras recoger la nevera, casi con toda seguridad por la misma persona a la que estaba ayudando.

Tenían al cómplice, pues. Ahora solo les faltaba encontrar al asesino. Aunque complicaba mucho las cosas el hecho de que su única pista fiable estuviera muerta.

—Ana, puedes probar a sacarle una confesión. —El comisario se rio en su cara—. Aunque creo que ni siquiera tú vas a poder hacer hablar a un muerto.

—¿Cree usted que no? —le retó Ana, sin poder contenerse—. Los muertos hablan de muchas maneras.

Y ella tenía que acertar la forma en la que obligar al Carquinyoli, o lo que quedaba de él, a contarle la verdad. Bajó al laboratorio con la esperanza de encontrar algo en las muestras que habían recogido en la nave industrial.

—Vamos a tardar siglos en procesar todo esto —se quejó uno de los técnicos—. Y no sabemos lo que estamos buscando.

—Como tantas veces en tantos sitios —le contestó Ana, acercándose a las cajas en las que habían recogido muestras de la escena. Eran más de veinte.

—Pero es que ni siquiera es una escena del crimen, ni siquiera sabemos qué ha podido pasar allí para poder afinar la búsqueda.

No, no era la escena de un crimen, solo el único lugar en el que sabían que habían estado juntos el asesino y su cómplice, y donde aún tenían la esperanza de encontrar alguna pista nueva.

—¿Buscasteis algo que indicara que allí se había podido producir un homicidio?

—Sí, lo buscamos. Dentro no había nada. Encontramos algo de sangre en el exterior, en una zona de arbustos que parecía haber sido removida. Cogimos unas muestras de tierra, tienen que estar en la lista. Un trozo de piedra manchada que nadie intentó ocultar, tirada ahí en medio. Dedujimos que un yonqui se había

hecho una avería o que un chaval se había caído de la bici haciendo el cabra. No son los restos de un asesinato. Míralo tú misma.

Ana repasó la lista de pruebas hasta encontrar una que encajaba con lo que le había dicho el técnico. No parecía, pero…

—¿Puedes comparar la muestra con la víctima del ascensor que acabamos de identificar? —le pidió.

Mientras el técnico hacía lo que le acababa de pedir Ana, ella siguió estudiando la larga lista de pruebas recogidas en la nave. Algunos de los objetos eran claramente restos de botellones adolescentes, otros, material abandonado por los antiguos trabajadores de la fábrica, y también —lo que más abundaba— preservativos desechados por amantes furtivos. Le llamó la atención un trozo de papel bastante limpio, con lo que supuso que llevaba poco tiempo tirado en el suelo. Era más o menos un cuarto de un folio, la parte superior derecha, parecía. En el extremo, bajo el texto «HorEst» se desplegaba una columna que comenzaba con la anotación 17102300 e iba creciendo sin demasiada lógica. A su lado, más a la izquierda, había otra columna, encabezada por el título «Pie», pero cuyas celdillas permanecían vacías. De la columna anterior solo se leía el final de la cabecera «aliz». Y, en la parte superior, otra palabra extraña: «PGM34».

¿De qué le sonaban a Ana esas indicaciones? Estaba segura de que había visto antes algo así. ¿Dónde?

—Ana —la llamó, sobresaltándola, el técnico de la científica—, o tienes una bola de cristal o sabes algo que yo no sé.

—¿Qué has encontrado?

—Los restos de sangre son, efectivamente, de la víctima que acabáis de identificar, Martí Acosta. Mira. —Le mostró el resultado de las dos gráficas superpuestas en la pantalla de su ordenador—. No hay duda.

—¿Dónde encontrasteis la muestra exactamente?

—Espera, que te lo enseño. —Buscó en el ordenador las fotografías que habían realizado en el lugar—. Aquí, en esta zona. Nos pareció extraño porque se veía perfectamente la sangre, nadie intentó ocultarla.

—Tú estuviste allí, verdad. —El policía asintió—. ¿Dónde encontrasteis esta otra prueba? —Le señaló en la lista la hoja de papel con las anotaciones extrañas.

—Eso también fue raro. Estaba al lado de la sangre, bajo una piedra, pero no estaba manchada. Supusimos que alguien la perdió después.

¿Y si la perdió el asesino? No podían saberlo, o no lo sabían aún, pero Ana sí

estaba convencida de una cosa: el Carquinyoli fue asesinado allí, en ese polígono, y quien lo hizo lo tiró desde algún punto alto porque ya sabía que una semana más tarde iba a matar a un grupo de personas de la misma manera, y así podría fingir que su cómplice era una víctima más.

Una mente calculadora y fría.

Ordenó que otro equipo de la científica volviera a la nave y buscara rastros genéticos o cualquier tipo de prueba en las ventanas desde las que se hubiera podido arrojar a alguien.

Al volver al despacho, le esperaba otra novedad.

—Jefa —le contó el agente Barriga, con su maldita manía de llamar a las puertas cuando ya había entrado en las estancias—, no podemos identificar a la persona que quedó con el Carquinyoli el día de la venta del ordenador, el día que creemos que lo mataron. No se le ve en ninguna de las cámaras de la zona, pero sí que hemos localizado al conductor del coche.

—Bueno, pues por ahí podemos tirar.

—No sé si lo recuerdas, pero esos días había altos niveles de contaminación en Madrid.

—¿Y eso qué importa?

La maldita manía del agente Barriga de no ir al grano. A Ana le exasperaba.

—Pues que solo podían usarse coches híbridos y eléctricos. Este vehículo, en concreto, junto a otros veinte, fue contratado en exclusiva para todo el día por un tal —consultó su libreta— Fede Atienza, productor ejecutivo de Canal Once. Para no tener problemas con los trabajadores, porque los platós están en el extrarradio, pidió a una empresa de esas de chóferes que le asignaran veinte vehículos en exclusiva. No quería correr el riesgo de que alguien del equipo no llegara.

—¡Pues entonces tenemos que saber quién cogió el coche!

—¡Qué va! Aquello fue un caos, cada conductor hizo decenas de servicios. Además, el hotel donde dejaron a la cita del Carquinyoli queda justo enfrente de la puerta del *parking* de la tele. Casi todo el mundo baja allí para no tener que dar una vuelta hasta el acceso principal.

—¿A qué programa me dices que estaban asignados los coches?

—No te lo he dicho. —Sonrió—. Ese que presenta esa chica en zapatillas, sabes, ¿no?

Y entonces Ana recordó en qué otro lugar había visto el mismo trozo de papel con esas extrañas anotaciones.

* * *

Todo apuntaba al mismo sitio. Al plató del programa *Viva la tarde del domingo*. Lo que habían encontrado en el lugar en el que habían asesinado al Carquinyoli era la escaleta con la que el equipo del programa trabajaba.

—Ana, es un documento interno —le explicó Nori—. Este, en concreto, del fin de semana de Navidad. Mira, ¿ves? PGM34, programa 34, el que se emitió el día 25 de diciembre. El director crea el documento en el ordenador y todo el equipo tiene acceso a él, para ir trabajando sobre los contenidos de esos días.

—¿Y quién tiene acceso?

—El director, por supuesto, la presentadora, los colaboradores, producción, la redacción y el equipo técnico. Mira —Nori le enseñó un documento similar—, es el orden en el que se estructura el programa, una especie de guion técnico: quién habla, cómo, desde dónde y qué vídeos se emiten. «HorEst» es hora estimada, el horario en el que tienen que ir encajando todas las partes; este es un programa que empieza a las cinco y diez minutos y veintitrés segundos de la tarde. La hora va avanzando a medida que emiten contenidos, por eso va sumando tiempo. «Pie» indica la frase final de cada vídeo, para que el presentador esté prevenido y pueda saber cuándo regresan a plató y tiene que hablar. «Aliz» es el trozo final de «Observaciones realización», las notas técnicas que se apunta el realizador, como la cámara con la que quiere dar un plano determinado.

—Demasiado fácil, Nori. Demasiado fácil. —Ana miraba las pruebas y no terminaba de creérselo—. ¿Matas a seis personas, no cometes un solo error, no dejas un solo indicio, y acudes a una cita con tu cómplice en un coche contratado por tu empresa? ¿Dejas en todos tus crímenes pistas que no llevan a ninguna parte y de repente te olvidas sujeto a una piedra un trozo de papel que te delata como miembro del equipo de un programa de televisión?

—Quizá está empezando a cometer errores —razonó su amigo—. No puede ser perfecto.

—No sé, Nori, no sé. ¿Y si es una trampa?

—Pues tendremos que averiguarlo. Todo te conduce aquí. Y si tu asesino es un trabajador de este programa, lo vas a saber en unos minutos.

—De verdad, Nori, yo no estoy nada convencida. Pero si tú dices que esto va a funcionar…

—¿Quieres tener un poco de confianza en la tecnología?

Estaban en una sala VIP del Canal Once, una pequeña habitación blanca, sin

ventanas, llena de sofás de un rojo tan brillante que parecía plástico. Por precaución, habían cerrado la puerta de la sala con llave. Nadie podía saber lo que estaban preparando. Nadie excepto ellos dos y una mujer que los acompañaba. Los tres discutían la mejor manera de llevar a cabo la loca idea que se le había ocurrido a Nori. Ana sujetaba entre sus manos una especie de muñequera, grande como la mitad del antebrazo, con una gran pantalla ocupando toda la superficie; un par de cables conectaban el dispositivo con unas tiras de tela negra que sujetaban unos electrodos.

—¿Quieres probarlo? Tranquila, no está conectado. No me va a contar nada de ti. No te preocupes.

Elena Martín, fundadora de Sociograph, sonreía frente a ellos. Era la única, aparte de Ana, Nori y un par de directivos de la cadena, que sabía lo que realmente iba a pasar. Un mechón de pelo rubio y lacio le caía sobre la mejilla, haciéndola parecer más joven de lo que ya era. Hablaba con una seguridad aplastante, pero sin arrollar, el tipo de persona acostumbrada a caer bien. Intentaba convencer a Ana, que seguía teniendo muchas dudas.

—¿Y esto nos va a decir quién es el asesino?

—Eso tendrás tú luego que probárselo al juez —contestó Elena—. Pero sí, si está aquí, esto te va a decir quién es.

Le colocó la banda negra alrededor de la muñeca y las dos tiras más pequeñas, que contenían los electrodos, rodeando sus dedos índice y corazón. Siguió sosteniendo la mano derecha de Ana entre las suyas, mientras le contaba cómo funcionaba ese sistema pionero.

—Nuestro cuerpo se comunica con electricidad. Y esa electricidad es como una muralla que colocas a tu alrededor. Cuanta más potencia emita, menos te está afectando lo que te rodea. Y, al revés, si tu señal eléctrica es débil, es que lo que ves ha logrado atravesar tus defensas, llegarte al corazón, a las tripas o incluso a tus órganos genitales.

Sonriendo, Elena abrió el ordenador para mostrarles las imágenes de una sala de cine llena de gente atenta a la pantalla. Su empresa estaba midiendo si una gran campaña publicitaria de Navidad iba a funcionar. La marca se jugaba toda la facturación del año y no podían fallar. Resultó que a los espectadores no les gustó nada lo que vieron, aunque sí que conectaron con el niño que salía en una de las secuencias del anuncio.

—Tuvieron que rediseñar la campaña en pocos días, centrándola en ese niño. Y acertaron. Ha sido el anuncio de televisión más recordado y apreciado de estas fiestas.

—Pero eso lo podéis hacer también preguntándole a la gente lo que le parecen las cosas. Las encuestas de toda la vida —protestó Ana, mirando incrédula el dispositivo que tenía en el brazo.

—No. Las encuestas no son fiables. La gente miente. Miente incluso sin saberlo, porque el proceso de emoción ocurre de manera inconsciente. Los seres humanos no podemos explicar nueve de cada diez decisiones que tomamos cada día. No sabemos por qué cruzamos justo en ese punto de la calle, por qué pedimos flan de postre o por qué nos hemos puesto hoy ese jersey concreto. Creemos saberlo porque una vez que hemos tomado la decisión nuestro cerebro intenta justificarla, ya que no soporta lo que no tiene sentido. Y pensamos que nos hemos vestido así porque nos sienta mejor o que hemos cruzado la calle en ese punto porque así acortamos el camino. Lo que medimos nosotros es precisamente eso: lo que una encuesta es incapaz de detectar, la verdad de las emociones de las personas.

—Da un poco de miedo.

—Aquí —Nori se había recostado en el respaldo del sofá, pero volvió a acercarse al borde para intervenir en la conversación— lo usamos cada vez más. Elena y su tecnología han pronosticado el éxito de series antes de que se estrenaran, y nos han ayudado —a Ana no se le escapó que su antiguo subordinado hablaba en primera persona del plural, como si ese trabajo fuera ya algo personal para él— a reconducir otras que no habrían tenido tan buenos datos.

—Lo bueno de predecir los fracasos —intervino Elena— es que podemos actuar antes del estreno. Le damos al cliente las claves de lo que tienen que cambiar: si un personaje cae mal y hay que reducir sus apariciones, si el ritmo es demasiado lento, si una trama aburre o si otra interesa mucho.

—Y todo eso lo sabéis con estos electrodos que tengo en los dedos.

—Con eso sabemos la intensidad de tu emoción, pero tenemos que conocer también de qué emoción se trata —le contestó Elena—. Imagínate que ahora mismo te digo algo que te sorprende. ¿Crees que podrías engañarme y disimular, para que yo no me diera cuenta?

—Claro —contestó con seguridad Ana—. Para eso nos entrenan. Somos policías.

—Pues estás equivocada. A un experto no le engañas. Y mucho menos a una máquina. Y esto es lo que tenemos aquí. Máquinas altamente precisas para medir las emociones. Incluidas —bajó la voz de forma inconsciente, como si alguien pudiera estar escuchándolos— las de tu asesino. Ante igual emoción, los

músculos de la cara de un niño español se moverán de la misma manera que los de un adulto del Congo y exactamente igual que las de un adolescente de Estados Unidos o una anciana japonesa. Lo que hacemos es captar esos gestos con una cámara, para que un programa informático los interprete y nos diga en tiempo real de qué se trata. Alegría, sorpresa, miedo, tristeza, enfado, asco…

—Y si el asesino está aquí, ¿qué pasará? —A Ana le picaba la curiosidad, empezaba a creer que podría resolver el caso esa misma mañana.

—Pues depende del asesino que tengas, de su motivación. Todos sentirán un impacto alto ante las imágenes que les vamos a mostrar, digamos que sus murallas eléctricas se derrumbarán, pero luego serán diferentes en las emociones que podremos leer en sus caras. Si es un asesino neurótico, es decir, que actúa de manera pasional, primero tendrá miedo, después tristeza y finalmente asco. Si estamos ante un psicópata, un asesino en serie metódico y solitario, solo manifestará sorpresa, porque son personas sin empatía y sin sentimiento de culpa. Si tu culpable es un sociópata, un asesino que actúa por dinero o poder, lo que veremos es que se le dispara el miedo.

Mientras ellos hablaban en esa pequeña sala, unos metros más allá, en el plató, varios ayudantes de Elena estaban preparando al público. Eran los asistentes a la emisión de *Viva la tarde del domingo*. Pero al llegar a la cadena les habían pedido un favor: participar en una prueba que duraría solo diez minutos. Querían medir el impacto que determinadas imágenes tenían en el público, para ajustar mejor la programación.

—Serán solo diez minutos y nos ayudarán ustedes mucho —les había dicho Eugenio Fernández, el responsable de programas del canal, al que Nori tuvo que contar lo que iban a hacer.

Pero el público no era el objetivo. Ahí no estaba el asesino. Ellos eran solo el cebo, la única manera de que también participara en esa prueba el equipo del programa sin que el culpable sospechara.

—¿Empezamos?

Elena se fue hacia el plató, donde en unos minutos iba a comenzar la prueba. Nori llevó a Ana hasta el control de realización, situado un piso por encima. Allí podría observarlo todo.

—¿Nadie más ha visto el vídeo que has preparado? —le preguntó, en voz baja, mientras se dirigían hacia el control.

—No, Ana, no. Y nadie sospecha nada. Tranquila.

—¿Te costó mucho localizar las imágenes que te pedí?

—Un rato, pero hoy en día no hay información sobre alguien que no puedas

encontrar en las redes sociales.

—¿Con qué frecuencia las has intercalado?

—Con la que me dijo Elena. No te preocupes, que está todo controlado. ¿A cuánta gente tienes vigilando las salidas? —Elena había prometido avisarles con un mensaje en cuanto detectara al asesino, por si se daba cuenta de lo que tramaban y pretendía escapar.

—He conseguido un operativo de veinte agentes. Dos están en plató camuflados como asistentes de Elena; los otros, en sitios estratégicos del edificio.

Llegaron hasta una sala alargada y oscura, iluminada tan solo por una gigantesca pantalla que cubría completamente una de las paredes y en la que se proyectaban, como si fueran decenas de televisores juntos de distintos tamaños, imágenes de lo que ocurría en el plató. Estaban en el corazón técnico desde el que se dirigían todos los programas, grabados o en directo, que se realizaban en el estudio seis. No había nadie más con ellos ahí arriba. El equipo de realización también se sometía a la prueba porque entre ellos estaba el asesino. O eso sospechaban. Todas las pruebas conducían hasta allí.

—A regañadientes, pero les contamos que era una orden directa del jefe supremo y han tenido que pasar por el aro. Tienes a todo el equipo en esa sala. Ven, siéntate aquí.

Dos enormes mesas alargadas cubrían la sala de extremo a extremo, justo frente a la pared donde estaban los monitores, como si todos los asistentes estuvieran castigados a mirar inevitablemente hacia las pantallas. No había un hueco libre. Frente a cada silla, ordenadores, todo tipo de teclados, botones infinitos y máquinas de uso indescifrable para el profano. Ana cogió una silla y se acomodó en el lugar en el que pensó que menos destrozo podía hacer si tocaba alguno de esos cacharros.

—Ponte estos cascos y aprieta este botón, el primero de la derecha —le sugirió Nori, haciendo lo mismo—. Así podrás escuchar lo que pasa en plató, además de verlo.

El público parecía tranquilo. Sus gestos eran una mezcla de curiosidad y espera. A los componentes del equipo era fácil distinguirlos. Sus caras eran de hastío, incluso de enfado. Les estaban haciendo perder el tiempo. Ana fue mirándolos uno a uno, con curiosidad. ¿Quién de ellos sería el asesino?

—Pues muchas gracias a todos. —La voz de Elena sonó a través de sus cascos, les llegaba alta y clara, le habían colocado un micrófono para que pudieran escucharla desde el control—. Recuerden que no tienen que hacer nada,

solo ver las imágenes que les vamos a proyectar en el *videowall* gigante que tenemos en esa pared. —Señaló una gran pantalla de tres metros de altura y siete de largo, que se elevaba del suelo al techo—. Nada más que eso. Siéntense y disfruten. En diez minutos terminamos.

El plató se quedó en silencio. Todo el mundo aguardaba con curiosidad. Durante unos segundos, mientras no ocurría nada, el tiempo pareció detenerse, pero no lo suficiente para que la gente empezara a ponerse nerviosa. De repente, el *videowall* cobró vida. Apareció, gigantesca en ese muro audiovisual, la imagen de una chica rozando la veintena, morena y delgada, pegando brincos frente a la cámara en lo que parecía la típica habitación posadolescente que nunca termina de estar ordenada del todo. Tarareaba algo, quizá una canción de moda, mientras se contorsionaba al tempo de su propio ritmo. La secuencia duró treinta segundos. Justo en mitad de una de las piruetas apareció otra imagen. Una mujer de unos cincuenta años miraba fijamente a la cámara de su teléfono móvil, como si no se terminara de creer que aquel trasto estaba grabándola. «Bueno, pues a ver si funciona —dijo—, esta es la cena que he preparado para Nochebuena». Torpemente giró el teléfono para enfocar una hilera de platos llenos de embutidos diversos, gambas cocidas, una masa que parecía algún tipo de paté y una montaña de cruasanes. «Los corto por la mitad, les pongo un poquito de mantequilla dentro y los relleno de jamón, del bueno, eh, no del dulce, del ibérico, no seáis tacañas con eso. Es el plato estrella». Antes de que la señora siguiera contando el menú, entró otro vídeo. Un hombre en camiseta de tirantes limpiaba la carrocería de un coche aparcado en la calle. A los pocos segundos se sobresaltaba al descubrir que le estaban grabando. «Déjame, qué pesado eres, para ya con ese móvil», increpaba a alguien fuera de plano, que empezó a hablar. «Este es mi padre haciendo lo que más le gusta hacer, limpiar su coche. Así que hoy vamos a aprender trucos para dejar las carrocerías como recién salidas del concesionario».

—¿De dónde los has sacado? —Ana asistía fascinada a ese desfile de seres humanos.

—De las redes. Hay trillones de vídeos. Gente normal y corriente mostrando las tripas de sus vidas —le contestó Nori—. Vendiendo su intimidad. Oro para las empresas sin escrúpulos que quieren vender sus productos.

—¿Cuándo empiezan los nuestros?

—Ahora. Son los números —consultó un papel que llevaba en la mano— seis, nueve, trece, veinte, veintiocho y treinta y seis. ¿Estás nerviosa?

—Sí. ¿Y si luego no conseguimos probarlo ante un juez? Porque no creo que

esto sirva.

—Luego tú —Nori la miró firmemente a los ojos— te llevas a ese cabrón a comisaría, lo metes en una sala de interrogatorios y lo destripas hasta que se derrote. Como has hecho tantas veces. —Volvió a mirar a las pantallas—. Atenta, que va ahora. Candidata número seis.

Una chica joven tocaba la guitarra sentada junto a varios amigos, en el salón de alguna casa. Delgadísima. Muy morena. Se la veía feliz, como llevada en volandas por alguna especie de éxtasis al que solo nos puede transportar la música que surge de las propias manos. Su sonrisa era amplia y poderosa. Qué diferente, pensó Ana, qué diferente era verla así. Moviéndose. Respirando. Sin heridas. Sin huesos rotos. Viva.

—¿Crees que habrá saltado algo?

Buscó a Elena a través de los monitores que mostraban lo que estaba pasando en el plató. La vio en un rincón, sentada, concentrada frente a una pantalla de ordenador, tomando notas. Lo que fuera a pasar, tenía que estar pasando ya.

—Espérate un par de minutos. Ahora veremos al siguiente. El número nueve. Falta uno. Espera a que acabe esta señora que está contando un chiste.

El número nueve llevaba una moto de gran cilindrada. Grababa la secuencia alguien sentado en la parte trasera, pero no se le veía bien porque llevaba puesto el casco con la visera bajada. Sin embargo, el conductor era perfectamente reconocible. Ana dudaba de que lo que llevaba puesto en la cabeza fuera un casco reglamentario. Tendría que preguntarlo. La imagen no era estable. Debía de ser difícil sujetar un móvil e intentar grabar algo subido a una moto que circulaba a esa velocidad. El número nueve pronunció algunas palabras, pero fue imposible entenderlo porque la fricción del aire colapsaba la capacidad receptora del pequeño micrófono del teléfono, pero seguramente era algo referido a la velocidad, porque la cámara bajó hasta el velocímetro. Ciento ochenta y tres kilómetros por hora. Qué salvaje.

Ana volvió a mirar la pantalla del teléfono móvil de Nori.

—Elena no dice nada.

—Tranquila, estará ocupada mirando los gráficos.

—Quizá no ha salido nada. Quizá no funciona. —Era una pérdida de tiempo, un desastre más.

—¿Quieres callarte ya? —Nori cortó la letanía de su amiga—. Falta poco para el siguiente.

Número trece. Una chica servía copas en un bar, tras una barra mugrienta. Aunque quizá no lo estuviera, quizá solo era la oscuridad lo que hacía que

imagináramos que estaba sucia. La música atronaba, pop español de los años ochenta, a tope, una canción sobre algo de una chiquilla. La cámara se movía para enfocar a quien estaba grabando la secuencia, un hombre que se apoyaba con el codo en el extremo contrario de la barra. En primer plano, una jarra gigante de cerveza. «Un seis, ¿no? Lo justo para aprobar. Del montón, aunque tiene un buen culo. Y, si no, ya lo dice mi amigo Alfonso, ninguna mujer es fea por donde mea». El número trece rompió a reír, una risa descontrolada y casi neurótica, como el aullido de un animal en celo. La escena terminaba con el teléfono girándose de nuevo hacia la chica, ajena —o quizá solo se hacía la despistada, para no buscarse problemas— a lo que acababa de suceder.

Número veinte. «Quita, quita eso de ahí, a mí no me grabes», protestaba el número veinte, entre varias risas que se oían de fondo. Intentaba bajar la cabeza y girarla, en sentido contrario a la cámara. Pero quien lo grababa era más rápido. «Joder, tío, eres un plasta». La escena se volvió a repetir, desde el principio.

—He tenido que meterlo dos veces, para que funcionara. Elena me había dicho que como mínimo tenían que estar en pantalla diez segundos. Y de este no había nada. Ha sido el más difícil —le susurró Nori—. No tenía ningún perfil en las redes sociales. Me ha costado casi dos horas localizar un vídeo en el que saliera. Suerte que la gente sube a la red imágenes sin permiso de los que salen en ellas. Este lo había colgado la hermana de una de las mujeres con las que se relaciona. Al menos, eso es lo que constaba en su ficha policial.

Número veintiocho. Ella jugaba al dominó con varias mujeres más de su misma edad. Bajó la cabeza, tímida, cuando se dio cuenta de que la estaban grabando. «Aquí la maestra, rendíos ante su sabiduría», dijo alguien que no apareció en pantalla, la voz de la persona que estaba grabando las imágenes. Ella rio. Más tímida aún, pero miró a cámara con cierta coquetería, como si le reconfortara esa opinión. Llevaba una sencilla blusa blanca, abrochada hasta el penúltimo botón, quizá en un intento de recato. A Ana casi se le hacía extraño verla sin la bufanda. En sus pensamientos la imaginaba siempre con esa extraña prenda de lana al cuello, como si todos los días del año fueran invierno. En los labios llevaba un tono rojo intenso. Ana lo reconoció. El Chanel Rouge Allure Pirate. El que el asesino había recubierto de veneno.

—Pero la gente sabrá quiénes son. Los han visto durante días en los medios de comunicación y en las redes sociales —había protestado Ana, un rato antes, cuando Elena le había detallado el plan—. No solo el asesino conocía a sus víctimas. A estas alturas las conoce todo el país.

—Sí, claro, casi todo el mundo verá que en esa sucesión de vídeos de personas

anónimas aparecen algunas que les suenan, incluso quizá sepan de qué. Pero eso no va a influir para nada en el resultado —les había asegurado ella—. La gente se sorprenderá, con más o menos intensidad. Pero nosotros lo que buscamos es el punto que se sale de la gráfica. Al asesino. Cuando vea a sus víctimas en esa pantalla gigante, lo vamos a localizar. No te preocupes.

Número treinta y seis. La habían dejado para el final de manera premeditada. Todo el país la conocía. Mucho. Muchísimo. Todo el mundo sabía más o menos los pormenores de su vida. Mónica Spinoza, duquesa de Mediona, era uno de los personajes más populares del país. O lo había sido, hasta su asesinato, quince días atrás. «¿Solo quince días? —reflexionó Ana—, parece una vida entera desde que llegué a esa mansión para examinar la escena del crimen».

—Ha sido difícil encontrar imágenes inéditas de ella —Nori seguía susurrando, a pesar de que estaban solos en el control de realización—, todo lo que hacía era noticia, todo estaba expuesto. Y, tras su muerte, lo que no se había publicado salió a la luz.

—No te voy a preguntar de dónde has sacado estas imágenes.

—No, mejor que no.

El vídeo terminó. Diez minutos y doce segundos después de empezar.

—Bueno, pues muchísimas gracias por su colaboración. —Elena se puso de pie delante del público—. Como ven, ha sido fácil. Ahora leeremos sus reacciones emocionales a este vídeo y así la cadena podrá escoger con mucha más precisión las imágenes que no hieran los sentimientos de los espectadores.

Nadie se movió. Nadie se levantó de su silla y salió corriendo; ni siquiera andando de manera disimulada. Allí no estaba el culpable. Un pinzamiento de decepción se agarró en la espina dorsal de Ana, como una sanguijuela alimentándose de su víctima. Otro callejón sin salida.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Qué hago ahora?

El pensamiento se materializó en el espacio que separaba a Ana de su antiguo subinspector. Incómodo. Sin respuesta. Él ya la había ayudado más de lo que debía, poniendo incluso en riesgo su nuevo trabajo como director de tecnología y seguridad de la cadena de televisión. No podía pedirle nada más. Definitivamente, esos asesinatos no estaban vinculados con nadie de allí.

Pero cuando toda esperanza estaba perdida, el móvil de Nori vibró sobre la mesa. Era un mensaje de texto.

—Dice Elena que bajemos. Que tiene algo para nosotros. —Ana pegó un brinco en la silla—. Pero sin matarnos por las escaleras, ¿vale? —suplicó. Aunque supo que sería en vano.

Ni siquiera levantó la vista cuando entraron Ana y Nori en tromba en la sala VIP que habían acondicionado como despacho. Elena estaba concentrada en dos pantallas, balanceando los ojos entre una y otra. Sus dedos volaban sobre el teclado y el *trackpad*, pero sin apartar la vista de los gráficos que iban apareciendo en los monitores, como si se sintiera irremediablemente atada a ellos.

—Sí, solo puede ser esto —murmuró en voz alta.

—¿Elena?

Pero Elena levantó la mano derecha, sin mirarlos, ofreciéndoles la palma. Pidiendo tiempo muerto. Que esperaran.

—A ver —susurró—, a ver.

Dos minutos después, que se hicieron eternos, por fin los miró.

—Tenemos un problema —les comunicó—, no hay un asesino. —Ana miró a Nori, moviendo la cabeza al ritmo de te-lo-dije, te-lo-dije—. A no ser que… —continuó la socióloga.

—¿A no ser qué? —cortó Ana, impaciente.

—A no ser que en vez de un asesino tengáis cuatro.

—¿Cómo?

—Cuatro asesinos. Sí —volvió a mirar otra vez los gráficos—, eso está claro. Son cuatro. Sin duda alguna. Aunque, bueno —miró la segunda pantalla más pequeña, la del ordenador que había situado a su derecha—, no sé cómo describir esto. ¿Cómo crees —giró la pantalla hacia Ana, señalándoles cuatro fichas abiertas en primer plano— que esta gente ha podido asesinar a alguien?

48

Un burro puede fingir ser un corcel, pero, tarde o temprano, rebuzna. Es solo cuestión de tiempo. Deja hablar a un idiota y se delatará. Con los criminales sucede lo mismo. Dales cuerda y terminarán ahorcándose ellos solitos.

No parecía que fuera a ocurrir eso con aquellas cuatro personas a las que sacaron de un plató de televisión y amablemente pidieron que los acompañaran a comisaría —«Para una duda que tenemos, nada importante, no se preocupen»—. Los cuatro parecían perdidos. Genuinamente desconcertados. Fuera de lugar.

Inocentes, al fin y al cabo.

Pero las pruebas estaban ahí. Y eran claras. Elena se lo había explicado a Ana un par de horas antes mientras le mostraba los resultados del test. No era un solo asesino en serie. Eran cuatro personas las que habían reaccionado como si fueran asesinos.

—No puede ser, es imposible —le rebatió Ana, incrédula.

—Pues esto dice que lo es —insistió Elena—. La máquina no se equivoca.

Buscaban solo a un asesino y tenían a cuatro. Cada uno con un muerto. Cada uno con su muerto. Como si fueran casos separados sin ninguna relación entre ellos.

—¿Ves? Aquí. —Elena le iba señalando la pantalla del ordenador—. Cada vez que el vídeo muestra a una de las víctimas se dispara la emoción del responsable de su muerte. Y de manera muy intensa. Primero miedo. Después tristeza. Cuatro asesinos neuróticos de manual. Pero sin relación entre ellos, porque ninguno muestra ningún signo emocional hacia las víctimas de los demás, solo reaccionan ante la suya.

Era sencillamente imposible. Las pruebas que habían ido procesando esas semanas indicaban todo lo contrario, que estaban ante un asesino en serie. Pero Elena tenía una convicción contagiosa, así que Ana, venciendo sus prejuicios, le hizo caso. «No pierdo nada por interrogarlos», pensó. Habló personalmente con las cuatro personas que habían dado positivo en la prueba, para tranquilizarlas. Pidió coches camuflados para que no sintieran que viajaban en un vehículo

policial. Los agentes que los acompañaron iban vestidos de paisano. Ordenó también a su equipo que los trataran con extrema amabilidad, pero que, a pesar de eso, no permitieran que hablasen entre ellos.

—Son cuatro ancianos, jefa. —Rosa Axe recibió la llamada de su jefa incrédula—. Que el más joven tiene setenta y siete años. Ana, por Dios. ¿A quién van a matar estos? Si no pueden con su culo.

—¿Te crees que no tengo ojos en la cara? Y no seas mal hablada, un poco de respeto, que ya verás el día que tú tengas que usar pañales para la incontinencia. Asegúrate de que los reciba personalmente alguien del grupo. Ofrecedles un café, o un té, o lo que sea que tomen. Preguntad si alguno necesita pastillas, o insulina o lo que sea que ingieran para seguir vivos. O un cojín para las hemorroides. Que estén cómodos y tranquilos. Que a ninguno le dé un soponcio. Te lo pido por favor, Rosa.

Pero eso es lo que estaba a punto de darles a todos ellos. Un soponcio. A medida que pasaban los minutos, y los cuartos de hora, y las medias horas, a medida que transcurría el tiempo en esa comisaría, empezaban a sospechar que allí pasaba algo que no les estaban contando.

—Mire, señorita, por favor…

—¿Cuántas veces le tengo que decir que no soy una señorita, ni una señora, sino una agente de Policía? Una subinspectora.

Rosa Axe se veía incapaz de lidiar con las cuatro salas de interrogatorios a la vez. Entraba y salía de cada una de ellas más agobiada cada vez. «Que venga la jefa ya, por Dios. ¿Qué narices hace esta gente aquí?».

* * *

En la sala uno Miryam retorcía obsesivamente las perlas de su collar. Y el pelo. Como si agarrarse a las esferas de nácar tuviera algún efecto balsámico sobre ella, o como si caracolear un mechón entre su dedo índice y volverlo a soltar y envolverlo de nuevo fuera la invocación que le permitiría despertar de ese sueño.

—Mire, señorita, por favor…

—Le he dicho que no me llame señorita. —Era la tercera vez ya.

—Perdone, son los nervios. ¿Cuándo me dice que podremos salir de aquí?

—No se preocupe. Ya le he dicho que les vamos a hacer unas preguntas muy rápidas y enseguida terminamos.

La puerta se abrió y las dos se giraron de manera instintiva para ver quién entraba en la sala.

—¿Miryam? —Ana parecía tranquila, casi complaciente, casi mar en calma. La tempestad atronaba por dentro—. Miryam Santaflorentina, ¿verdad? ¿La han tratado bien? ¿Necesita algo?

—¿Dirige usted todo esto? —le preguntó la anciana.

—Bueno, dirigir, dirigir, aquí no lo llamamos de esa manera. Pero sí, podríamos decir que yo estoy al mando de esto.

Se acercó sonriente hacia la anciana y la miró con amabilidad, no quería asustarla aún más. No quería que aquello pareciera un interrogatorio. Acercó la silla a la mesa y se acomodó frente a la mujer.

—Pues mire, señorita… —Rosa Axe soltó un rebuzno y una mirada peor aún que una coz. La anciana se le encaró—. Que sí, que ya lo sé, que me ha dicho que no le llame señorita. Pero cuando usted tenga mi edad, llegará un punto en que dirá hasta aquí hemos llegado y se negará a malgastar el poco tiempo que le queda aprendiendo nombres nuevos. Llamar señorita sirve como comodín. Así que… —Miró a Ana—. Lo que estoy tratando de decirle a su compañera, a esta señorita —recalcó la palabra, casi con recochineo—, es que a ver si nos explican qué hacemos aquí, que somos personas decentes, gente de bien.

—¿Somos? —El plural no se le escapó a Ana.

—Bueno, sí, somos —respondió, dubitativa—. Nosotros. A los que nos han traído aquí.

—¿Son muy amigos?

—Mucho.

—¿Hasta qué punto? ¿Íntimos?

—¡No, no, no! —se escandalizó la mujer—. No es lo que está pensando. ¿Cómo se le ocurre?

—¿Y qué es lo que estoy pensando? —«Que han asesinado a seis personas, por ejemplo».

—Que… —dudó—, que… —bajó la cabeza, avergonzada— pues que… que somos novios. —Ya lo había dicho, y la palabra salió escupida de su boca como un veneno que le quemara la lengua—. Vamos, eso.

—Novios. —De repente, un interrogatorio por asesinato se había convertido en el diálogo de una comedia absurda de serie B. O la anciana era muy buena, o la prueba había resultado un fiasco. Decidió pincharla un poco—. ¿Usted tiene novio?

—Mire, señorita —respondió ella indignada, haciendo el amago de levantarse —, todo tiene un límite. Eso sí que no lo voy a tolerar.

Cambio de tercio. El momento justo. La estocada por el lado contrario al que

te la esperas.

—¿De qué conocía usted a Rosemary Zocca?

La joven del lago.

Y entonces Ana lo olió. Era agrio, como mantequilla derretida al sol. El hedor de un mentiroso pillado en falta.

—No la conocía de nada.

—¿Está segura?

—¿Cómo quiere que se lo diga? No la conocía de nada.

* * *

—No lo conocía de nada.

—¿De verdad?

—Igual si me enseña una fotografía…

Ana estaba preparada. Por supuesto. Tenía la fotografía. Le pidió con un gesto a José Barriga que se la acercara.

—Mire, Mario. —La depositó en la mesa, frente al anciano, y se la acercó ostentosamente, deslizándola con el dedo sobre la superficie—. ¿Lo ve?

Pero él no miraba la imagen. Miraba a Ana, incapaz de bajar la vista, de enfrentarse a la verdad de su culpa. Otro mentiroso.

—¿Puede fijarse en la fotografía, por favor? Me pidió una fotografía y aquí se la traigo. —Se la acercó aún más—. Ve. Miguel Ángel Malabar. Moreno aunque ya con entradas. Aquí está muy delgado, pero últimamente había recuperado algo de peso.

—Le repito que no lo conozco.

* * *

En todas las salas de interrogatorio las conversaciones terminaban siempre en el mismo muro infranqueable. No lo conozco.

—¿No conoce a Tomás Mendoza?

La víctima número uno del ascensor. El cuerpo que más sufrió con la caída. El abogado con obesidad mórbida que perdió parte del cráneo antes de estrellarse contra el suelo.

—¿Está segura, Palmira?

—Ya le he dicho que no conozco a ese hombre.

«Intentaré refrescarle la memoria», insistía Ana, una y otra vez, rebotando de

sala de interrogatorio en sala de interrogatorio como el borracho del pueblo al que echan de los bares. En la sala cuatro tampoco tuvo más suerte.

—Se llama Esther Fraga. Setenta y ocho años. Quizá la reconozca por la bufanda chillona que solo se quitaba en verano. Vivía con su marido, en el centro de Madrid. No tenían hijos.

—Le repito que no me suena de nada.

—África, ¿usted sabe que aquí somos policías, verdad? Aquí pillamos muy rápidamente a los mentirosos.

Como respuesta solo recibió la mirada torpe de un par de ojos desubicados.

Sociograph decía que Miryam Santaflorentina había matado a la chica del lago. Que Mario Pelegry era el responsable de la muerte de Miguel Ángel Malabar. Que África Mitre era la asesina de Esther Fraga. Y que Palmira de la Fuente se había encargado de la muerte de Tomás Mendoza.

Solo dos de las seis víctimas se quedaron sin asesino con el que emparejarlas. El Carquinyoli —el cómplice del asesino— y la duquesa de Mediona. A la desesperada, en unos interrogatorios que no la llevaban a ninguna parte, Ana probó también con ella, la única famosa de todo el grupo de víctimas.

Le mostró a todos la fotografía de Mónica Spinoza.

—No me puedo creer que no la conozca. Toda España la conoce. Es como Messi o Cristiano Ronaldo. Da igual que no sepas de fútbol o no te guste o lo odies. Sabes quiénes son. Así que no me creo que usted no siga los programas del corazón. Mónica Spinoza tiene un índice de conocimiento entre los españoles mayor que el presidente del Gobierno. Así que no me venga con tonterías, Palmira.

—Bueno —en un gesto nervioso, Palmira de la Fuente se recolocó las gafas, enormes y puntiagudas como una ceja depilada hacia la sien, dándole a la cara un signo permanente de exclamación—, yo le he dicho que no la conocía, en sentido literal. No la conozco en persona. Claro que sé quién es. ¿Cómo no voy a saber quién es? Ha muerto hace poco, ¿verdad?

Era desesperante. ¿Cómo no iba a poder derrotar a cuatro malditos ancianos?

* * *

La mano se había convertido en una garra que tiraba del collar hacia abajo, clavándole las perlas en la nuca, como si toda la tensión de ese cuerpo estuviera descargándose justo ahí, en esa horca invertida. Ana miraba a la anciana a través del espejo de una sola dirección. Miryam Santaflorentina estaba nerviosa, de eso

no había duda alguna. Pero tenía ochenta y cinco años, los achaques propios de la edad y llevaba más de tres horas encerrada en una sala de interrogatorios. Hubiera sido mucho más sospechoso de estar tranquila y relajada.

Aún tenían tiempo. O eso esperaba Ana. De momento ninguno de los cuatro ancianos había pedido marcharse. Quizá no supieran que podían hacerlo en cualquier momento, porque no estaban detenidos. No tenían pruebas objetivas y sólidas para detenerlos. Ningún juez se iba a tragar —ni mucho menos aceptar— el test que los había señalado como culpables. Tampoco habían pedido un abogado. En cuanto alguno de ellos cayera en la cuenta, se le acabaría el tiempo. Dos plantas más arriba, su equipo en pleno buscaba cualquier conexión entre esos cuatro ancianos y sus cuatro supuestas víctimas.

Pero nada parecía encajar. Ana empezaba a arrepentirse de haber accedido a realizar aquella prueba absurda que los había vuelto a meter en un callejón sin salida. Estaban ante un solo asesino, lo tenía clarísimo. Un solo asesino que jugaba con ellos dejándoles pistas que no llevaban a ninguna parte. Aquellos cuatro ancianos no pintaban nada allí. Y, sin embargo, Nori y Elena estaban tan convencidos del resultado que decidió darles un poco más de tiempo. Otra oportunidad.

Subió por las escaleras a paso lento, como si no quisiera enfrentarse a lo que sabía que se iba a encontrar. Otro muro. Otra maldita pared de hormigón contra la que estrellarse de nuevo.

—¿Alguien ha localizado alguna conexión? —gritó desde la puerta de la sala que acogía a los dos grupos de homicidios. Veintitrés pares de ojos se giraron hacia ella, pero nadie habló—. ¿Nada? ¿Ni siquiera un jodido equipo de fútbol del que fueran seguidores víctima y asesino? —Varios de sus subordinados bajaron la cabeza—. ¿En serio? Lleváis cuatro horas con esto.

—¿Qué pasa aquí? —Lo que faltaba. Ruipérez. Ya podía darse por jodida toda la operación—. He dicho que qué pasa aquí. Y —alargó la conjunción como un mal traspié en una placa de hielo— por qué están las salas de interrogatorios ocupadas con cuatro personas sacadas de un hogar del jubilado. Eso también me gustaría saberlo. ¿Nos hemos convertido en un club de la tercera edad o qué? ¿Ahora recogemos a viejitos por la calle?

El comisario miraba al aire, como si Ana no fuera digna de que posara los ojos en ella, y como si cualquier punto en el espacio hubiera hecho más méritos para recibir su respeto que la inspectora jefa de homicidios.

—Estamos trabajando en un nuevo enfoque del caso del asesino del ascensor —empezó a explicar Ana…

—Una cosa, Ana —Ruipérez volvió a levantar la voz para que le oyera todo el equipo, y en ese instante ella supo que iba a ridiculizarla delante de los hombres y mujeres a los que comandaba hacía solo dos semanas, de los que aún estaba intentando ganarse el respeto—, estoy realmente impresionado por la peligrosidad de las misiones que le encomiendas a tu equipo. Sí. Realmente impresionado.

Ahora sí que Ana no sabía por dónde iba a salir Ruipérez. Y eso no le gustaba nada.

—¿Se refiere, comisario, a que estén todos aquí sentados tras una mesa? Estamos buscando datos que establezcan algún tipo de conexión entre las víctimas y un grupo de sospechosos. Los necesito a todos aquí hasta que encontremos algo.

—¿Los viejecitos de las salas de interrogatorio? ¿En serio? —La carcajada rebotó en las paredes, más falsa que una mayonesa cortada—. ¡Ay, Ana Arén! Dedícate a la comedia. De verdad. Esto es serio. Esto es homicidios. Aquí muere gente. Y aquí pillamos a los asesinos. No usamos como escudo a viejos a los que se les escapa el pis.

—¿Qué decía usted de la peligrosidad? —intentó cambiar de tema, a pesar de que sabía que ese otro camino podía llevarla a una humillación mayor.

—¡Ah, sí, la peligrosidad! Mira a estos hombres y mujeres. —Volvió a elevar la voz, señalándolos a todos, obligándolos a volver a levantar la mirada hacia ellos y a ser testigos de la burla a la que iba a someter a Ana—. Aquí está buena parte de la élite de la Policía. Los mejores. Las mejores cabezas en los mejores cuerpos. Pero llegas tú, traes a tus nuevos amigos, y en una peligrosísima misión al filo de la muerte la agente Charo Domínguez se rompe el tobillo saltando a la comba. Eso sí que es valor.

No fue una risa. Fue odio escupido en forma de risotada. Una ola de desprecio que recorrió la sala hasta ahogar a Ana ante sus hombres.

Sería difícil recuperarse de eso.

* * *

«Baja», leyó en el mensaje de texto.

Los salvavidas tienen que lanzarse a tiempo, cuando hacen falta de verdad. Y a esas cuatro letras, combinadas de esa manera precisa, se agarró Ana para desaparecer de la vista de Ruipérez y alejarse del monstruo.

—¿Qué es lo que pasa, Rosa? —La subinspectora la estaba esperando frente a

la puerta de la sala de interrogatorios número uno.

—Quiere hablar.

—¿Quién? ¿Miryam? —aventuró Ana.

—Sí.

—¿Cómo ha sido?

—Se ha levantado y ha empezado a dar golpes en el espejo, con los nudillos, cada vez más impaciente. La he dejado un rato, no te creas, para que se tensara un poco. He ido a buscarte, pero he oído los gritos de Ruipérez, así que he vuelto a bajar y he pasado a la sala.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que quería hablar con la otra señorita. —Rosa hizo una mueca de asco—. O sea, contigo.

—¿Cuánto hace que empezó con los nudillos?

—Diez minutos.

—Pues vamos.

Abrió la puerta con un gesto que su cuerpo había logrado interiorizar, después de tantos años de repetición, hasta hacerlo completamente natural y creíble. Ana entró a la sala número uno como quien entra al baño de un bar, por necesidad pero sin ganas, incluso con cierto asco.

—Miryam, me han dicho que quería verme.

—Sí, señorita.

—Bueno, pues usted dirá. —Ana siguió de pie, casi junto a la puerta, sin acercarse a la anciana, que continuaba sentada en la silla.

—Necesito hablar con mis compañeros.

—¿Compañeros? —¿De crimen?

—Sí, mis compañeros, mis amigos del programa, los amigos a los que han traído aquí conmigo.

—¿Y por qué quiere hablar con ellos?

—Por una cosa.

—Pues esta señorita le dice que no —respondió Ana—. Que aquí mando yo y no pueden hablar unos con otros. No hasta que no nos respondan a lo que queremos saber.

—Por eso se lo digo. Porque creo que sé algo.

—Cree.

—Creo. Sí. —El tono era autoritario, pero, a la vez, había algo más. Miedo, quizá—. Pero hasta que no hable con ellos no lo sabré.

—Bueno, pues dígame usted qué es lo que cree y yo se lo traslado al resto de

las personas. A sus compañeros, como usted los llama. No se preocupe, que lo haré bien.

—No, no, señorita. No me entiende. Tengo que hablar con ellos.

—Quizá la que no me entiende a mí es usted.

Y tal como había entrado, salió, dejando a la mujer con los ojos como platos por la desconsideración con la que acababa de tratarla.

—Sabes lo que significa eso. ¿Verdad, Rosa?

Se habían apartado de las salas de interrogatorio y susurraban junto a la máquina de café.

—Sí. Que hay algo. Que no son inocentes.

—Y que hay que seguir buscando. Sube a decírselo a los chicos. Vamos a dejar que se siga poniendo nerviosa. Voy a entrar en el resto de las salas, a ver si les saco algo.

* * *

—Palmira, ¿cómo está? ¿Necesita algo?

—Irme a casa.

—Bueno, yo también quiero irme a casa, no se crea que me gusta especialmente estar aquí. —La respuesta dejó impresionada a la anciana, que no supo reaccionar. Era el mejor momento para golpear de nuevo, cuando la víctima aún está encogida de dolor sobre su estómago desconcertada por lo que acababa de ocurrir—. Así que —continuó Ana—, cuanto antes me explique lo que está pasando aquí, antes saldremos. De todas maneras —hizo una pausa consciente y provocadora—… de todas maneras, su amiga ya nos lo ha contado. Miryam ya nos ha dicho que se pusieron todos de acuerdo.

Se la jugaba, lo sabía, pero era un riesgo que había tomado muchas veces, en otros muchos interrogatorios, la única manera de avanzar cuando todo conducía una y otra vez al mismo muro.

—¿Miryam?

—Sí. Miryam Santaflorentina. Ella nos lo ha contado.

—¿El qué?

—La conexión. Entre ustedes. Y las víctimas.

—¿Qué conexión?

—¿Sabe que si no coopera le podemos poner las cosas aún más difíciles?

Y entonces llegó. El punto de ruptura.

—No sé qué les ha contado Miryam, pero si le pasa lo mismo que a mí, puedo

imaginármelo.

49

—Puedo imaginármelo —continuó Palmira de la Fuente—, pero solo es eso, una sospecha. ¿Me consigue tabaco, por favor? Necesito con urgencia un cigarro. En mi bolso llevo un paquetito de emergencia. Supongo que lo habrán guardado a buen recaudo. El bolso, digo. Porque ya sería de traca que robaran algo aquí en una comisaría de Policía. ¿No?

Ana hizo una ligera señal con la cabeza al agente que custodiaba la puerta. Como no estés de vuelta en medio minuto con los cigarros de la señora, date por muerto. Bueno, no fue para tanto, pero casi. El gesto era de urgencia y resolución.

Y vaya si volvió. Con un mechero y todo en la mano.

Palmira encendió un cigarro con la misma elegancia con la que una araña camina por el borde de su tela. Firme. Segura de sí misma. Convencida. Sin mirar al borde del abismo, como si el precipicio frente al que se encontraba no existiera.

Como si no estuviera en una sala de interrogatorios a punto de ser acusada de asesinato.

—Este sitio da mucho que pensar. Entras aquí y la cabeza empieza a girar como una lavadora durante el centrifugado. Nunca sabes dónde te va a ir a parar el calcetín. En este caso, el pensamiento. Esto —se tocó la cabeza con el dedo índice— se pone a dar vueltas y cómo cambian las cosas. Llegas convencida de algo y al cabo del rato jurarías incluso que el techo y el suelo se han dado la vuelta.

Aspiró una bocanada eterna, que retuvo en sus pulmones como si estuviera alimentándose de la nicotina, y exhaló después un humo gris y pestilente, pero de manera tan grácil que incluso podía parecer una obra de arte.

—Una ya tiene una edad, aunque no lo admitamos nunca, o no deberíamos admitirlo nunca las mujeres, una ya tiene una edad. Y ha visto de todo. Usted se cree que por ser policía ha visto mucha maldad. Pero yo, que le doblo los años, le puedo asegurar que por mi vida ha pasado mucho cabrón.

Ana asistió fascinada a la metamorfosis de un ser al que algo había transformado por completo. Y ese algo —sospechaba— era una certeza, un conocimiento que le otorgaba poder, de repente poder, sobre esa situación que tan solo un poco antes la estaba desbordando hasta casi ahogarla. Ya no era la

anciana desvalida y temerosa que había llegado hasta allí asfixiando entre sus brazos un bolso de mano. Tenía algo, sabía algo, y eso había cambiado su posición en esa sala, el juego de poder.

—Pero antes, usted comprenderá, Ana —la miró, con una pausa teatral aprendida de los culebrones televisivos de la sobremesa—, voy a necesitar un abogado. —Ahí estaba, la certeza que la colocaba de repente por encima de la situación—. Vamos, creo —levantó la cabeza mirando a derecha y a izquierda, como si se supiera rodeada por el resto de sus compañeros—, a necesitar todos un abogado.

* * *

Un abogado de oficio, claro. Ninguno de los cuatro ancianos tenía dinero ni para pagar los honorarios del abogado más barato de Madrid, de los procuradores y de toda la maquinaria que se ponía en marcha con cada giro del engranaje del sistema judicial. Ellos formaban parte de la justicia para pobres.

No le quedaba más remedio que esperar a que les asignaran letrado, a que hablara con ellos y a que después pronunciara la frase mágica: «Ya puede hablar con mi cliente».

Solo podía aguardar y arremangarse con su equipo para buscar conexiones dos plantas más arriba. En cuanto empezó a subir las escaleras y el móvil recuperó la cobertura, sonó un mensaje. Era una nota de voz de José Barriga. «Acaban de llamar del hospital. El médico te autoriza a interrogar al marido de Esther Fraga. Sigue en la UCI, pero ya le han retirado la sedación y está estable. Me ha insistido mucho en que te diga que son solo cinco minutos. Que él ya no estará en el hospital, pero que el equipo de enfermería lo sabe. No te van a dejar pasar más de cinco minutos con él. Avisarán a seguridad si es necesario. Menudo imbécil me ha parecido, jefa».

* * *

La última vez que estuvo así, de pie, tras el cristal de una UCI, el cuerpo que yacía sedado y lleno de tubos al otro lado de la ventana era el de Pablo. Un niño de cuatro años perdido en la inmensidad de una cama de hospital a la que no pudo sobrevivir. El recuerdo la lanzó contra la pared como te aplasta contra el suelo una ola de calor veraniega al salir de un edificio helado. Durante todos esos meses, Ana había reprimido su muerte, enterrada bajo el dolor de la traición

de Inés. Ahora le llegaba en oleadas, como un vómito de bilis cuando ya no queda nada en el estómago que expulsar.

Apoyó la palma de la mano izquierda en la pared, balanceando hacia ese punto buena parte del peso de su cuerpo. Cerró los ojos. Respiró hondo. Se convirtió en pared. En ladrillos. En cemento. En hormigón. Absorbió las propiedades de ese muro a través de todas las terminaciones nerviosas de su mano.

Endureció su corazón.

Solo entonces pudo continuar el camino. Volver a andar. Abrir la puerta. Sonreír, aunque no demasiado.

—Buenos días, Arturo. —El anciano postrado en la cama, aún adormecido, la miró sin entender. Ella se sintió en la necesidad de seguir explicándose. Excusándose. Casi pidiendo perdón por su presencia allí—. Soy Ana. La inspectora jefa Ana Arén. Siento mucho su pérdida.

—Usted… —Arrastraba los sonidos, como si su boca fuera incapaz de articular al mismo ritmo que su cerebro—. Usted…

Levantó el brazo derecho, solo un poco, no tenía fuerzas. Pero quiso señalarla. La había reconocido.

—Sí. Soy yo. —Ana entendió enseguida lo que le quería decir ese hombre. Se acercó hasta él, inclinándose sobre la cama, para que la viera bien—. Usted sufrió el ataque al corazón justo a mi lado, en la calle. Yo le socorrí hasta que llegó la ambulancia.

—Esther. —Cerró los ojos al pronunciar el nombre de su esposa, incapaz de aguantar el dolor.

—Esther estuvo allí, a su lado, no se separó de usted. Nunca se separó de usted, en todo este tiempo. Le quería mucho. —Ana no lo sabía, no tenía manera de saber eso, de saber si esa mujer muerta quería mucho a ese hombre enfermo, pero la frase fluyó sin que pudiera hacer nada por pararla. Su cuerpo había reaccionado intentando calmar la angustia del hombre que yacía en esa cama de hospital.

—Esther. —La voz se hizo ronca, atascada en unas cuerdas vocales encogidas de pena, al borde del llanto. El hombre giró la cabeza para que Ana no pudiera verlo. Le avergonzaba la tristeza. Le avergonzaba estar triste. Intentó recomponerse—. Dice el médico que tuvo un accidente.

Ana no se atrevió a contradecirlo.

—¿Puedo hacerle un par de preguntas?

El hombre giró de nuevo la cabeza casi en un espasmo, hacia Ana. Sin

entender. ¿Un par de preguntas? ¿Qué par de preguntas?

—Ustedes no tenían una posición económica desahogada. —El hombre negó con la cabeza, no, no la tenían. Antes de que pudiera puntualizar nada, Ana siguió hablando—. Sin embargo, su mujer poseía algún objeto valioso, muy caro, como un bolso original de Chanel.

—El bolso.

—Sí. El bolso. ¿Cómo se lo pudo permitir? —Aturdido aún por los días sedado, aquel anciano no fue capaz de preguntarse por qué esa mujer le estaba interrogando sobre un bolso, o qué tenía eso que ver con su hospitalización, o con el accidente, como él creía, que había acabado con la vida de su mujer.

—Fue un regalo.

—¿De quién?

—No lo sabemos. Apareció un día, en la puerta, lo trajo un mensajero. Sin remitente.

—¿No saben de quién? —Él desvió la mirada—. ¿Un bolso de más de cuatro mil euros? ¿Seguro? —insistió Ana.

—Bueno —dudó.

—Ayúdeme a entenderlo mejor. Es lo que puede hacer por ella, lo que puede regalarle a su esposa. —Volvió a inclinarse sobre el anciano, un poco más, mirándolo directamente a los ojos.

—Ella lo sospechó siempre. —De repente parecía haber recobrado las fuerzas.

—El remitente, ¿verdad? La persona que le mandó ese bolso.

—Sí. Ese bolso y otras cosas. Yo le dije que no las aceptara, pero ella se aferraba a esos regalos como si le fuera la vida. «Sé quién es —decía—, sé quién es, es ella». —Empezó a hablar y ya no pudo parar—. Se puso realmente pesada. Discutimos varias veces. Y le dije que no quería hablar nunca más de ese tema. Que eran imaginaciones suyas. Que dejara ya de fustigarse. —Tragó saliva—. Que bastante habíamos sufrido como para volver a pasar por todo aquello otra vez. Que dejara de ver fantasmas.

—¿Cuándo empezó todo?

Entró una enfermera.

—El médico me ha dicho que solo cinco minutos, ni uno más —pareció regañarla, con un tono autoritario y cortante—, y usted lleva ya tres, le quedan dos —le dijo. Lo remarcó con un contundente gesto con la mano. Dos dedos, una señal de victoria convertida en una cuenta atrás.

—Cuénteme, por favor —volvió a preguntarle Ana—, ¿cuándo empezó todo?

—Primero fue una bufanda, hace ya muchos años. Esther no se la quitaba

nunca, ni siquiera en verano. Cuando hacía demasiado calor para ponérsela, la llevaba dentro del bolso con un extremo asomando, porque decía que así podrían reconocerla si se cruzaba con ellos por la calle.

—¿Con ellos?

—Esther estaba convencida de que era un regalo de sus hijos.

—¿Sus hijos? Ustedes no tienen hijos. —Ana había repasado tantas veces la información que se sabía de memoria las vidas de todas las víctimas del asesino del ascensor.

—No tenemos. Es decir, no los tenemos ahora. Pero los tuvimos. O eso creo. Dos. Esther se pasó todo el embarazo haciendo reposo, porque el ginecólogo dijo que el latido de los bebés era débil, aunque se escuchaba perfectamente a través del fonendoscopio. Dos corazones latiendo. En esa época no había ecografías ni nada de eso. Cuando se puso de parto, me ordenaron que me fuera a casa, que iba para largo, y que tenía que descansar para cuando llegaran los bebés. No los conocí. Nacieron muertos. Los doctores dijeron que quizá llevaban muertos algunos días en el útero, que habían fallecido por falta de oxígeno. No sé. Todo se nubló mucho esos días, hay como una bruma que me impide recordar.

El anciano cerró los ojos. De repente volvía a parecer el hombre convaleciente y cansado, el viudo enfermo. Las frases se fueron desacelerando, como un coche de juguete al que le empiezan a fallar las pilas.

—Esther —prosiguió, cuando recobró las fuerzas para continuar su historia— siempre vivió convencida de que los niños estaban vivos. Y cuando, muchos años después, empezaron a llegar esos regalos, ella lo supo. Se los mandaba su hija. Solo una hija podía establecer esa conexión con ella. Desde entonces vivió pendiente de una llamada, una carta, o una confesión que nunca llegó. Cada vez que sonaban el timbre de la puerta o el teléfono en la mesita del salón, ella se sobresaltaba y salía corriendo. Por si acaso. —Cerró los ojos, conteniendo una lágrima—. Nunca me lo confesó. Pero yo sabía que era por eso. Por si acaso eran sus hijos regresando de entre los muertos.

—¿Cómo supo que eran un niño y una niña?

—Porque Esther siempre ha jurado que lo recuerda, que oyó a alguien en la sala de partos decir que la niña era para el doctor de Madrid y el niño, para el policía. Yo creo que lo soñó de tantas ganas que tenía de que fuera verdad. Tuvimos incluso que mudarnos a Madrid, y todas las horas libres que tenía se las pasaba por la calle buscando niños que se parecieran a ella o a mí.

Entonces Ana hizo la conexión. ¿Y si? Porque entonces todo empezaría a tener sentido.

—Dice usted que se mudaron a Madrid tras el parto. ¿Dónde vivían antes? ¿Por casualidad fue en Barcelona? ¿Nacieron sus hijos en el hospital de las hermanas del Sagrat Rosari?

—¿Cómo? —tartamudeó él, ¿cómo podía saber eso?

—¿Nacieron un 18 de marzo?

Imposible. Era imposible. Esa policía no podía conocer aquello. El anciano seguía negando con la cabeza.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó al fin.

«Porque creo que sé quién es, al menos, uno de sus hijos. La niña». Aunque Ana no podía decirle eso, claro. No aún. Ese hombre no solo había perdido a su mujer, sino que —si las sospechas de Ana eran ciertas— también acababa de perder a su hija antes incluso de encontrarla. A su hija robada, perdida y convertida en duquesa de Mediona. ¿Cuántas veces habrían visto él y Esther sus fotografías en las revistas? ¿Cuántas veces ese matrimonio habría hablado de ella? ¿Cuántas habrían comentado sus conquistas? ¿Cuántas la habrían criticado, o admirado, sin saber que era la hija robada por la que llevaban media vida llorando?

Esa hija robada que descubrió quiénes eran sus padres y que, por alguna razón, nunca contactó con ellos más allá de esos caros regalos que mandaba de vez en cuando. ¿Por qué nunca se presentó ante ellos? ¿Por qué nunca les dijo la verdad? Si lo decidió así, entonces ¿a qué venían los regalos? Quizá no pudiera evitarlo, quizá necesitaba seguir manteniendo un fragilísimo cordón umbilical con la mujer que le dio a luz, o puede que fuera su manera de pedir perdón desde la distancia. Pero nunca llegó a ir más allá, a cruzar la línea. Hola, soy tu hija. Tu hija robada. Quizá no fue capaz de soportar la realidad de sus orígenes pobres y humildes.

Si Ana estaba en lo cierto, a ese hombre en la UCI de un hospital aún le quedaba un hijo vivo. El hermano de la duquesa. El mellizo robado. Ahora solo tenía que encontrarlo. Y salvarle la vida. Porque alguien había acabado con su madre y con su hermana. Y lo más probable es que en esos momentos estuviera también yendo a por él.

Si no lo había matado ya.

La enfermera entró por la puerta.

—Se le ha acabado el tiempo. Ya está.

Ana le devolvió una señal suplicante.

—Solo un minuto más. Una pregunta más, por favor.

—No. Aviso a seguridad —formó con los labios—. Seguridad —insistió.

—Una última cosa, por favor. Una última cosa —le dijo, a la vez, a la enfermera y al anciano. Hurgó en su bolso. Sacó cuatro fotografías. Cuatro *frames* sacados de los vídeos de las redes sociales que había utilizado Nori para la prueba—. ¿Conoce a alguna de estas personas?

Asintió. Mucho más rápido de lo que Ana hubiera imaginado. Lo tenía clarísimo. Y señaló a una de ellas.

—Sí. Pero ¿qué tiene ella que ver con todo esto?

Justo a tiempo. Un guardia de seguridad la agarró del brazo. El instinto casi le hizo tirarlo al suelo y esposarlo. Hubiera sido facilísimo. Pero se contuvo a tiempo.

—Gracias, Arturo.

Echó un último vistazo al anciano, que había cerrado los ojos, quizá tratando de entender qué estaba pasando. Qué era lo que de verdad estaba pasando.

* * *

El abogado de oficio entraba y salía de las salas de interrogatorio con una cara que se iba desencajando por momentos. Llevaba un montón de papeles que parecían más arrugados y más amarillos en cada uno de sus paseos. «Queremos al mismo abogado», habían dicho los cuatro ancianos. No uno cada uno. No. El mismo.

Y el pobre abogado del turno de oficio, que ni siquiera sabía cuándo le iba a pagar el Estado la miseria que le tocaba por hacerse cargo de ese caso, corría de una sala a otra llevando mensajes, escribiendo notas, coordinando lo que se supusiera que tenía que coordinar entre esas cuatro personas.

—Ahora mismo usted me acompaña a la sala cuatro.

Ana se colocó junto a él, en un placaje impecable cuerpo a cuerpo, pero sin tocarlo un milímetro. No le dio otra opción que seguirla.

—Mi clienta no va a hablar…

—Su clienta —Ana había abierto ya la puerta de la sala— hará lo que quiera, que ya es mayorcita. ¿Verdad, África?

Miró a la anciana, sorprendida por aquella irrupción en tromba en la sala en la que llevaba ya más de cuatro o cinco horas, no hubiera sabido decirlo con exactitud.

—¿Verdad que es usted mayorcita, África? ¿Y verdad que me va a contar ahora mismo qué relación tuvo o tiene con Esther Fraga? Y no, no se haga la tonta, acabo de hablar con Arturo. Le han retirado la sedación. Está

completamente lúcido en la UCI de un hospital. ¿Le provocó usted un infarto? ¿Cómo lo hizo?

—¿Yo? ¿Qué?

—Mire, mi clienta… —intentó volver a intervenir el joven abogado.

—Su clienta ya es mayorcita. —Ana lo miró con desprecio, no soportaba estar tan cerca de la verdad y que un abogado le fuera con tecnicismos legalistas—. Y ella decidirá si habla, que ahora mismo es la mejor opción para ella, o no. ¿Qué decide, África?

La miró a los ojos. Con toda la dureza que fue capaz de reunir, intentando intimidarla. Ella le devolvió la mirada. Más que culpable, parecía arrepentida por algo.

—Falta una persona. Pero es que estaba enferma y hoy no ha podido venir al programa. Es la primera vez que falta desde que nos conocimos, hace más de un año, cuando fuimos por primera vez de público a *Viva la tarde del domingo* y nos sentaron juntos, al fondo del todo. Éramos los únicos que íbamos sin compañía. Y conectamos enseguida. Ellos son especiales, ¿sabe? Nos hicimos amigos. Fue como volver por un rato a la juventud. Así que se lo pedimos a la regidora, a Sole, y regresamos a la emisión de la semana siguiente, y a la otra. Y a la otra. Incluso nos sacaron en el Twitter ese. Los cinco sufridores, nos llamaron. Desde entonces no hemos faltado nunca. Incluso…

—Me decía usted que falta una persona —la cortó Ana, seca pero con cierta amabilidad.

—Sí. Hoy no estábamos todos. Y sin ella las piezas no cuadran. Sin ella nada tiene sentido. Si lo que sospechamos es cierto, les tiene que sobrar un muerto. ¿Verdad? —Ana asintió, sorprendida por esa pregunta—. Es —continuó la anciana— el muerto de nuestra amiga. Si todos nosotros tenemos uno, ella debe de tenerlo también. Falta el muerto de la Muri.

50

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Tendré que matar a varios a la vez. Será mi obra maestra. Se hablará durante mucho tiempo de ella. Estoy pensando en un ascensor. ¿Te imaginas? Nadie ha asesinado nunca así. Soy un genio.

—Pero quizá se den cuenta. Quizá todos aten cabos. Y lo descubran.

—Tú por eso no te preocupes.

Se frotó las manos, temblando. Maldito frío madrileño. El aire helado entraba por la estructura de ese edificio abandonado, aullando entre los huecos de lo que un día habían sido ventanas.

—¿Necesitas ayuda?

—Ya la necesité una vez y mira lo mal que salió.

—Pero…

—Que no, Carquinyoli, que te he dicho que no.

—Bueno, pues dame el dinero y me marcho.

—Aquí lo tengo, en este rincón. Ven.

Y él alargó la mano. Aunque lo que recibió a cambio no fue dinero, sino un empujón que lo estrelló cuatro pisos más abajo.

51

—¿Cómo que falta una persona?

—Sí, somos cinco —contestó África Mitre—, los cinco que estamos siempre juntos. ¿No nos conoce?

—No, pero conozco su historia —se impacientó Ana.

—Pues eso. Que a nosotros nos falta una persona y para que todo cuadre con lo que ha pasado, a usted le tiene que sobrar un cadáver de ese montón de gente que nos han puesto en el vídeo. Cinco compañeros, cinco muertos. ¿Verdad?

Ana intentó poner su mejor cara de ni sí ni no ni todo lo contrario.

—¿Ve? —siguió hablando la anciana— Es verdad. Todo encaja —dijo, con lo que parecía una pena sentida de verdad—. Lo sabía.

—¿Y qué más sabe? —la retó.

—¿Por qué no pide a mis compañeros que vengan y se lo contamos entre todos? Lo hemos estado hablando con el abogado, y todo encaja.

Ana miró al abogado de oficio. «Ni se te ocurra oponerte o soltar la más mínima queja», le amenazó.

—De acuerdo, lo voy a autorizar. Pero ustedes tienen que autorizarnos a grabar lo que pase aquí.

—No están detenidos y usted no puede… —empezó a protestar el abogado de oficio. Ana lo ignoró y miró directamente a la anciana.

—¿Verdad que lo autorizan? Es solo para que no se nos escape nada.

Mientras recolectaban a los cuatro ancianos en la sala más grande, en la número uno, Ana llamó a Nori.

—Oye, resulta que falta una —le soltó, sin darle tiempo ni a saludar.

—¿Una de qué? —Nori no sabía ni de lo que le estaba hablando.

—Una anciana. Hoy no estaban todos. Los cinco viejos esos que van siempre de público a *Viva la tarde del domingo*.

—Sí, es verdad. Son cinco.

—¿Me puedes mandar los datos de la que falta? La llaman la Muri. Voy a enviar un equipo a buscarla.

* * *

—Cada cual pensaba en su muerto.

Se miraron los unos a los otros, asintiendo. Dándose la razón. Ana rezó para que el sistema funcionara correctamente y tuvieran esas miradas y esos gestos perfectamente grabados en alta definición. Tendrían que analizarlos con lupa.

—Porque Rosemary está muerta, ¿verdad? —Miryam había enredado su collar de perlas tan fuerte alrededor de su dedo índice que la yema estaba empezando a ponerse morada por falta de riego sanguíneo—. Seguro que aparece ahí, en ese vídeo que nos han puesto. Seguro que una de ellas es Rosemary y está muerta. Como el resto.

Era momento de ir soltando cuerda.

—¿Por qué sospecha que está muerta?

—Porque el resto lo están. —Miró a sus compañeros, para que se explicaran—. ¿No es verdad? Los vuestros también están muertos. Contadle.

—Miguel Ángel Malabar —pronunció Mario, el anciano que hasta entonces había estado en la sala de interrogatorios número dos.

—Tomás Mendoza —dijo Palmira.

—Esther Fraga —contó África.

—¿Qué ha pasado con ellos? —Ana era incapaz de saber a dónde iba a parar todo eso. No lo entiendo.

—Miguel Ángel —le explicó Mario, deslizando lentamente cada sílaba— mató a mi hija.

* * *

Madrid, 2001. Mario y Miguel Ángel

Mi hija era un bebé precioso, sabe. Pero muy muy pequeña. Luchó con uñas y dientes para sobrevivir. Nació solo con un kilo setecientos treinta y dos gramos de peso. La podía coger con una mano. Peleó como una jabata en la incubadora del hospital. Y salió adelante. Nos hizo tan tan felices. No se lo imagina. Era una niña maravillosa, un ser de luz. Hasta que empezaron a gustarle los chicos. La llevamos a un colegio de monjas, uno solo de chicas, precisamente para prevenir eso. Pero dio igual. Se enamoraba de los chicos del barrio. Uno tras otro. Una decepción tras otra. El más malote, siempre. Como un imán. El más macarra. El

último fue ese motero. Un imbécil con chaqueta de cuero, cigarro en la boca y pose a lo James Dean. Un ligón con camiseta negra de una marca de gasolina. Un pervertidor de niñas. Y, claro, mi hija no paró hasta que no consiguió una moto. Para ir con él, en el grupo, para que se fijara en ella. Nosotros no queríamos darle el dinero. Nunca se lo hubiéramos dado. Pero mi mujer fue débil. Y mi hija era muy lista. Fue camelándose a su madre hasta que ella le dio el dinero. Todos sus ahorros. Para una moto pequeñita. El primer día que la cogió se mató. Habían caído cuatro gotas, patinó en un paso de peatones y acabó debajo de un camión que cruzaba por delante. ¿Sabe qué? Cuando se lo eché en cara, al cabrón ese, cuando le grité que ella había muerto por su culpa —no se imagina las vueltas que di por el barrio, hasta que lo encontré—, él me miró como si no entendiera nada. «¿Muerta? ¿Quién? ¿Quién es esa Luna de la que me habla usted?».

* * *

—Ni siquiera sabía de quién le estaba hablando. Ni siquiera se había fijado en ella. Mi hija se murió por su culpa y él ni se enteró. —El anciano apoyó la cabeza entre las manos, cerrando los ojos con fuerza—. Hace poco me lo volví a encontrar por la calle. Iba de la mano de otro hombre y apoyaba su cabeza en su hombro. Un maldito gay que jugaba a ser el rompecorazones de las chicas del barrio para despistar.

—Y por eso, ahora, usted decidió tomarse la venganza por su mano. —Ana se había colocado de pie, frente a él, y le hablaba amenazante—. ¿Qué cree que pensaría su hija de todo esto?

—Yo… yo…

—Pensándolo bien —interrumpió otra de las ancianas—, Rosemary también merecía que le pasara algo malo.

* * *

Barcelona, 2015. Miryam y Rosemary

Lunes y jueves cogía el cincuenta y seis. Eran los días de las ofertas, cuando sabía que podía encontrar precios más bajos en algunos productos. Pero tenía que madrugar, ser de las primeras, hacer cola antes de que abrieran, porque siempre se acababan pronto. Y tenía que coger el autobús. Más de veinte

minutos de trayecto hasta el supermercado con los mejores precios. «Maldita sea la vida —pensaba la anciana—, maldita sea la vida esta en la que después de tanta lucha y tanto sufrimiento, aquí estoy, en un autobús de mierda, agarrada a un carrito de la compra, para ahorrarme unos céntimos».

El regreso era peor. Los tobillos se le hinchaban. Tanto rato de pie, parada, sin moverse, no era bueno para la circulación. Tenía que agarrarse con fuerza a la barra para no caerse. Aunque no hubiera estado mal. Desmayarse, e incluso morir, así, al menos, saldría en la prensa y alguien tendría remordimientos. Esa chica, por ejemplo. Debía de subir al principio del trayecto y se sentaba cómodamente en el asiento reservado a ancianos, embarazadas o personas con minusvalía. El lugar en el que tenía que poder acomodarse ella. Porque ella era una anciana. Vaya si lo era. Ochenta y tres años que tenía. Pero la chica nunca le cedió el asiento. Al principio, Miryam se ponía de pie frente a ella y la miraba fijamente. Cada lunes. Cada jueves. Seguro que se da cuenta. Pero no. No se daba cuenta. Un día se lo dijo con toda la educación que le fue posible reunir en ese odio que sentía, acumulado lunes tras lunes, jueves tras jueves: «Por favor, ¿podría cederme el asiento, señorita?, ya estoy mayor y…». Ella la miró. Ni siquiera era desprecio. Fue algo peor: indiferencia. «Oiga, ¿se ha dado cuenta de que está en un asiento reservado a personas como yo?». Otra vez el silencio. El de la chica y el del resto de las personas del autobús.

Decidió no intentarlo más. Los días en los que veía a la joven, se quedaba junto a la puerta, sabiendo que era el lugar más peligroso y que cualquier frenada brusca la tiraría al suelo. Hasta que un jueves decidió no bajarse en su parada. Quería saber adónde iba esa joven maleducada.

Ya casi no quedaba nadie en el autobús. Seguro que la había visto. Y seguro que se preguntaba por qué esa anciana seguía allí, de pie, junto a la puerta de salida. La chica se levantó, evitando mirarla, aunque sabía perfectamente dónde estaba. Pasó a su lado y justo al abrirse las puertas, giró el cuerpo con brusquedad, lo suficiente para que la mochila que llevaba colgando del hombro derecho se estrellara contra el cuerpo de la anciana, que cayó de rodillas contra el duro suelo del autobús.

Lo hizo a propósito, estaba convencida. La chica ni siquiera se giró. Bajó el escalón, salió del autobús y empezó a andar, tan tranquila, por la acera.

—Pero se le cayó la cartera, ¿sabe? Al golpearme con la mochila se le cayó la cartera que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. La recogí con miedo. Miré a todos lados, pero nadie se dio cuenta. En el autobús solo quedaban un par de chicos, enfrascados en sus teléfonos móviles. Estuve tentada de dársela al

conductor, para que la llevara a objetos perdidos y ella pudiera recuperarla. Pero la curiosidad fue más fuerte. Cuando llegue a casa, miro quién es y ya mañana la devuelvo. Pero nunca lo hice. Nunca la devolví. Rosemary Zocca. ¿Cómo se puede ser tan mala persona? ¿Qué lleva a una chica de poco más de veinte años a actuar así? Nunca volví a ese autobús. No quería volver a verla. Tenía miedo. Poco tiempo después vine a Madrid a vivir con mi hermana. Alquilé mi piso y así vamos un poco más desahogadas al mes.

—¿Y usted? —Ana miró fijamente a Palmira, pero ella no se dio cuenta. La anciana se había quitado las gafas. Era miope y había momentos en los que prefería ver el mundo desenfocado—. Le estoy preguntado a usted, Palmira. ¿De qué culpa a Tomás Mendoza?

—No me dejaba dormir.

* * *

Madrid, 2010. Palmira y Tomás

Parecía un cielo estrellado sobre la cama. El techo de la habitación estaba lleno de agujeros. Todos tenían la misma forma, un círculo perfecto que penetraba en el yeso, con una profundidad máxima en el centro de la esfera. Como si los hubiera tallado un artesano concienzudo construyendo una galaxia para que ella la viera en sus largas noches de insomnio.

Pero no eran estrellas, sino la copia exacta del extremo del mango de una escoba.

Ya no recordaba cuánto tiempo hacía que dormía con la escoba junto a la cama. Al principio iba a buscarla al armario de la cocina. Se lo pensó mucho la primera vez. «No quiero que crea que soy una maleducada». Pero un día ya no pudo resistirlo más. Cuando vio que los gritos no funcionaban, fue hasta el escobero y cogió lo más largo que encontró. Al fin y al cabo, tenía que estrellarlo contra el techo. Y ella era bajita. «Que te calles ya, por favor», gritó mientras golpeaba con el mango de la escoba el yeso sobre su cama. El ruido cesó. Ella suspiró, aliviada. Le quedaban aún cuatro horas y media hasta que sonara el despertador. Las durmió del tirón. Por primera vez en muchos meses despertó lúcida, con el adormecimiento justo que podía arreglar una buena taza de café.

La siguiente noche también fue tranquila, como si la vergüenza se hubiera apoderado de su vecino del piso de arriba. Qué fácil lo había tenido, un golpe de escoba, todo este tiempo aguantando sin dormir y un solo golpe de escoba lo

había solucionado, pensó ella la tercera noche después de… Después del agujero en el techo.

Pero la alegría dura poco en la casa del pobre, le decía siempre su madre. Y duró poco en la casa de Palmira de la Fuente. Cuatro noches después volvieron los tacones, los muebles arrastrándose, los golpes, la música. Y la aspiradora. La aspiradora ponía punto y final a aquella orgía de ruidos que se desataba a la una de la madrugada.

Esa vez ella aguantó. Pero veinticuatro horas después, desesperada, volvió a por la escoba, y un segundo agujero marcó el techo de la habitación. Los ruidos pararon. Unos segundos solo. Volvieron enseguida y le pareció que eran aún más fuertes que antes. Una noche, y otra, y otra. Y, desde entonces, antes de la aspiradora, un larguísimo repiqueteo de tacones, pasillo arriba, pasillo abajo. «Las hace caminar para joderme. Este cabrón hace caminar a sus putas con los tacones para joderme».

Empezó a dormir con la escoba junto a la cama. No porque solucionara nada, sino como manera de desahogarse, para sacar el odio de su cuerpo con cada golpe al techo. Si no, un día acabaría matándolo.

* * *

—Al final, tuve que vender la casa. —Palmira suspiró, resignada, aceptando lo que le había pasado—. Perdí dinero, mucho dinero, era la época en la que había estallado la burbuja inmobiliaria y nadie podía comprar. Pero estaba volviéndome loca. Y hubiera acabado matándolo.

Y hubiera acabado matándolo. No se dio cuenta hasta que lo dijo. Que estaba muerto. De verdad.

Era como si todos se hubieran dado cuenta a la vez de lo que estaba pasando. Ana. El abogado. Los cuatro ancianos. Como si la certeza los hubiera golpeado desde todos los ángulos.

Y hubiera acabado matándolo.

* * *

—¿Jefa? —El agente Barriga interrumpió en plena confesión. Oportuno, como siempre.

—Ahora no, José. ¿No ves que estamos ocupados?

—Es importante, jefa. ¿Puede salir un momento?

—¿¡Qué narices pasa!? —Ana gritó en susurros, que es el grito más indignado de todos los gritos porque no puede terminar de sacar toda la rabia del cuerpo. Cerró la puerta de la sala de interrogatorios tras de sí—. ¿Cómo se te ocurre entrar así, cortando un interrogatorio? ¿Se te ha ido la cabeza? Estos no son unos choros de poca monta.

—Jefa, hemos descubierto algo importante.

—Espero que de verdad lo sea.

—Una de las ancianas que tiene ahí dentro se ha cambiado el nombre. Bueno, de hecho, se llama así, solo que ahora solo usa la mitad y además al revés.

—Barriga, no sé dónde estudiaste, pero definitivamente la expresión oral no es tu fuerte. ¿Qué me quieres decir? —Ana se estaba poniendo nerviosa, y eso era peligroso, sobre todo, para ella, podía estallar en cualquier momento.

—Pues que África Mitre en realidad se llama Sonsoles África Spinoza Mitre. Viuda de —consultó sus notas— Valentín de Garcés y Fuerte.

* * *

—¿África? —Ana entró en tromba en la sala, interrumpiendo el cuchicheo del abogado con sus cuatro clientes—. ¿O mejor la llamo Sonsoles? Sonsoles Spinoza Mitre, bautizada Sonsoles África. ¿Cuándo decidió usted volver a utilizarlo? ¿Antes o después de abandonar a su marido, el prestigioso ginecólogo que la tenía en palmitas? ¿Antes o después de matar a Esther Fraga?

—El muerto tenía que haber sido él —contestó ella, extrañamente calmada—. Pero ya estaba muerto, claro, y a los muertos no se les puede matar dos veces. No en este mundo. Cuando me lo encuentre allá arriba, será otra cosa. Que se prepare.

* * *

Madrid, 1985. Sonsoles África y Esther

Sonsoles África Spinoza Mitre tenía que haber nacido más tarde. Cuarenta años más tarde, como mínimo. Fue la mayor maldición de su vida, venir a este mundo de penitentes antes de tiempo y no poder divorciarse ni mandar a la mierda a ese marido que tenía. No poder decirle adiós-muy-buenas-ahí-te-quedas-que-te-den. Bueno, que-te-den no se lo hubiera dicho nunca, su educación de niña católica de bien forjada en la rectitud y la sobriedad no se lo hubiera permitido. Pero sí el

ahí te quedas. Irse, coger la herencia de sus padres y marcharse a donde le diera la real gana. Inseminarse. Todas las veces que quisiera. Y parir hijos. Todos los que le hubiera dado la gana.

Vivir.

Al fin y al cabo, vivir.

Pero Sonsoles nació cuarenta años antes de la cuenta, en un régimen dictatorial y ultracatólico que ataba a las mujeres —y más a las de clase alta— a unas asfixiantes normas de vida. Siempre elegantes, siempre perfectas, siempre maravillosas, siempre anfitrionas, siempre madres.

A ella le faltaba eso último. La maternidad. Y su marido no podía soportar los cuchicheos de los salones de más alto copete de la capital. Todas las mujeres de la familia de ella eran tremendamente fértiles. Su abuela había tenido nueve hijos. Su madre, siete. Sus hermanas, más jóvenes que ella, ya tenían varios cada una. Pero ella no. Seca como un campo de barro bajo el sol de agosto. ¿Y si el problema era de él?, empezaron a preguntarse las señoras en las reuniones a la hora del té. ¿Cómo confiar en un ginecólogo que no puede tener hijos?

Entonces él lo robó. Robó un bebé para ella. Una niña. Una maravillosa, pequeña y frágil niña. «Finge que estás embarazada», ordenó a su mujer. Y un día, ocho meses después, se fue a Barcelona y volvió con la pequeña. Ella no le pidió explicaciones. Él no se las dio. Viajando tan lejos a por un recién nacido se aseguraba no encontrarse por la calle con la verdadera madre. ¿Y si resultaba que la niña era un calco y alguien la reconocía? Mejor no correr riesgos.

Pero esa niña era hija de rojos. Y les arruinó la vida. Siempre se portaba mal. Los dejaba en ridículo ante sus amigos. Se burlaba de la ropa de las señoras a las que el matrimonio de Garcés y Fuerte intentaba impresionar. Se reía de sus acentos impostados, de sus conversaciones sobre telas de moda importadas de París, de sus maridos de conveniencia.

—¡Ay, Sonsoles, no parece hija tuya esta niña! Se comporta como si la hubierais recogido del barro. ¡Qué mala educación!

En vez de abrirles las puertas de la gloria, en vez de darles acceso a la alta sociedad y así llevar más mujeres y más ricas a la consulta ginecológica del doctor Garcés y Fuerte, esa niña consiguió todo lo contrario. Las mujeres poderosas de la capital empezaron a evitarlos. El matrimonio, pelea tras pelea, naufragó. Y esa niña, a los dieciséis años, terminó escapándose de casa.

Nunca más la volvieron a ver. Al menos, nunca más, en persona.

El doctor Garcés terminó repudiando a su esposa. No se separó de ella porque no había leyes que lo permitieran, pero la mandó a vivir a un pequeño sanatorio

para enfermos mentales regentado por las mismas monjas de su centro médico, justo después de la muerte de los padres de ella, tras quedarse la herencia que pertenecía a Sonsoles, pero que por ley era toda del marido. «Está mal de salud, necesita reposo, no la vayáis a ver —les decía a los pocos conocidos que aún visitaban la casa familiar—, vamos a esperar a que se recupere un poco».

* * *

—Entonces me escapé. Un buen día, años después, abandoné aquel sanatorio y busqué refugio en una vieja amiga de juventud. Su marido se opuso a que viviera con ellos, pero ella me dejó una pequeña habitación en el semisótano del edificio de unos parientes. Los propietarios estaban justo buscando a alguien que se encargara de la portería, que limpiara y que atendiera a los vecinos en lo que pudieran necesitar, fuera la hora que fuese. Por un salario de mierda, no se crea, pero tenía un techo y mi propio dinero. Como se puede imaginar, mi familia me dio la espalda, renegó de mí, y figúrese, que me los cruzaba por el barrio de vez en cuando. Ni me miraban. Desde entonces vivo allí, en esa pequeña habitación pegada a la portería de un edificio de relumbrón del barrio más rico de Madrid. Pero he sido más feliz en estos años que en toda mi vida junto a aquel desgraciado.

—Solo tenía una espina, ¿verdad? —le preguntó Ana, mirándola fijamente a la cara—. Esther Fraga. ¿Qué le hizo ella?

—Esther era —la anciana dejó la frase en suspenso, flotando en el aire, como si no se viera con fuerzas para terminarla—… Esther era la madre biológica de mi hija, lo descubrí tras la muerte de mi marido, en unos papeles que guardaba. Esther fue la sangre roja que contaminó a ese bebé precioso y que hizo un infierno de mi existencia. Si esa niña hubiera sido perfecta, mi vida no se habría desmoronado. Quise conocerla, ¿sabe? Y me hice la encontradiza con el matrimonio. La panadería, el supermercado, el banco del parque del Retiro en el que se sentaban a medio paseo. Nunca pasamos de un saludo educado o de un «¿cómo está?». Y yo lo preferí así. Los odiaba demasiado. Y verlos casi cada día, tan felices, cogidos de la mano, me hacía odiarlos más.

Si no los hubiera tenido allí delante, sentados, a esos cuatro ancianos que tan solo una hora antes parecían seres desvalidos con un pie más en la tumba que en la vida, la inspectora jefa de la Policía Nacional Ana Arén no habría creído nada de esa historia. Pero ahí estaban. Y se la habían contado ellos mismos. Cuatro odios enquistados capaces de asesinar por un asiento de autobús.

—¿Son ustedes conscientes de lo que han hecho? —Ana necesitaba un poco de aire. Se estaba poniendo enferma—. Enseguida vuelvo —les dijo, levantándose—, tengo muchas más preguntas que hacerles.

Los cuatro ancianos no respondieron, parecían haber entrado en alguna especie de trance, o quizá fue el shock de escuchar el relato de lo que habían hecho, como si las palabras, por fin, hubieran convertido esas muertes en algo real.

—¿Cómo lo ves, jefa? —le preguntó Rosa Axe, con quien se cruzó en las escaleras.

—¿Lo de los ancianos? Difícil de creer.

—Pero han confesado.

—No sé, Rosa, ¿qué han confesado exactamente? ¿Odiar a alguien? Porque no han dicho nada más. Es el relato de varias historias de odio. Pero de ahí a matar. ¿Cómo lo hicieron? ¿Crees que son tan listos? No tienen ni la capacidad mental ni la física. ¿Te acuerdas de cómo salió el asesino de la casa de Mónica Spinoza? No veo a ninguno de esos viejecitos metiéndose en una nevera para escapar de la mansión. No. Hay algo que se nos escapa. Voy a tomar el aire un par de minutos, a ver si puedo pensar con claridad qué hacer con este lío, y luego vuelvo ahí dentro. Cuida que no se me descontrolen, ¿de acuerdo?

Los dos minutos se convirtieron en cinco. Y los cinco, en diez. Hacía muchísimo frío esa tarde en Madrid, pero Ana no lo sentía. Era el frío seco de la meseta, tan diferente a la humedad penetrante de su Barcelona natal, contra la que no había abrigo posible. Cerró los ojos e intentó concentrarse en ese aire gélido, notar cómo le estiraba la piel de la cara y cómo se iba calentando desde que entraba helado por su nariz hasta que llegaba a sus pulmones.

Era imposible que aquellos ancianos hubieran matado a nadie.

Cada vez estaba más convencida.

Tenía que volver allí abajo con otra estrategia. Y rápido. A las seis le esperaba en Zarzuela el jefe de protocolo de la casa real, hasta unas horas antes, su único sospechoso del asesinato.

El móvil vibró en su bolsillo. Era un mensaje de Nori. «Aquí tienes los datos de la tal Muri. Te los mando en el archivo adjunto». Ana lo reenvió a Rosa Axe sin leerlo. «Rosa, encárgate de que alguien localice y traiga a la base a esta persona. Cuando llegue, que me avisen. Gracias».

Volvió al interior del edificio. El aire caliente la golpeó. Qué manía tenían de poner la calefacción tan alta. Todo el mundo en mangas de camisa, como si fuera primavera. No había podido usar en todo el invierno ni uno solo de los gruesos

jerséis de lana que se acumulaban en su armario.

Fue hacia la sala de interrogatorios dispuesta a arrancarles a los cuatro ancianos quién era el responsable de aquellas muertes, porque o eran ellos, o se lo habían encargado a alguien o conocían a quien lo había hecho. Pero en el mismo segundo en el que empezó a abrir la puerta se dio cuenta de que algo iba mal. No puede ser. No. Pero era. Terminó el gesto de golpe, estrellando la manecilla contra la pared interior de la estancia. Estaba vacía. Allí no había nadie. Todo estaba revuelto, como si los ancianos y su abogado se hubieran marchado a toda prisa. No estaban detenidos. ¿Se habrían ido de verdad? Mierda. ¡Mierda! ¡Qué imbécil había sido!

—Rosa, ¡Rosaaaa!

Empezó a gritar entre el primer y el segundo piso, mientras subía los escalones de dos en dos. Rosaaaaa, gritaba, alargando agónicamente la última vocal, en una mezcla de indignación y enfado que se unían al corazón latiéndole a mil por hora. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

—¡Rosaaaaaa!

Entró en tromba en la sala de homicidios. De nuevo. Su equipo iba a pensar que estaba loca. Las cabezas de todos ya estaban giradas hacia la puerta mucho antes de que ella apareciera por el quicio. Frenó en seco.

—¿Alguien ha visto a la subinspectora Axe? —Intentó recomponerse, recobrar la compostura. Varias personas negaron a la vez—. ¿No sabéis dónde está?

Una voz apenas perceptible contestó algo. Era —Ana lo miró fijamente— Juan Pedro Delgado, uno de los más veteranos en homicidios. Creía recordar haber leído que llevaba treinta años allí.

—¿Qué has dicho, Juan Pedro?

—Que creo que la ha llamado el comisario. Ha sonado su móvil y ha salido corriendo.

—¿Y? —Ana se impacientó y caminó a grandes zancadas hacia él.

—Pues que solo ha dicho: «Joder, la secretaria del comisario», y ha salido de aquí. Ya no sé más.

Notó la indignación subiéndole por las tripas, como bilis.

—¿Y alguno de vosotros —volvió a elevar la voz, girándose lentamente, trazando un círculo completo con su cuerpo, para mirar a todos sus subordinados— podría decirme dónde están las cuatro personas que teníamos retenidas en las salas de interrogatorio?

Las caras de sorpresa fueron —o eso le pareció a Ana— genuinas. Quizá sí

que era cierto que, aconsejados por su abogado, se habían ido de allí por su propio pie, sin avisar a nadie.

—Jefa —volvió a decir el subinspector Delgado—, acabo de comprobarlo en el sistema. En estos momentos se está procediendo a su detención e ingreso en los calabozos.

Ana notó que estaba justo en el límite de empezar a temblar. Fue hacia la mesa del subinspector y le arrancó el ratón del ordenador de la mano. ¿Quién había firmado la orden de detención? Solo podía ser… El nombre brilló en la antigua pantalla. Arresto ordenado por el comisario David Ruipérez.

Hubiera saltado las escaleras de veinte en veinte para coger a ese hombre del cuello y ahogarlo lentamente con sus propias manos. Apretar. Mirarlo y saber exactamente lo que estaba sintiendo: el zumbido en los oídos, el vértigo, un poco de mareo, pero sobre todo el pánico y la angustia. La primera fase del estrangulamiento, el síncope anóxico. El desconcierto. El terror. Seguir apretando. No dejar de mirarlo a los ojos. Notar cómo va perdiendo la motricidad y la conciencia. Sentir aparecer las primeras convulsiones. Todavía está vivo, pero ya queda poco, un par de minutos, apenas, mientras el cuerpo se agita y los esfínteres se abren, dejando salir los restos de orina y heces. El corazón se va parando lentamente, a la vez que el rostro del comisario se vuelve de un lila cianótico. De repente, el corazón se acelera, latiendo irregularmente para intentar conseguir a la desesperada algo de oxígeno que repartir al cuerpo. Pero no hay. Y llega la muerte. Fin.

Imaginarse la escena la tranquilizó un poco, lo justo para no agredirlo físicamente cuando lo viera. Al llegar a la zona de los calabozos, se cruzó con la subinspectora Axe.

—Rosa, ¿qué narices ha pasado aquí?

—Jefa, yo, es que yo… —empezó a dudar, errando entre palabras, sin saber cómo continuar—… Ruipérez me ha dicho que había que detenerlos y claro, pues… ¿Qué querías que hiciera? ¿Eh? —se defendió, dejando de balbucear.

—Y no te parece correcto avisarme.

—Es el comisario. ¡El comisario! No hay nadie con más poder que él en este maldito edificio. ¿Qué hubiera cambiado si te aviso? ¿Que te hubieras liado a tortas con él? ¿Eh? ¿Eso es lo que querías?

Sí, eso era lo que quería. Liarse a tortas con ese cabrón y partirle la cara. Ana estaba en mucho mejor forma que él. La paliza sería de escándalo. Eso era lo que quería. Machacarlo. Pero no le convenía. En el fondo, Rosa tenía razón.

—¿Dónde están ahora?

—En los calabozos. Me pillas yendo a por el subinspector Delgado, me lo llevo a buscar a la señora esa que falta en el grupo. Es una anciana, ¿verdad? No hace falta más equipo. ¿No crees? Nosotros dos nos valemos. Ya te dije que levanto ruedas de camiones, jefa. No hay quien se me resista. No me hagas esperar a la unidad de intervención, porque hasta que lo tengamos preparado se harán las mil de la noche.

»Es solo una anciana —le repitió mientras le alargaba un folio de papel con una fotografía y los datos de filiación de la tal Muri.

—¿Esto qué es?

—Los datos que me has pasado, jefa. La vieja a la que hay que traer aquí.

Las líneas empezaron a bailar sobre el papel. La Muri era Sara Murillo Mendieta. Nacida en 1944 en Barcelona. Último domicilio conocido, Madrid, calle del Santo Sepulcro, 32.

Sara Murillo.

La tía Sara.

Su tía Sara.

EL AMOR, A PESAR DE TODO

Llevaba el sobre con cierto temblor. No le pasan a uno cosas así todos los días. Era mucha responsabilidad. Caminaba por las moquetas de los amplios pasillos sin apenas hacer ruido. Los pasantes eran una sombra en ese importantísimo despacho de abogados y él había aprendido la gran ventaja que eso constituía. Pudo escuchar, conocer y enterarse. Y así consiguió trapichear hasta colocarse como ayudante del abogado que llevaba los casos más jugosos, razón por la cual estaba llevando ese sobre en la mano.

El testamento de Mónica Spinoza.

Los aspirantes a herederos no se habían dignado asistir a la apertura de las últimas voluntades de la duquesa, evidentemente. No querían arriesgarse a salir de allí con la cara descompuesta. Pero todos habían mandado a sus representantes legales, con lo que la sala principal de reuniones del bufete estaba atiborrada. Las secretarias no daban abasto a servir cafés, aguas y brochetas de fruta —era un bufete que se preocupaba por la salud; bueno, en realidad era un bufete que se preocupaba por aparentar que se preocupaba por la salud— a aquella manada de hombres encorbatados.

Todos se giraron de golpe hacia la puerta, atraídos como un imán hacia ese sobre que llevaba un joven pasante imberbe que —eso aún nadie podría saberlo— en unos años cobraría más y sería más poderoso que cualquiera de ellos. El chico sonrió, sin complacencia, pero con seguridad, y disfrutó del momento de ser el centro de atención. Después alargó el brazo y tendió el sobre a su jefe, que le regaló una sonrisa.

—Aquí tienen —dijo a los asistentes— la última voluntad de Mónica Spinoza, duquesa de Mediona. Acabamos de recuperar el sobre de nuestra caja fuerte y vamos a abrirlo y a proceder a su lectura según dicta la ley.

Cuatro minutos y medio después la sala estaba vacía y los representantes legales de los aspirantes a herederos quemaban sus teléfonos móviles intentando conseguir información sobre una mujer a la que nadie conocía, pero que estaba allí, en ese testamento, como heredera única y universal de todos los bienes de la duquesa de Mediona.

Tardaron poco en saber —el grito de uno de ellos les alertó del descubrimiento

— quién era la misteriosa beneficiaria. Y menos aún —esta vez no fue un grito, sino un «¡no me jodas!»— que esta mujer estaba muerta y que, por lo tanto, según lo dispuesto en los papeles, todo iba a parar al segundo heredero: su viudo.

Lo que no lograron descubrir ninguno de esos abogados trajeados era por qué Mónica Spinoza había dejado todo su dinero, sus empresas, sus viviendas y el resto de posesiones materiales a una anciana llamada Esther Fraga.

52

Golpeó el volante con fuerza, varias veces, dejándose una marca roja en la palma de la mano. Soltando rabia. No debería estar allí. No en ese momento. Pero Ruipérez no le había dado otra opción.

—Te vas cagando leches al palacio de la Zarzuela, ahora mismo. —Fue a buscarla a gritos en cuanto se enteró de que la inspectora jefa había cambiado de planes—. Te está esperando el jefe de protocolo de la casa real. Y te juro que como no estés allí quince minutos antes de la hora de la cita, te meto en un calabozo. Te lo digo muy en serio, Ana. Estás tocando las narices a mucha gente. Y me va a encantar encerrarte. —Iba en serio.

Así que, en vez de estar en ese momento en casa de su tía Sara, intentando averiguar qué conexión tenía con los cuatro ancianos detenidos, Ana estaba conduciendo hacia el palacio de la Zarzuela. Tuvo que identificarse a la entrada, en la garita de Somontes. Intentó sonreír a los agentes que custodiaban el acceso. Solo le faltaba tener problemas allí. «Más problemas —pensó—, más problemas».

Desde ese punto se accedía a la carretera particular que daba acceso al complejo residencial de la monarquía española, en el monte de El Pardo.

Tras pasar la verja, un amplio aparcamiento se abrió a su izquierda. Recordó lo que Inés le había contado: «Los grupos nunca suben en sus coches, aparcan a la entrada y desde allí van todos juntos hasta palacio en el ciervobús».

—Lo llaman así —le contó— porque durante el camino por el monte te vas cruzando con ciervos y bambis, es como una excursión a una reserva natural.

A Ana le permitieron subir en su propio vehículo. «Continúe por el camino —le explicaron—, no se salga de él en ningún momento, no tiene pérdida, son casi seis kilómetros. Cuidado con los ciervos, no le vaya a saltar uno delante del coche. Cuando llegue al final, la estarán esperando. Siga las indicaciones, por favor».

—Esto es el pabellón de Magnolias —le explicó el militar que la recibió en la puerta—. El edificio administrativo de palacio. Acompáñeme, por favor.

Esperó en una sala antigua y tradicional, donde la dejaron sola tras cerrar la puerta —igual incluso con llave, pensó—. Media hora después, volvió a buscarla el mismo militar.

—Pase por aquí. El señor Aguilar la espera en su despacho.

Carlos Aguilar estaba sentado. Cabeza baja. Simulando que miraba unos papeles con tanta atención que se notaba que fingía. Ana sabía que con su mirada periférica intentaba ubicarla a ella y saber si se ponía nerviosa.

—Bueno —dijo ella, cansada de estar de pie, junto a la puerta—, no está bien hacer esperar a una chica quince días para concederle una visita. ¿Usa la misma táctica con el resto de las mujeres? Pienso en la duquesa de Mediona, por ejemplo. ¿O como ella era de la nobleza tenía derecho a trato preferente? Mi sangre no es azul, pero mi uniforme sí, por si le sirve, aunque suelo ir de paisano.

Carlos Aguilar sonrió —aunque intentó disimularlo— incluso antes de levantar la cabeza y mirarla.

—Es usted muy descarada, inspectora.

—Inspectora jefa, si no le importa. Si quiere se lo explico en modo corte real, para mimetizarme en el ambiente en el que nos encontramos: es como si a un duque le llaman marqués. Le degradan un peldaño en la escala nobiliaria y no es plan, ¿no? El duque es duque y tiene un ducado. Aunque él no haya pasado oposiciones ni eso, como yo. Así que se puede decir que yo tengo más mérito.

—Vaya, vaya. —La miró cruzando los brazos, aún sentado en el gigante sillón giratorio de piel marrón—. Mire que me habían advertido, pero todo se queda corto.

—Sí, suelen decírmelo. Soy mejor en persona que de oídas. Y ahora, ¿qué le parece si terminamos ya este duelo dialéctico y vamos a lo que me ha traído aquí? Me han dicho que va corto de tiempo.

—Por supuesto —contestó él, haciendo gala de una cortesía melosa y excesiva—. Siéntese en esa silla, por favor. De todas maneras, ya sabe que no soy el último en recibirla. Aún no ha podido contactar con Bernabé López, y eso que usted es, podríamos decirlo así, subordinada suya.

Buen golpe. Había que reconocerlo.

—Iré al grano. —Ana no quería seguir por ahí, porque Aguilar tenía razón: llevaba quince días tras el secretario de Estado de Interior y solo se había encontrado con puertas que se le cerraban en las narices. Decidió cambiar el foco de la conversación. Colocó el teléfono sobre la mesa y abrió una de las aplicaciones de la pantalla principal.

«Yo puedo vender lo que quiera». La voz de Mónica Spinoza sonó alta y clara, reverberando en las paredes de madera de aquel atiborrado y agobiante despacho. Carlos Aguilar apretó la mandíbula, intentando contener la sorpresa. Y quizá el miedo.

«Parece mentira que aún no lo sepas. Puedo vender lo que quiera. Verdades. O mentiras. Porque las mentiras se convierten en verdad si las digo yo en la portada de una revista».

Tras una pausa, se materializó en el despacho un silencio que pesó como un cargo de conciencia. Y entonces el jefe de protocolo de la casa real percibió con claridad lo que ya sabía que iba a escuchar ahí: su propia voz. «Estás loca».

Ana pulsó la pausa, sin dejar de mirarlo fijamente. Y permitió que un silencio sepulcral tomara espacio entre los dos.

—No diga nada de lo que pueda arrepentirse luego —le advirtió, finalmente—. Ninguna mentira. Porque tenga por seguro que le vamos a pillar.

—Soy yo.

—No hace falta que lo jure.

—¿Cómo han conseguido esa grabación? —Puso los codos sobre la mesa, quizá para controlar los temblores que amenazaban con sacudirlo.

—Secreto de sumario —zanjó Ana—. Dígame qué hacía usted en los aposentos privados de Mónica Spinoza el día en que fue asesinada.

—¿Quién ha escuchado esto? —Tuvo que controlarse para no parecer muerto de miedo.

—No se preocupe —contestó Ana—, solo yo. Y si esa es una conversación privada sin trascendencia para la investigación, no veo razón para que la escuche nadie más.

Él suspiró aliviado.

—Mire, yo manejo información muy delicada, mi puesto, ya sabe. Veo y escucho cosas que no pueden filtrarse a la opinión pública. Grandes secretos de Estado.

—Y de alcoba, imagino —le cortó Ana.

—Hay cosas que no le puedo explicar. Que nunca le podré explicar por lealtad a la institución a la que sirvo. La Corona está por encima de todo.

—No por encima de los tribunales. —Ana adelantó su cuerpo, elevándose sobre la enorme mesa que los separaba. Él prefirió no matizar esa frase. Aunque podría haberlo hecho.

—Digamos que Mónica Spinoza sabía muchas cosas. Es de ese tipo de personas que saben sacar información. A hombres y a mujeres. Y no estoy

hablando de sexo. O no necesariamente. Te convencía de lo que fuera necesario. Imagino que conocerá la historia de los dos muñecos a los que trataba como a unos hijos. Pues incluso eso te parecía normal cuando hablabas con ella. Llegabas incluso a pensar que eran de verdad, que esos monigotes tenían algo especial que los hacía un poco humanos. Mónica te convencía de eso y de todo lo que se propusiera. Tenía una habilidad especial para la supervivencia. En cualquier circunstancia y condición. Y esa supervivencia pasa por mimetizarte con el entorno, pero también por conseguir información valiosa que luego puedas usar en tu provecho. Mónica es, era —rectificó—, especialista en hacer hablar a la gente. Te hacía creer que era tu amiga, tu incondicional, tu hombro en el que llorar. Pero luego no tenía reparos en utilizar en tu contra lo que le habías contado. O en amenazarte con utilizarlo.

—Y eso es lo que hizo con usted. Le amenazó con publicar algo. «Para los españoles, en algunas cosas, yo tengo más credibilidad que tu jefe». Y por eso la mató.

Justo en ese instante se abrió la puerta del despacho. Sin llamar, entró una de las dos secretarias que trabajaban en la sala anexa.

—Señor, le están esperando.

Carlos Aguilar se levantó, muy despacio, arrastrando las ruedas del sillón hacia atrás para que su cuerpo encontrara el hueco suficiente para moverse.

—Pues sí. La gente que la conoce tenía razón. Inspectora. —Hizo una pausa—. Jefa —pareció escupir—. Es mejor usted en persona que en cotilleo. Y ahora, si me lo permite —pasó a su lado, mirándola de manera descarada—, me está esperando la máxima autoridad del Estado, ante la que todos somos súbditos. Incluida usted. Marisa —se dirigió a la secretaria—, ¿acompañas a la señora policía hasta su coche? Ya se iba. A propósito —volvió a dirigirse a Ana, ya desde el quicio de la puerta—, no vea esta pequeña conversación nuestra como algo que no es. Tenía curiosidad por conocerla. Y, para ser honestos, la ha superado con creces. Usted sería una de esas personas que hace un gran servicio a la Corona. No se lo piense si un día le llega una oferta de la casa. Es un consejo gratis que le doy. Que tenga una buena tarde. Y que encuentre a su asesino. ¡Ah!, y otro consejo gratuito: si estuviéramos jugando a caliente-frío, usted, aquí, ahora mismo, se estaría congelando.

* * *

Tenía tres llamadas perdidas de Joan. Tres llamadas en los apenas diez minutos

que había estado hablando con el jefe de protocolo de la casa real.

—¿Qué es lo que pasa? —Le devolvió la llamada desde el coche, nada más cerrar la puerta y empezar a dejar atrás el complejo de Zarzuela.

—He encontrado al hermano de la duquesa —le contestó él.

—¿Cómo que has encontrado al hermano de la duquesa?

—Me pasaste una copia del disco duro de su ordenador, ¿te acuerdas? Localicé varios correos electrónicos con una agencia de detectives.

—Sí —recordó Ana, mientras intentaba incorporarse a la serpenteante carretera de El Pardo, dirección a Madrid—, la que cerró hace años, ya hablamos con ellos. Pero no sabían nada de un hermano.

—No, esa agencia no. Otra. Mónica Spinoza había borrado los correos, pero he logrado reconstruir la parte del disco duro donde se almacenaron. En junio del pasado año pidió que consiguieran material genético de un hombre y que lo sometieran a una prueba de ADN, comparándolo con otra muestra que ella les iba a proporcionar.

—¡Había encontrado a su hermano! —Una revelación sorprendente.

—Efectivamente. Y no te vas a creer quién es.

—¿Lo conozco? ¿Por qué no has empezado por ahí? —Estaba tan tensa que le dieron ganas de golpear una y otra vez el claxon del coche. ¡Maldito atasco!

—Lo mejor se deja para el final, ¿no? —le contestó él y Ana se imaginó la sonrisa en su cara.

—Bueno, ¿me lo vas a decir, o no? —Maldito atasco.

—Agárrate bien al volante. Es Ignacio Pachón.

—¡Cómo! —Ana casi se empotró contra el coche de delante. Tuvo que pegar un frenazo y salir al arcén.

—Sí. Mónica Spinoza sabía desde el verano pasado que Ignacio Pachón era su hermano mellizo.

Dejó el coche en el estrecho arcén de la carretera de El Pardo, con las luces de emergencia puestas. No podía conducir en ese momento. Caminó nerviosa por la estrecha línea de tierra que separaba el asfalto del bosque. Un par de coches le pitaron, recriminándole su actitud.

Tenía que hacer una llamada urgente. Proteger a ese hombre. Se metió en el coche y pulsó la marcación rápida de uno de sus contactos señalados como favoritos.

—¡Nori! —gritó, nada más oír que él había descolgado el móvil.

—¿Qué te pasa? Tranquila —respondió él.

—Necesito que localices ya a Ignacio Pachón.

—Oye, tú sabes que ya no eres mi jefa, que ya no me das órdenes.

—Perdona, Nori. Voy acelerada. Pero es muy importante. Creo que su vida corre peligro. —Encendió la sirena y las luces policiales, pero era difícil serpentear en ese atasco, los conductores no tenían dónde apartarse para dejarla pasar. Le contó lo que sabía—. Si es así, él corre peligro, Nori. Tenemos que encontrarlo. Va a ser la próxima víctima. Al menos, hasta que no pillemos a ese cabrón y lo encerremos. Tráemelo a la base. Sé que sabes dónde está. O puedes averiguarlo rápidamente. Ayúdame a salvarle la vida.

—A salvarle la vida y a hacerle un análisis de ADN, claro.

—Sí, eso también —reconoció Ana—. Eso también. Tenemos que saber si son hijos de Esther Fraga y su marido. Está matando a toda su familia. Ese es el nexo de los crímenes, que son familia. Quizá por ahí podamos pillar a ese cabrón. Lleva muchos días sin matar.

—Que sepamos.

—Que sepamos. Por eso tenemos que proteger a Ignacio Pachón.

—En media hora lo tienes allí. En tu despacho. Pide que me dejen acceder por el garaje de la escala superior, no quiero que nos vea nadie. Ahora te mando un mensaje con la matrícula. ¿Puedes ponerle seguridad a su familia sin levantar la liebre?

—Sí. Deja eso en mis manos. Enseguida gestiono protección para él y para su familia. Pero tú tráelo. Lo antes posible. Hago una gestión y enseguida voy para jefatura. Espérame allí.

* * *

«Ha vuelto a ocurrir», estaba escribiendo Sara, con letra temblorosa, en los márgenes de su vieja Biblia cuando la sobresaltó el estruendo del timbre de la entrada. ¿Es que nadie iba a abrir?

—¡Cora! —gritó—. ¡Coraaaa!

Cerró el pesado volumen, preocupada. Habían regresado los síntomas. Esta vez tendría que ir al hospital, no soportaba la angustia. El timbre volvió a sonar. ¿Quién sería? No esperaba visitas.

—¡Coraaaaa!

—Ya voy, señora. —La voz le llegó desde muy lejos—. Ya abro.

Abajo, frente a la puerta de entrada, Ana miraba a su alrededor. La calle del Santo Sepulcro no estaba en una zona humilde de Madrid, como ella esperaba. De alguna manera, la tía Sara había conseguido el dinero suficiente para vivir en

uno de los barrios más acomodados de la capital, en una zona de caros chalés junto a la M-30. De su humilde piso en el barrio barcelonés de Ciutat Vella a ese chalé independiente en Madrid había un salto muy muy grande. ¿Le habría tocado la lotería?

—La señora la recibirá enseguida.

Le abrió la puerta una criada con cofia y delantal, símbolo del nuevo rico ostentoso que la contrataba. Ella llegó caminando, lentamente desde el fondo de un largo pasillo.

—Vaya, tía, veo que te van bien las cosas. Me alegro mucho.

Solo conservaba sus ojos. La anciana que tenía delante apenas se parecía a esa mujer a la que Ana recordaba consolándola tras el asesinato de su madre. Pero los ojos eran idénticos, aunque no la mirada. Parecían muertos, como los de un pez agonizando fuera del agua.

—¿Ana? ¿Eres tú? ¿Ana?

—Soy yo, tía.

La abrazó, como la hubiera abrazado veinte años antes. Como lo hizo la última vez que se vieron, en el funeral de su padre. La miró fijamente, intentando imaginarse a su madre en aquella mujer. Si hubiera seguido viva, quizá se parecería a su tía Sara, como se parecían las dos hermanas de jóvenes.

—¿Dónde está tu pelo rubio, Ana? Te vi por la tele y casi no te reconocí.

—Ay, tía. Me lo tiño. Hace muchos años ya. De hecho, ya casi me creo que soy morena de verdad. ¿Cómo estás? Me encanta tu casa.

—Ven, siéntate.

La llevó de la mano hasta un sofá verde, brillante y ostentoso, en el centro de un gran salón. Todo en esa casa gritaba dinero. Tengo dinero. Me lo gasto. Y que se note. Mucho.

—Bueno, la vida ha terminado tratándonos bien. Ya era hora, querida.

—Pues sí, me alegro. Oye. ¿Has recordado algo del Carquinyoli? —Ana intentó desviar la atención de lo que de verdad la llevaba a esa casa, necesitaba que su tía estuviera tranquila antes de preguntarle por los asesinatos—. Era un chico del barrio, debe de ser diez o doce años mayor que yo. Creo que se llamaba Martí. Martí —hizo ver que dudaba, como si no le diera importancia— … algo con la letra a. Espera. Sí. Acosta. ¿Lo recuerdas? Te lo pregunté el otro día por teléfono.

—¡Es verdad! Pero no me dijiste su nombre. Por el apodo no me sonaba. Pero los Acosta sí, los Acosta. Martí era el segundo o el tercer hijo de la Dolors. Menuda familia. Creo que se fueron del barrio un poco antes que nosotros. Pero

¿por qué te interesa ahora ese pieza?

—Digamos que lo han pillado haciendo algo que no debería, y estamos indagando un poco en su pasado.

—Pues mucho más no puedo ayudarte. —Pareció relajarse, de golpe, como si hubiera estado aguantando el aire en sus pulmones todo ese tiempo—. Gracias por venir. Aunque sea por trabajo. No sabes la ilusión que me hace. ¿Cuántos años han pasado ya? Llevamos una vida sin vernos.

—Desde el funeral de papá, hace más de veinte años. —No era el momento de preguntarle por rencillas familiares—. A todo esto, he conocido a tus amigos. —Ana no encontró manera más sutil de decírselo.

—¿A mis amigos?

—Sí, al resto de —iba a decir viejos, pero se contuvo a tiempo— de las personas con las que sueles sentarte en el público. A Miryam, a Mario, a Palmira y a África. Son muy majos. Me los presentó un amigo que trabaja en la tele.

—Sí, sí que lo son. —Pareció dudar un poco y volvió a ponerse tensa—. Todo el día estoy encerrada en esta casa, que es muy bonita, pero que no es el barrio, ¿sabes? Aquí sales y solo te encuentras a criadas paseando perros. Ni una tienda ni nada. Solo verjas altas y aceras estrechas. Para todo tienes que coger el coche. Por lo menos así, una vez a la semana, me aireo.

—Tía, escucha —la cogió de las manos, no tanto como muestra de cariño, sino para detectar cualquier cambio de humor en lo que le iba a decir—, ¿puedes venir conmigo, a mi trabajo? —Omitió a propósito, la palabra comisaría—. No pasa nada, pero quiero preguntarte una cosa. Necesito que veas algo, que me des tu opinión.

—¿A… ahora? —balbuceó. Y a Ana le dio la sensación de que los huesos de la mano de la anciana se volvían de repente más frágiles, como si se hubieran convertido en cristal.

—Si puedes, sí —le contestó—. Me harías un gran favor. Es solo un trámite. Una tontería sin importancia.

—¿Puedo llamar antes a mi hijo? Para que no se preocupe. A tu primo.

El Nani. Ese maleducado que trataba a su madre como si fuera basura. Mucho había tenido que cambiar. O no. Porque el amor de Sara por él lo superaba todo.

—¿Cómo le va? No lo veo desde que os fuisteis del barrio. Ni siquiera vino al funeral de papá.

—Es el mejor hijo que podría pedir. Todo lo que tengo es gracias a él. —Recorrió el salón con la mirada, aunque a Ana le pareció que tenía un poso de tristeza, como una capa de pena de la que no puedes deshacerte del todo.

—Pues me alegro. ¿Vamos? Si quieres, lo llamas en el coche.

—Vale. Voy a por mi abrigo a la habitación, que debe de hacer frío en la calle.

Mientras su tía subía las escaleras, Ana cotilleó por el inmenso comedor. Caras figuras de Lladró, claro. Por todos los muebles. Escenas bucólicas representadas en porcelana brillante teñida de colores pastel. Un clásico del estilo español más rancio. Tapetes de ganchillo. Madre mía. ¿Cuántos años hacía que no veía uno? Vajilla de porcelana expuesta como si fueran cuadros en un gigantesco aparador de madera y cristal que ocupaba toda una pared. Y una gran mesa llena de fotografías de todos los tamaños, enmarcadas en elaboradas filigranas de oro y plata. Parecía una selva en la que cada imagen competía por su sitio en la cadena trófica, por el rayo de sol que asegurara su supervivencia. En este caso, por ser vista y admirada mejor. A Ana le hizo gracia que la que más destacara fuera la de su tía con el presentador estrella. «Sí que está orgullosa que la pone incluso por delante de las de su familia —pensó—, menuda rara». Se acercó más a la mesa. Y el conjunto la dejó helada. No podía ser. No podía…

Pero todo encajó, de repente, aplastándola.

Lo había tenido delante y no lo había visto.

El Scrabble. El ascensor. El foso. El agua.

Todo eso lo sabía. Todo eso él debía saberlo.

Salió corriendo, sin esperar a su tía. Ahora ya no tenía importancia.

Puso la sirena para sortear el atasco que seguía colapsando Madrid. Dejó el coche tirado en la entrada, sin preocuparse por aparcar bien. Subió de tres en tres los escalones. Abrió la puerta de su despacho casi estrellándola contra la pared.

Él la estaba esperando. Y cuando la vio entrar supo que ella había adivinado la verdad.

—Prima —la recibió con una sonrisa—. Has tardado mucho. La pobrecita huérfana, la pobrecita niña rubia, resulta que no era tan lista.

53

Aprendí a domesticar el odio. Tantos años. A mantenerlo a raya, bien encogido dentro del corazón. Tapadito con una manta. Caliente y quieto. Hibernando, pero nunca muerto. Porque el odio es un caimán con sed de sangre. El odio se despereza, se extiende y te atrapa. Es un animal insaciable que se alimenta de tu rabia. Y al final vuelves a odiar. Porque es fácil. Porque te creces.

Porque lo necesitas.

Porque, a veces, el olvido no es suficiente.

Aprendí a domesticar el odio que sentía hacia ti, querida prima niña rubia perfecta. Tantos años. Tanto tiempo. La distancia me ayudó. Mi odio no te veía y yo podía calmarlo con palabras de venganza futura o de desgracias presentes que habrían caído sobre ti, una tras otra hasta aplastarte.

Aprendí a domesticar el odio hasta que el odio te volvió a ver. Él supo que ibas a aparecer ahí, en la pantalla de aquel televisor al que nadie estaba prestando atención, segundos antes de que lo hicieras, como si hubiera olisqueado tu presencia. El odio disparó mi corazón y le obligó a girarse hacia esa pared. A mirar.

Al principio no te reconocí. Caminabas entre los periodistas con la cabeza baja a pesar de las preguntas, los empujones y los micrófonos que intentaban que reaccionaras de alguna manera. Pero enseguida lo entendí. «Esta nueva desaparición de un niño sacude España, en un caso que tristemente recuerda al de Nicolás —dijo la voz que acompañaba a las imágenes—. Dirige la investigación de nuevo la inspectora jefa Ana Arén, que sigue sin tener una pista fiable sobre el paradero de aquel niño ni sobre quién lo secuestró hace ya dos años. El caso Slenderman continúa sin resolverse. ¿Será Enrique una nueva víctima del depredador?».

Ana. Ana Arén.

Tu nombre rebotó en mis tripas. Pero ya no eras rubia. Seguro que lo habías hecho para despistarme.

Pobrecita niña huérfana. Pobrecita mimada del barrio, no se vaya a romper

como si fuera de cristal. Pobrecita tan rubia y tan pequeña, Ana Arén.

Tan mala. Desde que naciste.

—¡No grites a la tía Sara! —me chillaste. Un moco de seis años, mierda de niña rubia, gritándome.

—Es mi madre, hago lo que quiero.

—¡No es tu madre! —El chillido te salió del alma, lleno de rabia, agudo como un cristal que se rompe—. Tú no eres de la familia. Eres un recogido.

Yo, entonces, no lo sabía.

La rabia empezó a alimentar mi odio. El odio tomó el control. Me ha hecho todos los asesinos que he sido. Y todos a los que he sobrevivido.

Pero no tienes nada para probarlo, querida prima. Nada.

* * *

Con los años, el portador del odio se había fabricado un disfraz de respetable padre de familia. Tan disfraz y tan respetable que incluso él llegó a creérselo.

Convirtió la simulación en un arte, logrando que su odio operara oculto y en paralelo a su vida cotidiana. Se alimentaba de la rabia de los lunes por la mañana, de los que avanzan más rápido en la cola del súper, de los polvos mecánicos con la esposa, de los rivales que ascienden siempre más deprisa que él, del imbécil que se salta un ceda el paso en una rotonda.

Y entonces nota el inmenso placer que le produce sentir cómo el odio se va expandiendo.

Desde pequeño, el portador del odio alimenta fantasías. Afina sus instintos. Ve. Observa. Se prepara. Traza planes. Mira al niño listo de la clase e imagina lo que le va a hacer. A la chica que sirve el pan y que le sonríe a todo el mundo —eso piensa— menos a él. A alguna de las señoras mayores del barrio que le pellizcan en la mejilla, especialmente a esa que se moja la mano con saliva y se empeña en aplastarle un mechón de pelo rebelde.

Empieza a anotar sus fantasías sádicas en los márgenes de los libros del colegio. Le arrancaría las uñas, una a una. Le destrozaría la cabeza a pedradas. Saltaría sobre sus costillas hasta romperlas.

Al principio, ponerlo todo por escrito sirve como calmante. Releerlo funciona durante un tiempo como gratificación suficiente para su odio. Pero pronto le hace falta más, aunque tiene que estar preparado antes de la acción real.

En esos momentos cada posible víctima es un proyecto.

Años después, cada asesinato será un éxito.

* * *

Tenía la mirada del caimán.

Ana lo había estado observando desde el otro lado del espejo. Y él lo sabía, claro. El caimán. Que ella lo estaba mirando. Podía sentir cómo su ego se regodeaba en sí mismo. Un ego mirándose el ombligo.

No parpadeaba.

—No tenemos una sola prueba, Ana. Ni una sola —dijo una voz a su espalda, era Rosa Axe.

—¿Te crees que no lo sé? —le contestó con resignación.

—¿Cómo le vas a sacar una confesión?

—No lo sé.

Porque al caimán no se le puede derrotar.

Ana tuvo que forzar a sus piernas a que empezaran a caminar, como si las órdenes de su cerebro no les llegaran correctamente hasta el tercer o cuarto intento. Anda, venga, camina hacia allí, son solo unos pasos. Su mano también se quedó suspendida sobre el pomo de la puerta. Notó el frío del metal atravesándole la carne como una cuchilla. Y tuvo que esforzarse de nuevo para poder llevar a cabo ese nimio gesto mecánico que implicaba bajar la manilla unos centímetros.

El caimán movió ligeramente los ojos para mirarla. Tenía ya medio cuerpo fuera del agua, preparado para atacar, aunque parecía estar calentándose al sol en una aburrida tarde de verano.

—Estabas mejor rubia.

—Y tú estabas mejor sin matar a nadie —contestó Ana en un acto reflejo.

La carcajada sacudió los pómulos plastificados del portador del odio.

—Siempre has tenido mucha imaginación, prima.

Ana no contestó. Se lo quedó mirando desde el otro lado de la sala, aún de pie, a pocos pasos de la puerta. Tenía que recuperar la autoridad que había perdido con aquella primera respuesta.

—Demasiada imaginación, querida Ana, te ha pasado siempre —siguió hablando él—. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeña? Llegaste a imaginar incluso que tenías una madre.

Cabrón. Hijo de puta. Monstruo. El vómito subió a la boca de Ana. Pero no quería matarlo. No quería saltar y asfixiarlo con sus propias manos. No quería clavarle mil veces un cuchillo. No quería dispararle en la sien y ver cómo

estallaban trocitos de carne, hueso y masa encefálica. Dejándolo todo perdido.

No.

Quería llorar.

Se mordió la parte interna de la mejilla, apretando tan fuerte que empezó a sangrar. El sabor metálico camufló el amargor de la bilis.

—Te cambiaste el nombre.

Era de las pocas certezas que tenían, se lo acababa de confirmar Rosa Axe: veinte años atrás su primo había solicitado oficialmente el cambio de apellido, y así constaba en toda la documentación desde entonces.

—Ignacio Pachón Murillo. Nacido Ignacio Bueno Murillo.

Ignacio. Ignasi. Nasi. Nani.

Nani Bueno.

Su primo Nani.

El caimán volvió a enseñar los dientes.

—Pensé que serías más lista, Ana. Hace mucho que dejé de usar el primer apellido de mi padre. ¿Cómo iba a triunfar en la tele llamándome Bueno? Así que lo cambié por su segundo apellido, mucho más único y original. Pero ni siquiera eso fuiste capaz de resolver. Si ni tan siquiera me reconociste cuando me tuviste a tu lado. Fue uno de los mejores momentos de mi vida. Por un instante creí que ibas a hacer la conexión, pero ahí estabais, los dos superpolicías, creyéndoos toda mi historia, mis nervios, mis lágrimas por las fotografías que no quería que salieran en la prensa del corazón. En el fondo, me sentí un pelín decepcionado. No podía dejar de mirarte. Tantos años después te tenía tan cerca. Y podía hacer contigo lo que quisiera. Pero ese pelo. El pelo negro no te sienta nada bien. Eras tan especial de pequeña. Tan rubia. Parecías una muñequita de porcelana.

Ana tragó saliva. Se concentró en el punto más oscuro del interior de su alma. Se acordó de Inés. Y pasó al contraataque.

—¡Qué pena todos esos espectadores! —dijo. Dejó la frase en suspenso, balanceándose en el aire entre los dos. Rellenó el tiempo caminando despacio, hacia la silla colocada al otro lado de la mesa de interrogatorios, frente al caimán —. Te había costado mucho tiempo conseguirlos, primo. Mucho tiempo persiguiendo el éxito y la fama. Y cuando por fin te llega, te vas a un lugar donde no vas a poder disfrutarla. Aunque, quién sabe, igual en la cárcel veían tu programa y cuando llegues allí se te rifan. Y ya sabes lo que es que se te rifen en términos carcelarios, ¿verdad?

«Buen golpe —pensó el caimán—. Buen golpe. Pero yo soy más listo que tú».

«Porque no tengo miedo. Y no te sirve de nada amenazarme».

* * *

El portador del odio probó la muerte una noche de San Juan. Su imaginación ya no era suficiente. Los planes meticulosos y detallados ya no eran suficiente. Los dibujos y los relatos ya no eran suficiente.

—Eres un maldito cobarde —le había dicho su padre varios años antes, también otra mañana de San Juan—. ¿A esto le llamas hacerse un hombre?

Había llegado a casa feliz por primera vez en mucho tiempo. En las manos llevaba una pequeña bolsa de plástico que le había robado a su madre. Era una bolsa arrugada y vieja, con un gracias impreso en letras rojas. Las daban en Queviures Soler, la pequeña tienda de alimentación del barrio, y su madre las guardaba en un cajón de la cocina como si fueran a sacar de pobres a la familia. Eso era lo que le gritaba su marido cuando las lanzaba por los aires de un manotazo. «¿Tú crees que esto nos va a sacar de pobres? Loca, que eres una loca». Ella bajaba la cabeza y se encogía, esperando el primer golpe.

Por eso el Nani se lo pensó muy mucho antes de coger una de esas bolsas del cajón, pero era la única manera de mostrarle a su padre su trofeo. La única manera de transportarlo hasta casa. Cuando entró en el pequeño piso, caminó triunfal hacia él, levantando orgulloso el brazo que sostenía la bolsa. La cara iluminada por una sonrisa.

Sin embargo, su padre no levantó la vista, concentrado en algún punto de la pared, mientras por la radio un locutor iba narrando lo que pasaba sobre el césped del Camp Nou.

—Papá —le dijo tímidamente—. ¿Papá?

Cuando por fin se dignó mirarle, el Nani estiró aún más el brazo, como si su codo se hubiera vuelto elástico. Le acercó la bolsa todo lo que pudo.

—¿Qué es esto? —Era maravilloso cuando le prestaba atención, lo mejor del mundo—. ¿Qué es esto, te he preguntado? —Su padre sonó cortante, pero con cierta curiosidad, y eso hizo albergar alguna esperanza en su hijo.

—Mira lo que he hecho.

Dio un par de pasos hacia él. No recordaba haber estado nunca tan cerca de su cara. No sin que le estuviera pegando.

Cogió la bolsa con las dos manos y la abrió, conteniendo los nervios. Su padre miró el contenido. Y lo volvió a mirar a él.

—¿Qué cojones es esto? —Sonó como un escupitajo.

—Hormigas —le respondió, orgulloso—. Hormigas muertas. Bueno, y tierra y cosas. He puesto un petardo en el hormiguero y, ¡buum!, ha salido todo volando. —La perturbadora sensación de verlo saltar todo por los aires le produjo un placer desconocido, una calma en su cabeza que no había sentido en mucho tiempo—. Tendrías que haberlo visto, papá, jo, qué bonito, cabía mi puño en el agujero en el suelo, todas las hormigas han…

No pudo terminar la frase. El bofetón lo estampó contra el suelo. Tierra, trozos de hormigas y restos de petardo se esparcieron por las baldosas del salón.

—¿Un petardo? ¿A esto le llamas hacerse un hombre? ¿Contra unas hormigas? Vuelve cuando seas un hombre. Hasta tu prima Ana es más valiente que tú, y eso que acaba de nacer. Espera a que empiece a andar y verás. —En la radio, el locutor se desgañitó narrando el primer gol de la gran promesa blaugrana, el jugador más caro en la historia del fútbol. Johan Cruyff. Setenta millones de pesetas. El padre del Nani repitió ¡gol!, ¡gol!, ¡gol! Y luego, como si de repente se acordara de que su hijo seguía ahí tirado en el suelo, lo miró de reojo con cara de asco—. Y recoge esto antes de que lo vea tu madre.

No volvió a mirarlo. Y el niño solo pensó que la próxima vez tendría que hacerlo mejor.

Al día siguiente sacó de la biblioteca su primer libro sobre asesinos en serie. Los más famosos de la historia, aseguraba el título. Ya no tenía suficiente con sus propias fantasías. Necesitaba conocer las de los demás.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó su padre. Que se interesara por algo suyo era una novedad tan maravillosa en su vida que las piernas empezaron a temblarle bajo la mesa del salón. ¿Y quién lo hace mejor de todos ellos? ¿Quién es el más listo? El Nani ni se lo pensó.

—A Charles Manson le dedican diez páginas, pero era un chapuzas, la verdad. —Su padre le sonrió y eso envalentonó al niño, que siguió hablando, entusiasmado—: Yo creo que el más listo es español, papá. Mira. —Señaló el dibujo a lápiz de un hombre medio calvo, de frente ancha, con barba, grandes orejas—. Manuel Blanco Romasanta, aldea de Regueiro, Orense, 1809 —leyó—. Le llamaban el afeminado, lo que le hacía ganarse la confianza de las mujeres de las aldeas en las que paraba como vendedor ambulante. Mató a decenas de ellas. Mujeres. Y también niños. Se dice que el ungüento milagroso que vendía estaba hecho con grasa humana. Cuando le detuvieron, dijo que el asesino no era él, sino el lobo en el que se convertía por la noche. «Durante mucho tiempo —volvió a leer— salí como lobo. Atacamos y nos comimos a varias personas porque teníamos hambre».

—¿Y ese es el más listo para ti?

—Sí, papá.

—¿Lo pillaron?

—Sí, al final lo detuvieron y lograron probar nueve asesinatos. Lo condenaron a morir, pero la reina de entonces se creyó la historia del hombre lobo y pidió que no le mataran. Murió años más tarde en la cárcel.

—Entonces no es el más listo, hijo mío. El más listo es al que no pillan.

El más listo es al que no pillan.

Y para que no le pillaran, tendría que prepararlo muy bien la próxima vez.

Fue dos años más tarde, nada más cumplir los doce. Tenía que ser algo especial, una muerte que hiciera daño a alguien. La oportunidad llegó cuando la gatita de uno de sus compañeros de clase tuvo una camada. Él lo contó, orgulloso, a la hora del recreo. Para cuando salieron esa tarde lo había convencido de que le dejara subir a su casa a verlos.

—Pero mis padres no están —mostró cierta resistencia— y me dicen que no lleve a nadie a casa si no están ellos.

—Pero ¿tú no querías que fuera tu amigo? —El niño asintió, porque si el Nani se convertía en su amigo quizá dejaría de hacerle la vida imposible, quizá dejaría de robarle la merienda, quizá dejaría de hacer que todos se burlaran de su tripa, quizá dejaría de hacerle sentir constantemente como un mierda.

Le tendió las llaves. Tercero izquierda, le dijo.

—¿Ves? Así somos amigos. Quédate aquí jugando al fútbol con los demás, en la plaza. —Hacía meses que no le dejaban jugar, el Nani no lo permitía—. ¡Eh! —gritó al resto de los chicos—. Hoy este juega con nosotros, dejadle entrar en el equipo. Yo vuelvo enseguida.

Lo que lloró. Lo que lloró aquel niño gordo y gafotas cuando descubrió que los gatos no estaban.

—Como le digas a alguien que me has dejado las llaves, te mato, te lo juro, te mato —le amenazó el Nani.

Los gatos aparecieron al día siguiente en el portal donde vivía Ana Arén, metidos en una de las bolsas del supermercado del barrio, esas con un gracias estampado en rojo, abiertos en canal desde la garganta hasta la cola, con las tripas al aire. Faltaba un cachorro, pero nadie se dio cuenta. Era el botín que el Nani, orgulloso, le llevó a su padre.

—¿Qué es esto?

—Los he matado yo. —Le oscilaba la voz por culpa del miedo—. A los gatos.

El bofetón volvió a lanzarlo contra el suelo. El frío de las baldosas se le metió

en el corazón.

—Ya lo sabe todo el barrio. Has dejado demasiadas pistas. Y encima se te nota el miedo. No eres digno de esta familia.

Sintió ganas de matar a alguien. Matar de verdad a un ser humano.

Aún tardó cinco años en hacerlo.

* * *

Sara nunca quiso ver el odio en su hijo. Para ella el Nani era bueno, un angelito regalado por Dios. Usó toda su fuerza de voluntad para creer que su marido policía había rescatado a ese recién nacido abandonado en el portal de un prostíbulo y que la ley permitía que quien se encontrara a un bebé se lo quedase. Lo que ocurrió de verdad, y que descubrió Rodolfo, el viudo de su hermana, el padre de Ana, no fue eso.

—¿Me va usted a extorsionar también, como su cuñado?

—¿De qué está hablando? —Rodolfo no entendía qué le estaba diciendo ese médico—. Mire, yo solo vengo a verle porque las chicas tienen miedo. Haga usted lo que quiera en esas habitaciones, pero no les rompa ningún hueso, ellas lo único que quieren es trabajar.

Las prostitutas no iban a poner ninguna denuncia, nadie en la España de los años setenta podría imaginar a una puta yendo a comisaría a decir que un cliente la había maltratado, pero Rodolfo sintió la necesidad de ayudarlas, de intentar parar los excesos de aquel ricachón al que se le había ido la mano demasiadas veces, hasta incluso —eso decían algunas, muertas de miedo— hacer desaparecer a un par de ellas.

—Usted es el viudo, ¿verdad? —El ginecólogo lo miró con interés, como si fuera un espécimen raro de cucaracha—. El viudo de la embarazada secuestrada y asesinada. He leído su historia. Mire, si quiere, en cuanto sea posible, le doy un bebé. Como el de su cuñado. No podrá recuperar a su mujer, pero tendrá un bebé, y quién sabe, mujeres buenas hay muchas por ahí. Cásese pronto y olvide esta pena.

Entonces lo entendió. Entendió por qué no recordaba haber visto embarazada a su cuñada Sara, o por qué no les avisó del parto hasta una semana después. «Era para no molestaros —se excusó entonces—, no me encontraba bien y no quería daros más trabajo».

—¿Mi cuñado Ernesto lo extorsionó?

—¿No lo sabía usted? —El médico miró al policía con cara de incredulidad

—. Así que usted es el bueno de la familia. Bravo. Un aplauso para el señor don recto.

Pero sí. Ernesto, el marido de Sara, lo había extorsionado.

«Si roba un bebé para mí, nunca contaré que se le va la mano con las putas y que más de una acaba en el hospital, o la historia de esa pobre que acabó muerta. Usted es rico y médico y tiene una reputación, pero yo soy policía, estoy en la brigada de lo social, y ya sabe lo que significa eso, ¿verdad? Solo tengo que extender el rumor de que es comunista y en nada lo tenemos en los sótanos de vía Layetana bien molidito a palos. O algo peor».

Y así consiguió al Nani, robándolo a sus padres, separándolo de su hermana melliza.

Sara ni siquiera se dio por enterada cuando Rodolfo les echó en cara la historia a ella y a Ernesto. Cerró los ojos, cogió a su familia y se marchó del barrio.

Lejos de allí, la felicidad duró poco, apenas un par de años. Ernesto murió de un infarto tras escuchar un gol del Barça en la radio. Podía parecer una buena noticia, al fin; ella y el Nani liberados de los golpes y los gritos. Pero sin un sueldo en casa, sobrevivir fue difícil. Además, pronto tendría otra preocupación: el Nani estaba enfermo. Los primeros síntomas aparecieron tras cumplir diecisiete años.

—Qué rica la cena de anoche, mamá, pero me quedé dormido en el sofá y me perdí el final de la película. ¿Me la cuentas?

—¿Anoche? Pero si no cenaste en casa. Saliste. ¿No te acuerdas?

Él sonrió, condescendiente.

—¡Mamá! —exclamó—, a ver si estás perdiendo ya la memoria, con lo joven que eres y lo guapa que estás. —Alargó el brazo para acariciarle suavemente la cara—. Salí antes de ayer. Anoche nos quedamos en casa los dos. Cenamos judías verdes con patatas. ¿No te acuerdas?

Era verdad. Pero Sara recordaba perfectamente haberlas comido ella sola y después haber guardado las que sobraron en un *tupper*.

Un rato después se atrevió a ir a la cocina y a abrir la nevera. Muy despacio, casi sin perturbar el aire, para que él no la escuchara. No podía ser. El recipiente con la verdura había desaparecido. Miró en el armario. Estaba en su sitio, limpio.

Igual era ella la que se estaba volviendo loca.

Varios meses después volvió a ocurrir. Era domingo. Al volver de misa, Sara hizo paella, pero el Nani llegó tarde y el arroz se pasó.

—No sabes la maravilla que fue ayer despertarme con el olor del sofrito,

mamá. Eso resucita a un muerto. Estaba tan cansado que no me hubiera podido levantar aunque cayera un misil. Pero tu paella es milagrosa.

Sí, sí, asintió Sara, sin atreverse a contradecir a su hijo. ¿Y si tiene un tumor en la cabeza? También esa vez, como para tantas otras cosas en su vida, decidió confiar en Dios. Abrió la Biblia con manos temblorosas y buscó inspiración en el libro de Job. «Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal». En el margen interno, anota dos fechas a lápiz, con letra prieta y temblorosa. 24-06-1979, miércoles, hora de cenar. 18-02-1980, domingo, mediodía.

Será que le ha sentado mal algo que ha comido. Será que tiene un poco de fiebre. Será que ha dormido poco. Será que está enamorado. Será que tiene algún problema y no quiere preocuparme.

Con el tiempo serían más. Casi una veintena. Junto al Santo Job, Sara fue anotando, sin saberlo, los versículos de un demonio.

Y así pasaron los años, mientras los márgenes del libro de Job se fueron llenando.

* * *

Afinó sus instintos. Pulió sus métodos. Abrillantó su imaginación. Deseó. Esperó. Templó su ira. Fue desarrollando fantasías de dominación y tortura. Pero no estuvo lo suficientemente preparado hasta que consiguió hacer desaparecer el miedo.

El portador del odio mató por primera vez una noche de 1979. Y descubrió la maravillosa sensación de imponer en otro ser humano ese miedo que él ya no sufriría nunca más.

Tenía diecisiete años.

* * *

Mi primera vez fue con un gordo asqueroso. Tenías que haberlo visto, prima, te hubiera dado asco incluso a ti. ¿Cómo alguien no puede controlarse? Cada vez que me lo cruzaba por la calle estaba comiendo. Era un ser débil. Me costó cortarlo, el cuchillo del pan no sirve para la carne cruda. Y tampoco creas que corta bien la grasa. Ese fue mi primer error. Un cuchillo de sierra no sirve para descuartizar un cadáver.

Pero, dejando de lado los aspectos prácticos, fue mejor que en mis fantasías,

aunque también más rápido. Terminó demasiado pronto.

Mi padre habría estado orgulloso, seguro, pero nunca se lo pude contar. Había muerto un par de meses antes.

* * *

El portador del odio era también el portador del ego. Pero, al contrario que el odio —que se nutre solo, como un parásito—, el ego necesita de los demás para crecer. Quería ser famoso. Hizo cursos de teatro, de improvisación, de expresividad corporal. Obligó a su madre a trasladarse con él a Madrid. Se presentó a todos los *castings*. Cuando ya empezaba a desesperarse, le dijeron que tenía una sonrisa muy bonita —conquistadora fue la palabra—, pero que la nariz le hacía parecer desagradable.

Su nariz.

Era evidente que esa nariz no iba a convertirse en un obstáculo. Y ya que pasaba por quirófano, se aumentó los pómulos, elevó un poco los ojos y limó la barbilla. Cuando ocho semanas después por fin se vio en el espejo, no se reconoció, pero le fascinó la imagen que le devolvía aquel cristal tintado. Fue entonces cuando también decidió cambiarse el apellido para empezar de cero. Renacer a los veintiocho años. Y a partir de ese momento todo mejoró. Consiguió su primer trabajo en televisión. Encadenó contratos. Fue ganando protagonismo. Y empezó a salir en las revistas, auténtico termómetro del famoseo. La primera vez fue apenas una mención en un pie de foto. «La presentadora Esther Marquina acompañada del equipo de su programa en la fiesta de inicio de temporada». Pero ahí estaba, su cara, sonriente, en el lado derecho de la foto. Tan de lado que le habían cortado uno de los brazos, aunque no importaba. Ya estaba dentro. Solo tenía que seguir construyéndose una vida apetecible para las revistas. Se casó con una mujer que quedaba perfecta en las fotografías y las alfombras rojas. Pero le costó triunfar, triunfar de verdad. Consiguió su primer programa con cuarenta años. Y le ofrecieron el primer contrato de cadena. Era el nuevo presentador estrella. Entonces le compró un chalé a su madre con servicio incluido, para que no le faltara de nada. A pesar de que era —siempre lo pensó— una pobre débil e inculta.

Durante un tiempo el caimán se volvió casi humano. Se llegó a creer su propia mentira. Mientras su éxito estallaba, la necesidad de hacer sufrir a los demás bajó la guardia.

Hasta que reconoció por la tele a la maldita niña rubia mimada.

Su odio actuó con rapidez. Los años de práctica hicieron el resto.

Y entonces, por primera vez en su vida, su odio y su ego se alinearon. Iba a preparar para ella algo grande. Inmenso.

Su obra maestra.

Dedicada única y exclusivamente a Ana Arén Murillo.

* * *

No iba a poder derrotarlo. Llevaba más de seis horas ahí dentro, luchando cuerpo a cuerpo con aquel monstruo, y Ana notaba cómo le escocían todas las heridas que él le había infligido. El caimán logró morderla varias veces. Y ella no le había sacado nada.

«Nunca dejes que un detenido sepa algo de ti. Nunca. Que no te lea, no le muestres tus emociones, no permitas que vea tus fortalezas, porque también verá tus puntos débiles».

Pero esta vez él sabía demasiado sobre Ana y Ana se veía incapaz de seguir luchando. Agotada, salió de la sala de interrogatorios y ordenó que lo bajaran al calabozo. Unas horas. A ver si conseguía ponerlo algo nervioso. Salió a tomar el aire. A recuperar algo la cordura.

Algo se le escapaba.

«Estabas mejor rubia».

Bum. El corazón de Ana se paró un tiempo que pareció eterno y luego le estalló en el pecho. Eso era. Por ahí podía pillar al monstruo. Entró corriendo en el edificio policial y subió de tres en tres los escalones hasta la sala de su equipo. Otra vez empezó a gritar cuando aún no había entrado por la puerta, desde la mitad del pasillo.

—Barcelona ¡Barcelona! Mirad Barcelona. 1980 —resopló, tentada de apoyarse en la mesa del agente Delgado, pero se mantuvo en pie, recuperando la postura y la respiración lo más rápido que pudo. Su equipo la miraba sin entender—. Aún era territorio nuestro. De la poli. Barcelona. En el año ochenta más o menos.

Miró a esos hombres y mujeres. Parecían paralizados. ¿Por qué nadie reaccionaba?

—Jefa. Jefa. —Tuvo que escucharlo dos veces para ser consciente de que se dirigían a ella—. Jefa, ¿qué buscas?, ¿qué pasa?

Ana exhaló una bocanada de aire tan larga como su angustia. Intentó serenarse. Tenía que convencer a su equipo de lo que pretendía hacer. Debía

lograr que creyeran en ella.

Les contó cómo pensaba derrotar al monstruo.

—Llamad a quien haga falta. Despertad a quien sea necesario. Pero encontradla. Encontradla. Tiene que existir.

Por primera vez en su vida, Ana rezó para que hubieran asesinado a una niña. «Que haya una niña muerta, que haya una niña muerta, por favor».

Porque de esa niña dependía todo.

54

—Subídmelo otra vez del calabozo —ordenó Ana, casi cuarenta y ocho horas y tres interrogatorios frustrados después de haber detenido a Ignacio Pachón.

—No te ha dicho nada hasta ahora, ¿verdad? —Paloma Marco, la forense, no había podido resistir la tentación. Tenía que ver con sus propios ojos al responsable de todos aquellos cuerpos destrozados a los que había tenido que hacer la autopsia unos días antes.

—Nada —reconoció, dolida, Ana.

—¿Crees que este tiempo en la celda le habrá servido para reflexionar?

—No —le contestó Ana—. Ven, vamos a observarlo desde el espejo, a ver qué te parece.

En cuanto Ignacio Pachón entró en la sala de interrogatorios, las dos supieron que Ana tenía razón. Era un psicópata. De manual.

—Míralo, el cabrón —soltó Paloma, reprimiendo un silbido—. ¿En serio?

—En serio —contestó Ana, en voz baja, sin poder dejar de mirar las grietas en la piel—. ¿De qué te crees si no que son esas marcas?

¿De qué podían ser, si no?, pensó Ana. Las marcas de un animal.

* * *

El placer de oírlos gritar en el hueco del ascensor mientras caen. El placer de escuchar sus cuerpos estrellándose contra el fondo del foso. Partiéndose. Reventando.

Dejándolo todo perdido.

El placer de hacerle tragar unas fichas de plástico porque creyó que si lo hacía saldría viva de allí. La incredulidad en sus ojos cuando fue consciente de lo que le iba a pasar y de quién se lo iba a hacer.

El placer de coger esa nuca, estrecha y joven, y rodearla con los dedos sabiendo que si aprietas un poco más la presión llegará hasta las vértebras causando un daño irreparable. La muerte incluso. Pero no la quieres muerta. No

todavía. Porque la vas a ahogar, lentamente, haciéndola sufrir.

El placer de escoger a la siguiente víctima.

Cuando por fin lo haces, sientes mariposas en el estómago. Esa persona no lo sabe, pero ya está muerta. La ves tomar café, hacer la compra o subirse a un autobús sin ser consciente de que está desperdiciando en tonterías los últimos momentos de su vida.

Matar te acerca a Dios. Nunca vas a estar tan cerca de parecerte a un dios como cada vez que escoges a una víctima y te conviertes en dueño de su destino. Y nunca serás más poderoso que cuando la tienes delante y juegas con ella, dándole esperanza de vez en cuando, para después aniquilar cualquier ilusión de supervivencia. Y, si tienes tiempo, volver a empezar. Hasta que la destruyes por completo. Primero su alma. Después, su cuerpo.

Nada es comparable. Nada. Bueno, sí. Tu miedo, querida prima. Eso ha sido muchísimo mejor. Aunque Inés me lo había puesto muy difícil en eso de hacerte sufrir.

Pero creo que la he superado, ¿verdad?

* * *

Ana y Paloma se pegaron al espejo de doble cara para verlo mejor. Ignacio Pachón tenía toda la parte derecha de la cara llena de marcas irregulares, que le hundían trocitos de piel desde la mandíbula hasta la frente.

—Es la primera vez que veo algo así. —Paloma miraba a Ana en busca de la confirmación a lo que sospechaba.

—Bueno, de vez en cuando también pasa con algún borracho. Pero —reflexionó— nunca con un detenido por algún asunto mayor, y mucho menos por asesinato.

—Se ha dormido. —El tono de la forense casi parecía de admiración.

—Tan tranquilo. Se ha echado un sueñecito en el suelo de hormigón del calabozo.

—Le da igual. —Paloma no podía creerse lo que estaba viendo—. No tiene miedo, Ana. No vas a conseguir que confiese. Lo sabes, ¿verdad? Amenazar a un psicópata no sirve de nada.

—Lo sé. Voy a tener que mentir.

Ana entró en la sala de interrogatorios decidida. Solo tenía una carta y necesitaba jugarla bien.

—¿Has descansado, primita? —la retó él nada más verla.

No. No había dormido. Llevaba dos días casi sin dormir. Y notaba el cansancio y la ansiedad aplastándola hacia el suelo, encogiéndola física y emocionalmente. Solo esperaba que él no se diera cuenta. Mintió.

—Mejor que tú, seguro. —Hizo un leve ademán de desperezo—. Acabo de llegar de casa. —Fingió estar distraída—. Me ha dado tiempo incluso de darme una buena ducha. Tú —lo miró— ¿has descansado algo? Llevas casi dos días aquí, y esto no es precisamente cómodo. Siento que no tengamos los lujos de los hoteles a los que estás acostumbrado.

Silencio. Parecía que estuviera pensando una respuesta. Pero no era eso. Estaba deleitándose. Observando a la presa a la que ya sabe muerta.

—Hombre —contestó él—, podríais tener los calabozos mejor equipados —sonrió, con ironía—, pero no me quejo, como mucho me quedan veinticuatro horas más. Mañana estaré durmiendo en la cama a medida de mi mansión de dos millones de euros.

Ana guardó silencio.

—Has malgastado dos días, prima. Ya no me queda nada para salir de aquí.

* * *

¿Qué podía hacer para superar a Inés? Porque su golpe había sido brutal. Tu amiga, querida prima, había resultado ser un monstruo. Y tú no te habías dado cuenta. Mientras estabas de baja, conseguí que me invitaran a la fiesta de los Ángeles Custodios, patrones de la Policía. Ruipérez estuvo encantado de hablar conmigo. Siempre les encanta charlar con gente de la tele, que les hagas caso. Pronto salió tu nombre. Le ayudé a desahogarse. Te odia de verdad, ¿lo sabes? Un odio que lo ha convertido en un ser ácido. Me contó muchas cosas sobre ti. Y entonces le sugerí que, a tu regreso, te mandara a homicidios.

—¿Homicidios? —me preguntó—. Pero si eso es un ascenso.

—No aguantará la presión —le contesté, sonriéndole—, podrás destrozarla.

Porque homicidios es donde yo te necesitaba para el plan que tenía en la cabeza.

También necesitaba a Nori en otro sitio. Tu perro fiel tampoco lo estaba pasando bien, pero tú te encerraste y creíste ser la única que sufría. Así que le di una salida. Le propuse a la cúpula de la cadena que lo contratara como director de tecnología y seguridad. Iba a ser divertido ver a quién le sería más fiel, si a quien le pagaba la nómina o a su antigua jefa.

Inés. Me habría encantado ir a verla a la cárcel, mirarla a los ojos. Pero era

demasiado arriesgado. Le escribí una carta, muy corta, un cebo. Picó el anzuelo. Y nos carteamos durante meses. ¡Qué bonita es la correspondencia postal! Y cuánto me contó sobre ti. Tú la traicionaste, la delataste, por ti está en la cárcel. No te lo perdonará nunca.

Gracias a ella conocí tus miedos y tus obsesiones. Pude diseñar un plan a tu medida. Sé que te dan pavor los ascensores desde que con diez años te quedaste encerrada sola en un montacargas, a oscuras, durante más de media hora. Sé que tienes terror a morir ahogada porque un día no pudiste reanimar al hijo pequeño de unos amigos que había caído en una piscina sin que nadie se diera cuenta, y que desde entonces en muchas de tus pesadillas te falta el aire. Sé que, antes de ser asesinada, tu madre te estaba enseñando a leer jugando al Scrabble, y que desde entonces no soportas ver las fichas. Sé que tienes pesadillas en las que caes al foso donde están enterrando a tu madre, y que sigues cayendo y cayendo porque el agujero no acaba nunca.

¡Ah!, y en una entrevista leí que si no hubieras sido policía, te habría encantado ser artista. Pintora, dijiste. Así que te ofrecí mezcladas tus dos pasiones. La pintura y la muerte.

¿Te das cuenta de lo bien que lo he preparado todo?

Yo fui poniendo las migas de pan sobre tu piel.

Yo te llevé al Carquinyoli. Yo te llevé a Inés. Yo te llevé a esa nave industrial. Yo te llevé a ese plató de televisión. Yo te llevé a esos cuatro ancianos. Fue tan fácil saber a quién odiaban. Nos ruborizamos cuando hablamos de amor, pero el odio, ¡ay, el odio!, nos encanta compartirlo.

Y yo te llevé también al muro en el que estás ahora, a esas seis víctimas sin relación entre ellas. Un rompecabezas que no tiene solución. El descrédito para Ana Arén.

El golpe final para que, humillada, abandones la Policía.

Porque no tienes nada.

Nada.

* * *

—No tienes nada contra mí —insistió el Nani—. Ni lo tendrás. —Seguía tranquilo, relajado. Había apoyado la cabeza sobre su mano derecha, como si estuviera conversando con un amigo en alguna cafetería, hablando de cosas intrascendentes.

—Porque tú, tú… no has hecho nada —le contestó Ana, intentando aparentar

la misma tranquilidad.

—Hombre —sonrió él, de nuevo—, eso es físicamente imposible. Ni siquiera los cadáveres dejan de hacer nada.

—¿Lo dices por experiencia?

El Nani calló. Ana había estado a punto de pillarlo en un renuncio. Entonces se preparó para hacerle creer que sacaba toda la artillería, todo lo que tenía contra él. Extrajo seis fotografías de una carpeta marrón que había depositado en el extremo derecho de la mesa nada más entrar en la sala.

—¿Conoces a alguna de estas personas?

Extendió con los dedos, para que quedaran bien a la vista, las imágenes de Esther Fraga, Rosemary Zocca, Tomás Mendoza, Miguel Ángel Malabar, Martí Acosta y Mónica Spinoza.

—¿Quién no las conoce? —respondió él, con absoluta tranquilidad—. Llevan días en todas partes. Si no tienes otra cosa en esa carpetita, déjame bajar al calabozo, que tengo un poco de sueño.

Pero Ana lo tenía. Su apuesta al todo o nada. Un golpe casi a ciegas, confiando en su instinto.

—¿Te acuerdas de Lucía? —intentó sonar confiada.

Sobre la mesa se deslizó otra fotografía, la imagen en blanco y negro de una niña. Era de poca calidad, una copia de una copia rescatada del archivo de un periódico de treinta y siete años atrás. Lo único que habían podido encontrar en tan poco tiempo. La pequeña sonreía orgullosa, vestida de primera comunión, posando con una pequeña caja de nácar que imitaba a la Biblia en las manos, un rosario agarrado entre los dedos y un largo vestido blanco que ya incluso en esa época estaba pasado de moda.

—Te acuerdas, ¿verdad? —le dijo Ana, tras unos segundos de silencio.

Sacó otra imagen, la de una niña muerta junto a unas vías del tren. La sangre reseca había pegado el vestido blanco a sus piernas.

—Recuerdas cómo te hizo sentir, ¿a que sí?

El Nani clavó los ojos en las fotografías. Fue lo más cerca que estuvo en su vida de volver a sentir miedo.

Y entonces Ana lo supo.

Lo tenía. Tenía al caimán.

Tenía al monstruo.

* * *

Un día antes

—Sabéis que un asesino en serie no se crea de la noche a la mañana —les había explicado Ana a sus agentes el día anterior—. Primero odia. Después imagina maneras de torturar y matar. Prueba primero con animales, y más tarde se atreve con una víctima humana. La primera es un ensayo, una prueba. La segunda ya significa más para él, es más especial. Por eso creo —los miró con toda la determinación de la que fue capaz— que nuestro detenido podría haber matado a una niña rubia en Barcelona alrededor del año 1980 o 1981. De unos ocho años. —«Porque yo era rubia, y me odiaba», pensó, aunque no lo dijo—. Buscad crímenes sin resolver de aquella época que encajen con ese perfil de víctima.

Y sí. Resultó que sí que había una niña. Y que también había una prueba. La niña tenía ocho años. Cuando desapareció, llevaba puesto el vestido blanco de los domingos. Sus padres habían entrado en la iglesia —todos los domingos, a las doce, iban a misa—, pero Lucía era demasiado pequeña para aguantar cincuenta minutos quieta en un banco, así que le permitieron salir a los columpios que había en el centro de la plaza, donde jugaban el resto de las niñas del barrio vigiladas por algunos padres que así tenían la excusa perfecta para faltar a misa.

Pero Lucía se esfumó. Y nunca más se supo de ella. Nunca más, hasta que alguien vio un trozo de vestido blanco enganchado en un arbusto cerca de las vías del tren. Y el trozo de tela llevó hasta un zapato. Y el zapato hasta el cuerpo de una niña de ocho años. «La han asfixiado —dijo la policía—, apenas sufrió, no hay rastros de violación». A Lucía la enterraron dos días después. Su vestido quedó olvidado en una caja, junto a otras miles de pruebas.

Aún faltaban diez años para que en España se empezara a usar el ADN en la resolución de los delitos. Pero ahora sí que podían hacerlo.

—No tenemos laboratorio forense en Barcelona. —Rosa Axe empezó a ponerle impedimentos a Ana y a su idea de sacar ADN de un vestido que llevaba casi cuarenta años almacenado como prueba—. La competencia es de los Mossos. Hay que seguir los cauces oficiales. Y eso lleva tiempo. Nosotros no podemos analizar el vestido de esa niña, tenemos que pedírselo a ellos.

—Sé quién puede. Sé quién me hará el favor —le contestó Ana—. Id preparando el papeleo. Yo me encargo de acelerar las cosas.

Y Josep Gual, el forense encargado del caso de la chica del lago, el que puso a Ana sobre la pista de un asesino múltiple, volvió a decir que sí. Aunque esta vez ella tuvo que contarle la verdad.

—Por mucha prisa que me dé —le contestó, al otro lado de la línea telefónica—, esto va a tardar cuarenta y ocho horas. Un poco menos si le meto caña. Podría tenerlo mañana.

—Por favor, todo lo rápido que puedas, Josep.

—Lo intentaré. Mándame urgente la muestra del detenido, para compararlas.

Quizá la prueba no le llegara a tiempo para llevar al Nani ante el juez con algo sólido antes de las setenta y dos horas que le permitía la ley tener a alguien detenido. Así que no le quedaba más remedio que ganar tiempo y mentir.

Soltar un farol como una catedral. A la desesperada. Si la pillaban, se acabó el juego.

Pidió que fueran a por su tía. Que la llevaran a comisaría. Mientras, Ana hizo una llamada.

—Buenos días, señoría.

—Pero hombre, benditos los oídos, Ana Arén. Benditos los oídos de este pobre juez instructor al que ya no le consultas ni las detenciones que tienes previsto hacer. —Ana creyó detectar un leve deje de ironía en la voz de PéBé.

—Señoría —intentó usar un tono más formal—, ya sabes cómo van estas cosas y cómo se precipitan los casos.

—Y también sé que hay policías a las que les gusta ir demasiado por libre. Este caso es demasiado grave, Ana, como para que vayas a tu bola. Ha generado mucha alarma social desde que en las últimas horas se ha filtrado que todas las muertes están relacionadas (por cierto, ya hablaré más de porqué tardaste veinticuatro horas en decírmelo), y que el detenido es un famoso de la tele —le contestó él—. ¿Tú sabes la que hay liada fuera de la comisaría?

—Algo me han contado los compañeros —siguió contestando ella, solícita, necesitaba a PéBé de su parte— y se oyen los gritos desde aquí. Ha tenido que intervenir la UIP, para separar a la gente.

—Los que le creen asesino y los que lo defienden a muerte peleándose ante la comisaría. Menudo ejemplo para la sociedad —reflexionó el juez, asqueado.

—Bueno, ya sabes, es siempre así. Oye, te llamo por una cosa.

—Ya me extrañaba a mí que me llamaras para ponerme al día. No, claro. La inspectora jefa Ana Arén solo me llama para pedirme cosas. ¿Tratas así al resto de los instructores?

—Por favor —suplicó Ana—, déjame que cierre este caso y luego ya me flagelas. PéBé, necesito una orden judicial para un registro.

—¿De quién?

—De la madre del detenido.

No le dijo que era su tía, ni, por supuesto, que el detenido era su primo. Ya habría tiempo. No quería que la retiraran del caso. Aunque sabía que luego habría consecuencias. Pero tenía que acabar lo que había empezado. Aquello era algo personal contra ella.

—¿Estás loca? ¿Quieres ponerla a ella también en el disparadero? ¿O crees que ha tenido algo que ver?

—Creo que la madre es la clave para derrotar a Ignacio Pachón. Y creo también que la prueba que lo incrimine en los asesinatos puede estar en su casa.

Y PéBé le firmó el mandamiento de entrada y registro en domicilio. Parte del equipo de Ana se pasó esa mañana y casi toda la tarde hurgando en cada centímetro cuadrado de la mansión de Sara Murillo, palpando paredes, techos y suelo para encontrar escondites disimulados, vaciando cajones, tomando huellas. Consiguieron doce cajas con pruebas que fueron directas al laboratorio forense. La voz corrió rápidamente y las puertas de la casa se llenaron de cámaras de televisión, periodistas y unidades móviles, que emitieron horas y horas de programación en directo. Los índices de audiencia se dispararon.

Tras el registro, ya bien entrada la noche, los agentes llevaron a la anciana a comisaría.

—Gracias por venir, tía Sara. Muchas gracias.

—¿Cómo está mi hijo, qué le has hecho? —gritó ella en cuanto la vio.

—Tía, por favor. —Ana intentó calmarla, pero el entorno, esa sala de interrogatorios, no ayudaba.

—No me llames tía —chilló la anciana—. No se te ocurra llamarme tía nunca más. Con lo que yo te quise. Estuve en tu nacimiento. Enterré a tu madre prácticamente con mis dedos. Te quité de las manos un cuchillo con el que ibas a matarte en el funeral. Os hice la comida para que tu padre y tú no os murierais de hambre. Estás viva gracias a mí. ¿Y así me lo pagas? —No servía de nada hablar. Ni intentar corregir a esa mujer. Ni disculparse—. Siempre tuviste envidia de mi Nani. Siempre. Porque él tenía madre y tú no. Rata envidiosa. —Dejó que fuera soltando la rabia. Que fuera deshinchándose como un neumático al que se le ha clavado un trozo de cristal—. Por eso nos tuvimos que ir del barrio. Por la envidia. Porque tu padre no soportó quedarse viudo y ver que yo tenía una familia feliz.

—Tía, tengo una duda. —Ana aprovechó una pausa en el relato de Sara para aflojar la tensión e intentar resolver una de las piezas que no encajaban en toda esta historia: la fecha de nacimiento del Nani—. Los datos en el registro civil indican que tu hijo nació el 25 de marzo de 1963. Pero ¿pudo haber nacido una

semana antes?

Los ojos de Sara ardieron aún más. El odio iba a sacárselos de las cuencas.

—¡Eres como tu padre! —gritó la anciana—. ¡Como el maldito de mi cuñado! Quieres destruir a mi familia.

* * *

Barcelona, 1963

El Nani había nacido, en realidad, el 18 de marzo de 1963, una semana antes de lo que decían los papeles. El marido de Sara lo llevó a casa la misma noche en la que se lo entregaron. Ella no era tonta, aunque se hizo la ciega y la sorda, pero tuvo miedo de llevarlo al registro civil enseguida. Dejó pasar una semana. Y entonces contó que había tenido al niño en casa y que había estado en la cama ese tiempo. La versión fue respaldada por su marido, policía de la temida brigada de lo social de la jefatura de Barcelona. El funcionario que hizo la inscripción oficial bajó la cabeza e hizo ver que creía a pies juntillas lo que le contaba ese matrimonio. Y así, a ese bebé nunca se le relacionó con su hermana melliza, hasta que cincuenta y dos años después un detective privado consiguió el diario privado del ginecólogo que había asistido el parto. Un seguro de vida por si le pasaba algo a él o a su familia. Una lista de todos los niños robados en su hospital. Y de todas las familias que se los llevaron. «La hembra, a Madrid, con el doctor Valentín Garcés. El varón, en Barcelona, con Ernesto Bueno, policía de la brigada político social».

Los mellizos nunca se conocerían. Nunca atarían cabos.

Al menos, eso pensaban quienes los robaron.

* * *

—Tía, escúchame —Ana no podía seguir perdiendo el tiempo—, tú puedes ayudar a tu hijo. Sé que él no tiene la culpa de nada. Que la vida ha sido dura con vosotros. Que él era un niño bueno y que tú siempre lo has educado con todo el amor del mundo.

—Yo no he querido a nadie más que a él —la interrumpió la anciana—. Desde que me lo trajo mi marido, nunca he tenido corazón para nadie más. Es toda mi vida.

—Y por eso te pido que le ayudes, tía. Ayúdalo.

Llegaba el momento del farol. A vida o muerte.

—Mira. —Le mostró una fotografía—. ¿Ves este vestido? Es de una niña de ocho años asesinada en 1980. En Cornellà. Os habíais mudado a vivir por allí, ¿verdad? Escúchame bien, Sara. Acabamos de encontrar restos de ADN. Y, adivina, son de tu hijo. Por todo el vestido. Él la mató. —No. No. No. Por primera vez, Ana vio cómo su tía empezaba a perder el control. No podía ser posible. Mi querido pequeño. Una niña. No—. Y, como sabrás, Sara —mintió, con todo el descaro del que fue posible—, los asesinatos no prescriben. Y además, siendo una niña pequeña le va a caer la prisión permanente revisable. Cadena perpetua. No va a salir de la cárcel con vida. O quizá lo maten en la cárcel, porque ya sabes que los asesinos de niños son los prisioneros más odiados por el resto de los internos. Y no hace falta que te diga que tu hijo iría al pabellón de los más peligrosos.

Sara seguía sin hablar. Solo negaba con la cabeza.

Ana iba a asestarle la estocada mortal. La que decidiría el caso.

—Pero, en consideración a que somos familia, te ofrezco un trato —mintió, de nuevo—. Me olvido de este vestido, me olvido de esa niña y de que he encontrado ADN de tu hijo. Vuelvo a enterrar el caso bajo treinta años de olvido. Pero tengo que resolver este. Tengo que resolver la muerte de seis personas. Tu hijo podrá salir de la cárcel en diez o quince años y tú aún estarás viva para disfrutarlo. Además, ya sabes cómo tratan en prisión a los asesinos de niños. Mejor entrar como asesino en serie, se ganará el respeto de todos.

Hizo una pausa, para que su tía asimilara bien lo que le acababa de decir.

—Tú eliges, tía.

Tardó varias horas en decidirse.

* * *

—A ella la codiciaste, ¿verdad? —le escupió Ana al Nani. Era el quinto interrogatorio al que lo sometía en cuarenta y ocho horas—. A esa pequeña niña rubia. Lucía. Tardaron doce días en encontrarla, pero no te voy a hablar de la angustia de sus padres porque tú no eres capaz de sentir nada de eso. Te voy a hablar de lo poco original que eres. Te crees muy listo, pero otros lo han hecho antes que tú. No eres más que un copión. —Esbozó una sonrisa que mezclaba la repugnancia con el desprecio—. Cumples el manual del perfecto psicópata. Eres solo uno del montón.

El caimán seguía impávido. Sin parpadear.

—Ha prescrito —dijo, al fin—. El caso de esa niña. ¿No? Es una suposición. La fotografía parece antigua. Yo diría que de los años setenta, u ochenta. Y los asesinatos prescriben a los veinte años.

—Sí, tienes razón. Veo que estás puesto en leyes. Pobre, tu madre. —Hizo una pausa, degustando lo que iba a decir—. Pobre, tu madre, con un hijo asesino. Quizá no te pueda imputar el caso de Lucía, pero sí muchos de los del libro de Job. —Él la miró, sin entender—. Y menuda ironía —apostilló Ana—, todos tus crímenes anotados en la historia bíblica del hombre bueno que sufre y del malo feliz. ¿Te suena? ¿No? Bueno, ya tendrás tiempo en la cárcel. De leerla. Y de releerla. Hasta que te la sepas de memoria.

Salió de la sala de interrogatorios, dejándolo solo, cociéndose en su propia mentira.

* * *

A decir verdad, Sara no le había hablado del libro de Job, pero lo encontraron durante el registro de la casa. Veintitrés fechas, que se sucedían al ritmo de una al año.

Ahora solo tenían que encontrar a las víctimas.

* * *

Un mensaje parpadeó en el móvil de Ana. «Los restos biológicos del vestido están muy deteriorados. He intentado procesarlos, pero es imposible. Lo siento», le escribió Josep Gual. Y Ana se sorprendió por la calma con la que recibió la noticia. De hecho, daba igual, porque el crimen, efectivamente, había prescrito. Y porque tenía algo mucho mejor contra aquel monstruo.

Volvió a entrar en la sala de interrogatorios.

—Recuérdame cuándo te casaste, primo.

Desconcertado ante esa pregunta, el Nani respondió con sinceridad.

—Hace cuatro años, un poco más quizá, cuatro años y medio.

—Perfecto —le contestó Ana, con una sonrisa inmensa en la cara, dejándolo descolocado—, todo cuadra.

Y volvió a marcharse.

* * *

Mi nuevo amigo Ruipérez me dio la fecha. Vuelve el 24 de diciembre, me dijo.

Un día maravilloso para tu regreso, pensé. Te iba a recibir a lo grande. Era perfecta, tan famosa, tan pija, tan rica.

Aunque no tenía que haber sido tu primer cadáver, ni siquiera tenía previsto matarla, pero estaba empeñada en vender nuestra historia a las revistas, en contar que éramos hermanos, y otros secretos que le confesé en un momento de debilidad (al fin y al cabo era carne de mi carne). Y eso no podía permitirlo.

Conocía bien la casa y sabía que no podía entrar sin ser visto, y menos acceder al búnker en el que dormía. La nevera fue un método perfecto. Me escondí bajo la cama, para darle un susto de muerte. ¡De muerte!, ja, ja, ja, ¿pillas el chiste? Pero justo cuando iba a salir entró en la habitación otro hombre. Discutieron. Ella quería más dinero a cambio de no contar una relación sexual con alguien casado de la familia real. Un hermano o un tío de rey, no lo entendí bien. Los ánimos se caldearon. Pensé incluso que él iba a matarla. Qué terrible hubiera sido. Otro quitándome el gran momento. Pero no, el pobre tipo se fue con el rabo entre las piernas. Menudo genio tenía mi hermana.

Habíamos intimado mucho en los últimos meses, desde que ella me contó que éramos mellizos —aunque, la verdad, qué horror tener una hermana así, tan superficial, y qué pena gastar en eso la inteligencia excepcional que teníamos los dos—. ¿Sabes que decía que esos dos muñecos gigantes que tenía éramos ella y yo? «Les doy la infancia feliz que nosotros no pudimos tener porque nos separaron». Yo no soportaba verlos, los hubiera quemado. Después de matarla me dio la sensación de que me miraban fijamente desde las camas en las que Mónica los acostaba cada noche, en su misma habitación. Tuve que deshacerme de ellos. Los tiré a la piscina, arriesgándome a que me pillaran. Quizá fue el único momento en el que perdí el control.

Se meó encima, ¿sabes? Se meó encima. Ella que era tan fina y tan pudorosa y tan pija, se meó encima cuando vio que iba a matarla. Consiguió tragarse las fichas de Scrabble, qué bonita metáfora de todo lo que se había tragado en la vida para ascender. Siempre rodeada de lujos, cuando en verdad era basura. Así que le preparé un último escenario a su medida.

Lo del ascensor fue algo más complicado. Pero también más divertido de preparar. Conseguir el explosivo fue fácil. Y también meterme en el sistema informático del montacargas —no hay nada hoy en día que no puedas comprar o aprender en internet—. Lo más difícil fue reunirlos a todos, a la misma hora, para que subieran a la vez. Escogí el hospital porque podía situar fácilmente allí a una de las víctimas, a Tomás Mendoza. Su mujer trabajaba como enfermera. Un mes antes entré en su sistema informático y le asigné la guardia de

Nochevieja. Después solo tuve que regalarle una supuesta cena sorpresa de una entidad que quería premiar a algunas de las personas que trabajaban esa noche. «Usted vaya a las nueve en punto al hospital y en la planta cuarta, la de neonatos, le esperará un servicio de camareros con un menú de lujo para que sorprenda a su mujer. No le diga nada». Y se lo creyó. A los otros dos tuve que obligarlos a ir haciéndole daño a su familiar más próximo. Al hermano de Miguel Ángel Malabar le introduje salmonela en el café que cada mañana se tomaba a la misma hora en el mismo bar. Al día siguiente lo cité para una oferta de trabajo justo al lado del Hospital General en el momento en el que sabía que los síntomas se iban a agravar. Lo ingresaron con fiebre entérica. El día de Nochevieja llamé a Miguel Ángel para decirle que el hospital iba a hacer una excepción y permitían una visita nocturna justo a las nueve de la noche, antes del cambio de turno. «Tiene que ser justo a las nueve, si llega en otro momento, el personal no estará disponible para dejarle acceder a la planta», le advertí. Y al marido de Esther le di metanfetamina, no mucha, no quería matarlo, solo darle un susto y que se lo llevaran al hospital, pero casi me lo cargo. Suerte que estabas tú. Eso, te juro, fue casualidad. No me lo podía creer cuando te vi saltar sobre él y reanimarlo. Fue glorioso. Un milagro.

Luego solo tuve que abrir las puertas, dejarlos entrar, llevar al ascensor a la sexta planta, pararlo allí, detonar la carga explosiva y, bueno, el resultado ya lo viste. Aproveché el destrozo para tirar ahí también al Carquinyoli, que había cometido el error de creer que le iba a dejar vivo después de ayudarme.

Si no hubiera sido por el siluro, el cuerpo de Rosemary habría aparecido flotando en el lago cuando tocaba, en orden, en segundo lugar. Pero al arrancarle la mano, la chica salió a la superficie tres semanas antes de que los gases la hicieran flotar. Al principio me enfadé mucho, tú aún estabas de baja por depresión, no te habías incorporado al trabajo. Pero nadie la identificó, creyeron que se llamaba Olvido, por la pulsera que contenía la segunda clave que había preparado para ti. Mira por dónde iba a ser mejor, más divertido.

Matarla no fue un problema. La abordé una noche, la drogué y la ahogué en una bañera que había llenado con la misma agua del lago, porque los forenses son muy puntillosos. Luego la llevé hasta allí y con la ayuda de mi amigo de la infancia, el Carquinyoli, la encajé entre las rocas.

Pero nunca, nunca podrás probarlo, querida prima.

Y yo nunca te lo contaré.

Nunca me derrotarás.

* * *

La tía Sara no confesó. No cayó en la trampa. No delató a su hijo.

Así que Ana no tenía nada con lo que derrotar al caimán.

O sí. Tenía el libro de Job.

—Así que te casaste una bonita tarde de mayo en el castillo de los Almogàvars, una boda a la altura de tu posición social.

—Hay que cumplir las expectativas, el público es cada vez más exigente.

—Y te fuiste a vivir con tu esposa.

El Nani miró a Ana sin entender. Perdido. ¿Por dónde iba a salir?

—Dejaste a tu madre en la mansión que habías comprado cuando empezaste a tener éxito y te fuiste a otro chalé con tu mujer. Es curioso, ¿sabes?, porque todo cuadra. A partir de la fecha de tu boda desaparecen las anotaciones en el libro de Job.

Él la miró, sin pestañear.

—Porque a partir de esa fecha ya no necesitas las coartadas de tu madre. Ya no necesitas hacerle creer que estabas en casa tal día a tal hora, por si algo salía mal y la Policía preguntaba. Una coartada sólida de tu madre te habría sacado de casi cualquier apuro. Pero ella creyó que estabas enfermo y fue anotando todas las fechas de tus «despistes» en los márgenes de su pequeña Biblia. Y sin saberlo nos ha dado la lista de todos los crímenes que has cometido durante toda tu vida, o, al menos, los que has cometido hasta que te casaste. Aquí los tienes. Con nombres y apellidos. —Y, de la carpeta marrón, Ana sacó una veintena de fotografías, cada una, de una víctima. De un éxito, como los llamaba el portador del odio—. Conseguir pruebas de que los mataste a todos será difícil, pero solo me hace falta uno, solo uno, querido primo, para meterte en la cárcel durante más de veinte años. En algunos de estos casos hay restos de ADN que no habíamos podido comparar con nadie, o imágenes de cámaras de seguridad donde se veía la figura borrosa del asesino que no supimos identificar. Es solo cuestión de tiempo. Pero de poco tiempo. Te tenemos. Y, por cierto, tu madre ha hecho una última anotación, esta misma semana: «Ha vuelto a ocurrir». No llegó a poner la fecha, pero estoy convencida de que habría escrito 23-12, la noche en la que asesinaste a tu hermana.

El caimán escuchó impávido a Ana. Imposible para él admitir la derrota.

—Querida prima, sigues teniendo mucha imaginación. —Ni siquiera, en ese momento, parpadeó—. Tu trabajo es resolver el caso del asesino en serie. Y, por lo que estoy escuchando, nunca podrás probar quién ha sido. Seguirás siendo la

policía que fracasó en los dos casos más mediáticos y que más conmoción han despertado en la historia reciente de España.

Sonrió al decirlo, como si esa victoria moral fuera todo lo que él había perseguido en la vida. Machacar a su prima. No dejarla ganar.

Aunque él perdiera también.

Pero Ana sacó fuerzas para contarle una cosa más.

—A propósito, casi me olvidaba. Te acuerdas de Esther Fraga, ¿verdad? La única mujer del ascensor. Pues te voy a contar una cosa que no sabes. Y que tu querida hermanita no te dijo, quizá para que no le reventaras la exclusiva. Cuando detonaste la carga explosiva y la hiciste caer por ese foso, mataste a tu madre. Esther Fraga era tu madre biológica, una mujer extraordinaria a la que le robaron los bebés en el parto y que nunca dejó de buscarte. Has matado a la persona que más te quería en el mundo.

* * *

De los asesinos se aprende que a la gente le encantan los monstruos, aunque lo que pasa es que la gente necesita a los monstruos. Verlos. Reconocerlos. Señalarlos con el dedo. Saber que están ahí. Porque si ahí, frente a ti, hay un monstruo, eso significa que tú no lo eres. Siempre necesitas a alguien capaz de hacer cosas peores que tú para tapar tus miserias cotidianas. Y eso es lo que hago yo. Os hago de monstruo para que todos viváis sin culpa.

En realidad, os estoy haciendo un gran favor.

Aunque haya matado a mi madre.

55

INÉS

«¿Crees que eres la única que la odias?».

Solo había escrito eso. ¿Crees que eres la única que la odias? Ocho palabras. Y dos signos de interrogación.

Nada más.

La frase no paraba de rebotar en mi cabeza. Dos semanas me tuvo esperando. Catorce días.

Ansiosa.

«Yo te ayudaré», escribió después.

Desde ese momento lo único en lo que podía pensar era en la siguiente carta. Tardó otros quince días. Llegó el 20 de septiembre.

«¿Lo notas? ¿Saboreas ese odio? Es ácido».

Solo tuve que esperar tres días más.

«Tú y yo podemos hacer cosas muy grandes», me prometiste.

Ojalá, pensé, seas quien seas. Ojalá.

Pero ya no será posible. Me acabo de enterar que vas camino de la cárcel.

Tendremos que pensar en otra cosa. ¿Verdad, Nani?

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro no solo me ha enseñado sobre el odio sino también, afortunadamente, acerca de la bondad y la generosidad del ser humano.

Gracias infinitas a toda la gente que me ha regalado su tiempo y sus conocimientos. A Alicia Juárez y a Belén Ruano, de la sección de análisis de la conducta de la Unidad Central de Inteligencia Criminal de la Policía Nacional, por diseccionarme la mente de los psicópatas. A María Dolores Gayo, responsable del laboratorio de análisis del Museo del Prado, e Inma Echeverría, jefa de sección del gabinete de documentación técnica del área de restauración del mismo museo, quienes me permitieron adentrarme en el maravilloso *A pigment compendium* y aprender sobre los colores de la muerte. A Manuel Avilés, director de prisiones jubilado, por todos los conocimientos sobre el mundo carcelario. A Elena Martín Guerra, fundadora de Sociograph, por todo el tiempo y la paciencia dedicados a explicarme el sistema de medición de reacciones emocionales. A Emmanuelle Monreal y a Diana Fenouil, directoras de comunicación de Chanel, por darme todos los detalles que necesitaba para una trama importante de esta novela.

A los treinta mil niños robados en España y a las familias a las que se los arrebataron. Justicia.

A mis mujeres DosPassos, Palmira Márquez y Laura Santaflorentina, porque no podía haber elegido mejores compañeras para este viaje literario. A todo el equipo de Espasa, Ana Rosa Semprún, Miryam Galaz, Laura Fernández, David Cebrián y Sergio García, por hacer posible que esta historia esté en manos de los lectores. Y a Ferran López por su (otra vez) espléndida portada.

A mi familia por estar siempre ahí. A mis amigas y socias en BenditoBolso Yolanda, África y Amanda, por el futuro juntas. A mis Hortensias, Esther y Toni,

por florecer a mi lado. A mis mujeres Mediaset: Eva, Patricia, Olga, Mirta, Ana, Arancha, Cristina, Gema, Paloma y Pepa, por tejer juntas. A mis compañeras de Cuatro, Consuelo, Ana y Mónica, por este último año y medio. Y los que ojalá vengan.

A Mediaset y a Paolo Vasile, por seguir creyendo en mí y por creer también en el Monstruo y acompañarme en esta aventura. A mi Komando. A los amigos y amigas a los que les he robado nombres y apellidos para los personajes de esta historia. Espero que os haga gracia descubriros en estas páginas. A Eugenio Fernández, a quien le he robado y troceado el cargo para adaptarlo a Nori.

A todos los que creísteis en la historia del Monstruo y que ahora tenéis en vuestras manos esta Química del Odio.

Y a todos los que me habéis enseñado algo sobre el odio. En la teoría…

… y en la práctica.

La química del odio
Carme Chaparro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Henrik Sorensen-Stone-Getty Images

© Carme Chaparro Martínez, 2018 (representada por la Agencia Literaria DosPassos)

© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-670-5311-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

CARME CHAPARRO
AUTORA DE «NO SOY UN MONSTRUO»
LA QUÍMICA DEL ODIO
ESPASA